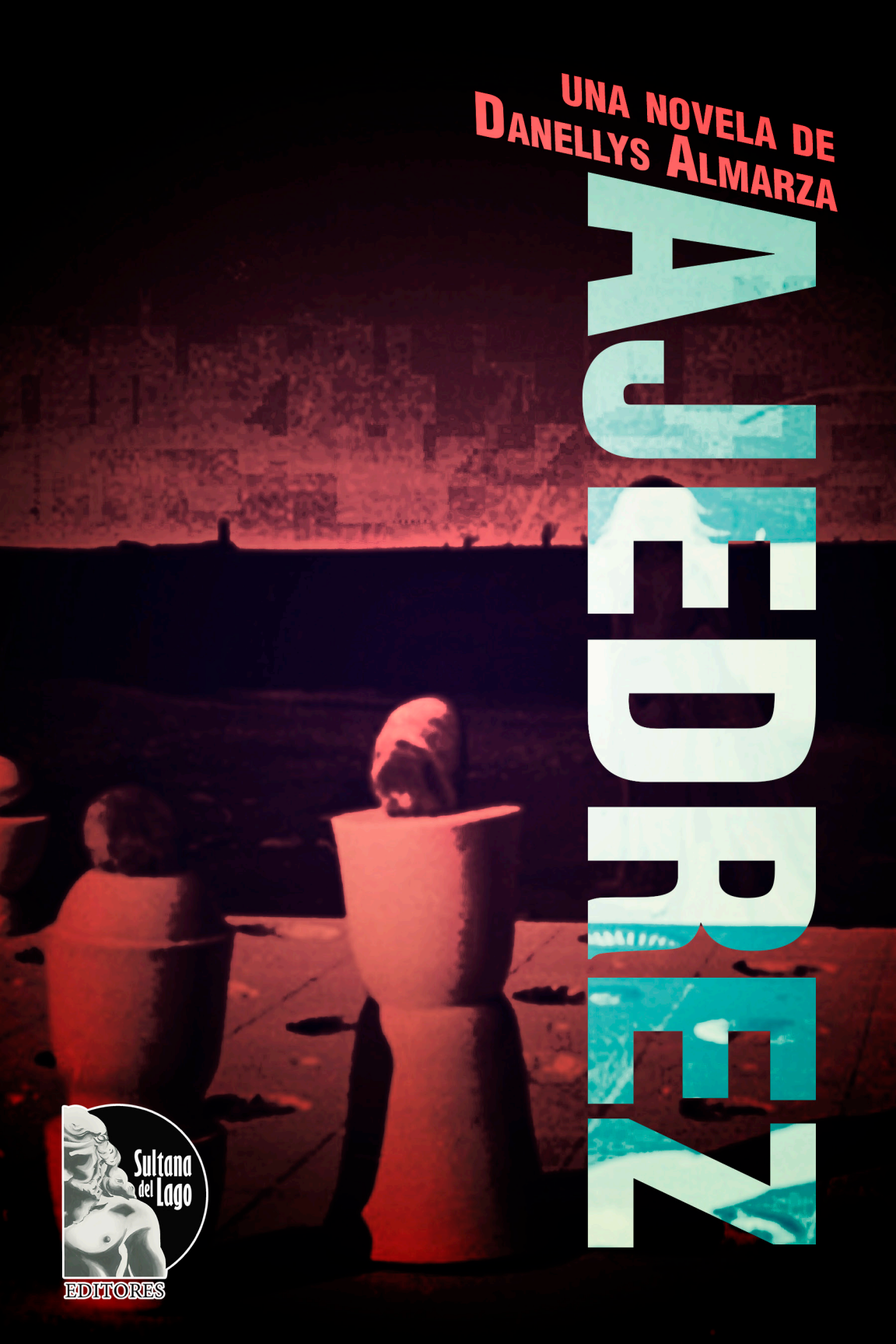
UNA NOVELA DE
DANELLYS ALMARZA

AJEDREZ



Sultana del Lago
EDITORES



EDITORES

AJEDREZ

Danellys Almarza

Danellys Almarza
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798414216827

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

CAPÍTULO 1
AZUL

Había dejado mi vida como la conocía atrás, sin más garantía que un puñado de cartas. Mientras me abría paso por el largo pasillo de esa desconocida casa, me pregunté cómo le explicaría a quien me preguntase por qué me había mudado ahí. En mi cabeza y estaba segura que para cualquier persona cuerda, la respuesta sonaba más que idiota: "Mis padres murieron cuando era una niña, y me crió muy lejos de aquí una mujer que trabajaba para ellos. Hace un par de años un amigo de mi madre comenzó a escribirme y hace poco me convenció de venir aquí".

Sí, sonaba bastante tonto, pero lo cierto es que algo me decía que era lo correcto.

Para empezar, a pesar de conocer a Augusto solo por lo que escribía en sus cartas, parecía tener mucho afecto por mí, afecto heredado de mi madre, claro está, ya que no nos conocíamos.

Si bien no era justo afirmar que era una persona infeliz, si tenía expectativas mucho más grandes para mi vida. Marina me había criado en un pequeño pueblo, con pocos habitantes y sin grandes cosas que hacer: ella era ama de llaves de un par de familias y yo ya la ayudaba cuanto podía, aunque a ella no le gustara. Había pagado por mis estudios y durante veintiún

años de mi vida, solo fuimos ella y yo. Le amaba inmensamente y estaba muy agradecida con ella, pero algo sencillamente no se sentía correcto.

Siempre se me había hecho difícil hacer amigos. Era como si las personas que me rodeaban hablaran un idioma que para mí era inentendible y estaba segura de que una chica de veintiún años debía tener al menos una amiga. Y ni hablar de chicos, si bien uno que otro llegó a parecerme atractivo, ninguno me parecía interesante.

Esa era la razón principal por la cual había aceptado la propuesta de Augusto de volver al lugar donde había vivido con mis padres. En casa había algo que no encajaba, y me deprimía pensar que mi vida transcurría entre aburrimiento y apatía, no estaba segura de qué, pero algo tenía que cambiar.

Hice un gran esfuerzo para no ilusionarme demasiado con la vida que podía llegar a tener, había comprado incluso un boleto de vuelta después de convencerme a mí misma de que estaba volando demasiado alto.

Para ser honesta, lo que más me había motivado era la posibilidad de conocer personas como yo, desde que era pequeña había tenido una habilidad bastante extraña, y no conocía a nadie que compartiera esa cualidad conmigo.

Me lancé en el sofá que encontré en una especie de despacho y como hacía frío no me quité el abrigo, solo los zapatos. Deseé saber cómo encender la chimenea, pero estaba demasiado cansada para intentarlo…

No recordaba la última vez que había estado tan cómoda, hasta el frío se sentía bien, podía pasar todo el día así. Sin abrir los ojos pude notar que el sol no daba por ninguna parte. Me agradaba el sonido del crepitar de la chimenea, la chimenea...

Abrí los ojos y me incorporé lentamente, todo parecía estar exactamente como lo había dejado, salvo eso. Me calcé los zapatos, fui hacia la puerta y la abrí cuidadosamente, intentando hacer el menor ruido posible. Al hacerlo, un penetrante olor a café invadió el despacho. Definitivamente había alguien más en la casa. Pero, ¿cómo sabía Augusto que había llegado ya?

Me encaminé hacía la cocina, donde encontré la puerta abierta. Había un hombre de espaldas, era muy alto y su cabello oscuro.

—Buenos días, Silvana —dijo, antes de darse la vuelta.

Revolvía con una cucharilla la taza de café en su mano. Tenía unos cuarenta y cinco años de edad y sus rasgos eran algo toscos, de ese tipo de rostro que no se ve a menudo. Su aura era imponente y me miraba con los ojos negros muy penetrantes. Pareció percatarse de la manera en que me veía y del hecho de que estaba incomoda, porque suavizó la mirada.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó, girándose de nuevo para darme la espada.

—Por favor —fue lo único que fui capaz de decir.

Cuando la tomé, él se acercó a mí y me tomó por los hombros para darme un tierno beso en la coronilla. Estaba paralizada mientras él me soltaba y se sentaba

en la silla más cercana. Cuando mis músculos respondieron, le seguí y me senté frente a él.

—Espero que hayas tenido un buen viaje, te habría recibido, pero no sabía que llegabas hoy. —Augusto me miraba y hablaba como si realmente nos conociéramos, y yo comenzaba a sentir los mismo.

—No hay problema, llegué tarde, busqué la llave donde dijiste que estaría y me acosté enseguida. –Mis dedos rodeaban mecánicamente el borde de la taza de café.

—Debes tener hambre entonces, come —me invitó, señalando una bolsa que había en la mesa entre nosotros—: ¿Conociste la casa? —fue su pregunta y pude notar algo en él que hasta el momento había sido imperceptible. Era un hombre muy triste, y de tener un aura visible a su alrededor habría sido de un intenso azul.

—Poco, solo la parte de abajo, ¿qué hay arriba? —quise saber, pero Augusto tardó un par de segundos más de lo socialmente establecido para contestarme. No estaba segura, pero me daba la impresión de que él estaba impresionado conmigo.

—Habitaciones, otros despachos, abajo hay sótano, es una casa grande, como todas las de la zona, te tomara un tiempo familiarizarte con ella. A menos que quieras venderla y en cuyo caso no será necesario —siguió y me atraganté con un trago de café.

Tuve que toser un par de veces para recuperar el habla.

—¿Venderla? ¿Es mía? —Esa nueva información me impactó, nunca había tenido nada, sólo lo que había llevado conmigo en aquel viaje.

—Por supuesto. Y solo por eso ya tienes motivos para quedarte ¿no crees? —Él quería que me quedara y me pregunté si eso aliviaría un poco su tristeza.

—Me parece que es muy pronto para decidir eso. ¿Qué es exactamente lo que voy a hacer aquí? —No tenía paciencia para formalismos ni timideces, quería saber muchas cosas y quería saberlas rápido.

—Es muy pronto para decidir eso —respondió repitiendo mis palabras—. Primero debemos saber que tanto sacaste de Ana, y que tanto sacaste de tu padre —hubo cierto dejo de desdén cuando pronunció la palabra "padre" —. Quiero saber qué es lo que puedes hacer, no fuiste muy precisa en las cartas.

Pensé en la manera de explicarlo, ya que era algo que no comprendía del todo.

—A veces siento… que puedo saber lo que alguien piensa o siente. Pero no es algo que controle, solo... pasa.

Él esperó, como si la información que le di fuese insuficiente y cuando comprendió que no tenía nada más que decir, habló.

—Estoy seguro que debe haber más. Corre en la sangre de tu familia.

—Si pudiese hacer otra cosa, ¿no lo sabría?

—Las habilidades no siempre son notables, de hecho la mayoría de las veces hay que trabajarlas mucho para que salgan a flote. Además estas en desventaja, te criaste lejos de este aquí y la influencia de la región es un factor importante.

—¿Por qué mejor no me hablas de mi madre? —pedí, aturdida.

—Tú… te pareces mucho a ella, excepto que eres rubia como tu padre. Pero en general te pareces a Ana: en estatura, contextura, el rostro y las maneras. Si no supiera mejor, creería que te criaste con ella.

—¿Las maneras?

—En la forma de hablar, y alguno de tus gestos.

Augusto parecía de lo más complacido hablando del tema, como un cirujano después de explicar qué hizo en una compleja cirugía, había un dejo de orgullo y admiración en sus palabras. Había estado enamorado de ella, y a ese sentimiento le debía mi situación. Se me hizo un nudo en la garganta. Podía sentir su dolor y era… desagradable.

—Tenía muchas ganas de conocerte, de tenerte aquí —recalcó.

—¿Y si quiero irme? —pregunté y pude verlo apretar la mandíbula.

—Eres libre de hacerlo, pero creo que sería un error.

Suspiré y me recosté en la silla, no estaba segura de muchas cosas en este momento, de hecho no estaba segura de nada, pero reparé en algo que casi pasaba desapercibido y que podía ser útil…

—¿Cómo sabias que ya estaba aquí?

—Alguien pudo… verte llegar — respondió Augusto y mientras decía esto, señaló su sien.

—¿Quieres decir un vidente o algo así?

—Correcto —contestó, frunciendo el ceño al darse cuenta de por dónde iba mi pregunta.

—Si decido quedarme, ¿qué va a pasar? —suspiró, pasando su mano por el cabello y supe que estaba decidiéndose entre darme una respuesta o no—. Por favor sé honesto conmigo —le dije en un intento de persuadirlo.

Augusto se incorporó y clavó sus negros ojos en los míos, en ese momento, incluso antes de que dijera una palabra, se me erizó la piel.

—Si decides quedarte, en realidad no puedo darte detalles, ya que ni yo los tengo, pero sí sé una cosa que sucederá, y es que aquí te convertirás en madre…

Quedé boquiabierta por unos segundos. Nunca le había dado demasiadas vueltas a la idea de ser madre, de seguro algún día querría tener hijos, pero era una idea lejana y ajena ya que nunca me había enamorado siquiera. Él me dejó pensar un rato, y no estuve segura si transcurrieron segundos o minutos cuando habló nuevamente.

—Comprendo que te asusté, pero es solo porque te di demasiada información en poco tiempo.

—No me asustaste —respondí, sin estar segura de estar diciendo la verdad.

—Silvana no hay mucho más que yo pueda decirte, pero hay un lugar donde podemos consultar una vidente, además de una empática, y si en efecto tienes más poderes, ahí aprenderás a manejarlos.

No estaba segura de qué responder a eso, una parte de mí me decía que buscara mis cosas, mi boleto de

vuelta y huyera tan pronto como fuese posible. Otra parte, la más predominante, me indicaba que hiciera lo que Augusto proponía, y así por fin saber de qué iba todo aquello.

—¿Qué tan lejos está? —le pregunté, cuando puso a andar el coche.

—Una hora, más o menos.

—¿Tiene algún nombre ese lugar?

—El Recinto.

Noté que medida que pasábamos tiempo juntos, el azul que emanaba de Augusto aclaraba lentamente.

Condujo un buen rato por la ciudad que poco pude ver la noche anterior. Era una ciudad pesquera, reinaban los lagos y muelles. Sumamente pintoresca, además del azul del agua, había inmensas montañas cubiertas de blanca nieve.

Después de un rato fue desapareciendo poco a poco la civilización para dar paso a unas montañas que se perdían en el cielo.

—¿Y cómo funciona "El Recinto" exactamente? —Mis oídos comenzaron a taparse por las montañas.

—Yo dirijo —me dijo, como si no fuese gran cosa y añadió-—: Personas ya experimentados enseñan a los más jóvenes, como tú, a desarrollar sus poderes. Ahí está —me indicó señalando con el dedo.

Se trataba de un terreno bastante grande, la edificación principal era rectangular y larga, no lograba dis-

tinguir de cuantos pisos, era de color gris y estaba rodeada de árboles y montañas. Una verja gigante indicaba que no cualquier era bienvenido, y para dejarlo claro, dos hombres de gran tamaño y vestidos de negro se ubicaban en la entrada. Saludaron a Augusto con un asentimiento.

Entramos y vi que había autos y unas cuantas personas en los grandes jardines, había también incontable número de árboles a los costados y bancos para sentarse así como un lago que incluso parecía estar congelándose. Siguió los caminos marcados y rodeó el edificio hasta que estuvimos en la parte de atrás, donde aparcó.

Al bajar del auto me golpeó la gélida temperatura, hacía mucho más frio que en la ciudad. Augusto puso su mano en mi espalda y comenzó a guiarme, caminábamos rápido y él no dejaba de mirar a los lados, como si estuviese escondiéndose de alguien; entramos por las grandes puertas de roble negro y una vez dentro del edificio, vi que era como su director, sombrío.

Dentro daba la impresión de que era de noche. Recorrimos varios pasillos en silencio y llegamos a una puerta que parecía tener el doble de tamaño que las demás. Augusto tocó un par de veces con los nudillos y una voz de mujer respondió desde adentro indicándonos que pasáramos.

Al entrar lo primero que me llamó la atención fue la gran habitación, era una especie de despacho decorado con el mejor de los gustos, tenía un aire majes-

tuoso ya que todo ahí se veía ostentoso y elegante. Lo segundo que captó mi vista fue una hermosa mujer de unos cuarenta años, iba impecablemente vestida y tenía una llamativa cabellera roja. Ella estaba recostada de un escritorio y se incorporó al vernos entrar para luego sonreírme. Me pareció una sonrisa extraña, no del todo genuina.

—Bienvenida Silvana, tenía muchas ganas de por fin conocerte —exclamó, y cuando estuvimos lo suficientemente cerca, me dio un abrazo. Llevaba perfume caro y era muy formal en sus gestos.

—Silvana, ella es Amalia. Mi mano derecha —me dijo Augusto, mientras me llevaba a un set de muebles en un lateral—. Ella es empática, una de las mejores vivas, puede detectar casi cualquier cosa en tu mente, sin importar cuanto intentes ocultarla —me explicó.

Fruncí los labios porque idea de alguien husmeando en mi mente no era algo con lo que me sintiera cómoda.

Nos sentamos y ella nos siguió, sentándose elegantemente frente a mí y sonriéndome de nuevo de esa manera que me causaba desconfianza. Amalia parecía muy cómoda, pero no escapó de mi atención el hecho de que ella me estaba examinando extensamente.

—¿Te parece si comenzamos? —fue su pregunta. Yo miré a Augusto y él asintió, aprobando.

Amalia, que estaba frente a mí, se limitó a observarme de una manera que me hacía sentir que podía leer mi mente.

—Es empática —le anunció a Augusto, que no mostró expresión alguna en su rostro.

—¿Nada más? —fue lo único que pudo decir.

—Nada más por ahora, pero si apenas llego ayer quizás nos sorprenda en un par de días.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté a nadie específico, me molestaba el hecho de que hablaran de mí como si no estuviese ahí.

—Quiere decir que compartes mi don cariño, puedes de cierta manera "ver" dentro de las personas. Sus emociones, sus debilidades, su potencial. Con cierto ejercicio te enseñaremos a dominarlo —contestó Amalia, que cada vez que terminaba una frase sonreía políticamente, o al menos así me parecía.

—Es poco probable con tu ascendencia que seas solo empática, pero pronto sabremos sí en efecto hay algo más.

Las expectativas de Augusto, y el escrutinio de Amalia me aturdieron pronto. Ellos continuaban hablando de mí como si no estuviese presente, pero yo solo quería irme.

—¿Puedo conocer el lugar? —pregunté a Augusto y aunque en un principio pareció estar a punto de refutar, se limitó a asentir.

Me puse de pie y me dirigí a la puerta mientras me despedía evasivamente de Amalia.

—No me agrada esa mujer —refunfuñé.

—Es su empatía y la fuerza con la que la empleó. Siendo una… intromisión directa en tu mente, es natural que la reacción inicial sea rechazo. Sucede con más potencia cuando las dos partes son empáticas.

Vamos, te mostraré mi despacho y algo de mi trabajo.

Recorrimos el lugar y noté que había pocas personas en los pasillos, Augusto me explicó que por la hora, la mayoría de los residentes debían estar en sus lecciones.

De la nada dejé de escucharlo, fue como si el volumen de su voz perdiera fuerza para mí. Un destello azul frente a mí me hizo parpadear, y Augusto, que me llevaba nuevamente por la espalda se tensó. El destello venía hacia mi dirección, así como yo iba hacia él, al desenfocar la fuente, descubrí que eran un par de ojos azul, que pertenecían a un muchacho, un chico que por lo poco que podía ver era alto, muy blanco y de cabello oscuro. A medida que se acercaba, era como si mis sentidos se fuesen apagando. Pero alcancé a ver su rostro, y en ese momento me pregunté si estaba delirando. Cerré los ojos pues de pronto estaba frente a mí.

—Ahora no es el momento, confía en mí —le dijo Augusto al muchacho y fue prácticamente un gruñido. El chico estaba por protestar con la vista fija en mí, cuando Augusto zanjó —: lo arruinaras todo.

Y sin esperar respuesta, Augusto siguió guiándome a gran velocidad y solo alcancé a ver como el chico apretaba la mandíbula y los puños con frustración. Antes de cruzar la esquina, giré una última vez a verlo, y cuando miré esos ojos ahora en la distancia, caí en cuenta que en esos escasos segundos, mi corazón había trabajado más que durante toda mi vida.

Después de eso, el humor de Augusto cambió y pron-

to estuvimos en el carro. Hicimos el camino de vuelta en silencio, mientras yo intentaba procesar a aquel chico y el hecho de que fuese real. Se me asemejaba a un ángel con esos deslumbrantes ojos.

Cuando llegamos a la casa, Augusto apagó el auto, pero ninguno de los dos hizo ademan de bajarse.

—¿Qué opinas de todo lo que has visto y te he revelado hasta ahora Silvana?

—No termino de formar la idea —respondí con pesar.

—Me gustaría saber cuál es el siguiente paso, si decides quedarte, podemos volver al Recinto, ahí tendrás todo lo que necesitas, incluida educación. Si no te interesa nada de esto, puedes simplemente vender la casa e irte, aunque creo que esa sería la decisión incorrecta. —Noté como a medida que hablaba aumentaba su ansiedad, y el azul volvía a emanar de él.

Sopesé cada una de sus palabras, no estaba segura de nada. No tenía ni una respuesta.

—Creo que no tengo información suficiente para tomar una decisión— le dije y me miró unos segundos para luego asentir. Pude sentir que aún estaba inquieto —. Es difícil, me has explicado muy poco y de momento no comprendo nada —fui sincera y él se quedó callado unos segundos antes de responderme y cuando lo hizo fue en tono de disculpas.

—Si no te he explicado suficiente, es porque no es el tipo de cosas que se entienda con palabras, este estilo de vida tomará forma de acuerdo a tu percepción.

No quise preguntarle nada del chico, por la manera en que había reaccionado a él, estaba segura de que no me daría una respuesta honesta. Me dejó sola en la casa y me propuse organizar mis ideas. Antes de dormir me convencí a mí misma de que lo mejor sería marcharme, y lo habría hecho, de no ser por los incandescentes zafiros que me miraban cuando desperté en medio de la noche…

CAPÍTULO 2
EL ÁNGEL

Me incorporé bruscamente, lo que hizo que me mareara. Busqué con cautela mi teléfono y encendí la linterna, pero no había nadie. Quizás lo había imaginado, era lo más probable. Ese par de ojos no parecían reales…

Ante la posibilidad de volver a verlo, y obtener respuestas, decidí volver al Recinto, por lo que cuando Augusto llegó esa mañana, ya lo esperaba lista.

Al llegar sentí como me sudaban las palmas. Augusto me hizo cruzar rápidamente los pasillos y pude notar que cierta ansiedad emanaba nuevamente de él. Me percaté de que me llevaba rápido y de cierto modo a escondidas de nuevo, como un delincuente que quieren esconder de los medios.

No protesté y caminé a su ritmo hasta que reconocí el pasillo donde estaba la oficina de Amalia. Tocó la puerta y la voz de ella nos indicó que entráramos. Una vez dentro, se relajó visiblemente. No tuve tiempo de indagar en el asunto, pues Amalia interrumpió mis pensamientos.

—Buenos días cariño. —Ella lucía tan elegante como el día anterior. Llevaba una blusa mangas largas de seda azul marino, una falda vino tinto ceñida hasta la rodilla, y grandes tacones. También estaba igual de in-

timidante —. Por favor, siéntate —me indicó haciendo un gesto con la mano—. ¿Te vas a quedar o nos vas a dar un momento a solas? —preguntó a Augusto y era bastante claro que le estaba indicando que se fuera.

—Volveré cuando terminen —respondió él y me miró con preocupación por un segundo, antes de salir de la habitación.

Yo hice lo que me había indicado Amalia y me senté en el sofá estilo psicólogo. Ella se acercó a mí y sacó una aguja grande del bolsillo de su falda, después de dedicarme una mirada de disculpa, pinchó mi dedo con ella, y cuando una brillante gota carmesí se escurrió por la aguja, se alejó de mí con cuidado de no derramarla. La depositó en una ampolla y examinó extensamente al momento que decidía por fin explicarme.

—Es para que nuestros rastreadores registren tu aroma —dijo dejándome igual de confundida.

Volvió a mi lado, tomó mi mano, cerró los ojos y después de un momento los abrió de nuevo von un gesto de frustración. Yo me sentía… expuesta.

—Sin duda hay más, mucho más. Pero es como si estuviese… oculto.

—¿Más…?—la invité a aclarar.

—Magia, poderes. No eres solo empática. Pero la única manera de que el resto de tus poderes salgan a flote es con cierta práctica. Es ahí donde entra esta institución.

Asentí a sus palabras y ella me dedicó una sonrisa condescendiente que me dio a entender que sabía exactamente lo que estaba pensando. El arma que

utilizó a continuación, no pude haberla visto venir. Y me comprobó lo que desde el día anterior sospechaba: Amalia era ágil, y vil.

—Debo decirte que estoy impresionada contigo, y sin duda Daniel también lo estará.

—¿Daniel? —pregunté y ella me miró con fingida perplejidad.

—¿Augusto no...? ¡Vaya! —exclamó.

Estaba a punto de preguntarle quien era él, cuándo abrieron abruptamente la puerta, desviando mi atención de Amalia. Era el ángel, y me miraba fijamente.

—Hablando del rey de roma —escuché decir a Amalia, mientras se ponía de píe.

Yo no podía dejar de mirarle a él, era… hipnótico. Amalia pasó a mi lado hacia donde estaba el chico, que seguía mirándome con sus ojos azules muy abiertos. Pude ver cómo tragaba saliva y abría la boca para decirme algo, cuando Amalia se lo impidió.

—Daniel, no es el momento, Silvana aún no está… informada.

Él dejó de mirarme por primera vez desde que llegó, como si las palabras de Amalia lo hubiesen confundido.

Amalia puso una mano en su espalda y lo sacó sutilmente de la habitación. Volvió a mirarme con frustración y eso fue lo último que vi antes de que ella cerrara la puerta. Me acerqué rápidamente para poder escuchar.

—No tienen derecho a esconderla de mi Amalia, ni Augusto ni tú. —Era una voz muy grave, que pare-

cía ser la de un hombre mucho mayor, era etérea y seductora. Quise que hablara de nuevo, quería escucharle, pero fue Amalia quién habló a continuación.

—Tienes toda la razón. Yo asumí que Augusto le había explicado a Silvana el por qué estaba aquí, acababa de darme cuenta que no lo hizo cuando entraste.

—Yo hablaré con ella. —Se le escuchaba muy molesto. No sabía que los ángeles pudieran enojarse.

—No cielo, no es buena idea. Ella está confundida y solo vas a lograr confundirla más. Se irá corriendo de aquí.

—Te aseguro que eso no va a pasar.

—Me temo que debo insistir, no lograrías nada, Augusto vendrá en cualquier momento por ella y la dejaras con más preguntas que respuestas.

—Silvana me pertenece a mi Amalia, no a Augusto, a mí.

Las piernas me temblaron al escuchar eso ¿Cómo podía ser real?

—Lo sé Daniel, no lo discuto en absoluto, pero creo que no es el momento, podrías asustarla y ninguno de los tres quiere eso, si decide irse nos veremos perjudicados... los tres...

—No podrán esconderla por mucho tiempo, tarde o temprano la tendré a solas.

Después de eso… silencio. Supe que él se había ido y poco después Amalia volvió.

—Acompáñame cariño —me pidió visiblemente nerviosa y yo la seguí para comprender que saldríamos por una puerta lateral y no la principal.

—¿Quién es él? —le exigí sin poder contenerme más.

—Eso va a explicártelo Augusto —respondió con otra sonrisa de esas que duran dos segundos.

Subimos un par de pisos solitarios y genéricos hasta que se detuvo frente a una puerta, sacó un manojo de llaves del bolsillo de su falda, y abrió.

Se trataba de una estancia mediana, parecía algo genérica, como las de los campus universitarios. En el mismo espacio se encontraban la cocina, el comedor, y cerca de la puerta una pequeña sala de estar.

—Es mejor que esperes a Augusto aquí, ponte cómoda —me dijo y después de sonreírme, se marchó.

En el lugar no parecía haber nadie, y tenía la cabeza tan embotada que no me animé a husmear. Una de las dos puertas en la estancia estaba abierta y vi que era una habitación desocupada. Entré y después de echar un rápido vistazo y ver que no invadía el espacio de nadie, me tumbé en la pequeña cama sin tender.

Por mucho rato le di vueltas a todo en mi mente, principalmente pensé en el chico y en por que no habíamos podido hablar hasta el momento. Un ruido en la parte de afuera me alertó y me incorporé. Con cuidado salí de la habitación. Había una muchacha de espaldas. Parecía estar haciendo algo en la cocina y no se había percatado de mi presencia.

—Hola... —saludé tímidamente.

Ella se giró y me dedicó una gran sonrisa. Era un poco más alta que yo y muy guapa. De cabello os-

curo, tez morena, ojos claros y dientes muy blancos, parecía una modelo o reina de belleza.

—Pensé que dormías. Te estoy preparando algo porqué imagino que tendrás hambre, solo sándwich de queso que es lo único que se hacer. —Se encogió de hombros como disculpándose—: Ah, claro, soy Jennifer.

—Hola Jennifer, soy Silvana.

—Lo sé tonta. Ven, siéntate. Ya va a estar.

La seguí a la cocina mientras ella se acercaba a la estufa y me senté en el pequeño comedor. Sirvió el pan en un plato frente a mí y se sentó al otro lado de la pequeña mesa redonda. Sus gestos parecían los de una niña, era muy carismática.

—Tengo entendido que Augusto vendrá por ti más tarde, cuan. Me pidieron que te entretuviera mientras tanto —me explicó.

Asentí y le di un par de mordiscos al pan mientras ella me observaba con el ceño hundido.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Debería decirle a Daniel que estás aquí? —solté el sándwich de la sorpresa.

—Yo... En realidad no lo conozco...no sé.

—¿No es por eso que viniste? —preguntó sorprendida y yo negué con la cabeza—. Ya —Siguió observándome y quise hacerle un par de preguntas, pero no tenía ni idea de por dónde empezar, tenía tan poca concepción de todo lo que estaba sucediendo que ni

siquiera una pregunta podía formar—. Eres tan bonita Silvana, pareces una muñeca —expresó con exagerado entusiasmo.

Me sentí avergonzada así que solo pude sonreírle mientras intentaba masticar. Me pareció extraño el comentario viniendo de ella que parecía una supermodelo. Su impecable aspecto se me semejaba al de él, al áng... Daniel.

—¿Dónde estamos exactamente? —pregunté, intentando desviarme de aquellos pensamientos que me resultaban perturbadores, al pensar en su rostro me costaba respirar.

—Te trajeron aquí me parece que para esconderte. Esta es mi pieza y nadie te buscaría aquí —Jennifer hablaba como una especie de caricatura, era entretenida de mirar.

—¿Por qué nadie me buscaría aquí? —O mejor dicho Daniel, porque no se me ocurría otra persona que pudiera buscarme.

—Bueno, en teoría, no te llevarían a un lugar donde no estuvieses a salvo... —contestó y no pudo continuar pues tocaron la puerta.

Se paró de un brinco de manera muy agraciada y llegó rápidamente. Al abrirla, vi que había un hombre, y aunque iba de traje, noté que era joven, de unos 30 años de edad. Me miró por unos segundos antes de dirigirse a Jennifer.

—Buenas tardes Jennifer, vine por Silvana —habló de manera muy formal, como si fuese una especie

de negocio. Tenía la voz grave pero no tanto como Daniel, nada se comparaba a la voz de él.

—No me dieron instrucciones de que debiera entregártela a ti —contestó ella altanera, colocándose las manos en la cintura.

—No tengo tiempo para tus niñerías, debo llevarla de vuelta al centro antes de que se haga más tarde.

Jennifer resopló y me miró en forma de disculpas.

—Augusto mandó por ti —me dijo encogiéndose los hombros. Debió haber visto algo en la expresión de mi rostro, pues continuó—: No te preocupes, Michael es instructor aquí. El más joven y guapo por cierto.

—Jennifer...— La regañó el hombre mientras ella reía de su imprudencia. Me puse de pie aun dudando y me acerqué a la puerta, donde estaban ellos—. Augusto está ocupado, se reunirá contigo en cuanto pueda —dijo hacia mí, e incluso con la chaqueta del traje pude ver que era musculoso así que probablemente sería inútil resistirme, sin contar el aura amenazadora que lo rodeaba.

Miré a Jennifer en busca de consuelo y ella de nuevo me dedicó una sonrisa de disculpa. Deseé poder quedarme o llevarla conmigo, de alguna forma me hacía sentir mejor. Le daba algo de frescura a toda esa extraña situación.

—Gracias por todo —le dije a Jennifer con una sonrisa tímida.

—Buenas noches Jennifer —se despidió el hombre,

mientras que yo lo hice con un saludo de la mano. Ella se despidió de vuelta y comenzamos a caminar.

No estuve segura si era porque de pronto estábamos solos, pero comencé a sentir que el ambiente se cargaba, era una energía negativa muy poderosa y tardé poco en identificarla. Era rabia y aparentemente provenía de Michael, lo miré extrañada, pero él parecía estar completamente ajeno a esto, su rostro no mostraba alguna expresión.

La sensación era prácticamente insoportable y la piel se me erizó, cuando comenzaba a volverse atorrante, salimos al exterior y pude respirar el frío aire. Una vez ahí la tensión se redujo, definitivamente era Michael, que a pesar de parecer un roca en el exterior, llevaba mucha desdicha dentro de él. Me recordó a Augusto, pero en su caso la pena era mucho mayor.

¿Que podría haberle sucedido a ese fuerte y apuesto hombre para que fuese tan miserable? Me encontré de pronto frente a una camioneta negra y Michael abrió la puerta y subí. Caí en cuenta de que un viaje en tan pequeño espacio con él iba a ser sumamente pesado. Busqué el botón y bajé la ventanilla, él subió a la camioneta, la encendió y comenzamos a marchar. Charlar, eso aligeraría un poco la tensión.

—¿Por qué me llevas tú a la casa?

—Augusto está… resolviendo algo —respondió y pude imaginar que… o con quien.

—¿Es tu jefe?

—Digamos que algo por el estilo.

No parecía cómodo con las preguntas, pero yo no quería sentir de nuevo esa abrumante rabia. Pensé vagamente que me gustaría ayudarlo, tener un antídoto para ese veneno que le consumía, era tan joven.

—No eres de mucho hablar ¿verdad?

—Tenía entendido que tú tampoco —contestó, pero no estaba dispuesta a darme por vencida y quería conocerle un poco más. Decidí matar dos pájaros de un tiro.

—Jennifer dijo... Que ahí, con ella, se suponía que yo no estaba a salvo. ¿Por qué? No comprendí eso y ella estaba a punto de explicarme cuando llegaste. —Michael hizo una mueca y no contestó de inmediato—. No voy a dejarte en paz hasta que me contestes —lo amenacé y él se rió secamente, lo pensó unos segundos y luego respondió.

—Se supone que Jennifer es peligrosa, pero no, no es cierto.

Lo miré incrédula por unos segundos, pero no continuó.

—Nunca en mi vida me habían dado una respuesta tan insatisfactoria e incompleta —le recriminé. Él ladeo la cabeza sin mirarme, tenía los ojos en la carretera y decidió continuar.

—Jennifer es un demonio Silvana, no uno peligroso ciertamente, pero un demonio al fin.

Me quede boquiabierta, no era posible que una chica tan encantadora y hermosa fuese un demonio, debía investigar que implicaba eso.

Resolví atar los cabos en mi cabeza: Jennifer, era un demonio y el ángel no me buscaría allí. ¿Por qué? porque se suponía que no me pondrían en peligro. Sí, era eso. Al menos algo así había dicho Jennifer.

Llegamos a la casa, Michael encendió la luz y caminó delante de mí por el pasillo. Había estado ahí antes.

—Augusto vendrá en cuanto pueda, ¿crees que podrás cuidarte sola hasta entonces?

Lo miré con desdén, pero a él no pareció intimidarlo.

—Soy más que autosuficiente.

—Bien, yo debo irme. Mantente a salvo y no le abras la puerta a nadie ¿de acuerdo?

—¿Sabes? Estoy comenzando a resentir el hecho de que me trates como a una ciega en un campo minado.

Michael sonrió, a medias, y solo con los labios, pero sonrió.

—Te dejo entonces. Confío en que te vas a comportar. Que tengas buenas noches. —Y se marchó, con su formalidad inquebrantable, dejándome de nuevo sola en la casa.

Estaba recorriendo los pisos de arriba, cuando escuché la voz de Augusto en la planta de abajo.

—¿Silvana? —Me llamó y bajé lo más rápido que pude, estaba al pie de la escalera con una bolsa de papel en la mano—. Te traje cena —me dijo tendiéndomela y luego dándose la vuelta para entrar al comedor, no solo lo seguí, sino que me adelanté.

—Me siento como un cachorro, me dejas a cargo de personas, apareces para darme de comer...

—No seas melodramática, estaba lidiando con una… situación, ahora come.

Se sentó en la mesa del comedor y me senté frente a él, sin tener la más mínima intención de comer.

—Me debes una explicación —le dije, y me miró sin parpadear hasta que por fin habló.

—Esperaba que no tuviésemos que tener esa conversación aun, por eso no te había dicho nada.

—Pues a mí me parece que fue lo primero que debiste decirme. ¿Quién es él? —pregunté intentando parecer serena.

Respiró arremangándose la camisa, como si estuviese a punto de tener una pelea.

—¿Alguna vez Marina te habló de profecías?

Hice un repaso rápido en mi cabeza.

—No, no lo hizo.

—Bien, una profecía es, al menos en una de sus formas, una aseveración que hace un vidente sobre el futuro de una persona. En nuestro mundo son muy comunes y en la mayoría de los casos, también corrientes —explicó, al tiempo en que me miraba para asegurarse de que le entendiera y yo le indiqué con la mirada que prosiguiera—. La cuestión es que hay profecías en tu nombre, por eso Amalia esta tan interesada en ti y las habilidades que puedas tener.

—¿Eso que tiene que ver con...él?

—Algo de lo que ya hablamos...En esas profecías... —Cerró los ojos por un momento antes de continuar—: Su madre y la tuya eran grandes amigas, y según profecías hechas antes y después de tu nacimiento, tú vas a darle a ese muchacho una hija, una niña extraordinaria ya que tendrá una cualidad que ningún ser jamás ha tenido, y es que ella tendrá todos, absolutamente todos los poderes que existen en nuestro mundo.

Quedé atónita y a pesar de que había hablado en perfecto español y que había entendido todo lo que dijo, hubo cierta sensación de vacío en sus palabras. Parecía surreal, un invento, o una historia lejana.

—¿Entiendes lo que eso significa? La hija del él sería… el ser más mágico del mundo.

De todas las cosas que había dicho, una línea en particular llamó mi atención.

—¿La hija de él?

—En nuestro mundo los hijos pertenecen al padre —explicó de forma casual.

—Eso es injusto, además de políticamente incorrecto —susurré y él me miró perplejo.

—Todo lo que acabo de revelarte y... ¿eso es lo único que tienes que decir?

Estaba consiente que parecía estúpido, pero yo no había asimilado nada de lo que él me había dicho. Para mí eran palabras vacías, como si lo estuviese mirando en una película, pero no tenía relación conmigo. Me cubrí la cara con las manos, quería simplemente re-

coger mis cosas e irme, escapar de toda esa locura y volver a mi vida normal.

"¿Querías algo más no?" me dije a mi misma, *"pues aquí lo tienes, esto es mucho más".*

—Silvana...— Comenzó Augusto, pero yo alcé la mano para detenerle. Él hizo silencio por un momento para luego volver a hablar y esta vez más fuerte—. ¡¿Entiendes por qué no quería hablarte de él?! Quería que te fueses haciendo ciertas ideas antes de entrar en terreno peligroso.

Me descubrí el rostro y alcé la mirada, de nuevo sus palabras eran ajenas para mí, como si le estuviese hablando a alguien más y yo solo era una espectadora.

—¿Te importaría dejarme sola? Me siento un poco abrumada y me gustaría descansar.

Su rostro se crispó y supe que había herido sus sentimientos.

—Solo... quiero descansar ¿sí? han sido muchas emociones por un día. —Se pasó las manos nerviosamente por el cabello y se puso de pie. Podía sentir lo ansioso que estaba.

—Solo prométeme, que si decides irte, te despedirás de mí. —Su mirada era implorante y podía sentir la ansiedad de su voz.

No quería hacerle daño. Asentí para darle algo de tranquilidad y vi como expulsaba el aire. Se acercó lentamente a mí y plantó un tierno beso en mi cabello. Se dio la vuelta y se marchó.

Por extraño que pareciera, deseé volver estar en aquel pequeño apartamento con Jennifer. El poco rato que había podido compartir con ella, sentí que todo aquel asunto no era tan anormal, que todo lo que estaba sucediendo estaba bien. O quizás de nuevo en el coche con Michael, probablemente tenía que ver con el hecho de que sus problemas debían ser mucho más grandes que los míos, pero a su lado no me sentí tan agobiada por mi situación.

Tardé más de lo necesario en bañarme. Dejé que el agua corriera por mi cuerpo sin poner especial atención al baño. Mil imágenes pasaban por mi cabeza, pero ningún pensamiento concreto. Cada vez que él aparecía en mi mente, tenía que sacudirme la cabeza e intentaba pensar en algo más.

Solo el recuerdo de esos incandescentes ojos hacía que se me erizara la piel y me faltara el aire. En cierto punto se estaba haciendo imposible evitar la imagen, así que salí de la ducha. Me pregunté cómo demonios iba a lograr dormir algo esa noche, y qué se suponía que debía hacer por la mañana.

Cuando entré de nuevo al despacho que se había convertido en mi habitación, mi corazón se desbocó. A la tenue luz de la chimenea pude ver su silueta. Estaba de pie junto a la ventana mirándome, llevaba las manos en los bolsillos y solo podía ver su forma. Sus anchos hombros, su altura, su rebelde cabello.

"Tarde o temprano la tendré a solas" había dicho… y ahí estaba.

CAPÍTULO 3
SUYA

Tragué saliva intentando deshacer el nudo en la garganta. Mi cuerpo no respondía, estaba junto a la puerta sin poder moverme, sintiendo como cada centímetro de mi cuerpo temblaba. Él se movió casualmente, aun con las manos en los bolsillos y sentí el vuelco de mi corazón de nuevo. La luz de las llamas le dio de frente y esa vez pude verle con claridad.

Su perfecto rostro hacia arder mis ojos. Su cuerpo era delgado y era unos diez centímetros más alto que yo. Llevaba un pantalón oscuro y una franela azul. Se movió un poco y con cada centímetro que se desplazaba, provocaba una reacción en mí.

—Silvana —se limitó a saludarme y me estremecí. No podía hablar, no podía moverme.

Podía verle claramente y me pregunté si él podía verme a mí.

Mi pregunta quedó contestada cuando desvió sus ojos de los míos para escanearme lentamente de arriba abajo, sin ningún tipo de consideración.

Se movió con lentitud y me miró de manera que sentí que me estaba advirtiendo, acto siguiente dio un paso hacia mí. Instintivamente, supuse que para proteger el manojo de nervios en el que se había convertido mi cuerpo, di un paso hacia atrás. Él se detuvo en

seco, parecía asombrado. Mis dientes castañeaban y no era de frío.

—No hagas eso —me susurró entornando los ojos.

Cerré los míos, mirarle encandilaba y necesitaba descansar la vista. Cuando volví a abrirlos, me miraba fijo y esta vez, en lugar de advertirme, me estaba pidiendo permiso, yo asentí casi imperceptiblemente incluso para mí misma.

Comenzó a acercarse lentamente, aun con las manos en el bolsillo. De inmediato me arrepentí, a medida que se acercaba mis piernas temblaban aún más, mi corazón se desbocaba y me faltaba el aire. Pero no podía retroceder.

Tenía sus infinitos ojos azules clavados en los míos y se acercaba con cautela. Llegó al punto en el que yo estaba, pero no se detuvo, dio un paso más hasta quedar muy cerca de mí. Nuestros cuerpos separados solo por centímetros, podía sentir su respiración en mi frente, y mi nariz estaba a la altura de su cuello. Olía cielo, claro, si era un ángel, su olor no se asemejaba a ninguno que conociera. Olía a hombre, pero también a sabanas frescas, como huele la cama cuando las dejamos en la mañana.

Tomó de manera muy delicada mi barbilla. A penas lo sentí, de no ser por el calor de su tacto no me habría dado cuenta. Levantó lenta y cuidadosamente mi rostro y yo cerré los ojos con todas mis fuerzas, tenía miedo, pero no estaba segura de que.

—Abre los ojos —me pidió con su grave voz y a pe-

sar de que no quería, la misma fuerza que me había impedido retroceder antes, me obligó a obedecerle y mirarle. Esos ojos que podrían darle celos al mismo mar, estaban ahora a solo centímetros de los míos—. ¿Sabes quién soy? —preguntó en un susurro y yo reuní la fuerza suficiente para asentir—. ¿Augusto te habló de mí? —preguntó de nuevo, como si le hablara a una niña, con ternura y en susurros. Yo asentí, haciendo un esfuerzo enorme por concentrarme—. Abre los ojos Silvana —me indicó una vez más, no me había percatado que los tenía cerrados de nuevo, en mis parpados seguía estando él.

Le obedecí y nos mirábamos fijamente. Las manos me temblaban y por aferrarme a algo, me agarré de su camisa, a lo que él respondió con un profundo suspiro que a su vez estremeció todo mi cuerpo.

—Creo que debería sentarme —le susurré tan bajo que dude que me hubiese oído, pero lo hizo, y sin separar nuestros cuerpos me llevó con él, se detuvo y me haló sutilmente hacia abajo. En plena confianza me dejé caer, hasta que sentí una superficie donde apoyarme, el sofá pequeño, supuse, el que hacia juego con el grande que se había convertido en mi cama.

Se arrodilló frente a mí, solo unos centímetros por debajo. Una vez sentada respiré profundo un par de veces, intentando recuperar mi cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó, tomando mi mano derecha entre las suyas, lo que me avergonzó ya que mis

palmas sudaban. Él lo noto y pude ver un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Me cuesta respirar —respondí como pude y él sonrió, esta vez claramente.

—Lo siento —se disculpó alzando las cejas—. Tenía que verte —mientras decía esto, frotó mi mano entre las suyas y me percaté que mi palma estaba ya seca, seguramente porque las suyas estaban cálidas—. Quiero saber qué sabes de mí, Silvana, mejor dicho, de nosotros.

Era absolutamente imposible que yo pudiese repetir delante de él lo que Augusto me había revelado hacía apenas unas horas.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —le pregunté, intentando desviar el tema.

—Te rastreé —me reveló y aunque no estaba segura de entender, me hice una idea.

Él parecía estar muy cómodo con la situación, a diferencia de mí, que sentía que iba desplomarme en cualquier momento.

—Contesté tu pregunta, ahora contesta tú las mías.

De acuerdo, concéntrate Silvana, ¿Qué quería saber? Cerré los ojos nuevamente, pues solo así iba a poder contestarle.

—Eh, se de ti y... nosotros, la profecía...eso. —Hubo silencio por un par de segundos y luego escuché el susurro de su voz.

—¿Puedes abrir los ojos, por favor? —le obedecí—. No estas siendo muy precisa —recriminó tiernamente.

Respiré profundo y me armé de valor para darle la respuesta más larga que pudiese formar.

—Apenas... yo apenas puedo mirarte, y... justo ahora no puedo hablar de eso...no contigo...quizás si me das algo de tiempo...

Me tomó entre sus brazos y me alzó, puso una mano en la parte baja de mi espalda y con la otra tomó mi rostro. Cuando habló, ya no estaba tan calmado como antes, estaba muy ansioso y quizás incluso un poco asustado.

—Sé que esto deber ser muy confuso para ti, comprendo que te sientas abrumada y que quieras huir de todo esto, y si decides hacerlo no me opondré, quiero que seas feliz de cualquier manera, pero antes de decidirlo dame una oportunidad. Días, solo concédeme un par de días antes de tomar una decisión.

Cerré los ojos nuevamente e intenté halar aire hasta mis pulmones, sentía su deliciosa respiración irregular en mi rostro. Él estaba angustiado y yo confundida, pero de una cosa estuve segura en ese momento:

—No voy a ir a ningún lado —le susurré y pude sentir como todo su cuerpo se relajaba.

A pesar de lo que estaba sucediendo y el gran cambio que daría mi vida por la promesa que acababa de hacerle, estaba tranquila, cómoda entre sus brazos.

Por primera vez, sentí sus labios sobre mi piel cuando me besó tiernamente en el parpado derecho, estaban cálidos, como sus manos, a pesar del frío. Yo seguía temblando, pero estaba segura de que era por él: sus ojos, su voz, su tacto…

—Tienes frío —dijo, con los labios aun en mi piel.

—Sí —mentí en un susurro y besó mí frente, esta vez, deteniéndose unos segundos más. Era musculoso, pero no demasiado, lo sentí en su abrazo. Su corazón latía rápido, pero no en comparación con el mío.

—Debería abrigarte, pero para eso tengo que soltarte —declaró y compartí su oposición al respecto. De poder, me habría fundido con él.

Seguía rodeándome con sus brazos. Mis manos estaban en puños sobre su pecho. La idea de abrir la palma y tocarlo me tentaba.

Acarició mi cabello y luego mi mejilla, me dedicó de nuevo esa mirada de estar advirtiéndome algo, y pude ver claramente sus intenciones.

—No lo hagas —susurré.

Apretó la mandíbula y su corazón se disparó.

—Por favor. —Lo miré a los ojos, con la esperanza de que comprendiera lo que estaba sintiendo, pero él parecía confundido—. No me siento preparada —completé, cerrando los ojos y recostándome en su hombro.

Su sola presencia era abrumante, no podía imaginar cómo me sentiría si me besaba, probablemente me desmayaría.

—Debería abrigarte —dijo sobre mi cabeza, su voz gruesa me sorprendía cada vez.

Tenía curiosidad de tocar su garganta, el lugar de donde tan maravilloso sonido provenía. Estaba con-

vencida de que debía vibrar cada vez que hablaba.

—Ven —dijo, sin soltarme y me guió hasta el sofá, tomando la sabana con la que me había estado arropando para cubrirme con ella.

—¿Vas a irte? —pregunté, mientras él sacaba los mechones de mi cabello que habían quedado atrapados entre la sabana.

—¿Quieres que me vaya? —se acercó a mí, intentando influenciar mi respuesta, como si fuese necesario.

Negué con la cabeza y él me empujó sutilmente hasta que quedé acostada en el sofá, con un brazo me arrimó hacia el fondo y se acostó a mi lado. Estábamos ahora en posición horizontal, muy cerca, y frente a frente.

—Hay muchas cosas que no entiendo... —confesé.

—Aclararé todas las dudas que pueda. —Comenzó a trazar tiernos y delicados círculos con su pulgar en mi cintura, sentía el cosquilleo a medida que él dibujaba la circunferencia.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

Me molestó que insistiera cuando sabía perfectamente a qué me refería, pero pronto reveló sus intenciones.

—No acortes frases ni preguntas conmigo, Silvana, no quiero que nada te avergüence. Pregúntame y dime lo que quieras sin pena alguna.

Considerando sus palabras, reformulé la pregunta.

—¿Cuándo se cumplirá esa profecía? —No podía verle con claridad, pero supe que estaba escogiendo

las palabras para responderme.

—Cuando tú lo decidas. No tienes que preocuparte por eso, tendrás tiempo para acostumbrarte a mí y a todo esto. —A diferencia de las palabras de Augusto, las de Daniel no me sonaban vacías, por el contrario, estaban llenas de significado.

—Augusto dijo que para ustedes, los hijos pertenecen al padre ¿eso qué significa?

—En nuestro caso nada. Será tan tuya como mía. Pero con fin de que lo entiendas, es algo implícito en nuestra naturaleza. Por ejemplo, si un hijo recibe órdenes distintas de sus padres, de manera automática obedece al padre. —Tomó mi mano derecha y la besó, sus labios hervían, o al menos así se sentían contra mi piel—. Me emociona la idea de ella, una preciosa niña parecida a ti, aunque de momento veo una falla importante en ese plan.

Se refería a mi nerviosismo hacia él y quise decirle que era cuestión de tiempo, pero no pude, no tenía idea de si algún día podría sentirme normal a su lado. Decidí abordar otro tema que me inquietaba.

—Aparentemente solo tengo un poder. ¿Eso no cambia las cosas? ¿No afecta la profecía?

Lo vi debatirse antes de contestar.

—No, no veo por qué. Yo cuento con tan solo un poder.

—¿Cuál? —inquirí muerta de curiosidad.

—Soy un sanador, Silvana —lo anunció como si fuese lo más natural del mundo, pero lo cierto era que

no comprendía lo que acababa de revelarme, y él, naturalmente, lo notó—. ¿Tienes alguna herida o dolor?

Hice un repaso rápido y lo primero que me vino a la mente fue el pinchazo de Amalia con la aguja. Rocé el pulgar con mi dedo índice, empezaba a formarse una costra.

—Esto —le indiqué, levantando el dedo.

Él lo examino a la poca luz que nos alumbraba para después cubrir mi mano con las suyas por un par de segundos, luego aflojó el agarre, sin soltarme del todo.

—Listo — anunció.

Rocé de nuevo mi dedo para descubrir que estaba completamente liso.

Era la primera muestra de magia real que había visto.

—Entonces eres una especie de doctor mágico.

—Es una buena manera de describirlo —respondió riendo—, este lugar está lleno de magia, y yo estoy ansioso por enseñarte todo.

—Si alguien está muriendo, ¿tú puedes salvarlo?

Me gustó la idea de que tuviera tanto poder.

—Dependiendo del estado de la persona, no te equivocaste al llamarme doctor, si es un estado crítico, no siempre puedo hacer algo.

Aun sentía el corazón golpeando mi pecho, pero por algún motivo me sentía cómoda, posiblemente ese era el momento más placentero de mi vida.

—Si sabes lo que puedes hacer y además lo haces bien, ¿Qué hacías en El Recinto?

Acercó aún más su cuerpo al mío, y yo sin quererlo terminé clavándole las uñas en su brazo. Ambos nos miramos unos segundos, pero él decidió dejarlo pasar para aclarar mis dudas.

—Trabajo ahí, y de vez en cuando me cuelo en alguna clase para refrescar algo. La mayoría de las personas, tienen solo un poder, yo me incluyo. —Se veía completamente pragmático mientras explicaba, estaba comprometido con el momento—. Si bien la habilidad se manifiesta, para dominarlo hace falta cierta práctica. Además, así se posea solo un don, lo correcto es practicar algún otro para el cual se tenga aptitud. Nuestro mundo Silvana, no es tan diferente al que conoces, mientras más poder se tenga, más alto se está en la pirámide jerárquica. También influye por supuesto el don en cuestión.

—¿Esos poderes solo nacen contigo?

—En su mayoría, pero hay otras maneras de obtenerlos, se pueden robar de otra persona, siempre que esté muy débil o acabe de morir. Además hay otra forma. ¿Ves esas grandes montañas que nos rodean? —preguntó señalándolas, pero no tuve necesidad de voltear.

—Las vi al llegar, son inmensas.

—Tienen la particularidad de que quien perece en ellas, deja allí su poder, simplemente queda en la montaña. Cosa que no sucede en una muerte regular, en cuyo caso el poder también muere poco después. Pasa igual que con los cuerpos, es como si la tempe-

ratura helada los preservara. Y como muchos suben en busca de ellos y muy pocos bajan, son una especie de mina de oro.

—Eso suena fácil.

—En absoluto, son montañas de más de ocho mil metros de altura, y el proceso requiere un ritual, que no ha de ser fácil de realizar a cero grados.

Intenté reprimir un bostezo y comencé a escuchar su voz a lejana. Tenía sueño, pero quería estar ahí con él.

—Hay una última cosa que quiero aclarar y después te dejaré dormir.

—Te escucho —lo invité con curiosidad.

—Nada, absolutamente nada es obligatorio ¿comprendes? No tienes que hacer nada que tú no quieras, ni por mí, ni por Augusto y mucho menos por Amalia. Siempre puedes decir "no" ¿Entiendes eso Silvana? —Su profunda mirada estaba cargada de sinceridad y por un segundo me perdí en ella.

—Gracias —respondí, aliviada por sus palabras.

—Quiero que las cosas sean a tu manera, que te sientas bien aquí.

Cerré los ojos y asentí serena.

Cuando sentí su abrazo y mi rostro hundiéndose en su cuello, no tuve duda en que él sería mi lugar favorito.

CAPÍTULO 4
NOVEDADES

Desperté y Daniel no estaba conmigo. Después de tomarme un momento para asimilar la noche anterior, salí a buscarlo. Estando apenas a unos pasos de la puerta de la cocina escuché voces y me detuve.

—Rompiste muchas reglas al no decirme que habías encontrado a Silvana. —Daniel no sonaba molesto, pero sí muy formal y serio.

—Esperaba que fueses menos egoísta respecto a este asunto. —Augusto también sonaba bastante formal, pareciera que estaban discutiendo una especie de negocio.

—¿Egoísta yo? ¿Qué hay de ti y el hecho de que no me dijiste que sabias donde estaba? ¿O que la trajiste aquí, de que la llevaste con El Recinto? Todo esto sin mi consentimiento.

—Solo actúo en pro del bien de Silvana. No quería que se sintiera abrumada por el compromiso que tu aparición en su vida implica. Y sabes bien que si decide quedarse, ese es el lugar para ella.

—Anoche estuvimos hablando, y le dejé claro que no tiene que hacer nada que no quiera. No la presiones más, dejemos que ella vaya a su ritmo. ¿Entendido?

—Curioso que digas eso cuando pasaste la noche aquí.

—Créeme que ella estuvo de acuerdo con eso.

Decidí entrar antes de que se convirtiera en una dis-

cusión. Ambos giraron en mi dirección.

Hubo un par de segundos de tensión que Daniel rompió con encanto, habló carismáticamente, alejándose mucho del chico que había estado reprochando a Augusto segundos antes.

—Debes tener hambre, vamos a desayunar y te muestro la ciudad.

Mirándole en la claridad impresionaba incluso más. Quería estar con él, pero mi instinto y poca sabiduría me indicaban proceder de cierta manera. Su mera cercanía, requería un esfuerzo enorme de mi parte, y debía dosificar nuestro tiempo juntos para evitar que tanto mi mente como cuerpo colapsaran.

—Tenía planes con Augusto, espero que no te importe. —Mientras le hablaba, enfoqué la puerta tras él, si lo miraba se me habría hecho imposible rechazarle.

Pero lo cierto era que por más que disfrutara su presencia seguía siendo más de lo que podía soportar, y por mi salud física y mental, debí rechazarlo. Él estaba decepcionado, pero de ninguna manera lo manifestó

—Entiendo, hazme saber cuándo te desocupes ¿de acuerdo? —era una súplica. No era su primera opción, no era lo que él quería, pero estaba intentando complacerme y lo agradecí desde lo más profundo de mí.

—Te lo prometo —le respondí, y al escuchar la firmeza en mi voz se sintió más tranquilo.

Se acercó lentamente, o al menos así me pareció. Me

dedicó una mirada intensa y besó mi mejilla haciéndome sentir de nuevo el cosquilleo que producían sus labios en mi piel. Antes de salir, intercambió una mirada con Augusto que solo pude interpretar como una advertencia.

Después de desayunar, Augusto y yo acordamos mi traslado al Recinto. Recogí mis pocas pertenencias y estuve lista. Una vez que llegamos, fuimos directamente con Amalia y antes de retirarse, Augusto la puso al tanto de todo.

—Siéntate, por favor, cariño —me indicó ella—. Estas son las lecciones que vas a tomar, si efectivamente tienes alguna otra habilidad, debería mostrarse pronto. Son las más genéricas. —Me dio la hoja y vi que había marcado unas "X" al lado de las palabras "*Clarividencia*", "*Combate Físico*", "*Pócimas",* y "*Empatía*"—. Ahora debo revisar las vacantes de habitaciones para ubicarte.

—Sé de una —la interrumpí.

En silencio, me miró con condescendencia al malinterpretar mis palabras.

—Jennifer, ella vive sola.

—No creo que Daniel o Augusto estén de acuerdo con eso, Jennifer es... distinta.

—Es un demonio, lo sé. Michael me lo dijo y no me importa, no me pareció que fuese peligrosa.

Amalia me miró alzando una ceja y yo le devolví la mirada sin parpadear para mostrarle mi determinación.

—Los demonios son inestables Silvana, si bien hasta ahora Jennifer no ha mostrado señales de agresividad, no es algo con lo que nos debamos arriesgar.

—No es peligrosa, estoy segura. Por favor déjame vivir con ella. —Amalia parecía completamente extrañada por mis palabras. Después de un rato reaccionó.

—Puedo concederte eso cielo, pero dudo que Daniel y Augusto lo aprueben.

—No se involucraran, Daniel dijo que yo podía hacer las cosas a mi manera.

Ella seguía con expresión de perplejidad, pero después de pensarlo unos segundos, accedió.

—Bien... —Se puso de pie y fue hasta un armario que estaba al fondo de la habitación, buscó una llave y me la entregó, estaba identificada como B49—. La letra es el ala, el primer número es el piso, y el segundo la habitación. ¿Crees que puedas llegar sola?

—Ya me las arreglaré —respondí, contando con la ayuda de unos pequeños mapas que había visto en las paredes. Me puse de pie y me dispuse a salir.

En el mapa más cercano no parecía haber nada relacionado con las habitaciones, señalaba la ubicación del comedor, una biblioteca y unos baños.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó un chico que de pronto estaba a mi lado, llamó mi atención que tenía un increíble estilo. Llevaba una bufanda y botas de combate.

—Sí, gracias. Intento encontrar una habitación, pero no tengo idea de lo que hago.

Supe, por la supuesta empatía que debía estarse intensificando, que se sentía atraído por mí. Dudé sí era buena idea aceptar su ayuda, por otra parte quería llegar a la habitación. Él vio la llave en mi mano y la tomó para leer la identificación.

—Por aquí, ven. —Y comenzó a guiarme—. Tardarás un par de días en habituarte a los espacios, el ala B esta al final a la izquierda. —Sonreía todo el tiempo y a diferencia de Amalia, de manera genuina, parecía un buen chico —-. Permíteme ayudarte. — Y sin darme oportunidad de responder tomó uno de mis bolsos.

—Gracias.

—Soy Christopher, un placer conocerte.

—El gusto es mío —le extendí la mano, que ahora tenía libre.

Quise ser amable con ese chico, quizás porque él lo estaba siendo conmigo o por la sensación de tranquilidad que me producía. Al igual que Jennifer su presencia me hacía sentir cómoda, a diferencia de cómo me sentía con Daniel, con Augusto, con Amalia y con Michael.

—Debes comprar un par de abrigos, hace frío aquí —me recomendó, examinándome.

—Lo tendré en cuenta.

Unas personas que nos pasaban por un lado me miraron sin disimulo y él también lo notó.

—No te preocupes, así como te acostumbras al lugar, ellos se acostumbraran a ti. Es porque eres una

cara nueva...—Entendí lo que quiso decir y me sentí avergonzada. Llegamos al pasillo de Jennifer, me acompañó hasta la puerta y me entregó el bolso—. ¡Lista! —anunció con una gran sonrisa.

—Gracias, eres muy amable. Hasta luego.

—Hasta luego, que tengas buen día. —Se marchó a regañadientes.

A pesar de tener llave, toqué la puerta pues me pareció grosero entrar como si nada, de inmediato escuché la voz de Jennifer del otro lado.

—Un segundito —gritó en tono cantarín y no pude evitar reír. Se tardó más de lo necesario, pero abrió la puerta—. ¡Silvana! —me saludó, sorprendida—: ¿Qué haces aquí? —preguntó mirando los bolsos con los ojos muy abiertos.

—Voy a ser tu compañera —contesté, pero al ver la expresión perpleja de su rostro, me di cuenta de que no había contemplado la posibilidad de que a ella no le gustara la idea.

—¿Y el dictador estuvo de acuerdo con eso? —me preguntó con expresión suspicaz.

—¿Dictador? —la invité a aclarar.

—Augusto.

—Sí, le encantó la idea—mentí— ¿puedo pasar? Esto pesa.

—Sí, claro. —Tomó uno de mis bolsos. Cerré la puerta y la seguí adentro—. Ven, vamos a llevar esto a tu cuarto. —La habitación parecía estar exactamen-

te como la había dejado el día anterior—, se ve un poco triste, pero poco a poco le iremos dando vida.

"*Iremos*" Ella era tan refrescante, y era exactamente lo que necesitaba entre tanta locura.

—Genial—exclamé, agradecida.

—¿Quieres que te ayude a arreglar tu ropa? —preguntó, abriendo las puertas del pequeño closet que estaba en un costado.

—Sí, gracias —¿Realmente se enojaría Daniel al saber que iba a compartir habitación con ella? Debía averiguarlo y por la manera en que ella había hablado de él, supuse que se conocían—. Jennifer, tú conoces a Daniel —fue más una afirmación que una pregunta. Ella asintió—. ¿Ustedes son amigos?

Ella pensó unos segundos antes de responder.

—Sí, bueno no. Quizás, más o menos—contestó pensativa—. ¿Él no sabe qué vas a vivir conmigo y te preocupa que no le guste la idea?

—Más o menos—admití.

—No creo que se moleste —dijo, encogiendo los hombros—. No debería. Sería hipócrita de su parte.

Con esas últimas palabras una idea impertinente apareció en mi cabeza: si ellos se conocían y tenían algún tipo de relación, probablemente algo había pasado entre ellos, ella era muy hermosa y él era...algo más, ciertamente parecían otro tipo de seres, distintos a los humanos comunes.

Le pedí a Jennifer el número telefónico de Daniel, y le avisé que estaba con ella, y acomodándome en la

habitación. Me respondió que le escribiera al terminar y por la manera en que lo hizo, parecía estar todo bien.

Almorzábamos comida china en el pequeño comedor donde nos habíamos conocido, y mientras comíamos se me ocurrieron muchas preguntas que hacer a Jennifer. Decidí por mi tranquilidad dejar el asunto de Daniel, no entendí lo que ella me había dicho, pero sería más sano no indagar en ello.

—Jennifer ¿cuál es tu habilidad? —Ella estaba concentrada en su almuerzo y lo hacía ver como la cosa más entretenida del mundo. Tragó antes de responder con entusiasmo.

—Es increíble, observa esto. —Tomó uno de los envases que ya estaban vacíos y lo puso frente a ella. Lo miró en completa concentración unos segundos, mientras yo moría de curiosidad. De la nada, el envase de cartón se prendió en fuego. Quedé anonadada mientras ella lucía su mejor cara de satisfacción.

—Eso fue asombroso —logré decir.

—¿Tu que puedes hacer? —preguntó, volviendo a su comida.

—Mi habilidad no es tan divertida como la tuya, soy empática.

—¿Estás loca? Eso es increíble, puedes saber lo que los demás piensan o sienten. Ese, es un gran poder. Solo no te conviertas en una estirada como Amalia ¿sí? Los empáticos suelen ser de lo más arrogantes.

—Te lo prometo. —Me sentía muy a gusto con Jennifer, así que comencé a disparar mis preguntas—. ¿Cómo es la rutina aquí? ¿Puedes entrar y salir cuando quieras?

—Es normal —respondió despreocupadamente—, y desde luego, no es una cárcel. Puedes ir al centro las veces que quieras, al cine, a comprar comida o cualquier cosa que necesites. No es un internado ni nada por el estilo. Si no llegas por la noche no te metes en problemas. —Hubo cierta alusión personal en el último comentario y sospeché que pasaba muchas noches fuera.

—¿Comprar comida? ¿Creí que había un comedor?

—Lo hay, pero solo sirven desayuno, almuerzo y cena. Yo como al menos unas tres veces más al día.

—¿Qué hay de Augusto y Amalia? Él me dijo que dirigía el lugar, pero a mí me pareció que Amalia es quien se encarga de la mayoría de las cosas.

—Augusto es el director y maneja los asuntos importantes como relaciones externas. Amalia se encarga de las admisiones y otras cosas acá dentro, tiene el muy importante trabajo de ser una patada en la ingle para todos nosotros. Cuéntame que asignaturas vas a ver —me pidió y como aún llevaba el papel, lo saqué de mi bolsillo y se lo di—, más o menos lo básico. Combate físico es obligatorio, debemos verla todos, la imparte Michael por cierto.

—¿Qué hay de malo con él? —No resistí la curiosidad y la interrumpí. Ella puso una expresión pensati-

va mientras hacía muecas con la boca, no podía dejar de verla como una especie de caricatura.

—No lo sé, es un tipo raro, es tan serio y formal. Dicen que algo malo le sucedió, pero ni idea de lo que fue.

"*Algo malo le sucedió",* eso era bastante consistente con lo que había podido ver de él.

—¿Qué hay con las otras asignaturas? ¿Qué me puede decir de ellas?

—Clarividencia es genial, aunque yo no tengo ningún tipo de aptitud para ella. Hay personas que nacen con esa habilidad y pueden ver las cosas que sucederán, cómo y cuándo. Los menos afortunados podemos estudiarla y estudiarla sin lograr nunca ver nada. —Mientras yo asimilaba sus palabras, ella se quedó pensativa unos segundos—: Debe ser genial ser vidente, además que los buenos son millonarios.

—¿Y las demás? —Jennifer parecía tener el nivel de atención de un niño de cuatro años.

—Combate físico es básicamente saber pelear. Te enseñan movimientos y tácticas. Michael es muy bueno en eso. Pócimas no es necesariamente una habilidad, aunque se les da mejor a ciertas personas que a otras, como todo. De empatía realmente no se mucho, pocas personas la ven. Solo sé que la imparte Amalia. En la biblioteca puedes encontrar libros que te explicarán mejor que yo de que va cada una.

Me entusiasmó la idea, me gustaba leer y más si era de temas tan interesantes y extraños.

Pasamos gran parte de la tarde charlando, Jennifer me explicó un par de cosas de la pieza, (como por ejemplo un truco que tenía la llave del fregador) y cosas en general del Recinto.

Me dijo que los fines de semana la mayoría de los chicos se iba a ver a sus familias, me habló de un bar que estaba cerca y era el lugar de moda, me contó también de ella, de sus gustos. Me dijo que era soltera, pero que le gustaba un chico llamado Josh, entre una decena de relatos más.

Era difícil aburrirse con Jennifer, hacía que cosas tontas parecieran interesantes. Cerca de las seis me anunció que iba a arreglarse para la cena y me pidió que hiciera lo mismo. Fui a darme un baño, pero con un plan muy distinto en mente.

—¿Cómo me veo? Tú estás muy guapa. ¿Nos vamos? —preguntó cuando salí de la habitación. Tenía una energía bárbara y me sentí mal de rechazarla.

—De hecho quiero ir a la biblioteca por los libros que mencionaste. No me entusiasman los lugares con demasiada gente y aún sigo llena del almuerzo.

—Buhhh que aburrida. Vale, te traeré cena.

Hizo pucheros, pero se compuso rápido, me sonrió y salió enérgicamente de la pieza. Busqué mi teléfono antes de salir y le escribí un corto mensaje a Augusto. "*Estoy compartiendo habitación con Jennifer. Todo va bien"* No me extrañó cuando me respondió con un corto "*ok."*

Dudé si escribirle a Daniel, quería sin duda algún tipo de contacto con él, pero estaba tranquila, y con un ritmo cardiaco estable, así que decidí llevar la fiesta en paz. Salí y recorrí exactamente el camino por el que me había guiado Christopher temprano, hasta llegar al punto donde le había conocido, ya que cerca había visto un mapa con las indicaciones que necesitaba.

La biblioteca era impresionante, muy grande, llena de estanterías, y tenía ese característico y asombroso olor a libros. Había muy pocas personas en ella, supuse que por ser la hora de la cena. Por suerte las áreas estaban identificadas.

Un estante a mi derecha estaba identificado como "*Clarividencia*" así que decidí comenzar por ahí. Con solo un vistazo vi varios textos que me parecieron interesantes, *"Interpretación de sueños", "Elementos de una premonición", "Profecías*", pero buscaba algo muy específico y pronto lo encontré, un libro amarillo y de tamaño mediano que se titulaba "*Adivinación para principiantes"*.

Lo tomé y me dispuse a buscar el siguiente, "Pócimas", después de leer varios títulos escogí uno llamado "*Pócimas simples"*. El de "elementos mágicos" fue muy simple de encontrar ya que no había muchos libros de donde escoger, tomé uno que se llamaba igual que la asignatura.

Jennifer me había explicado un poco sobre combate físico y decidí que no valía la pena leer al respecto, así que comencé a buscar la sección de "Empatía", que estaba al fondo de la biblioteca y era bastante peque-

ña, solo un estante angosto y bastante largo.

Encontré uno que parecía ser más o menos lo que necesitaba. Me estiré para tomar "*Empatía básica*" pero no lo alcancé, estaba bastante alto; todo paso tan rápido que fue difícil saber que ocurrió primero.

Sentí el cuerpo de Daniel tras de mí, y su mano sobre la mía tomando el libro, inconscientemente me giré, y quedamos frente a frente, con escasos centímetros separándonos.

—Gracias—susurré idiotizada. Ambos estábamos sosteniendo el libro a la altura de mi cintura.

—Siempre a tu orden —respondió baja y seductoramente. Cerré los ojos por instinto, pero me esforcé para abrirlos y verle de nuevo, ya que no era educado de mi parte y ciertamente no era un comportamiento normal.

— ¿Cómo...? —iba a preguntarle como sabía que estaba ahí, ya que por el rincón donde estaba, dudaba que me hubiese encontrado por casualidad. Pero él adivinó mi pregunta antes de que yo terminara de hacerla.

—Jennifer, ella me dijo dónde podía encontrarte. — Estaba muy cerca y se me hacía difícil respirar. Hice ademan de recostarme en la pequeña mesa que se extendía de la estantería, pero él frustró mi intento tomándome con ambas manos por la cintura, de nuevo estaba entre sus brazos—. ¿Podrías ser un poco más comunicativa? Pasé casi todo el día sin saber de ti y tuve que extorsionar a tu compañera para encontrarte.

—Estaba ocupada —me apresuré a explicar—, además creo que es mejor para mi salud si dosifico el

tiempo contigo —lo dije sin pensarlo y me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mis labios.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo? —Haló mi cuerpo hacia el suyo de manera nada sutil y mi ya rápido corazón se desbocaba con aun más fuerza.

—Qué me causes un infarto.

Comenzó a reír por lo bajo ante mi comentario, pero yo hablaba completamente en serio.

—Dudo seriamente que eso suceda, además, de la forma en que yo lo veo, es cuestión de tiempo y costumbre, a medida que pases tiempo conmigo, se te hará más fácil lidiar con mi presencia. Necesito que puedas —suplicó.

Tenía lógica y mucha, pero cuando se trataba de él, mi mente parecía perder el control sobre mi cuerpo.

—Te juro que lo intento —me defendí.

—De acuerdo a los planes que tengo para nosotros, necesitamos estar mucho más cerca que esto. —Me estremecí ante su comentario.

—¿Por qué eres tan cruel? —le recriminé.

—¿Puedes al menos intentarlo? —era una súplica, y yo quería complacerlo.

—Sí—consentí. A ese punto estaba mareada y muy oportunamente me abrazó fuerte, estrechándome contra su pecho. No entendía el lazo que nos unía, pero era sin duda algo sobrenatural.

—Quiero llevarte a un lugar ¿Puede ser ahora? —Asentí y besó mi frente, buscó los libros que había

dejado tras de mí y me tomó de la mano para comenzar a andar—. Debemos buscarte un abrigo primero, a donde vamos hace frío.

Llegamos a la pieza, dejé los libros y me puse un abrigo. Él me observaba como si yo estuviese realizando la más interesante de las tareas, cosa que me hizo sonrojar. Salimos, me tomó de la mano para guiarme, y comenzamos a andar. Intenté concentrar mi energía en no mirarle y poder llegar integra a nuestro destino, cualquiera que fuese.

Salimos al aire libre y en efecto estaba haciendo bastante frío. Él parecía estar maquinando algo y me daba miedo imaginar de qué se trataba. No encontraba la forma de pedirle que tuviese piedad. Nos dirigíamos a uno de los costados del terreno, donde el suelo dejaba de ser plano. No tenía idea de a donde me llevaba, pero él me dio una pista.

—¿Te gusta el senderismo? —No podía creer lo que me estaba diciendo. ¿Realmente íbamos a escalar? ¿A esas horas? ¿En esa oscuridad? Respondí con un jadeo de pánico, que a él le causó mucha gracia.

—Si quieres puedo llevarte a cuestas. —La idea parecía entusiasmarle.

—No, yo puedo. —Llegamos a una zona boscosa, debían ser alrededor de las ocho de la noche. Era una locura—. ¿No es peligroso?

Se detuvo en seco y se acercó nuevamente a mí.

—¿Crees que te pondría en peligro? —Por primera vez desde que habíamos emprendido aquella aventura esta-

ba serio. Negué con la cabeza. Unos segundos después besó mi frente y retomó el camino—. No te preocupes, el trayecto es corto, y si te cansas, te llevo cargada.

Comenzamos a subir, y por suerte no era tan difícil. La inclinación era leve y Daniel no dejó de ayudarme en ningún momento. Me llevaba de la cintura y en ocasiones se adelantaba y me ayudaba con los brazos. En un punto mi chaqueta se subió y al colocar su mano en mi cintura nuestra piel hizo contacto directo. Casi me caí, pero me atrapó en el aire.

—¿Te lastimaste? —preguntó tenso y negué con la cabeza.—. Ya casi llegamos.

Y efectivamente un par de minutos después llegamos a una parte llana.

A pesar de no haber subido mucho, estábamos en una especie de mirador. Sentía sus ojos clavados en mí, mientras yo observaba el precioso paisaje. A lo lejos había un hermoso e inmenso Valle, no podía distinguir donde terminaba.

—¿Te gusta? —En aquel abrumador silencio su voz era aún más impresionante. Me contuve para no girar a verle.

—Es precioso.

—Es un lugar muy… interesante. Algún día te contaré todo sobre él.

Solo pude cerrar los ojos cuando lo sentí rodear mi cintura por detrás con sus brazos y hundir su rostro en mi cuello. Comenzó a trazar un camino de tiernos besos desde la base de mi oreja hasta mi hombro.

¿Y si me besaba qué? ¿Qué era lo peor que podía pasar? Me sostendría fuerte, confiaba en él. Relajé mi pecho para así quedar completamente recostada en su espalda.

Imaginé sus labios sobre los míos y de alguna manera encontré la voluntad para moverme.

Me giré aun entre sus brazos, y cuando estuvimos de frente fui incapaz de mirarle, dejé mi rostro a la altura de su cuello. Sucumbí a la tentación y abrí mis palmas sobre su fuerte pecho, él comprendió mis intenciones y su respiración se volvió irregular.

Apretó mi cuerpo contra el suyo y esto me hizo alzar el rostro, estaba nervioso, lo sentía. Soltó aire entre los dientes, fresco y delicioso, sentí como se hacía agua mi boca. Tomó mi rostro con su mano derecha mientras que la izquierda seguía aferrada a la parte baja de mi espalda, cerré los ojos y lo siguiente que sentí fueron sus suaves y cálidos labios en los míos.

Su aliento y su sabor eran exquisitos. Acarició con su lengua mi labio inferior y yo gemí, en ese momento mis piernas comenzaron a fallar. Él lo noto y me sostuvo aún más fuerte, pero no rompió el beso, siguió acariciando mis labios con los suyos por lo que me pareció una eternidad, mientras yo disfrutaba de su sabor celestial.

CAPÍTULO 5
EMPATIA

Regresábamos de nuestra escalada, y antes de que pudiera darme cuenta ya estábamos entrando de nuevo en la pieza. Daniel se sabía bastante bien el camino y de nuevo la idea de que él y Jennifer podrían haber tenido algo, irrumpió en mi mente.

—¿Qué piensas? —preguntó, al darse cuenta que algo me distraía.

—Nada. —Por supuesto, supo que le estaba mintiendo.

La expresión de su rostro cambió. Acababa de decirle que lo iba a intentar, pero no me sentía capaz de preguntarle eso.

Todo estaba oscuro, Jennifer debía estar dormida. Respiré profundo y me dirigí a la habitación. Él entró tras de mí y cerró la puerta, para después encender la luz.

—Ya vuelvo —le dije, mientras me miraba de pie en el medio de la habitación con las manos en los bolsillos.

Busqué rápidamente en el closet un mono y una franelilla y me metí al baño. Una vez ahí me cambie la ropa, me cepillé y lavé la cara. Los ojos me brillaban de manera extraña, parecida a como brillaban los de Daniel.

Lo encontré acostado en mi cama, se había quitado los zapatos y parecía estar cómodo. Apenas había terminado de sentarme, cuando me tomó por la cintura y me empujó hacia abajo, de manera que quedé

acostada y él inclinado sobre mí, con una mano en mi abdomen. Me dedicó la mirada más penetrante e intimidante que le había visto hasta entonces.

—¿Y bien? —me urgió, y decidí ceder.

—¿Hubo algo entre Jennifer y tú? —No pude leer su expresión, mientras permanecía en silencio.

—¿De dónde sacaste esa idea? —Negué con la cabeza—. ¿Solo es algo que se te ocurrió?

Me daba vergüenza admitirlo, pero era la verdad.

—Bueno, ella es tan hermosa y tú eres como eres y supuse... —Me miraba como si estuviese loca, y comenzaba a sentirme de esa forma.

—¿Y basándote en esa lógica, y nada más, asumes que entre Jennifer y yo hubo algo? — Estaba logrando confundirme con tanta palabrería.

—No has contestado a mi pregunta —le recriminé.

—Por supuesto que no, Silvana. Nunca ha habido nada entre Jennifer y yo —lo decía como si fuese la cosa más ilógica del mundo.

—¿No te parece atractiva? —Seguía con el ceño fruncido y supe que para él nada de eso tenía sentido. Sin embargo, hizo un esfuerzo en responderme.

—Jennifer es preciosa, le tengo aprecio, pero ciertamente nunca me atrajo de esa forma. Además, sé que para ti es difícil comprenderlo, pero yo he estado esperando por ti.

Ante esas últimas palabras, me estremecí. Tenía muchas preguntas, pero no estaba preparada para las respuestas.

—Bien, entiendo.

—Tienes una mente muy volátil ¿sabes?

—Lo siento.

Buscó la sábana, que estaba a nuestros pies y la desdobló arropándonos con ella, apagó la luz de la lámpara y se acostó a mi lado.

—Estás un poco loca —me regañó.

—En mi defensa, tú insististe.

—Y me alegro de haberlo hecho, de lo contrario ¿hasta dónde habría llegado tu imaginación con esa historia?

No tuve tiempo de sentirme mal por mucho rato, el sueño apremiaba, así que incliné mi rostro, de manera que quedara cerca del calor y aroma de su cuello.

—¿Buenas noches? —preguntó, y pude sentir una sonrisa en su voz.

—Buenas noches —le confirmé, abriendo mi palma en su pecho, y lo último que sentí antes de dormirme, fue como la cubría con una de sus manos.

"Me habría gustado verte despertar, pero tenía que trabajar a primera hora. Por favor infórmame cómo va tu día"

Eran ya las ocho de la mañana y el mensaje de Daniel había llegado una hora antes.

Al salir de mi habitación, vi que Jennifer estaba en la cocina, parecía estar muy entretenida mirando su reflejo en una espátula y se giró al notar mi presencia.

—Eres una traviesa —me saludó, burlona. Tenía una sonrisa pícara de oreja a oreja.

—¿Perdona?

—Vi a Daniel esta mañana, no te hagas la tonta.

No quería que tuviese ese concepto de mí.

—No tienes idea de lo complicado que es el asunto. ¿Él te dijo algo antes de irse?

Encogió los hombros e hizo una particular mueca con la boca.

—Me dio los buenos días, me encargó que estuviese al pendiente de ti y se fue.

Pronto Jennifer se marchó y decidí comenzar con uno de los libros que había buscado la noche anterior y que gracias a Daniel, no había tenido la oportunidad de leer. Opté por comenzar con el de empatía, que era el tema que más me interesaba. Leí hasta que llegó la hora de mi primer compromiso…

—Me complace ver que te has estado documentando —me dijo Amalia, cuando estuve en su despacho, fijando la vista en el libro que llevaba en mis manos.

—Tenía curiosidad.

—Me alegro, el conocimiento juega mucho a tu favor en esta situación. Bueno, en todas las situaciones en realidad. —Justo ahí estaba por tener mi primera lección, empatía.

—Jennifer me habló un poco de las asignaturas —le comenté.

—Claro, Jennifer. ¿Cómo van las cosas con ella? —Había escepticismo en su tono.

—Ella es genial. ¿Así que tú vas a enseñarme a manejar mi habilidad?

—Estoy muy ansiosa por hacerlo, me parece que será una experiencia interesante para ambas.

Quizás debía dejar de lado mi aversión hacia ella, en orden de poder aprender lo que pudiera enseñarme.

—He percibido sentimientos de otras personas antes, pero nunca a propósito.

—Es porque no sabes evocarlo, y es exactamente lo que te voy a enseñar hoy. La clave del éxito consiste en la proyección y visualización ¿Comprendes lo que significa ser empático, Silvana?

—Sí. —Hasta hacía un par de horas no estaba clara respecto a eso, pero el texto me había sido de gran ayuda.

—Bien, los términos que usualmente usamos son "leer" o "ver". Supongamos que quieres "leerme" a mí, el proceso consiste en lo siguiente: debes visualizarme primero, mis ojos, mi mirada, mi aroma. Todo lo que para ti, resulte representativo de mí. Una vez que tengas una imagen visualizada con propiedad, viene el siguiente paso, la proyección.

—¿Para poder "leer" a alguien es necesario estar frente a esa persona?

—Cuando eres principiante sí, para que puedas tener una visualización acertada. Continúo, respecto a la proyección, tendrás, por decirlo de otra manera que

"ir" hacia la visualización que tienes de la persona que intentas leer. ¿Estás lista para intentarlo?

—¿Contigo?

—No hay nadie más aquí.

No me agradaba la idea de husmear en la mente de Amalia, pero si quería aprender no tenía otra opción. Comencé por su aroma, dejé que su perfume caro penetrara en mis fosas nasales. Extrañamente, pude diferenciar su pH del perfume artificial. Los estudié en mi cabeza, hasta que estuve familiarizada con ambos.

Lo siguiente fueron sus ojos, eran de un color marrón bastante claro, quizás ámbar incluso, profundos y con muchos anillos que comenzaron a girar ante mí, lo cual me dio la sensación de estar hundiéndome en ellos. "Todo lo que te resulte representativo de mí", por último me enfoqué en su cabello, que había llamado mi atención desde la primera vez que la vi, era rojo y lacio, imaginé que lo acariciaba.

Y entonces lo sentí, pude identificar aquel sentimiento que no me pertenecía.

— ¡Curiosa! —declaré, ante su mirada inquisitiva.

—Vaya, eso ha sido rápido.

Ella estaba impresionada. No esperaba que lograra la primera vez. Yo tampoco, para ser honesta. Lo intentamos unas cinco veces más en las cuales pude detectar emociones distintas: sorpresa, entusiasmo, e incluso complacencia.

Salí de la oficina de Amalia fascinada por lo que acababa de pasar. Quería aprender más, hacerlo de nuevo, probarlo en otras personas. Llevaba el libro conmigo, pero sabía que toda la lectura del mundo no me ayudaría tanto como la práctica.

La idea de poder "leer" a Daniel me seducía, no veía el momento de verle y poner en práctica lo que Amalia me había enseñado. Debía admitir que de momento me caía mejor.

—Luces menos perdida —me saludó Christopher, con bastante entusiasmo, cuando nos encontramos en el pasillo.

—Hola Christopher, ¿Cómo estás? —respondí, el chico iba de nuevo muy bien vestido, tenía que acreditarle un increíble sentido del estilo.

—Bien ¿Adónde vas?

—Al despacho de Augusto. ¿Tú?

—Iba a almorzar, pero voy a acompañarte primero.

Sabía que lo correcto era decirle que no. No debía alentarlo de ninguna manera, pero moría de curiosidad por poner en práctica mis nuevos conocimientos.

—Te lo agradezco. Ya comienzo a familiarizarme con el lugar, aunque me queda mucho camino por recorrer.

Y entonces comencé, primero sus ojos, era difícil concentrarme en ellos cuando los dos estábamos caminando. Eran de color marrón, un poco más oscuros que los de Amalia, pero más nobles. Su piel, era parecida a la mía, blanca, pero no demasiado, no

como la de Daniel. “Lo que te resulte relevante...” su estilo, tenía de más y sin duda captaba mi atención.

Deseo..., él sentía deseo.

—...Tienes hasta las tres para almorzar, así que puedes ir cuando hayas terminado con Augusto.

Intenté disimular la impresión. Él estaba nervioso, pero hacía lo posible por ocultarlo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Quieres que te espere y almorzamos juntos?

—No, de verdad, no te preocupes, voy a tardarme un rato. —Para mi suerte habíamos llegado—, gracias, y que tengas buen provecho.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

Toqué la puerta antes de que tuviera oportunidad de decirme algo más.

—Hasta luego. — De nuevo parecía decepcionado al marcharse.

Mientras Augusto me abría la puerta, no pude evitar sentir una punzada de culpa, lo había mirado a los ojos por un largo rato, y lo había observado de arriba a abajo al menos unas tres veces, solo por mi egoísta propósito.

Augusto no pareció impresionado cuando le dije que había podido evocar mi don, y me despidió rápido argumentando que tenía algo que hacer, sospeché dos cosas: o quería oírlo de la misma Amalia, o me estaba evitando y yo sospechaba por qué...

Tenía hambre, pero no me entusiasmaba la idea de conocer el comedor, y mucho menos después de mi

encuentro con Christopher. Sabía que él estaría ahí. Me recosté de uno de los pilares que estaban en el pasillo y cerré los ojos mientras decidía qué hacer. Pensé si escribirle a Daniel, realmente quería probar lo de la empatía con él.

Pero antes de decidirlo, sentí sus cálidos dedos acariciar mis mejillas, me incorporé para encontrarme con que me miraban con diversión.

—¿Estás bien? —Sacudí la cabeza intentando espabilarme y sus dedos dejaron mi cara.

—Estoy bien, solo estaba... decidiéndome, te iba a invitar a comer, en otra parte, menos transitada. Puedo cocinar.

Sonrió divertido y a continuación me tomó la mano y comenzamos a andar.

—Bien, vamos, comeré cualquier cosa que prepares, sin importar qué tan mal te quede.

Llegamos a la pieza y Jennifer no estaba. Ya que estábamos solos, no quería darle oportunidad de torturarme, por lo que me puse manos a la obra de inmediato.

—¿Te puedo ayudar en algo? —se ofreció y decidí darle una tarea—: ¿cómo te fue en tu primera lección? —preguntó curioso y me enfrenté al dilema de decirle o no, y tener, por primera vez desde que le conocía, una ventaja sobre él.

—Oficialmente soy empática —respondí, antes de haber tomado mi decisión.

—Así que, ¿qué percibes de mí ahora? —la energía cambió bruscamente ante su pregunta. No pude estar segura de qué estaba sintiendo él, o de qué estaba sintiendo yo. Me miraba fija y penetrantemente, y todo era muy confuso.

Sin esperar respuesta, acercó su rostro lentamente al mío, pero en vez de besarme la boca me dio un tierno beso en la mandíbula. Me haló hacia él, con la mano en la parte baja de mi espalda y después solo fui consciente de la humedad de sus labios.

Su beso era tierno y delicioso. Metió su lengua en mi boca y yo jadeé, esto tuvo un efecto en él y comenzó a besarme más ferozmente.

Rompió el beso y separó su cuerpo del mío. Yo estaba pegada de espaldas al mesón de la cocina y él colocó sus manos en el, aprisionándome, y pegó su frente de la mía. Estaba inclinado y me dio la impresión que era para que nuestros cuerpos no se tocaran.

Ambos respirábamos con dificultad. Pasamos unos segundos en silencio y sin haber tenido la intención, lo sentí: mucho temor, temor que era muy distinto al mío y que irradiaba de él.

—¿A que le tienes miedo? — él abrió los ojos, antes de responder en voz baja.

—A ti, a lo que me haces sentir, a que al final decidas no quedarte...—Me abrazó y sentí un tierno beso en el cabello. ¿Cómo podía haber una conexión tan fuerte entre dos personas que apenas se conocían?

—Te dije que no me iría —le recordé, en un intento de tranquilizarlo.

—Es normal que todo esto te asuste, me sorprendería que no lo hiciera —susurró. Lo sentí vulnerable. Él realmente temía que yo huyera.

—Lo que siento por ti es demasiado intenso, hablaba en serio cuando te dije que podías causarme un infarto —le aclaré, sin estar segura de que fuese de ayuda.

—Aunque no parezca, estoy esforzándome en ser sutil —¿Eso era sutileza? Quise sacar provecho de su repentina vulnerabilidad, pues estaba segura de que no duraría mucho.

—Esta… conexión que hay entre nosotros, no es natural, ¿cierto? Se remonta a hace mucho...

—Más de los que te imaginas —respondió intrigado, a la espera de mis próximas palabras.

—Eso quiere decir, que probablemente sabes que le sucedió a mi familia, y por qué tuve que crecer prácticamente sola. Por qué Marina nunca quería hablar de ellos…

Su mandíbula se tensó y cerró los ojos un par de segundos, en ese momento supe que no me equivocaba.

—Lo sé, pero no soy yo quien va a decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque cuando pienses en eso, no quiero que lo asocies conmigo de ninguna manera. Además, es Augusto quien debe explicarte todo, fue él quien te trajo aquí.

—Creí que estabas feliz de que hubiese venido.

—Estoy feliz de que por fin estemos juntos, pero si yo te hubiese encontrado antes que él, estaríamos muy lejos. Solos tú y yo.

Comenzó a besarme de nuevo y estuve segura de que era para terminar la conversación. Estar con él consumía gran parte de mi energía, aunado a eso sus palabras me indicaban que quizás mi pasado era peor de lo que había imaginado. No quise tampoco insistirle en respuestas, estaba… feliz de momento y no quería arruinarlo.

Terminamos de comer y me hizo una petición que me sorprendió.

—Quiero que conozcas a mi madre.

¿QUÉ?

—Yo… sí, claro —Accedí a eso ya que por lo visto cuando se trataba de él era incapaz de negarme.

—Este fin de semana, no hagas planes —me anunció y después de eso me explicó que debía volver al trabajo y se marchó.

Estaba frustrada por no haber obtenido respuestas a esa altura, Daniel se había negado y yo no había sido lo suficientemente valiente como para confrontar a Augusto. Me parecía que al hablar de aquello, específicamente de mi madre, se derrumbaría.

Jennifer me había convencido de tomar un trago para relajarme, y solo después de aceptar me di cuenta de que sería fuera del edifico. Dudé, pero ella estaba tan entusiasmada que no pude resistirme mucho.

Salimos sin percance del edificio y Jennifer comenzó a caminar entre los carros, así que supuse que tenía

uno. Efectivamente se detuvo frente a un coche rojo y pequeño. Se subió y yo la seguí.

—Adiosito —se despidió de los guardias que custodiaban la entrada, con un gesto exagerado de la mano y tono cantarín. Pude ver incluso como dedicaba un guiño a uno de ellos, pero parecían completamente ajenos a esto.

—¿No importa quién entra y salga de aquí? —pregunté, curiosa.

—Por supuesto que sí, pero esos grandulones, son rastreadores.

—¿Y qué hacen exactamente los rastreadores?

—Pueden reconocer y encontrar personas o cosas, siempre y cuando sepan exactamente lo que están buscando. Amalia debe haberles dado a olfatear una pequeña gota de tu sangre, y listo, ya eres bienvenida.

Jennifer era por mucho la persona más entretenida que había conocido, mientras hablaba no dejaba de hacer muecas, que por ser tan atractiva, le quedaban bastante bien. Giraba los ojos, reía, hacia pucheros, sacaba la lengua. En mi mente no podía dejar de verla como una niña.

Llegamos a un club y no tardó en pedir nuestros tragos, ella una extraña bebida con vodka que llevaba desde fresas hasta chocolate, y yo una simple cerveza. Hablamos de tonterías un rato, y luego me animé a preguntarle cosas que me causaban curiosidad.

—¿Qué otro tipo de poderes hay? Además de empáticos, videntes, rastreadores... —Ella revolvió su nada

apetitoso trago y le dio un sorbo antes de responder.

—Los más *cool* son los Creacionistas, ellos pueden crear cosas solo con "visualizarlas", pero por lo general son bastante viejos, ya que se supone que requiere mucha práctica. Los Aviadores también son increíbles, pueden controlar el clima, atraerlo o cambiarlo. Y están los Atletas, que hacen cosas increíbles con su cuerpo, como volar o correr súper rápido. A ver, a ver... Ah, los Hipnotizadores, son muy pocos, y pueden hacer que una persona haga lo que le ordenen, pero yo particularmente no conozco ninguno. Están también los Sanadores, aunque asumo que ya estas familiarizada con el concepto.

—Se podría decir eso.

—Y hablando de tus conceptos...—dijo, mirando algo tras de mí.

Daniel estaba caminando despreocupadamente hacia una mesa pequeña en el fondo. Se limitó a saludarme con una mirada intensa.

—No le dije donde estaríamos, ¿Qué hace aquí? —pregunté a Jennifer, con un chillido.

—Me parece que es simple casualidad, todo el mundo viene aquí.

Me pregunté con quién había ido, no había visto a nadie, en su presencia, me costaba desenfocar. Al voltearme, llamó mi atención que parecía estar molesto, discutiendo con la persona que tenía al lado. Era Christopher quien lo acompañaba, y también parecía estar de muy mal humor.

¡MIERDA!

Y por un segundo, el más incómodo de mi vida, ambos me miraron. Me giré hacia Jennifer, que tenía el ceño fruncido.

—¿Son amigos? —le pregunté, y ella entrelazó su dedo índice con el anular en respuesta, mientras sorbía de su trago—. ¿Hablas en serio?

—No hablé realmente, pero sí, ¿por qué? —Me cubrí el rostro con las manos y Jennifer pidió otra ronda de bebidas—. Bebe, es la solución para todo.

—Hice algo malo.

—Sea lo que sea, yo lo he hecho antes y en repetidas ocasiones. Dispara.

—Conocí a Christopher cuando llegué al Recinto, él fue muy amable conmigo y me di cuenta de que se sentía atraído hacia mí. Nos encontramos de nuevo y acababa de tener mi primera visión como empática, así que quise intentarlo y él estaba ahí.

—¿Y qué? ¿Coqueteaste con él?

—No era mi intención, pero creo que él lo tomó de esa forma... prácticamente ni le hablé, pero me temo que lo sintió así.

Ella miró un punto detrás de mi cabeza.

—Parecen estar discutiendo. —Unos segundos después, Jennifer estalló en carcajadas—. ¿Sabes que es gracioso? Son como mejores amigos, crecieron juntos y comparten cuarto y todo eso.

—Jennifer eso no es gracioso. Tú eres una mala ami-

ga, y yo necesito ir al baño. Ya vuelvo.

Para aliviar mi miseria, me terminé lo que quedaba en el vaso, que era más de la mitad.

—De eso estamos hablando —me animó y le lancé una mirada asesina. Se cubrió la boca con la mano, indicándome que se callaría.

—¿Baño?

Señaló la dirección con el brazo, mientras que con la otra mano seguía tapándose la boca.

Me encaminé decidida a no mirar hacía los chicos y lo logré. Entré y salí del baño en solo un par de minutos. Daniel me estaba esperando recostado de la pared. Me tomó por las caderas y me puso contra el concreto, atrapándome.

—Estas preciosa, y eso que creía que no podías gustarme más. —Sus palabras me dejaron sin aliento. La próxima vez que habló lo hizo en mi oído—. Te vas conmigo esta noche. —Y sin darme oportunidad de recuperarme, plantó sus labios en los míos. Su aliento sabía a aire fresco, y un toque de alcohol. Rompió el beso demasiado pronto para mi gusto. Me miraba con aquellos penetrantes ojos y no se sentía realmente como una pregunta—. Te acompaño a la mesa.

—No es necesario —respondí con voz temblorosa.

—Christopher salió por aire, si es lo que te preocupa.

—Déjame explicarte —le pedí, no quería que pensara mal de mí.

—No es necesario.

Parecía y se sentía bastante tranquilo, yo estaba mareada, pero era el tipo de mareo que me producían sus besos. Me tomó por la cintura y me llevó hasta donde estaba Jennifer, quien ahora estaba tomando *shots* de tequila. Una vez ahí la saludó.

—Jennifer.

—Silvana está conmigo, así que apártate —le contestó ella, haciendo un gesto teatral con la mano.

—Puedo concedértela una, quizás dos horas más, pero no más que eso. —Su sexi y madura voz resonaba en mi oído.

—De acuerdo —accedió ella, bajando la mano y haciendo pucheros.

Daniel besó mi mejilla antes de retirarse. Vi a Christopher en la mesa y lo saludé con la mano, me devolvió el saludo, no tan fresco como las veces anteriores. Me senté y Jennifer me tendió un *shot* de tequila.

—No, gracias —le dije apartando el pequeño vaso.

—O te lo bebes, o invito a los chicos a nuestra mesa —me amenazó la bastarda. Me tomé el trago, que quemó mi garganta y erizó mi piel—. ¿Todo bien? —preguntó, siendo normal para variar.

—Eso creo.

El resto de la noche, no fui lo suficientemente valiente para voltear hacia donde estaba Daniel, aunque de vez en cuando podía sentir su mirada sobre mí. Estaba dividida entre la paz y tranquilidad que me producía Jennifer, y mi deseo de estar con el hombre de mis sueños.

Jennifer comenzó a hacer señas con la mano a alguien, y un chico musculoso se acercó a nosotras.

—Silbanana, él es Joshie, Joshie, Silbanana.

—Es Josh —se presentó él, tendiéndome la mano.

—Y es Silvana.

Si Jennifer tenía compañía, supuse que eso me daba la libertad de irme. Además, sin necesidad de mi empatía, podía notar el grado de atracción entre ellos. Haciendo eco a mis pensamientos, sentí a Daniel tras de mí.

—Josh —saludó. Éste le estrechó la mano—. ¿Nos vamos?

Me acerqué a Jennifer y besé su mejilla.

—La pasé increíble, debemos repetirlo.

—Debemos repetirlo todos los fines de semana —respondió ella enérgicamente.

Yo reí y me dejé llevar por el brazo de Daniel, que ahora cubría mi cintura. Era más que obvio que Jennifer sabía lo que hacía, pero me sentí mal al dejarla. Lo último que vi de ella, fue como se ponía de pie y bailaba todo el camino hasta la pista.

Daniel me llevó hasta un coche negro que supuse que era suyo, me metió en el asiento del copiloto y me colocó el cinturón de seguridad.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras me examinaba.

—No voy a vomitar en tu coche, si es lo que te preocupa. —Él rió y cerró la puerta para rodear el carro y aparecer de nuevo en el asiento del conductor.

—No, no es eso lo que me preocupa. Insisto, ¿te encuentras bien?

—Sí, un poco mareada. —Me recosté en el asiento y puso su mano sobre la mía. Estaba cálida como siempre.

Noté que conducía bastante lento. Anduvimos en silencio todo el trayecto.

Después de lo que me pareció una eternidad, llegamos a mi habitación, no se molestó en encender la luz. Me acosté en la cama, pero él no se acostó conmigo. Estaba a punto de protestar cuando lo sentí en mis pies. Me incorporé y vi que estaba arrodillado frente a mí, comenzó a desabrochar mis zapatos y yo me tumbé de nuevo.

—Tu manera de conducir es inconsistente con todo lo demás que sé de ti —le dije, mientras me sacaba el primer zapato.

—¿A qué te refieres?

—Manejas muy lento.

—Tú ibas conmigo y estuve tomando.

—Te ves bastante sobrio.

—Así me siento, pero no me gusta tomar riesgos. —Segundo zapato afuera. A continuación comenzó a masajear mis pies, y eso me hacía sentir más mareada que diez shots de tequila—. ¿Son ideas mías o me acabas de decir que vamos demasiado rápido?

Y en ese momento se acostó a mi lado.

Distracción, distracción.

—Tú... ¿discutiste con tu amigo? —No podía verlo con claridad, pero estaba segura que estaba escogiendo las palabras.

—No es algo de lo que tú debas preocuparte. —No dije nada y él supo que su respuesta me había dejado insatisfecha, así que continuó—: Él parece creer que tiene algún tipo de oportunidad contigo, a pesar de que le expliqué lo nuestro. Me temo que no se va a solucionar hasta que vea las cosas por sí mismo.

—No comprendo, Jennifer me dijo que son mejores amigos, compañeros, ¿Cómo es que no habían hablado de mí antes?

—Desde el momento en que llegaste, estuve muy ocupado y prácticamente no nos habíamos visto, él me comentó que había conocido una chica, pero no se me pasó por la mente que pudiera ser mi chica.

—Es mi culpa, de cierta manera le cause esa impresión.

—Me dijo que habían compartido un par de veces.

—La primera vez realmente necesitaba su ayuda, pero después fue simple codicia. —Tomé aire y le expliqué lo sucedido, tal como lo había hecho con Jennifer.

—Ya él comprenderá. —Se sacó los zapatos y luego me cubrió con una sábana. Cuando volvió a acostarse a mi lado, me abrazó fuerte. A pesar de tenerle a mí lado le añoraba, era como si no tuviese suficiente de él, desde que lo había conocido tenía esta extraña sensación de querer fundirme en él—. ¿Qué piensas? —su voz era baja, pero no dejaba de tener la imponencia de siempre.

—No te lo puedo decir.

—¿Por ahora?

—Sí, supongo que llegará el momento en el que pueda hablarte de lo que siento por ti.

—Ansío ese momento. Eres muy poco comunicativa y no todos somos empáticos…

Después de mi segunda sesión con Amalia, tenía mi primera lección de combate físico. Entré y peiné la habitación con la mirada.

—Silvana, ¿cómo estás? —era Michael, habló detrás de mí y me di la vuelta para contestarle.

—Hola, bien. —Pasó a mi lado y me tocó el hombro. Intenté sentir su energía y me percaté que le agradaba.

Detrás de él entró Daniel, para mi sorpresa con dos chicas, una rubia clara del brazo derecho y otra de cabello castaño del otro lado. Contuve la respiración. En cuanto me vio, sonrió. Se acercaron a mí y la chica rubia lo soltó para darme un abrazo. Yo estaba perpleja.

—Hola Silvana —me saludó enérgicamente.

—Sami, compórtate —la reprendió la otra chica. Era casi tan blanca como Daniel, tenía cabello castaño claro y ojos marrones. Su rostro era angelical—. Silvana soy Isa, mucho gusto, hermana de Daniel.

—Hola, un placer.

—Y ella es Sami, también es nuestra hermana.

La chica rubia me saludo de nuevo, esta vez solo con la mano.

—¿Lo mejor para el final? —preguntó Daniel, juguetón acercándose a mí.

—¿Es casualidad que estés aquí? —le cuestioné intrigada.

—Por supuesto que no —respondió.

—¿Tienes algo de experiencia en combate Silvana? —me preguntó la hermana rubia de Daniel.

—Podría decirse —contesté con vaguedad.

—Bien, espero que ya estén despiertos. —Comenzó Michael, que estaba tan formal como cuando lo conocí, de nuevo iba de traje—: Bien, ubíquense en parejas por favor. Hagamos un círculo, y cada pareja seleccione quien será el atacante.

Daniel tomó mi mano y le sonreí. Isa y Sami también hacían pareja.

—Quiero atacarte —le dije a Daniel, y él alzó las manos en señal de rendición.

—A ver, quien va primero. —Michael peinó el grupo con la mirada. A pesar de que solo tenía unos diez años más que la mayoría, se veía mucho más maduro—: Jennifer y Josh.

No me había percatado de que ella estaba ahí, estando con Daniel, a mi alrededor se podía armar una guerra y no me enteraría. Jennifer pasó al centro del círculo con su amigo, que yo sabía que le gustaba mucho, y al verme me guiñó un ojo.

—¿Quién es el atacante? —preguntó Michael y ella señaló a su amigo con un dedo.

—Joshie —dijo, pronunciando la "shi" más tiempo del necesario.

—Bien, muchachos, a mi señal.

—Estoy lista —respondió Jennifer, mostrando los dientes y gruñendo como un perro, lo cual me hizo a mí y a todos los presentes estallar en risas. Michael levantó la mano, indicándoles que comenzaran.

Josh le lanzó un pequeño golpe a Jennifer, que ella esquivó saltando hacia atrás.

—¿Dónde están tus cojones Josh? con fuerza —lo alentó Michael, frustrado.

Sentí una especie de escalofríos que no era precisamente mío, pero no podía identificar de dónde provenía. Mi empatía definitivamente se estaba intensificando.

Josh le lanzó un golpe más fuerte y esta vez ella se agachó, él le dio una patada en la parte de atrás de las rodillas que la tumbó al piso. Se sentó a horcajadas sobre ella y le puso ambas manos encima de la cabeza.

—Jaque mate —exclamó, eufórico.

Jennifer parecía disfrutar estar tirada e inmovilizada en el piso, al punto que se hizo la muerta, abriendo mucho los ojos y la boca. Remató con una dramática sacada de lengua.

—Jennifer ¿dónde estaban tus pies? no te moviste en ningún momento —la regañó Michael, con decepción. Miró alrededor mientras Josh ayudaba a Jennifer a ponerse de pie—. Siguiente, a ver, Isa, Sami, siguen ustedes ¿Quién ataca?

—Yo —indicó Sami, yendo al centro del círculo.

En ese momento, logré identificar de dónde provenía aquella extraña sensación, era de Isa, y también de Michael, estaba confundida.

Sami e Isa eran mucho más interesantes que Jennifer y su amigo. Se movían por la habitación, Sami lanzando golpes y patadas e Isa esquivándolos ágilmente. Sami se abalanzó hacia su hermana, quien la esquivó dando una vuelta, pero la primera la alcanzó por la muñeca, halándola hacia ella y doblándole el brazo hacia atrás, la pegó de su cuerpo y con la mano que tenía libre la agarró por el cuello.

—Muy bien Sami. Tú también Isa —la voz de Michael se tiñó con un ligero temblor al pronunciar el último nombre.

Dos parejas más pasaron y las observé con atención. Escuché a lo lejos mi nombre y sentí a Daniel tomándome del brazo y llevándome al centro del círculo.

—¿Listos? —preguntó Michael y yo asentí.

Le lancé una patada baja y él la esquivó brincando, seguí con un golpe de derecha, que amortiguó con su brazo. Di unos seis golpes más sin éxito, pero unos minutos después concluí que no sería imposible vencer a Daniel. Me alejé lo suficiente para hacerle creer que llevaba la ventaja, poniendo mi mejor cara de agotada, y acto siguiente, corrí con todas mis fuerzas hacia él, intentó esquivarme, pero brinqué sobre él con tanta fuerza que lo tumbé gracias al impulso.

—Vaya Silvana, muy bien. —Michael estaba sorprendido y también Daniel cuando me encaró.

—Estoy orgulloso —me dijo sonriendo mientras volvíamos al círculo—. ¿Dónde aprendiste eso?

—Crecí prácticamente sola, debía saber defenderme

en caso de que lo necesitara.

Mi comentario había sido completamente casual, pero él no lo tomó de esa manera. Tristeza y rabia comenzaron a emanar de él. Inmediatamente me arrepentí de mis palabras.

La clase culminó y además de la extraña energía que sentí entre ellos, estuve segura que vi a Michael y a mi angelical cuñada intercambiar una extraña mirada antes de que él nos despidiera. No podía ser, no tenía sentido, pero supuse que no tardaría mucho en saber si realmente había algo entre ellos dos...

CAPÍTULO 6
CONTACTO

Estaba decidida a por fin enfrentar a Augusto respecto a mi pasado. Sabía que sería incómodo para ambos, pero tarde o temprano debía saberlo.

—Buenos días —lo saludé en cuanto me abrió la puerta de su despacho.

—Silvana —respondió, aun desde adentro.

Entré, sin esperar que me invitara. Me siguió y se sentó tras el escritorio. Me miró muy serio mientras me sentaba frente a él.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero que me hables sobre mi madre, prometiste darme detalles una vez que estuviese aquí.

Él permaneció en silencio unos segundos, como evaluando la situación, y finalmente me preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—Todo, no sé nada de ella, de ellos —corregí—. Cada vez que intentaba hablar de ellos con Marina se ponía muy triste y se cerraba. A duras penas se sus nombres.

—¿Qué quieres saber? —repitió en completa calma, ignorando mi arrebato.

—¿Tu y ella…?—No completé la frase, pero él me entendió. Era consciente de que no era la pregunta más apremiante, sin embargo era la única justificación para su excesivo interés en mí.

—Tu madre y yo fuimos grandes amigos Silvana, solo eso. Crecimos juntos y cuando tenía aproximadamente tu edad conoció a tu padre y se casó con él.

—Pero tú la amabas. —Abrió mucho los ojos y ahora parecía molesto—. Sé que fue así, por la manera en que hablas de ella.

—Amé mucho a tu madre, pero nunca hubo nada entre nosotros. —Su expresión se suavizó. Sentí su dolor.

—¿Qué edad tenía cuando murió?

—Un par de años más que tú, pero explicártelo todo sería demasiado complicado.

—No me importa, quiero saber, y no pienso moverme de aquí hasta que me cuentes cómo fue.

El suspiró resignado al notar mi determinación y comenzó:

—Daniel me contó que te explicó sobre la jerarquía implícita que existe en nuestro mundo. Hay poderes mayores, poderes… insignificantes, y por supuesto "muchos poderes". Tu madre nació aquí, pero siendo aún muy joven se mudó y fue ahí cuando nos conocimos. Ella y yo crecimos lejos, y cuando volvimos ella se casó con tu padre y sus poderes comenzaron a evolucionar muy rápido. Como comentó Amalia en tu llegada, este lugar, La Cordillera y las montañas afloran la magia en las personas. Era como si cada día emergiera una habilidad nueva de ella. —Hizo una pausa, evaluó mi reacción y decidió continuar —. Fue tan… idílico su avancé que se convirtió en una amenaza para quien en ese momento estaba en la

cima jerárquica. Ana tenía cerca de años aquí cuando esa persona la asesinó.

—No… entiendo —balbuceé —. Si ella era tan poderosa, ¿Cómo es que no pudo defenderse?

—Porque se trataba de alguien en quien confiaba y que en teoría la quería. No lo vio… no lo vimos venir. Eran grandes amigas. Ella, Ana, y la madre de Daniel, Jade.

—¿Ella? —lo invité a aclarar, necesitaba saber.

—Su nombre es Mónica. El "cómo" voy a ahorrártelo, ella es... extraordinaria, tiene más poderes que cualquier otra persona viva, es preciosa, encantadora —rió amargamente—. No te dejes engañar por mis halagos, si pudiera, la mataría con mis propias manos, pero me temo que eso es imposible. En fin, siendo tan poderosa, había grandes expectativas sobre su descendencia, pero surgieron profecías en nombre de Ana, así como las que hay en tu nombre, aunque Amalia y yo tenemos la teoría de que se trata de la misma.

—No comprendo nada...

—En aquel momento se supo que de Ana descendería un ser extraordinario, no se sabía el lazo concreto, por lo que ahora creemos que se trata de la hija que tú vas a darle a Daniel, Y eso amenazaba a Mónica, todo lo que ella era y por lo que había trabajado. Sé que es difícil para ti comprender que alguien pueda matar por esas razones, no te criaste aquí, y no entiendes lo imperativo que es ser poderoso en nuestro mundo.

—Si lo que dices es cierto, entonces ¿yo debería tener miedo de ella?

—Mónica está muy lejos de aquí, la noche que murieron tus padres, todo salió terriblemente mal para ella también, lo hizo pensando que nadie la descubriría, pero alguien la vio y… hizo demasiados enemigos.

—¿Qué hay de mi padre? Dices que murió con mi mamá...

—Defendiéndola. No lo asesinó la misma Mónica, pero si tuvo mucho que ver. Aquel evento fue… una masacre. Y me parece que por ahora fue suficiente —me dijo, sin apartar sus tristes ojos de los míos.

Permanecí un rato inmóvil, repasando su terrible relato, hasta que el pesar que sentí de él fue tan abrumante que decidí marcharme. Con mucho esfuerzo me despedí y salí del despacho.

Caminé lentamente tratando de procesar toda esa nueva información, cómo habían muerto mis padres, a manos de quién, cuándo...

Me detuve para pensar un segundo a dónde iba, y decidí que a mi habitación. No podría funcionar si no drenaba el mar de emociones que tenía dentro de mí. Casi corrí hasta ahí, con las lágrimas pugnando en mis ojos. Cuando llegué encontré a Jennifer alistándose para salir, y rogué por que no se diera cuenta de mi estado.

—Vas tarde a clase —le dije, lo más natural que pude. Me miró extrañada.

—También tú.

—No voy a ir, no me siento bien.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada, negué con la cabeza.

—No es nada. Hablamos luego. —Y me apresuré a mi cuarto, antes de que hiciera más preguntas.

Me acosté, abracé la almohada y empecé llorar, por segundos me calmaba, pero las palabras de Augusto resonaban en mi cabeza. Escuché como Jennifer llamaba a la puerta. La ignoré para que creyera que me había dormido, pero no funcionó. Entró y después el colchón se hundió a mis espaldas.

No era Jennifer

La presencia de Daniel me llamaba sin decir una palabra. Me lancé en sus brazos y empecé a llorar de nuevo. Me abrazó fuerte y me acostó en la cama, se tendió a mi lado sin decir nada, solo acariciando mi cabello. Aun así, viendo mi estado, no hizo preguntas.

Al incorporarme después de mucho rato, me sorprendió ver que ya no era de día.

—Está oscuro —le comenté, vagamente.

—Ujum —respondió, sin dejar de acariciar mi cabello.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Un par de horas —contestó sin darle importancia y secando mis lágrimas con su pulgar—. —¿Quieres irte? —preguntó, y vi que trataba de disimular algo.

Me pregunté si había hablado con Augusto o simplemente había inferido la razón de mi estado. No quería hablar, pues me sentía más calmada, pero él había pasado horas escuchándome llorar, y merecía una respuesta.

—No —respondí enseguida.

—Todo va a estar bien, yo voy a cuidar de ti —habló en mi oído y un escalofrío me recorrió el cuerpo, él se dio cuenta y pasó sus dedos lentamente por mi espalda. Comprendí lo que intentaba hacer.

—No tienes que manipularme, no me quiero ir —le dije, frunciendo el ceño, pues me molestaba que se aprovechara de su impacto en mí. Sonrió, pero sus ojos estaban serios.

—Si decides irte, te voy a seguir.

—Eso… no será necesario.

Me dedicó aquella mirada, que ya tan bien conocía, y supe lo que iba a pasar a continuación. Su pulgar acarició mi labio inferior y acercó su rostro lentamente al mío. Podría estar en llamas y aun querría un beso de él. Con mucho cuidado, abrió mis labios y sentí su lengua en mi labio inferior. Ahora su pulgar estaba en mi barbilla y haló de ella para que abriera más mi boca.

Separó nuestros cuerpos y pensé que se iba a levantar de la cama, pero se inclinó hacia a mí. No tuve claras sus intenciones hasta que sentí su nariz pegada de mi cuello. Inhaló profundo, antes de mover su nariz arriba y abajo en mi cuello. Pasé mi mano por su rostro mientras él repetía el proceso. Acaricié sus labios con mi pulgar y él lo mordió tiernamente. Me sentí mareada y se apartó de mí, como si se hubiese dado cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca y baja. Asentí —. Pareces estar a punto del colapso. Vamos, necesitas comer algo.

Y me sacó de la cama sin darme oportunidad de refutar.

Estaba convencida de que su pequeño arrebato de pasión, había sido con intención de persuadirme, en caso de que yo realmente quisiera irme. Era tan habilidoso.

Salíamos de la habitación, y Jennifer estaba llegando en ese momento. No venía sola, las hermanas de Daniel estaban con ella, y también una pequeña niña de unos doce años, que se parecía mucho al hombre del que me había enamorado.

— ¿Tú qué haces aquí? —preguntó Daniel, dirigiéndose a la niña.

—Tendremos una pijamada —dijo ella, dando brinquitos de emoción—. Planeamos pasar la noche aquí para poder conocer a Silvana, va a ser muy divertido. Tengo muchas preguntas que hacerle.

—Silvana, ella es mi hermana menor, Camila. —Era una versión pequeña de Daniel, pálida, cabello negro y liso hasta la cadera, pero a diferencia de su hermano mayor, tenía ojos oscuros.

—Es un placer conocerte Camila, eres muy bonita.

—También tú, estoy muy feliz de que seas la novia de mi hermano.

—Compórtate traviesa —la reprendió Daniel dulcemente.

Servimos pizzas que habían llevado las chicas y comimos, mientras ellas bromeaban. No tenía idea de que Jennifer fuese amiga de las hermanas de Daniel, pero recordé que ella misma me había dicho que sería "hipócrita" de él desaprobar que ella y yo conviviéramos juntas.

De vez en cuando, Daniel me lanzaba miradas extrañas, le sonreí dándole a entender que estaba cómoda y pareció satisfecho.

—Oigan ¿qué dicen si hacemos algo mañana? Podemos mostrarle e centro a Silvana. —La sugerencia de Jennifer me gustó. Distracción era exactamente lo que necesitaba.

—Mañana vamos a ver a mamá Jen, pero eres bienvenida si quieres venir, Silvana va —le dijo Isa.

Mierda, lo había olvidado.

—No me habías dicho que ibas a conocer a tu suegra —me dijo Jennifer juguetona, dándome un golpe en el brazo.

En ese momento, Daniel se puso de pie.

—Debo irme, tengo algo que hacer por la mañana. Acompáñame a la puerta —me pidió, tomándome la mano—. Mucha prudencia ¿eh? —dijo, mirando a Sami y a Jennifer que se encogieron los hombros y rieron. En ese momento él parecía mucho mayor.

—Yo las controlo —respondió Isa severa.

—Pórtate bien Cami, no atosigues a Silvana. —Y se inclinó para besar su frente.

Se despidió de todas y lo acompañé a la puerta.

—¿Qué fue eso? —le pregunté, refiriéndome a las instrucciones que había dado.

—Isa es la prudencia, Sami es más del target de Jennifer, así que están empatadas, dos y dos.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Segura que vas a estar bien? —me preguntó, tomando mis manos

—Segura —le contesté y era verdad.

—Nos vamos a eso de las dos. Lleva ropa para dormir y para venirnos el domingo. Tenía intenciones de quedarme esta noche y hacerte compañía, pero me parece que estas en buenas manos, además que no va a quedar espacio para mí. —Tenía razón, pero no pude evitar sentirme decepcionada.

Algo llamó mi atención y quise salir de dudas.

—Ninguna de tus hermanas se parece entre ellas, y tú solo te pareces a Camila.

—Es complicado… Sami en realidad es mi prima, pero mi mamá la crió con nosotros. Para todos los efectos es nuestra hermana. Isa se parece a su papá, que es el segundo esposo de mi mamá. Yo al mío, y Cami, en realidad es más parecida a mamá que a mí, pero eso lo comprobaras mañana cuando la conozcas.

—Vaya —exclamé —¿Y qué es eso que debes hacer por la mañana?

—Voy a visitar a mi tío, el hermano de mi papá. Es un tipo solitario, y soy la única familia que tiene, me gusta acompañarlo cada vez que puedo. Además, debo hablar un par de cosas con él. —Se inclinó hacia mí y me besó la frente—. Trata de disfrutar la noche y luego descansa —me pidió con dulzura.

Me tomó por la cintura y me haló hacia él, puse mis manos en sus hombros. Amaba esos hombros, an-

chos y fuertes. Me besó y era claramente un beso de despedida pues fue recatado, lento, y solo labios, pero igualmente delicioso.

Lo vi desaparecer por el pasillo y después de asimilar lo que acababa de explicarme una palabra sonaba a gritos en mi cabeza: masacre.

Entré de nuevo a la pieza y me senté con las chicas.

—Hacen muy bonita pareja —me dijo Camila riendo.

—Mi tía es increíble, y tiene muchas ganas de conocerte, era muy amiga de tu mamá —me explicó Sami.

Justo ahí iba obtener más respuestas. Lo único que me detenía era Camila, esperaría a que se fuera a dormir.

—Silvana, ¿tenías novio antes de conocer a mi hermano? —La niña adoptó pose de entrevistadora de televisión y las demás nos miraron con diversión.

—Camila, compórtate —la regañó Isa, que parecía avergonzada.

—Está bien, no te preocupes, a mí me parece gracioso. Y no, no tenía otro novio.

—¿No tienes un amigo guapo para Isa?

—¡Cami! —la reprendió su hermana, aún más avergonzada. Jennifer se carcajeaba de la risa.

—Lo siento, no tengo muchos amigos. —Pensé en Michael, y la energía extraña que había sentido entre Isa y él, pero no comprendía nada de ese asunto.

—Camila tiene razón, Isa necesitas un chico. Deberíamos ir a un bar mañana a ver si pescas algo —intervino Jennifer.

—Yo estoy bien y ustedes me están avergonzando frente a Silvana. —Efectivamente, tenía las mejillas rojas. Sin conocerla mucho podía notar que era una chica inocente, definitivamente no podía haber nada entre ella y Michael.

Poco después Cami cayó rendida en el mueble. ¿Por dónde empezar?

—¿Estás bien? pareces distraída —me dijo Sami, sacándome de mi ensoñación. Esa era mi oportunidad.

—Sí, es solo algo que me comentó tu hermano, dijo que debía hablar con su tío. Y no estoy segura de por qué, pero creo que trata de mí y unas cosas que me contó Augusto esta tarde. —Algo me decía que si quería respuestas, esa era la dirección a tomar. Quizás simple intuición, o una variación de mi empatía.

—¿Enrique? Sí, probablemente Daniel quiera consultar algo con él, pero es complicado de explicar. —Isa me estaba huyendo y yo quería saber por qué.

—Tenemos tiempo ¿no? —Ella dudó y miro a Sami, quien la esquivó. Después de pensarlo unos segundos, habló de nuevo.

—De acuerdo ¿Qué fue lo que te dijo Augusto?

—Me habló de Mónica.

Las tres quedaron muy quietas por un par de segundos. Isa tragó saliva y se dispuso a explicar.

—Bien, verás Silvana, el tío de mi hermano estuvo comprometido con ella, incluso estaba embarazada y aparentemente terminó con el embarazo o lo perdió,

no se sabe bien. Se le vio un par de veces pasados los años y nunca con un niño —habló muy rápido y supe que quería terminar con el asunto. Además, podía sentir su nerviosismo—. Supongo que Enrique la conoce mejor que nadie y Daniel querrá aclarar algunas cosas ahora que estas aquí. ¿Tú estás bien? No debe haber sido fácil enterarte de todo eso.

—Sí, me refiero a que ya me imaginaba que había sido algo así por la manera en que Augusto y Marina evadían el tema.

—Esa mujer hizo cosas terribles —dijo Sami, con genuino dolor.

—Daniel mencionó que te crió su mamá...

—Mis padres también murieron cuando era niña, la misma noche que los tuyos —respondió Sami, encogiéndose los hombros.

—¿Y su papá? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

—También, fue algo parecido a una…

—Masacre —completé —. ¿Ella hizo todo eso?

—No, es... complicado. Fue un evento terrible del que sabemos muy poco, mi mamá nunca ha querido que indaguemos en ese tema —siguió Isa.

—¿Y tú no estás enojada? —pregunté a Sami.

—Ya he hecho las paces con ese asunto, ha pasado mucho tiempo —respondió tranquila—. ¿Tú lo estás?

—Más que enojada, siento dolor, lo que me contó Augusto fue sumamente inconcluso, pero no lo presioné más, noté que es un tema duro para él. Daniel

tampoco ha querido hablar mucho al respecto, es como si no quisieran que yo supiera.

—Es una historia trágica y es natural que quieran protegerte, yo no debí decir nada —dijo Isa, mirándome con preocupación.

—Sí, estarás en problemas con Daniel —se burló Jennifer.

—No, estoy bien—les dije, sin estar segura de estar siendo honesta.

—Silvana, olvídate de eso. Y por favor, no preguntes nada más, o de verdad nos vas a meter en problemas con mi hermano —pidió Isa y yo asentí—. Bien, creo que fue mucho por esta noche y lo mejor será que vayamos a dormir.

Cerca del mediodía, llegó Daniel por nosotras y partimos a casa de su madre. De vez en cuando me lanzaba miradas curiosas, pero yo estaba disfrutando el viaje. Le preguntaría más tarde como le había ido con su tío. Estaba muy cómoda, a punto de quedarme dormida, cuando el coche se detuvo.

—¿Llegamos? —pregunté, semidormida.

—No, debo poner gasolina —respondió Daniel, me dio un beso en la mejilla y salió del auto.

Camila estaba en un entretenido relato sobre un compañerito de clases que le lanzaba papeles en el cabello, lo hacía sonar mucho más interesante de lo que probablemente era. Yo estaba adormecida y decidí que necesitaba algo para despertar.

—Chicas voy a la tienda, ¿alguna necesita algo?

Todas negaron y bajé del auto. Daniel estaba del otro lado, llenando el tanque y le señalé la tienda para que entendiera mis intenciones.

Entré y mientras buscaba la nevera, sentí una mirada fija posada en mí. Me giré, y vi un hombre joven, de estatura media y buen porte que estaba a pocos metros. Me miraba intensamente, como si intentara descifrar algo, lo cual me hizo sentir muy incómoda. Crucé al otro lado de la tienda para salir y en cuanto estuve frente a la puerta, lo sentí tras de mí. Me agarró con fuerza del brazo, al punto de causarme dolor y en un acto impropio de un ser humano, tomó un mechón de mi cabello y lo pegó a su nariz.

Con mucho esfuerzo, me solté de su agarre y salí a toda prisa de la tienda hacia el auto.

Daniel se dio cuenta que algo iba mal, probablemente por mi expresión o porque de seguro había perdido el color.

—¿Que sucede?

—Nada… solo era un chico que dice que compartimos una clase, pero como estoy nerviosa… no fue nada ¿Nos vamos? —mentí por inercia, sin estar segura de estar haciendo lo correcto.

Me tomó de la cintura y nos subimos en el auto. Daniel no dijo nada y yo no me atrevía a mirarle, pero estuve segura de que vio a través de mi mentira. Pasados unos incomodos segundos, encendió en auto y lo puso en marcha. Estaba absorto en lo que fuese que estaba pensando.

Después del extraño incidente, Daniel y yo guardamos silencio el resto del camino, podía percibir su ansiedad y preocupación. Y pensar que no era consciente de lo que realmente había sucedido. Tampoco las chicas, quienes a medida que avanzábamos, comenzaron a charlar animadamente.

—Llegamos —anunció Daniel, después de un rato, aun serio. Estábamos de vuelta en La Cordillera y aparcó fuera de una casa muy grande y bonita. Era de un estilo clásico: dos pisos, de forma rectangular, color beige y con altas rejas doradas. Daniel abrió la gran reja y Camila corrió hacia la puerta principal, dando brincos.

Cuando entramos, Isa estaba abrazando a la que supuse era su madre. Era una mujer esbelta, con el cabello negro y ondulado, la tez, no era tan blanca como la de sus hijos, y su rostro era muy hermoso, podía haber sido reina de belleza hacía unos años.

—Mamá —le dijo Daniel, soltando mi mano para darle un abrazo y un beso en la mejilla, ella le devolvió el gesto con mucho cariño y después se volvió hacia mí.

—Silvana, es un placer por fin conocerte cariño. —Me abrazó con el mismo cariño que a su hijo, y me hizo sentir muy cómoda —. Vamos a sentarnos.

Nos guió hacia la sala y casi de inmediato entró una mujer vestida de blanco, llevaba una especie de pañuelo en la cabeza. Carraspeó.

—Buenas tardes —saludó a todos en la sala. Jade se puso de pie y se dirigió hasta donde estaba ella.

—Miriam, ella es Silvana, la hija de Ana. —La mujer llamada Miriam, me hizo una especie de reverencia con la cabeza, mientras yo le tendía la mano.

—Un placer Miriam. —Antes de darme la mano, se la limpió de su larga falda.

De ella emanaba una especie de respeto que me desconcertó mucho. Volví a mi asiento lo más naturalmente que pude, tratando de no demostrar cómo me había afectado la actitud de Miriam.

—Silvana, ¿y cómo te adaptas al Recinto? —me preguntó Jade, mientras servía las copas de vino.

—Bastante bien creo, aunque aún tengo el horario descontrolado.

—Augusto me dijo que eres tan talentosa como Ana. —Me miró con cariño mientras decía esto.

Pasamos el resto de la tarde hablando de trivialidades y noté que, aunque Jade no mencionó más a mi madre, de vez en cuando me lanzaba miradas extrañas. Daniel por su parte, parecía haberse tranquilizado, pero cada tanto su mirada se perdía.

Mi teléfono comenzó a sonar. Me excusé y salí de la sala para responderlo. La cocina estaba vacía, así que entré y atendí. Era Augusto.

—Silvana ¿Dónde estás? sé que saliste del Recinto —Parecía angustiado.

—Estoy conociendo a la mamá de Daniel, vamos a pasar aquí el fin de semana. Siento no habértelo comentado, supongo que se me pasó.

—Sé prudente. No hables con nadie extraño, y quédate en casa de Jade hasta que regresen ¿de acuerdo? —Sonaba angustiado así que decidí concederle eso.

—Vale, te lo prometo. No te preocupes. —Y tras respirar con frustración, colgó.

Supe de inmediato, que alguien había escuchado mi conversación. Era Miriam, estaba parada en la puerta con una bandeja en las manos.

—El señor Augusto tiene razón. Este no es un lugar seguro para usted.

—¿A qué te refieres? —pregunté confundida.

—Debería volver al lugar de donde vino. Allá estaba más segura. —Se movió por fin. Entró en la cocina y puso la bandeja en el mesón.

—Por favor explícate ¿Es por Mónica? —Ella tardó unos segundos, pero asintió muy lentamente —. ¿Sabe ella que estoy aquí? ¿Quién soy?

—Hoy mismo lo averiguará —anunció con voz profunda y cargada de preocupación.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Tiene algo que ver con lo que sucedió hoy? —le urgí.

—Era un enviado de ella para rastrearla. —Tragó hondo y cuando prosiguió, lo hizo como si le dolieran las palabras que estaba a punto de pronunciar —. Ella no quiere lastimarla, pero lo que pretende es mucho peor, el más grande de los pecados...

Comprendí de alguna forma que Miriam era vidente. Ella cerró los ojos en un acto de concentración.

—Mucho dolor, el dolor más grande que pueda existir, es lo único que puedo ver declaró con pesar.

—¿Cuándo? —la apremié desesperada.

—No lo sé —me dijo negando con la cabeza y en forma de disculpa—. Mis visiones no son claras.

En ese momento entró Camila entró en la cocina y Miriam se escabulló, dejándome asustada y confundida.

—La cena esta lista señora. —Miriam entró a la sala una hora después y le habló a Jade, quien se puso de pie.

—Bien, vamos a comer entonces —respondió a Miriam y todos nos encaminamos al comedor.

Esa noche fui parte, por primera vez en mi vida, de una cena familiar, y la habría disfrutado de no ser por la macabra advertencia de Miriam.

Dormí con Isa en su habitación y cuando desperté en la mañana ella seguía rendida. Al bajar a la cocina, solo encontré a Jade tomando café. Las chicas dormían y Daniel había salido a trotar. No vi a Miriam, así que pregunté por ella.

—Los domingos va al mercado por pescado fresco, cerca del mediodía debe estar aquí—explicó Jade —. ¿Tienes un momento cariño? Hay algo que me gustaría mostrarte.

—Sí, claro —accedí.

Me llevó a una especie de estudio, había bibliotecas, un sofá y un escritorio, era oscuro y fresco. Tomó

una caja de un estante y se sentó en el sofá, me senté junto a ella.

—Tengo un par de cosas de Ana, que quería darte. —Me miraba con aquella ternura que me hacía sentir muy cómoda—. ¿Quieres que las revisemos juntas o las mirarás tú, luego?

—Juntas—respondí al notar que quería mostrarme lo que había dentro de la caja.

—Hace un tiempo Miriam te vio venir, así que reuní todas las cosas que tenía de tu madre y las guarde aquí. —Sacó un manojo de fotos. Miró la primera y sonrió nerviosa mientras me la pasaba.

En la fotografía había varios rostros familiares, vi a mi madre más joven, aunque bastante parecida a la foto que una vez me había enviado Augusto, también estaba Jade, el mismo Augusto y un hombre que no reconocí, pero podía imaginar de quien se trataba.

—Él es tu padre. —Era rubio, de cabello largo, y fornido. Me dio la impresión que me parecía más a él que a mi madre como todos me decían. Vi a otro hombre y estuve segura que se trataba del padre de Daniel. La siguiente fotografía me dejó helada. En la imagen, se veían Jade y mi madre, la última embarazada de unos 8 meses quizás, y del brazo de su mamá, el pequeño Daniel, con unos cinco años de edad. No posaba para la fotografía, miraba fijamente el abultado vientre, donde estaría yo.

—Daniel fue muy apegado con Ana desde su llegada,

y más aún cuando ella salió embarazada. Le encantaba acariciar su barriga y hablarte. A ti te gustaba aún más, brincabas en la panza siempre que él estaba cerca —Jade habló melancólica sin mirarme, absorta en la fotografía.

¿Podía ser eso posible? ¿Podía lo nuestro remontarse hasta ese entonces? ¿Incluso antes de nacer? Eso explicaría muchas cosas, la rapidez y profundidad con la que me enamoré, tan absurda e irremediablemente. No entendía el asunto de la profecía, pero debía indagar en ello.

En realidad eso explicaría por qué nuestros sentimientos no parecían naturales, porque no lo eran, había algo más profundo, más grande, lo quise incluso antes de vivir.

Observé la habitación y vi que había un par de objetos relacionados con magia, un bonito y gran caldero transparente de pociones llamó mi atención.

—Es hermoso—lo admiré.

—Es decorativo, no practico magia desde aquella noche, es como el dinero Silvana, te da poder, pero también te da problemas. Por supuesto ustedes son jóvenes y tienen derecho a disfrutar de sus habilidades, solo espero que ninguno tenga lecciones tan dolorosas como las mías.

—Y cuándo paso todo aquello, ¿cómo lo tomó él?

—Al principio nada bien, estaba muy molesto de que te hubiesen llevado lejos, pero niño al fin, fue superándolo con el tiempo. Sin embargo nunca se olvidó

de ti. No te imaginas lo contento que estaba cuando Miriam te vio llegar. Ella me lo dijo a mí, y yo se lo conté a él, te vio con Augusto, pero no estaba segura del lugar. Daniel comenzó a hacerle seguimiento hasta que apareciste. Llegó aquí como loco y me levantó en el aire. Me dijo que eras más hermosa de lo que te había imaginado. —Su expresión cambió con un pensamiento y se puso seria —. ¿Cómo se porta Augusto? —Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Es algo controlador. Pero nada que no pueda manejar, ¿te preocupa?

—No sé si sea preocupación exactamente. Solo quiero que las cosas aquí no te resulten demasiado pesadas. Imagino que debes encontrar todo esto… abrumante.

—La verdad hay muchas cosas que aun no entiendo.

—Sé que técnicamente soy tu suegra, pero si necesitas hablar con alguien, yo estaré dispuesta a aconsejarte, y por supuesto ayudarte en lo que sea posible. Puedes venir aquí siempre que quieras —ofreció con ternura y yo le sonreí en respuesta.

Era hora de irnos y nos despedimos de Jade y Miriam, quien apareció solo en ese momento. Odiaba que cada persona con la que hablaba, me dejara con más preguntas que respuestas.

En el auto intenté organizar mis ideas. Comenzando por lo más inquietante: no entendía la advertencia de Miriam porque según ella Mónica no quería lastimarme. No tenía sentido. Por otra parte, Jade era

realmente amable y conocerla me había hecho bien, de ser posible, me hizo enamorarme aún más de Daniel. Pude ver que había crecido en un hogar lleno de amor, a pesar de haber perdido a su padre.

Llegamos y entré a mi habitación, con Daniel tras de mí. Saqué del bolso la caja que me había dado Jade y me senté en la cama.

—¿Qué es? —me preguntó mirando la caja.

—Me la dio tu mamá, son cosas relacionadas con mi madre. —Busqué las fotografías, le pasé aquella que me conmovió tanto, y él quedó absorto mirándola, pero me di cuenta de que no era nueva para él—. Miriam dice que Mónica quiere algo de mí.

Me sorprendió ver que esto no le inmutó en absoluto, o quizás solo se estaba controlando para no alarmarme, su mirada se perdió por un segundo, pero pronto se recuperó.

—¿Te dijo algo más? —preguntó aun sereno.

—Me parece que no sabía nada más, y si lo sabía no quiso decírmelo. —Él no hablo por un rato, y me parecía que estaba maquinando algo—. Cuando fuiste con tu tío ¿le preguntaste sobre ella?

—Sí, y él está convencido de que ella no te dañaría, dice que está arrepentida de lo que hizo en el pasado. Lo cierto es que por más vueltas que le doy al asunto, no se me ocurre una razón por la que ella quiera buscarte.

—Mirian dijo que no podía ver lo que ella quiere, pero de cualquier forma no es nada bueno. —Decidí ahorrarle los detalles, asumiendo que no los supiese. Así como lo del rastreador.

—Buscaremos un vidente experimentado, que nos pueda dar una visión exacta, Miriam no tiene educación, tampoco le interesa tenerla, al igual que mi madre le tiene miedo a la magia. Ha hecho un par de predicciones acertadas en su vida, pero digamos que no está en contacto su don. —Seguía completamente sereno, asentí lentamente y recosté mi cabeza en su pecho.

Supuse que había reaccionado de esa forma para tranquilizarme, quizás estaba aterrorizado y no quería que yo lo supiera, tal vez si "sentía" su energía... pero él comenzó a acariciar mi brazo con sus dedos y concluí que "sentirlo" no sería la mejor idea.

El hombre de la estación estaba frente a ella, que lucía impecable e intimidante. Era alta, esbelta, y llevaba el cabello oscuro por los hombros. Lo miraba con atención, mientras él se olfateaba la mano con la que me había tocado.

—¿Y bien? —preguntó Mónica, observándolo con el rostro inexpresivo.

—Es ella.

No había sido un pesadilla, de eso estaba segura. No podía explicármelo a mí misma, pero aquel extraño acontecimiento no se parecía en nada a un sueño. Había sido real.

CAPÍTULO 7
LOS ANILLOS

Estaba sentada en la pequeña peinadora de mi cuarto, ya vestida, esperando que mi cabello se secara. No tenía idea de qué hacer a continuación. Nada parecía útil. ¿Irme? Pero ¿cómo? A pesar de toda aquella tragedia, era feliz por primera vez en mi vida. Ahí me sentía en casa, como si fuese el lugar donde debí estar siempre.

Solo una cosa era segura, Mónica estaba interesada en mí y todo habría estado muy claro, de no ser por la predicción de Miriam.

Daniel había dicho que me seguiría a cualquier parte, y supuse que si Mónica ya se había tomado la molestia de encontrarme, probablemente lo haría de nuevo. Toqué mi cabello y estaba seco, así que salí de la habitación y fui, por ilógico que pareciera, con la única persona que sentí que podía ayudarme.

Michael parecía bastante confundido al verme, y era fácil entender por qué. Apenas nos habíamos visto un par veces, y ciertamente no había razón para que yo apareciera en la puerta de su despacho a pedirle ayuda.

—Silvana, ¿estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí —respondí, entrando en su despacho —. Necesito que me ayudes a defenderme.

Él se veía aún más confundido, mientras me miraba

con la cabeza ladeada y las manos en los bolsillos.

—¿Qué sucede?

—¿Puedes ayudarme? —insistí.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Qué te preocupa? Te fue bastante bien la clase pasada.

—Eso, bueno no fue nada, comparado con lo que necesito saber. Creo que estoy en peligro. —Justo en ese momento, frente a Michael, comenzó a aflorar el pánico que había estado reprimiendo.

Él me tomó por el brazo y me sentó en una silla, para luego arrodillarse frente a mí.

—¿De qué estás hablando? —Respiré profundo y organicé mis ideas antes de responderle. Le expliqué todo, mi encuentro con el rastreador, la visión de Miriam, y la mía, ya que solo así podía describirla.

—Pensé que tú podrías ayudarme, ella no vendría personalmente por mí ¿cierto? Enviaría a alguien, como ese rastreador, así que tengo que saber defenderme y Jennifer dijo que tú eres el mejor.

Él calló unos segundos, mientras yo recuperaba el aire.

—¿Augusto sabe de esto? —Negué con la cabeza

Michael parecía estar buscando por dónde comenzar, se estaba tomando el asunto muy en serio, cosa que me extrañó, y me hizo pensar que quizás, una vez más, había algo que yo aún no sabía.

—Por favor di algo —le pedí.

—Silvana, aparentemente tus poderes van mucho más allá de lo que vio Amalia, es sumamente extraño

que hayas tenido una visión de Mónica y el rastreador. Lo primero es decírselo a Augusto, y desde luego tomar las medidas necesarias, como que no estés sola y en caso de que lo estés, sepas defenderte. Lo que me preocupa es...—Me dejó guindada y no terminó la frase, pareció perderse en sus pensamiento.

—¿Qué?

—Debemos cuidar no solo de ti, sino también de las personas que te rodean. —Una punzada de dolor me atravesó el pecho cuando dijo eso, un dolor que no era mío—. ¿Con quién estabas cuando te encontraste con el rastreador?

—Jennifer, Daniel y sus hermanas.

Al pronunciar el último nombre, tuve de nuevo aquella angustiante sensación, y de pronto sentí la urgencia de abrazar a Michael. ¿Le dolía mi cuñada? pero ¿era posible que de verdad hubiese algo entre ellos? No era el momento de preguntar.

—¿Y él los vio?

—Creo que sólo a Daniel. No puedo estar segura.

—Bien, aunque creo que ella no dañaría los hijos de Jade, y respecto a tu amiga, dudo que Mónica sepa que se han vuelto cercanas, así que tampoco me preocupa. —Mil preguntas se colaron en mi cabeza, ¿por dónde empezar?

—¿Qué significa ser un demonio? Jennifer es, el ser menos aterrador que he conocido en mi vida. —Sabía que me estaba alejando del tema, pero esa pregunta me escocía desde hacía días.

—Eso es una especie de estigma, para algunos, como yo, esa palabra no significa nada, mientras que para otros es una especie de tabú. Lo que define a los demonios, es que sus poderes tienen la particularidad de infligir daño, causar dolor, quemar, explotar, incluso matar. Pero como habrás podido notar, Jennifer está lejos de ser letal. Ahora eso no es importante. Trabajaremos para que seas capaz de defenderte en caso de ser necesario. De momento hablaremos con Augusto y veremos que tiene él que decir.

Estaba recostada en mi cama repasando todos mis problemas. Tenía un par de dudas que disipar, pero mis pensamientos siempre parecían enfocarse en Daniel. Él me atraía al punto de repelerlo ¿Por qué no podía ser como una chica normal y lanzarme en sus brazos? ¿Por qué me paralizaba? Tenía que poder, porque aunque no me sentía preparada, existía la posibilidad de que mi tiempo con Daniel fuese limitado. Lo cierto era que si sus besos y caricias quemaban, no podía imaginar algo más, no sabía exactamente que esperar, quizás debía hablar con alguien. Jennifer parecía ser la única opción.

Iba clase de clarividencia y después de mi visión de Mónica, el tema llamaba mucho más mi atención. Tenía entendido que solo ciertas personas nacen clarividentes, pero que todos éramos capaces, con los conocimientos básicos y cierta práctica, de tener una

premonición. En mi vida me había sucedido nada de ese estilo, hasta la noche anterior.

El libro hablaba de bolas de cristal, el sistema astral, cartas de tarot, hojas de té, premoniciones evocadas, donde solo con tocar una persona o un objeto se tenía la visión...

La clase estaba a reventar y los alumnos entusiasmados, cuando la profesa ingresó comprendí por qué: era joven y atractiva, una mujer voluptuosa, con los labios pintados de rojo sangre, lo que resaltaba su piel pálida y el cabello escuro.

—Buenos días chicos —saludó con gracia, situándose detrás de su escritorio.

Una chica se había sentado a mi lado, no la reconocí, pero le sonreí amablemente. Cuando alcé la vista, vi que la profesora, cuyo nombre me había dicho Isa era Rose, tenía un sobre en la mano.

—En este sobre hay un "pequeño" secreto sobre mí, nada grave, nada vergonzoso, un secreto "blanco" por así llamarlo, pasaré por cada uno de sus puestos y ustedes, uno a uno intentara "adivinar" de que trata.
—Se abanicó con el sobre, actuando como si estuviese avergonzada y acalorada, la clase rió al unísono. Su carisma me recordó a Jennifer.

—¿Qué tan difícil es? —preguntó un chico en una de las primeras filas.

—No mucho, ya que es un evento cercano. Vamos a comenzar. Si alguno acierta lo podremos corroborar con el sobre. Recuerden que el proceso es el siguiente

—Dejó el sobre en el escritorio y se situó frente a la clase—: deben poner sus mentes en blanco, no dejar nada en ellas y después visualizar solo a la persona u objeto de la premonición.

Cerró los ojos y pasó sus manos por la frente como si la limpiara de algo.

—Es decir, ¿A usted? —preguntó otra chica.

—Correcto. Una premonición puede venir de lo que vemos, tocamos u olemos, si son personas visuales entonces véanme, si son quinestésicas entonces tóquenme. —Un par de chicos que estaban delante de mí rieron y chocaron hombros —. El último paso, es proyectarse, como si salieran de su cuerpo muy de prisa. Lo que está en el sobre es un evento que ha de ocurrir pronto, la tienen bastante fácil, obviamente sería mucho más difícil si se tratara de un evento a ocurrir en un año o más. Así que bien, comencemos.

Se dirigió a la primera mesa a su izquierda, donde había dos chicas, se paró frente a ellas muy derecha y con las manos tras la espalda. Las chicas se pusieron de pie y la primera colocó sus manos en los hombros de Rose, cerró los ojos, con mucha fuerza y la profesora la corrigió.

—Relájate, y recuerda poner la mente completamente en blanco.

La chica volvió a cerrar los ojos, esta vez se le veía más relajada, y permaneció así aproximadamente por dos minutos, antes de negar con la cabeza, indicando su fracaso. Rose le sonrió amablemente y dio un par

de pasos hacia la otra chica. Observé el salón y vi que habíamos aproximadamente veinte personas. Iba a tardar un rato, pero me propuse observarlos a todos para guiarme.

La otra chica tampoco tuvo éxito y Rose siguió a la siguiente mesa, tardaría en llegar a mí, según la trayectoria que seguía. Mi compañera de mesa estaba nerviosa y gracias a mi empatía me estaba poniendo nerviosa a mí también, debía aprender a bloquearlo, lo consultaría con Amalia.

Cinco mesas más pasaron sin ningún tipo de avance. Cuando estaba por llegar a la mía, un chico que había optado por mirar a Rose, en vez de permanecer con los ojos cerrados, logró ver algo.

—Se trata de un hombre alto, de cabello oscuro, tiene algo que ver con él —anunció el chico, no muy confiado de sus palabras.

—Muy bien. —Lo felicitó Rose aplaudiendo como una niña. Despeinó al chico cariñosamente y siguió avanzando. Como se acercaba, decidí identificar mi fortaleza, la manera en la que quería visualizarla. La chica nerviosa a mi lado, como era de esperarse, no pudo ver nada. Rose caminó hacia mí.

—Hola —saludé tímidamente.

—Silvana. —Posó igual que antes, con las manos detrás de la espalda, y me miró fijamente.

Cerré los ojos, intenté despejar mi mente, dejarla completamente en blanco y cuando la sentí así, incliné mi rostro sutilmente hacia ella para aspirar su olor, olía bas-

tante bien, a flores frescas, como un rico perfume, excepto que no era un perfume, sino su esencia natural.

Atrapada en ese olor, di el siguiente paso, sentí que corría a toda velocidad, salía de mi cuerpo y prácticamente volaba. Mil imagines pasaron por mi cabeza y no podía identificarlas, hasta que logré ver un par de anillos. De pronto sentí que aterrizaba de nuevo y lo próximo que vi fue a Rose frente a mí. Me tomó un segundo recuperarme, ella me miraba inquisitiva, agitando los dedos como pidiéndome algo.

—Aros, dos anillos entrelazados, pero no logre ver más. —Sonrió de oreja a oreja y me dio un rápido abrazo.

—Muy bien Silvana, felicitaciones, siguiente —anunció, separándose de mi mesa, me senté sintiéndome cansada, como si realmente hubiese corrido.

No estaba segura de sí podía decirse que había tenido una visión por lo inexacta que había sido. Probablemente no. La clase terminó sin que nadie más pudiera ver algo.

—¿De qué se trataba? —preguntó una de las chicas que estaba en la primera mesa, después de que Rose nos indicara que habíamos culminado.

—Se quedarán con la intriga, y veremos si la próxima clase avanzamos —contestó Rose guiñando un ojo coquetamente.

Me puse de pie, y salí. Después de dar un par de pasos, me encontré con Jennifer.

—Hola extraña —me saludó haciendo muecas exageradas con la boca al decir el "hola"—. Vamos al comedor, necesito comida y café.

—Suena bien. —El comedor estaba prácticamente vacío, supuse que por la hora, nos sentamos y servimos.

—Jennifer...—Me giré para asegurarme que nadie nos escuchara y comprobé que las sillas continuas estaban vacías. Pegué nuestras cabezas—. Me gustaría hablar algo contigo.

—¿Vas a terminarme? —preguntó haciendo pucheros. Resoplé de molestia.

—Es en serio.

—¿Hablar de qué? —Por primera vez desde que la conocía, estaba seria. Era un avance.

—Es que...—Me cubrí la boca con las manos intentando reunir fuerzas —. ¿Tú has estado con algún hombre cierto? —Soltó una carcajada.

—Obviamente. ¿Por qué? ¿Tú no? —Volvió a estar seria.

—No —Decidí soltarlo todo antes de arrepentirme —. No he estado nunca con nadie, y ya es inminente que va a pasar con Daniel, pero te confieso que estoy aterrorizada.

En ese momento, escuché la voz del Rose justo a mis espaldas.

—Buenos días Daniel, Christopher —los saludó animada.

Me quedé sin aire, y por la corriente de ira que sentí tras de mí, estaba convencida de que habían escuchado.

Jennifer me miró con los ojos como platos. No era capaz de voltear, me concentré por un segundo y efectivamente pude sentirlo detrás de mí, olía exquisito y estaba furioso.

Había escuchado. No tenía duda.

Intenté sentir la energía de Christopher y también estaba furioso, además de otra cosa, que no pude distinguir si era decepción o tristeza. Casi de inmediato se marchó.

Mi mente estaba en blanco, pero me levanté de la mesa ante la mirada expectante de Jennifer, y salí de mi silla. Le indiqué con la mirada que estaría bien. Me paré junto a Daniel, quien me miró, tomó mi mano y empezó a caminar. No iba rápido, aunque seguía furioso.

A pocos metros, supe que nos dirigíamos a mi pieza. Cuando llegamos a la puerta me soltó para que abriera. Una vez adentro, me llevó hasta mi habitación y cerró la puerta.

—Daniel yo...—Comencé, pero me interrumpió.

—Yo voy a hablar, siéntate —bramó, con el dedo índice en la boca. El cabello negro le caía en el rostro. Mi corazón me latía fuertemente —. En primer lugar, nada es "inminente", no te estoy obligando a hacer nada que no quieras y de ninguna manera lo haría. Creí que eso había quedado claro desde el mismo día de tu llegada.

—Lo sé, yo...

—Estoy hablando, Silvana. —Cerró los ojos con frustración y me callé de nuevo —. En segundo lugar, si algo te preocupaba, o citándote "te aterroriza" lo correcto es que te dirijas a mí, ya que me concierne. No comprendo por qué simplemente no me dijiste cómo te sentías, las parejas se entienden comunicándose, y aparentemente, tú no eres muy buena en eso.

Esperé y como no continuó, aproveché la brecha para explicarme.

—Entiendo cómo te sientes, pero lo cierto es que malinterpretaste lo que dije. —Hizo ademán de protestar, pero lo detuve con la mano —. Ya tú hablaste, ahora me toca a mí. Comprendo cómo sonó, pero no quise decir en absoluto lo que tu entendiste, me refería simplemente a que es algo que los dos deseamos, así que a pesar de mis miedos, va a pasar. Por eso no me voy a disculpar, creo que es natural que una chica tenga dudas sobre su primera vez, y si recurrí a Jennifer, es porque esas dudas solo las puede contestar otra mujer.

Tomé aire, había estado conteniendo la respiración. Corté la distancia entre nosotros y le abracé por la cintura, intenté captar su energía, pero era todo muy confuso. Sentía muchas cosas a la vez, aun un poco de rabia, ternura, culpa, y era difícil diferenciar sus sentimientos de los míos. Me devolvió el abrazo, con un brazo sobre mis hombros y con el otro acarició mi cabello.

—Vas a lograr volverme loco —me recriminó.

—Lo siento —me disculpé y lo apreté más fuerte. Caminó y me llevó con él, me sentó en la cama y se arrodilló frente a mí. Ya no estaba molesto, podía sentirlo. Tomó mi barbilla y me levantó el rostro, se veía muy guapo con el cabello alborotado.

—Entiendo lo que dices, y quiero dejar dos puntos claros, necesito que entiendas que nunca, voy obli-

garte a hacer algo que no quieras. También necesito que aprendas a comunicarte conmigo, a decirme lo que sientes. Es sumamente frustrante no tener idea de que pasa por tu mente. Si has sentido que te presiono, me disculpo por eso, pero te reitero que eres extremadamente reservada y verte responder a mis besos y caricias es la única forma que tengo de confirmar que sientes por mí, al menos un ápice de lo que yo siento por ti.

Me quedé sin palabras, pero teniendo en cuenta que me estaba recriminando mi falta de comunicación, era imperativo responderle.

—Yo… contigo quiero todo y más, es solo que la mayoría de las veces, siento que esto es mucho más grande que yo. Me sobrepasa. —No sonaba como yo, no me sentía como yo, supuse que porque era una chica enamorada. Me dedicó la sonrisa más tierna y hermosa del mundo, y yo me derretí.

—Eso lo entiendo, a veces me siento igual, pero es más grande mi necesidad por ti. Es más grande que cualquier cosa en realidad —me dijo acariciando mis labios con el pulgar. Se puso de pie, me levantó con él, y me abrazó fuerte. Permanecimos un rato ahí, donde me encontraba perfectamente cómoda y feliz.

—¿Te dijo algo Christopher? —le pregunté más tarde mientras comíamos, ya que no había logrado escuchar nada. Era suficiente para que entendiera por donde iba.

—Nada en ese momento, pero probablemente lo hará, habíamos decidido dejar nuestros problemas atrás, pero supongo que eso se fue la mierda después de lo que acaba de pasar.

—Yo nunca habría querido causarte problemas con tu amigo...—me interrumpió, colocando su mano en mi mejilla y el pulgar en mis labios.

—No es tu culpa, te tengo a ti y es lo que importa —me sonrió, pero sus palabras no me tranquilizaron.

Sentí curiosidad de saber que tan cercanos habían sido él y Chris antes de que yo llegara, pero me mordí la lengua, estaba segura de que la respuesta solo me iba a hacer sentir peor. Podía sentir su preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin poder resistirme.

—Como ya te comenté, él parece tener la errónea idea de que tiene una oportunidad contigo.

—Pero él sabe de lo nuestro.

—No sabe mucho Silvana, es decir sabe de la profecía, pero no de las cosas que han pasado entre nosotros desde que llegaste, lógicamente le he ahorrado los detalles.

— ¿Y que sepa de la profecía no es suficiente?

—No, no realmente, ésta podría no cumplirse.

—Eso no tiene sentido.

—Las profecías no siempre son verídicas, las personas… cambiamos, nuestras decisiones afectan el futuro. En fin, Christopher piensa como yo. Me preocupa que después de lo que te escuchó decir hoy, se convenza de que tiene razón.

—¿Tú crees eso? ¿Qué la profecía sobre nosotros podría no cumplirse?

—Existe la posibilidad de que todo esto sea demasiado para ti, y lo comprendo. —A medida que él hablaba, comencé a sentir mi corazón latir en varias partes del cuerpo. Las manos, la cabeza, la garganta —. Tengo algo que confesarte, la razón por la que quería que conocieras a mi mamá, es porque estaba seguro que ella te haría sentir mejor respecto a esta situación, sabía que te daría algo de tranquilidad, cosa que creo que hizo, claro que yo no contaba con la visión de Miriam.

En su rostro se reflejaba la tristeza. No estaba bien que un ángel estuviese tan triste.

Me puse de pie y rodeé la mesa ante su mirada expectante para sentarme en sus piernas.

—No te voy a mentir, muchas cosas me dan miedo, pero creo que lo que más me asusta es estar sin ti —le confesé acariciando su rostro y él cerró los ojos.

—Se lo abrumante que ha de ser todo esto. No sabias nada de mi hasta hace poco, pero yo en cambio te he añorado toda mi vida —respondió sin abrir los ojos y mi corazón enloqueció.

—Yo no sabía nada de ti —le concedí —. Pero al conocerte entendí que te había necesitado siempre…

Nuestro momento íntimo fue eterno, nos besamos con calma hasta hincharnos los labios y estar finalmente los dos más tranquilos.

CAPÍTULO 8
ILUSIÓN

Mi siguiente lección era pócimas. La profesora se llamaba Jessica, era una mujer de cabello castaño, y antes de ver las fotografías de mi madre, había imaginado que se parecía a ella. Se colocó un delantal y nos invitó a todos a reunirnos alrededor de la enorme mesa que estaba en el centro de la clase.

—Bien chicos, hoy vamos a practicar una poción bastante útil, la poción "Curativa básica" que como saben, es aquella que aplicándola sobre heridas, las sana. Es sumamente útil, en caso de que no se encuentre cerca un sanador.

Jessica era mucho más seria que Rose, más práctica, centrada y metódica. Sacó los ingredientes de un armario en la esquina y comenzó ordenarlos en la mesa.

—Los ingredientes principales son plasma de ángel, pues ésta por si sola tiene poderes curativos, gotas de lluvia, corteza de olmo, alas de hadas, y estramonio. —Comenzó a mezclar los ingredientes en un tarro y explicó que no necesitaba cocción. Mezclaba rítmicamente con un cucharón de madera.

Me parecía un tema fascínate, me gustaba cocinar, pero para hacer pociones había que ser mucho más exacto, tanto en el tiempo de cada cosa, como en cantidades, y yo no era tan cuidadosa. Supuse que

de ser necesario y requerir la pócima, podría hacer el esfuerzo de ser atenta. Cuando estuvo lista, inclinó el recipiente para que pudiéramos observarla, parecía agua solo que más espesa y más azul.

—¿Alguien tiene alguna herida donde la podamos probar? Siempre hay algún chico herido.

Probó la pócima en un par de chicos antes de despedirnos, y vi que funcionaba muy parecido a los poderes de Daniel.

Al terminar la clase, fui a ver a Augusto a su despacho.

—Por fin vienes —me dijo cuando pasé a su lado.

—Yo estoy bien y también me alegro mucho de verte —repliqué sarcástica.

—Silvana, estaba preocupado por ti. —Por un segundo, me encontré deseando que fuese mi padre, me sacudí rápidamente la idea, pero era demasiado tarde, tenía una punzada de culpa en el pecho—. ¿Cómo te fue con Jade?

—Bien, es muy agradable y me trató con mucho cariño. —Había acordado con Michael decirle la verdad a Augusto, así que respiré hondo y comencé mi relato…

—¿Y hasta ahora vienes a decírmelo? —me bramó cuando terminé.

—Sé que esto te cayó como un balde de agua fría, y por eso no quería decírtelo, pero ya Michael y yo ideamos un conato de plan —le dije en un intento de tranquilizarlo.

—¿Michael? —estaba sorprendido, yo también lo habría estado en su lugar.

—Cuando tuve aquella visión, no quería hablar contigo, ni con Daniel, para no preocuparlos, así que acudí a él para que me ayudara a defenderme.

—Voy a llamar Michael, y hablaremos los tres.

Michael no tardó en llegar, y cuando lo hizo, le contó detalladamente a Augusto nuestra conversación, recordé que debía corroborar con Jade lo de que Mónica no dañaría a sus hijos, pero eso no encajaba con mi plan de ocultarle esa nueva información a Daniel. Augusto coincidió con todo y nos ordenó a Michael y a mí entrenar dos horas diarias, además de invertir el mismo tiempo diario en sesiones con Amalia, ya que según él era importante que controlara mi mente.

Teniendo a Michael frente a mí, se encendió una pequeña luz en mi cabeza sobre donde podía encontrar cierta respuesta.

Toqué un par de veces la puerta de las chicas después de preguntarle a Jennifer la dirección, y fue Isa quien abrió.

—Silvana, hola. —me saludó bastante extrañada.

—¿Tienes un par de minutos? —le pedí y eso acentuó su cara de confusión.

La invité a dar un paseo y no abordé el tema hasta que estuvimos al aire libre, en los alrededores del Recinto y no teníamos absolutamente nadie cerca.

—Primero quiero que sepas, que lo que te voy a decir es algo que le oculté a tu hermano, al menos una par-

te, sin embargo si decides no guardarme el secreto y contárselo comprendo. —En el fondo, algo me decía que ella no me echaría de cabeza.

—Bien —contestó curiosa.

Caminaba con las manos en los bolsillos y solo me miraba de vez en cuando.

—Aparentemente, Mónica me está rastreando. —Ella se detuvo en seco y yo con ella, si era posible, se puso aún más pálida.

—¿De dónde sacas eso? —Comencé a caminar de nuevo para que me siguiera y lo hizo. Le expliqué rápidamente, ya que me estaba hartando de aquel tema.

—En fin, no quiero que te preocupes por mí, ya Augusto, Michael y yo le dimos vueltas a ese asunto. —Noté una vez más, el escalofríos que recorrió su cuerpo cuando mencioné a Michel, muy parecido a lo que yo sentía cuando me nombraban a su hermano—. Lo que quiero saber es, si es cierto que Mónica no sería capaz de dañarte a ti, ni a tus hermanos, y la razón.

Ella permaneció unos segundos en shock, y después de organizar sus ideas, habló.

—Supongo que si es cierto, no lo sé, era muy amiga de mamá, y hasta hace un par de años trató de acercarse a ella, por supuesto mi mamá no la perdona por todo lo que hizo. Pero según ella quería recuperar su relación, por absurdo y retorcido que suene.

—Pero eso quiere decir que Michael tiene razón, si aún la considera su amiga...

—Ella consideraba a tu mamá una amiga, Silvana.

—Pero tu madre y ella no tienen ningún tipo de problema, y además Jade no práctica magia, así que para Mónica no representa una amenaza. —Me sentía infinitamente aliviada.

—Silvana… —Se detuvo y me encaró, algo muy impropio de ella—, ciertamente no voy a traicionar tu voto de confianza, pero creo que deberías contarle a mi hermano, él tiene derecho a saber.

—Se lo diré, cuando entienda mejor que es lo que está pasando…

Iba de camino a mi primer entrenamiento privado con Michael. Debíamos encontrarnos en el mismo lugar donde él impartía las prácticas, solo que esta vez seriamos solo él y yo.

Para mi sorpresa, cuando llegué estaba también Augusto.

—Buenas tardes —me saludó seco.

—Silvana —me recibió Michael.

—Cuanta efusión de parte de ambos. ¿Tú qué haces aquí? —pregunté al intruso.

—Quiero ver que tanto sabes, de dónde vas a partir, si no te importa. —Y dicho eso, se fue a un rincón y se sentó a observar.

—Vaya, me pones nerviosa —le dije, pero no era cierto.

—Silvana —Michael se quitó el saco antes de continuar—. Daniel es bueno, pero quiero que sepas, que ese día tuvo ciertas concesiones contigo.

—¿Concesiones?

—Te dejo ganar —declaró y yo gruñí. Lo había sospechado —. No te niego que tienes potencial, pero él se dejó vencer fácilmente. Yo no tendré las mismas cortesías, me interesa que sepas defenderte, por duro que te resulte

Escuché a Augusto resoplar en su esquina.

Para comenzar, Michael me explicó un par de posiciones de defensa, y técnicas de escape, era bastante rudo en sus maneras. Teníamos apenas unos diez minutos en el asunto y yo comenzaba a sentirme adolorida, después de muchas posiciones, Augusto perdió la paciencia y reprendió a Michael.

—A lo que nos interesa Michael, a lo que nos interesa.

—Él le hizo caso, y me soltó para ubicarse frente a mí.

—Voy a atacarte, y tú vas a "intentar" defenderte —me advirtió.

"Intentar"

—Me insulta tu tono —rezongué y él me sonrió.

Se colocó en posición de ataque y lo que pasó a continuación sucedió demasiado rápido, vi su puño venir hacia mí y salté hacia atrás, pero mis pies no habían tocado el piso cuando sentí que volaba por los aires, antes de caer estrepitosamente en el piso. No le había tomado ni cinco segundos derribarme. Un Michael borroso se inclinó sobre mí y me tendió su mano para ayudarme a ponerme de pie.

—¿Es todo? Creí que eras buena, Michael dijiste que era buena —se quejó Augusto, mientras yo me frotaba la cabeza, donde me había golpeado.

—¿Has oído de algo llamado reforzamiento positivo? —le reclamé.

—Ella es buena —intervino Michael—, pero yo soy excelente.

—Quizás esto sea un chiste para ti Silvana, y también para ti Michael, pero no para mí —bramó Augusto desde su posición.

—Tienes que considerar su oponente —saltó Michael, señalándose a mí mismo con los pulgares.

—Es cierto, él es un verdugo —me defendí

—El problema, a mi parecer, es que no te estás tomando el asunto en serio, quizás necesitas un incentivo...

Ambos intercambiaron una mirada extraña, y por primera vez desde que había entrado en aquella habitación, me sentí nerviosa.

—No estoy seguro de que sea buena idea —protestó Michael, y considerando que él acababa de tirarme inescrupulosamente, supuse que se trataba de algo realmente malo.

—Sé lo que hago —respondió Augusto y salió sin prisa de la habitación. El corazón me latía con fuerza, no podía ser nada bueno.

Volvió unos segundos después, y tras de él entró Daniel, caminaba al mismo paso de Augusto, y me miraba de manera extraña, inexpresiva. Se me heló la sangre. ¿Sabía todo?

Nuevamente, las cosas sucedieron muy rápido para mis ojos. De una cuerda que hizo aparecer Augus-

to, Daniel quedó guindado del techo boca abajo, mi dulce e indefenso ángel, también tenía de pronto una bolsa marrón cubriendo su rostro, no podía verle, solo quería correr hacia él y liberarle. Comencé a andar y Augusto me gritó a través de la habitación.

—Tienes que pasar a Michael si deseas liberarlo. — Michael lo miró molesto, pero unos segundos después se plantó frente a mí en posición de defensa y con una mirada de disculpa.

Quería que todo acabara rápido. Embestí a Michael con un golpe en el rostro, que el esquivó sin ningún problema, lo intenté de nuevo, esta vez con el otro brazo y volví a fallar, me di cuenta en ese momento que no me atacaba, solo tenía que pasarlo y podría llegar a Daniel.

Intenté golpearlo, esta vez en las costillas y el atrapó mi puño con sus manos, era increíblemente rápido. Repetí el movimiento con el brazo contrario, y pasó exactamente lo mismo, como tenía ambas manos ocupadas cubriendo las mías, hice ademan de querer colearme por su lado izquierdo, y cuando él prosiguió a seguirme, aproveché que abría las piernas para clavar mi rodilla con todas las fuerzas posibles en sus partes nobles. Una expresión de dolor apareció en su rostro y me zafé de él, dejándolo de rodillas en el piso.

Cuando por fin llegue al punto donde había estado Daniel, no podía encontrarlo por ninguna parte, simplemente se había esfumado.

—¿Dónde está? —le pregunté a Augusto, que ayudaba a Michael a ponerse de pie—. ¿Qué le hiciste?

—No le hice nada Silvana, el muchacho probablemente está peinándose frente al espejo. Era una ilusión.

—¿Qué? —no podía creer lo que escuchaba. Debí saberlo cuando me miró inexpresivo — ¿me engañaste?

—¿Hubieses preferido que colgara al muchacho de verdad? —Tuve que resistir el impulso de no patearle los testículos a él también.

—Hubiese preferido que no usaras una técnica tan cruel.

—No seas exagerada. Y en cuanto a ti Michael, estoy muy decepcionado. Esperaba que el incentivo la animara, pero no pensé que pudiese derrotarte tan fácilmente —lo regañó, mientras este seguía intentando recuperar el aliento.

—Acaban de patearme las bolas por tu culpa, y tú... ¿tú estás decepcionado?

Salí como una tromba de la habitación, mientras Augusto me llamaba.

Sin haber ido antes, y ciertamente sin saber cómo llegué ahí, me encontré de pronto frente a la habitación de Daniel, toqué un par de veces, pero nadie salió.

—Silvana —escuché su gruesa voz y me giré de inmediato, se acercaba a mí por el pasillo.

Y lo sentí de nuevo, el vuelco en el corazón, el escalofrío, toda aquella divina sensación que él producía en mí. Estaba confundido. Cuando lo tuve suficientemente cerca, me abalancé bruscamente en sus brazos

y lo besé con desesperación. Por primera vez sin dejarme inmutar por el remolino de sensaciones que él me provocaba, simplemente disfrutando tenerlo entre mis brazos. Sutilmente tomó mi rostro y separó nuestros labios, oportunamente, pues yo necesitaba respirar.

Me haló del brazo y en cuestión de segundo estuvimos dentro de su pieza, y después en la que supuse era su habitación, me sentó en la cama y se arrodilló frente a mí.

—¿Estás bien? —hablaba sin aliento y genuinamente preocupado. Yo también estaba sin aliento, solo pude asentir— ¿Quieres contarme que sucede?

Si bien ya no tenía un nudo en la garganta, no estaba pensando con claridad, supuse que por sus besos. Cuando encontré algo de aliento, comencé a contarle lo sucedido.

Se sentó a mi lado en la cama y escuchó en silencio mi relato.

—Lamento que la hayas pasado mal, hablaré con Augusto —me consoló cuando terminé.

—Sé que para ti puede ser una tontería, pero yo no tenía idea de lo que era una ilusión y considerando como se llevan ustedes...

—Es comprensible. —Acariciaba mi brazo con la yema de sus dedos—. Pero dejando de lado el mal rato, se puede decir que el entrenamiento fue exitoso, es decir, pudiste con Michael. ¿Cómo lo venciste por cierto?

—Le pateé las pelotas —admití.

Daniel hizo una expresión de dolor y a la vez rió.

—Buena chica —me felicitó besando mi frente.

—En retrospectiva, me siento mal por él, no estaba de acuerdo y solo lo hizo por obedecer a Augusto. Me disculparé mañana.

—Vamos, estoy seguro que él también te debe haber hecho daño, a ver ¿dónde te duele?

Hice un repaso de cómo me sentía y efectivamente, tenía dolor en varias partes del cuerpo, pero eso no me importaba demasiado de momento.

—Por cierto ¿dónde estabas? —Me miró arqueando una ceja, en respuesta a mi brusco cambio de tema.

—Tenía trabajo que hacer.

Hasta ese momento, no le había prestado demasiada atención a aquel asunto.

—¿Y tienes una especie de horario? Porque no he visto un patrón. —Él maquinó sobre mi pregunta. El tema parecía no ser de su interés.

—Voy cuando me necesitan. A veces aquí, a veces en el hospital del centro...

— ¿Y hoy te necesitaban?

—Correcto.

— ¿Qué tipo de lesión trataste?

—Una de las más molestas para un sanador, heridas de plasma.

—Me pareció entender en pociones que el plasma es producido por ángeles.

—No necesariamente, es decir, no solo por ellos. —No quería hablar de aquello, pero me seguía la corriente al ver mi interés—. La producen entidades no humanas y las heridas que causan suelen ser bastante profundas y por ende difíciles de curar, el tipo era un desastre y me tomó una eternidad. Y hablando de heridas, vamos a curarte ¿quieres? Me molesta que sientas dolor.

La idea de que trabajara en mi cuerpo de cualquier forma, me ponía sumamente nerviosa, y más aún ahí, en su cama, y estando solos, pero estaba convencida de que él no iba a desistir de la idea. Lo que más me molestaba, era un dolor punzante en el costado, sin mirarle a los ojos, se lo mostré, levantando mi camisa con ambas manos. No hubo necesidad de decirle exactamente donde dolía, ya que un moretón nada discreto empezaba a formarse.

Cerré los ojos y sentí como con extrema delicadeza acariciaba mi costado, con apenas la yema de sus dedos, una, dos y tres veces. Esperé que eso fuese todo, pero de momento no tenía manera de saberlo, en aquel mar de sensaciones el dolor era completamente imperceptible.

Y ahí estaba, él siendo él, siendo despiadado y desconsiderado con mi pobre corazón, posó sus labios donde hacía unos segundos habían estado sus dedos y recorrió el área con ellos, yo tenía que hacer un gran esfuerzo para no arquear la espalda y retorcerme en la cama. Escuché su voz y por la manera en que la oí, dudé si me encontraba consiente.

—Listo. No fue demasiado incomodo ¿verdad? —Otro pequeño beso. Sentía su respiración sobre mi piel.

—No —logré jadear.

—Bien, ¿hacia dónde me dirijo ahora? —La idea de repetir aquel ritual me resultaba tortuosa.

—Creo que es suficiente por ahora. —Un beso más.

—Eres tan valiente para unas cosas y tan cobarde para otras. —Sentí sus labios en mi sien, y solo en ese momento me percaté que tenía los ojos fuertemente cerrados—. Vamos, te prometo que me comportaré.

—Después, por favor, no me duele tanto. —No mentía, lo que más me molestaba era el dolor en las costillas y ya no estaba, lo demás era muy leve —. Creo que ya te encargaste de lo peor.

No parecía completamente satisfecho, pero lo dejó pasar. Después de un momento se recostó en la cama y me haló gentilmente hacia él, ahora estábamos frente a frente.

—¿Fue muy molesto? —preguntó y mis mejillas se llenaron de rubor.

—¿Se suponía que debía dolerme? —Mi voz era un suave y avergonzado susurro. No pudo o no quiso ocultar su diversión.

—Algo así, debías haber sentido una especie de cosquilleo, como cuando se despierta un miembro que había estado dormido.

—No estoy segura —confesé avergonzada.

Habían sido tantos cosquilleos.... Tenía los ojos fijos

en su muy bien formado bíceps. Como salvada por la campana, mi estómago gruño y él lo escuchó.

—A comer, tienes hambre. —Y sin dejarme decir una palabra, me alzó de la cama con cuidado.

—Huele bien —comentó Jennifer saliendo de su habitación, mientras yo preparaba chocolate caliente.

Le ofrecí y asintió entusiasmada.

—¿Cómo te terminó de ir con Daniel? —me preguntó, extrañamente actuando normal.

—Ya estamos bien, de hecho cada vez siento el momento más… cerca.

—A ver, intentaré aclarar tus dudas —se ofreció—. Dispara.

Pasé la más agradable velada con Jennifer, yo le comenté un par de cosas que me inquietaban y ella me explicó más o menos que debía esperar. Sabía que estaba mayor para que me dieran la charla del sexo, pero la verdad es que nunca antes la había necesitado.

CAPÍTULO 9
EL CORAZÓN DE MICHAEL

Amalia me esperaba con su sonrisa de suficiencia y para mi sorpresa, a pesar de llevar su siempre elegante ropa, tenía puesto también un abrigo.

—¿Llego temprano? —Ella miró su reloj y sonrió.

—No, llegas justo a tiempo como siempre. Vamos a dar un pequeño paseo esta mañana.

Amalia conducía un auto pequeño y elegante, de un brillante verde esmeralda. No hablamos demasiado en el viaje, y no quise preguntarle a dónde íbamos, estaba decidida a no mostrarle ningún tipo de inseguridad.

Aparcó en un lugar refinado, parecía ser un café costoso o un restaurant. Era una estancia mediana, con decoraciones en madera brillante y cobre, tenía unas veinte mesas y tenue iluminación.

—Este es un sectario, y estamos aquí, porque quiero evaluar tus habilidades en otro nivel —me anunció.

—¿Un sectario? —Sabía lo que significaba la palabra, pero no lograba conceptualizarlo.

—Es un lugar donde sólo tienen permitido entrar personas capaces de practicar magia.

—¿Por qué?

—Es un asunto de rango, la magia sobre lo ordinario. Muy bien, volviendo a lo nuestro, aunque de momento solo hayas mostrado poderes prudentes...

—¿Prudentes? —la interrumpí. Si bien no terminaba de agradarme Amalia, debía admitir que el tiempo junto a ella era sumamente educativo.

—No visibles. En fin, las personas en esta habitación, todas y cada una de ellas tiene poderes mágicos, y quiero que intentes identificarlos para mí.

—¿Por qué no lo hicimos en el Recinto?

—Allá la mayoría de la población es amateur, por eso están ahí, para desarrollar sus poderes. Te sería muy difícil seguir un rastro. Acá ha de ser más fácil. —En ese momento se nos acercó el mesonero, saludó a Amalia como si ya la conociera, y ella ordeno café para ambas —. Bien Silvana, inténtalo.

—No me has dicho que debo hacer.

—Un poco más de lo mismo, mira a tu alrededor y escoge a alguien.

Hice lo que me indicó, y centré mi atención en la mujer que tenía más cerca, compartía mesa con un chico que revolvía su café sin tocarlo.

—Alguien cuyo poder no se esté manifestando —me regañó Amalia.

—Solo le miraba. La señora que está con él.

—Perfecto, concéntrate, proyéctate, y busca específicamente sus habilidades, no sus problemas, o lo que pueda estar sintiendo.

Eso hice, miré a la mujer, y luego cerré los ojos, haciendo un esfuerzo por mantener la imagen de ella intacta, su ropa, sus manos, como se movía, de pronto su voz se oía más fuerte, como si proviniera de mi cabeza y no de la silla de al lado.

Como una especie de película, comencé a verla caminar por la calle, conduciendo un auto, luego trabajando en la cocina de la que parecía ser su casa...y ahí estaba. Mezclaba un montón de aquellos extraños ingredientes con los que aún no estaba familiarizada, y ya no estaba en su casa, estaba ahora en una especie de cocina vieja, llena de tarros de diferentes tipos y tamaños.

—Pociones —dije en voz baja.

—Muy bien, te felicito —dijo Amalia llevándome de nuevo a la realidad—. Es una pocimóloga.

—Pensé que no era una habilidad en sí, creí que cualquiera podía hacerlo.

—Muchos cocinan y aún existen los chef, que son especialistas y cocinan mejor que los demás. Inténtalo de nuevo, con él. —Y señaló a un chico en el fondo, debía tener más o menos la edad de Daniel, y estaba significativamente más lejos que la señora anterior—. Te costará un poco más, concéntrate.

Cuando por fin llegaron a mi cabeza las imágenes, eran bastante confusas y borrosas, no lograba ver realmente lo que sucedía, pero en una de ellas, vi que de la nada, llenaba una copa de espumante champagne. Abrí los ojos y miré al chico, que, justo en ese momento, llenaba solo con mirarlo, su vaso de café helado.

—Lo vi, pero no tengo idea de que es.

—Es un creacionista, puede materializar casi cualquier cosa de la nada. Imagina... una impresora 3D.

—¿Es lo que es Augusto? —pregunté y ella asintió.

Repetimos el ejercicio un par de veces más, y luego me anunció que habíamos culminado.

—Me parece que nuestra mañana fue más que productiva, ¿nos vamos?

Aquella tarde, como siempre, estaba ávida de información y para no desperdiciar tiempo, me propuse averiguar algo que me inquietaba.

—Adelante —respondió Michael, cuando llamé a su puerta. Estaba inclinado sobre su escritorio, mirando algo con mucha concentración. Cuando alzó la vista parecía bastante confundido.

—¿No te lastimo lo suficiente? ¿Tienes que venir a buscarme?

Entré y cerré la puerta tras de mí.

—No vine a eso. ¿Estás ocupado? ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Estás aburrida? —replicó.

—Son muy limitadas las cosas que puedo hacer aquí.

Percibí algo de lastima en él.

—Bien, he oído que eres bastante brillante. Veamos qué hay de cierto en eso. Ven aquí.

Le obedecí y rodeé el escritorio. En el había un bos-

quejo de una estructura, parecía ser una casa grande y los alrededores de ésta. Michael había puesto sobre él, unas pequeñas piezas de ajedrez, cuatro peones y en el centro de la estructura, un alfil.

—¿Una analogía? —pregunté, pero me ignoró.

—Justo en el centro —dijo tomando el alfil—, está el objetivo. Pero antes hay que burlar a todos estos —señaló los peones—. Poseen habilidades mágicas que desconozco. Así que pretendo esquivarlos. Estos pequeños círculos son puertas, y las líneas pasillos. Ahora observa, busco una brecha, quizás puedas ver algo que yo no, lo he observado tantas veces que dejó de tener sentido para mí.

Miré el mapa, y algo insólito sucedió: para mi sorpresa, se dibujó ante mis ojos la estructura, en su tamaño y dimensión real. Era como si estuviese caminando por aquella casa y podía ver cada detalle de ella. No me pareció buena idea decirle a Michael que podía ver con claridad el interior del lugar, aunque no estuve segura de la razón.

—No sabría. No logro ver nada—mentí y en ese momento sus oscuros ojos se encontraron con los míos, y vi claramente en ellos, el porqué de su abrumante dolor...

Un Michael más joven, atado con cadenas de un alto techo, un hombre parado frente el, era alto y calvo, miraba al indefenso Michael con una malvada sonrisa. El rostro de Michael estaba descompuesto, como si estuviese muriendo, estaba sin camisa, ensangrentado y muy pálido.

—¿Qué vas a hacer ahora, Michael? —preguntó el hombre, acariciando una daga cubierta de sangre, pero yo no podía ver heridas grandes en el cuerpo de Michael. Este tiró de las cadenas con furia e impotencia, y yo miré hacía donde ellos lo hacían.

Una joven yacía muerta, en un gran charco de sangre. Estaba embarazada, muy avanzada, y tenía cortadas en todo el cuerpo, incluyendo el vientre.

—A todos nos decepcionan nuestros padres alguna vez en la vida, pero tú rompiste un nuevo record, defraudaste a tu pequeña antes de que tuviera la oportunidad de nacer.

Sentí un vuelco en el estómago y volví a la realidad. Los ojos de Michael, aun estaban clavados en los míos, como si el tiempo no hubiese corrido durante mi visión.

—¿Ese hombre mató a tu familia? —Al escuchar mi pregunta, el rostro de Michael se descompuso de nuevo, era doloroso de ver.

—¿Cómo… lo sabes?

—Lo vi, vi lo que le hizo a ella. Michael yo… —Me sentía mareada, quería vomitar.

Eso no debía sucederle a nadie. Una chica tan joven, un bebe nonato. ¿Por qué?

—Creo que necesitas sentarte —me dijo y me dejé caer en la silla.

Pobre Michael, ahora todo tenía sentido.

—¿Vas a matarlo? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—Aunque sea lo último que haga...

Desperté aturdida, y tenía una horrible sensación de molestia en la cabeza. Me toqué y sentí un cuerpo extraño sobre mi frente que retiré, era una compresa de agua fría. Los ojos de Jennifer me miraban con preocupación.

—¿Te encuentras bien Silbanana?

—¿Tú me pusiste eso?

—Pues sí, estabas bastante caliente así que pensé que podías tener fiebre. ¿Cómo te sientes? Michael te trajo aquí a cuestas y me pidió que me encargara de ti.

—¿No le dijiste nada a Daniel verdad?

—No, solo te atendí, pero no me respondiste, ¿estás bien? —Estábamos en mi habitación, ella inclinada sobre mí en la cama.

—Sí, solo me duele la cabeza.

—¿Qué te paso? Michael dijo que te pusiste mal, pero no especificó.

—Eh... no lo sé, la verdad. Supongo que me mareé. Voy a darme un baño.

—¿Estás en condiciones?

—Sí, eso creo. —Me levanté lentamente y me puse de pie.

—No cierres la puerta ¿sí? para estar al pendiente.

No estaba segura de que me había sucedido, pero aparentemente me había desmayado por la angustia, no era consciente de que eso pudiese suceder. Lo cierto era que Jennifer tenía razón, y cuando el agua tocó mi piel, esta prácticamente humeó.

Aquella noche se me hizo eterna, no podía dejar de pensar en Michael. Le di vueltas al asunto, pero no

logré comprender que pintaba mi cuñada en aquella historia. Había buscado a Michael intentando obtener respuestas de Isa y conseguí unas completamente distintas, distintas y muy dolorosas.

Michael seguía sufriendo mucho por su pasado, pero ¿se interesaba en Isa?

Aquel malvado hombre ponía la daga en el fuego y después sobre el vientre de la chica, que lloraba y se doblaba de dolor, mientras un indefenso Michael tiraba en vano de las cadenas. Ella gritó, más que por ella, por su bebe, y yo casi podía sentir el ardor en mi propio vientre. Ella se retorció y pude ver su rostro, y aunque estaba contorsionado y ensangrentado se me hizo familiar. Quería ayudarla, pero no podía…

Desperté sudando y una fuerza me empujaba hacia la cama, tardé unos segundos en captar su olor y comprender que lo que me retenía era Daniel, que me abrazaba fuertemente.

—Mi amor, ¿estás bien? —Su gruesa voz fue mi cable a tierra en ese momento de desespero. Me dejé caer en la cama, en sus brazos—. Fue solo un sueño.

Pero no había sido solo un sueño, todo aquello había pasado, y ahora se reproducía en mi mente.

—Estoy bien. —Me apretujé contra él y cerré los ojos. Al igual que en la oficina de Michael, sentí que no debía revelar mis visiones.

—¿Quieres contarme? —preguntó, pero no quería.

—No quiero hablar de eso. ¿Hace cuánto llegaste?

—Olía a cielo y yo comenzaba a sentirme mejor solo por eso.

—Hace un buen rato. Cuando supe que te sentías mal vine enseguida.

—Jennifer dijo que no te aviso.

—No lo hizo, me llamó Michael.

—No sabía que ustedes hablaran.

—No lo hacemos a menudo, se comunicó conmigo hoy para decirme eso. Aunque probablemente lo hagamos más seguidos ahora, considerando lo cercanos que se han vuelto —sonó un poco frío al decir esa última frase.

—¿Estás celoso?

Solo contestó después de meditar unos segundos su respuesta.

—No de la forma que pensarías, con él pareces tener una especie de confianza que no tienes conmigo, y sí, supongo que eso me da celos. —Lo abracé aún más fuerte y aspiré su aroma, me sentía más tranquila, y profundamente cansada.

—No hay nadie en quien confíe más que en ti. Gracias por venir, de otra manera no podría dormir esta noche.

—Cuéntame de la familia de Michael —le pedí a Augusto, que pareció extrañado. Estábamos paseando en las afueras de las instalaciones. Caminábamos de espacio y él no contestó de inmediato.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que les paso. Y por qué —suspiró y pude ver el aire blanco salir de sus fosas nasales, era una noche fría.

—Iba a casarse, con su novia de toda la vida. Ella fue asesinada por un hombre llamado Saúl.

—¿Quién es él?

—¿Saúl? Un imbécil acaudalado. No tiene poderes, pero si dinero para contratar gente que los tenga, tiene una especie de tropa, la más poderosa de la región quizás. La renta para trabajos. Recolecta poderes, agranda sus filas, y es cada vez más rico.

—¿Y por qué asesinó a la familia de Michael?

—Quería que Michael trabajara para él y éste se negó. Cuando morimos Silvana, nuestros poderes quedan, por así decirlo "en el aire" por un momento. La idea de Saúl era robar la habilidad de Michael, pero él logró escapar antes. Su habilidad para batallar, ya que él no tiene poderes.

—No comprendo. ¿Por qué mató a la chica entonces? ¿Por qué no solo lo mató a él?

—Supuso que al quitarle la razón para vivir Michael, no daría pelea y sería más fácil vencerlo, pero se equivocó, por el contrario Michael logró huir y está decidido a cobrarle aquella pérdida.

Sin conocerlo, odiaba con todas mis fuerzas a aquel miserable hombre. Lo que era y lo que representaba.

Tocaron a la puerta y me apresuré a abrir, ya que Jennifer no estaba, con su alegría saltarina, ella llegaría en un par de segundos. Era Isa. Me invitó a almor-

zar juntas y la idea de compartir un rato con ella era más que atractiva. Además de encontrar su presencia tranquilizante, quería hacerle un par de preguntas.

—¿Tu hermano te pidió que me distrajeras? —le pregunté cuando estuvimos sentadas en el comedor.

—¿Qué? Por supuesto que no, fue mi idea.

—De acuerdo, disculpa.

—¿Cómo va todo? He notado que pasas mucho tiempo en tu entrenamiento. —Su voz era lo opuesto a la de Daniel. Era suave y dulce.

Estando a solas con ella, podía verla de manera distinta. Era hermosa, parecía una virgen con sus rasgos suaves y angelicales.

—Sí, el entrenamiento me deja agotada, mentalmente cuando estoy con Amalia y físicamente cuando estoy con Michael. —Su expresión cambió al pronunciar el último nombre. Decidí ser imprudente—. Isa, me he vuelto bastante buena en el asunto de la empatía ¿sabes? —Sus ojos se abrieron mucho y casi me sentí culpable.

—Que bien. Me alegro mucho por ti. —Esperaba ansiosa mi próxima frase.

—Quizás no sea mi problema, pero ¿puedo preguntarte si hay algo entre tú y Michael?

Mi pobre cuñada se puso roja como un tomate.

—¿Qué? No, por supuesto que no. Por favor dime que no le has comentado nada de esto a mi hermano.

—Obviamente no, solo es algo que siento y me causó mucha intriga.

—Silvana, Michael nunca se fijaría en mí. Es un amor platónico, un imposible. Se me pasará, no le prestes atención ¿sí?

Pero sí lo hace, si supieras lo que siente cuando te ve.

—¿Y desde hace mucho te sientes así?

—Lo conozco desde que soy niña, y él siempre ha sido tan callado y rudo, pero cuando comencé a convertirme en mujer mis ojos lo vieron de otra forma. A diario trato desterrar esa idea.

—Yo solo quería entender —me disculpé.

—No te preocupes. Solo que por favor, no le comentes nada a Daniel, es una utopía y no quiero que él se preocupe por algo que nunca va a pasar.

"Utopía"

Ella era tan inocente que se me hacía difícil imaginarla con Michael, u otra persona. Si yo fuese Daniel, o su papá, la tendría escondida y en una caja de cristal. A pesar de tener casi mi edad parecía mucho más joven.

Había atado ya varios cabos. Michael había sufrido una perdida tan trágica que dudaba que alguna vez pudiese recuperarse de aquel dolor, aunque aparentemente una pequeña parte de su corazón seguía con vida. Comprendía lo que Isa decía, la idea era descabellada, y sencillamente inconcebible. Ella era lo inverso a Michael, y de alguna manera, justo lo que él necesitaba.

CAPÍTULO 10
FUEGO

Desde que había tenido aquella horrenda visión de Michael me costaba mucho conciliar el sueño, además Daniel volvía tarde del trabajo y a la hora de acostarme siempre estaba sola. Esa noche después de mucho esfuerzo, finalmente había logrado quedarme dormida.

Desperté súbitamente y sin siquiera abrir los ojos, lo sentí. Mis músculos se tensaron, y mi corazón se disparó: estaba en peligro. Había una figura femenina inclinada sobre mí, era oscuro, y no podía ver bien, pero supe que era Jennifer.

Su estaba silueta inmóvil estaba ladeada sobre mí, mirándome absorta. Olía mal, a sangre fétida. Me incorporé lentamente, con todo el cuidado que me fue posible, teniendo en cuenta que temblaba, y encendí la lámpara de la mesa de noche. Efectivamente Jennifer estaba cubierta de sangre, que parecía salir de su boca, seguía aun inmóvil, muy cerca de mí, mirándome con los ojos vacíos, no parecía ella, no era ella.

—Jennifer —la llamé intentando hacerla reaccionar—. ¿Qué te pasa?

En ese momento mi empatía era completamente inútil, era como si ella estuviese muerta, no se movía, no la sentía, nada. De pronto, en el más sutil y casi imperceptible movimiento, una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios, pero no era su sonrisa, era terrorífica, y justo ahí supe que iba a atacarme.

Se abalanzó sobre mí con más habilidad de la que le había visto nunca. Yo la esquivé rodando sobre la cama y aterrizando en el piso. Me levanté tan rápido como pude y vi que ella también se había incorporado, pero afortunadamente, estaba sobre la cama. ¿Alguien me oiría si gritaba?

"*Jennifer es un demonio", "Jennifer es peligrosa"*

Pero no era ella. ¿Qué le habían hecho? ¿Quién? Ya no sonreía, su mirada volvía a estar perdida y la pose en la que estaba, era simplemente sobrenatural, era una especie de títere.

Absurdamente, tenía más miedo por ella que por mí.

Ladeó la cabeza y luego hizo un extraño movimiento con su boca, como si rugiera, y segundos después, lo que parecía ser una bola de fuego, emergió de sus labios y antes de que pudiera reaccionar, las llamas venían hacia mí a toda velocidad.

Me lancé hacia un lado y caí en el suelo, sintiendo un fuerte ardor en mi brazo, el fuego me había alcanzado. No tuve oportunidad de ver que tanto, una segunda bola de fuego salió de Jennifer, me pegué completamente del piso y esta vez, afortunadamente, no llegó a tocarme. Me mataría. Jennifer cada vez estaba más cerca y yo estaba herida y aturdida.

Otra bola de fuego venía a toda velocidad y en ese momento fue como si el tiempo se detuviera: justo después de desearlo, el fuego dio un vuelco para dirigirse en la dirección contraria, hacia Jennifer. Le atinó justo en el abdomen y la tumbó con mucha

fuerza. Cayó en el piso y me acerqué rápidamente a ella, tenía los ojos abiertos y llenos de lágrimas, había vuelto en sí.

Su rostro estaba descompuesto por el dolor y del abdomen brotaba mucha sangre oscura. Corrí hacia la cama y tomé la cobija, la enrollé y se la puse en la herida. Presioné con fuerza y ella gritó de dolor.

—Lo siento Jen, necesito que me ayudes, mantén la manta así, estás perdiendo sangre. Yo voy por ayuda.

La sangre de Jennifer era más oscura que la humana, no parecía sangre en realidad, pero si ese líquido corría por su cuerpo, supuse que lo necesitaba. Ella me miraba confundida, con los ojos llenos de lágrimas.

No estaba segura de a quien llamar, le marqué tanto a Michael, como a Augusto y los dos aparecieron un par de minutos después para auxiliarnos a ambas.

—Aún están trabajando en ella —me dijo más tarde Michael en el hospital, donde Augusto y él nos habían llevado a Jennifer y a mí, después de que el sanador de turno en el Recinto anunciara que la herida de ella sobrepasaba sus capacidades.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras otro sanador curaba mi brazo.

—Cerca de las doce.

—Daniel, va a llegar a mi habitación, la sangre...

—Acabo de enviarle el recado Silvana. Estaba aquí trabajando y entrará por esa puerta en cualquier momento.

Y efectivamente, unos segundos después, llegó a toda prisa.

—Silvana... ¿estás bien? —Se acercó a mí y besó mi frente, para luego mirar la herida—. ¿Cómo está? —preguntó a su colega.

—Aparentemente bien, estoy limpiando, pero ya voy a curarla —respondió el hombre, completamente concentrado.

El sanador culminó su trabajo y Daniel, Michael y Augusto, me hicieron contarles detalladamente lo que había sucedido. Intenté recordar cada detalle, pero se me hacía difícil concentrarme teniendo la mente ocupada en Jennifer. Otro sanador llegó a la puerta y Michael se acercó a hablar con él, lo hicieron en voz baja y no pude escuchar que le decía.

—Se va a recuperar —anunció Michael, mientras volvía hacia nosotros

Sentí desvanecerse la presión en mis hombros.

Michael y Augusto se fueron después de un rato, no sin antes intercambiar miradas extrañas con Daniel. Sabía que el asunto era complicado. Yo estaba al borde de un colapso nervioso y de momento no quería si quiera pensar, sentía que cualquier cosa dispararía el gatillo que eran mis emociones.

—¿Crees que puedas dormir? —preguntó Daniel, acariciando mi cabello sentado al borde de la cama.

—La verdad no. Ha sido bastante impresionante —confesé.

Me costaba admitirlo, no entendía por qué, y ciertamente no tenía sentido, pero me hubiese gustado que fuese Michael quien se quedara conmigo aquella no-

che. Me sentiría más en confianza con él para hablar de lo que había pasado, de cuanto miedo tenía.

—Cuando Jennifer se recupere, llegaremos al fondo de esto, lo prometo. —Su voz era aún más ronca y profunda que siempre, y estaba muy preocupado. Me atormentaba la idea de que Daniel hubiese estado conmigo en aquel fatídico momento—.Yo te habría cuidado, estarías a salvo —respondió adivinando mis pensamientos.

Pero lo cierto era que de haber estado ahí, probablemente yo habría saltado frente al fuego por él, y él habría hecho lo mismo por mí.

Me abrazó fuertemente y no dijimos nada más, no supe cuántas horas estuvimos abrazados, pero me dormí en sus brazos después de mucho rato.

Pude ver a través de la pequeña ventanilla en mi puerta a Daniel hablando con el sanador que me había atendido. La conversación parecía ser de lo más compleja. Aun me dolía el brazo, pero eché un vistazo en la venda y la herida ahora era solo un hematoma. Segundos después, oí la puerta y levanté la mirada.

—¿Jennifer está bien? —pregunté en cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

—Sí, está bien. Hablé con ella esta mañana.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo se siente?

—Adolorida. Para nuestra desgracia no recuerda nada. ¿Tu cómo estás? —preguntó sentándose de nuevo al borde de mi cama. Levantó mi venda para

ver la herida y puso cara de aprobación—. Está sanando bastante rápido.

—Creí que era algo inmediato, cuando tú... —Me corté al imaginar cómo estaba Jennifer.

—Depende de la profundidad de la lesión Silvana, y ciertamente todos sanamos de manera distinta.

—Quiero verla. ¿Puedo?

Daniel estaba ojeroso y obviamente no del mejor humor, había pasado la noche en vela. Aun así, me llevó con Jennifer.

Me acerqué a su camilla, estaba pálida, su rostro no brillaba como solía hacerlo. Sus labios y mejillas no se veían tan rosados como de costumbre. Me senté a su lado y ella tardó unos segundos en enfocar mi rostro.

—Silbanana —balbuceó.

—Hola Demonio —bromeé— ¿Cómo te sientes?

—Nada atractiva —respondió, y yo reí melancólicamente a su broma.

—Me refería a si estas adolorida.

—Algo, pero supongo que me lo merezco por haberte echo enfadar. Siempre supe que tenías mal temperamento. —Hablaba lentamente, sospeché que estaba bajo el efecto de alguna droga. Bajo la sábana se podía ver el bulto en su abdomen.

—No es gracioso Jen, no quería lastimarte, yo... Tomaría tu lugar sin pensarlo.

—Te creo —respondió con un atisbo de sonrisa. En ese momento vi una Jennifer distinta, tan ingenua e indefensa.

Sus pequeños ojos flotaban en agua, y luego, se cerraron. Se había quedado dormida. Y yo pasé aproximadamente una hora viendo el movimiento de su pecho, subir y bajar.

Cuando me estuve más tranquila, salí de su habitación para encontrar a Augusto, Michael y Daniel hablando acaloradamente, hasta que notaron mi presencia.

—A Jennifer la darán de alta en un par de días Silvana, aquí esta cien por ciento segura, y no estará sola, podemos volver luego —las palabras de Daniel sonaban como una súplica.

Asentí, consciente de que él necesitaba descansar y no se iría sin mí.

Aquella noche, contra todo pronóstico, dormí profundamente, estaba agotada, tanto física como emocionalmente.

Al despertar la mañana siguiente, oí voces en la parte de afuera y en lugar de salir me quedé del otro lado de la puerta escuchando.

—Lo último que Jennifer recuerda es haber salido del club, fui al lugar y de ambos lados está rodeado por callejones, probablemente fue interceptada ahí —le narró Michael a Daniel.

—¿Por la misma Mónica?

—Quien quiera que haya sido no dejó rastro, aunque me parece poco probable que fuese ella.

—Creo que lo mejor es que me lleve a Silvana lejos por un tiempo —Daniel sonaba exasperado.

—Quizás no sea de mi incumbencia, pero creo que está más segura aquí. Lo de Jennifer fue un incidente aislado, que estoy seguro podemos descifrar, necesitamos un plan de contingencia, es todo.

—Ya hice la llamada, mi tío está por venir.

¿Su tío? ¿Qué tenía que ver?

—Bien, ya es un comienzo.

—Michael necesito un favor, quédate con ella hoy, necesito llegar al fondo de esto por mí mismo.

—No hay problema.

Escuché las sillas, ambos se habían puesto de pie.

—Y gracias —dijo Daniel —. Por lo que le has enseñado. Según lo que contó, el ataque no fue peor porque pudo esquivar a Jennifer. Llámame si surge algo.

Comenzó a caminar hasta la puerta, hasta que la oí abrirse y luego cerrarse. Yo salí de la habitación para encontrar a Michael sirviéndose café en el mesón.

—¿Estabas escuchando? — preguntó con naturalidad, sin parecer realmente ofendido.

—Por supuesto —respondí sentándome en la silla vacía que había dejado Daniel.

—¿Café?

—Por favor. ¿De verdad planeas pasar tu día cuidándome? No creo que no tengas algo mejor que hacer. —Se sentó a mi lado y me dio la taza.

—Quizás esto te sorprenda un poco, espero que no te ofenda, pero Augusto me paga una pequeña fortuna por mis servicios en cuanto a ti respecta.

Me costó mucho asimilar sus palabras.

—La verdad si me ofende, creí que te agradaba.

—Me agradas, y extrañamente disfruto tu compañía.

—¿Extrañamente? Vaya, hoy estás que ardes.

—Disfruto la compañía de muy pocas personas Silvana—explicó.

—La mía, la de mi cuñada, ¿alguien más? —Dejó el café que estaba llevándose a la boca en el aire, mirándome estupefacto. En ese momento llamaron a la puerta. Me puse de pie rápidamente para escapar de su mirada asesina.

Era Isa, quien se abalanzó bruscamente sobre mí para darme un abrazo.

—Gracias al cielo estas bien. —Me soltó y notó a Michael —. Hola —saludó tímida. El antipático de Michael se limitó a hacerle un gesto con la cabeza.

—¿Mi hermano no está aquí? Creí que él...

—Tenía algo que hacer y dejó a Michael cuidándome. Pasa ¿Café?—Y la llevé del brazo hasta la mesa.

—Claro —la senté en una silla y fui a la encimera por una taza.

—¿Tienes que cuidarme aquí o podemos ir a ver a Jennifer? —pregunté a Michael. Él estaba a punto de responder cuando mi cuñada lo interrumpió.

—Jennifer está bien Silvana, hablé con ella hace un rato por teléfono. Mi mamá estaba con ella y se fue a casa a descansar, pero Sami ya está allá ¿Dónde exactamente está mi hermano? —preguntó a ambos y fue Michael quien respondió.

—Por lo que me dijo antes de irse, supongo que en el lugar donde hipnotizaron a Jennifer. Aunque ya yo estuve ahí y no encontré nada.

—¿Qué es lo que quieren decir con eso? —pregunté, e hizo falta un gran esfuerzo de mi parte para ignorar la energía tensa entre ellos y concentrarme en lo que de momento era prioridad.

—Obviamente no fue Jennifer quien te ataco, es decir no era ella —respondió Isa.

—¿Entonces hablamos de algún tipo de posesión? —pregunté e Isa y ladeó la cabeza, ella parecía estar esforzándose por concentrarse.

—En lo absoluto, no es como que si hay alguien dentro de ella o algo así, fue hipnotizada, es más bien como si quebraran su voluntad y le ordenaron que hacer.

—¿Mónica? —pregunté.

—Es difícil saberlo, en teoría, no, pero no se nos ocurre otra persona —contestó Michael.

—¿Y que se supone que busca Daniel en ese lugar? —pregunté a nadie en específico.

—En cualquier lugar donde se ha practicado magia, queda algún tipo de rastro, con suerte, alguno que sea útil —dijo Isa. Sonó su teléfono y lo sacó de su bolsillo —. Es mi mamá. Ya regreso.

Me di cuenta de que Michael la seguía con la mirada y no pude evitar reír en voz alta.

—¿Por qué no comes algo? Así te ocupas. —me bramó.

Puse cara de ofendida y me disponía a molestarlo,

pero en ese momento volvió Isa.

—Mi mamá te manda saludos, y dice que vendrá a vernos en cuanto pueda.

—Daniel dijo que su tío vendría, ¿en qué nos puede ayudar él? —Ambos intercambiaron miradas y fue Isa quien me explicó.

—El tío de Daniel es un "Guardián", tiene la habilidad de colocar protección en personas, objetos o lugares. Asumo que mi hermano querrá poner alguna protección sobre ti.

—¿Y eso ayudaría?

—Mucho.

—¿Por qué no lo hicimos antes?

—Es un proceso complejo y hasta ahora no había sido necesario —precisó. Por la manera en que hablaba, me pareció que esa conversación se había dado antes.

—Voy a echar un vistazo en tu habitación si no te importa—dijo Michael acomodándose el saco y poniéndose de pie.

Isa también lo siguió con la mirada todo el camino, hasta que él desapareció por mi puerta. Se dio cuenta que yo la observaba y me sonrió con pena.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? Tienes pinta de estar levantándote —se ofreció.

—¿Tan mal me veo?

—Dudo que en algún momento te veas mal.

—¿Y Camila?

—También fue a ver a Jenn, ahora está con mamá, yo iré más tarde.

—Voy contigo.

—No creo que Daniel este de acuerdo, quiere que descanses.

—No me importa, quiero verla.

—Silvana concédele esta. La está pasando muy mal, nunca lo había visto así. —Ella se oía bastante conmovida y por ende yo me sentí igual, aunque no estaba segura que fuese por la empatía.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 11
TECNICAS DE MANIPULACION.

—Te ves mejor —me saludó Augusto, cuando llegó a la pieza. Besó mi sien y entró.

—¿A qué hora iremos por Jennifer? —pregunté ansiosa.

—Michael ira por ella, mientras nosotros hacemos el ritual con Enrique.

—Pero yo quería ir —chillé.

—No comiences Silvana, hoy no tengo nada de paciencia.

—¿Qué sucede? —nos interrumpió Daniel, saliendo de la habitación. Llevaba el cabello mojado pues se había dado un baño al llegar. Verlo así erizó mis vellos.

—Quiere ir a buscar a su amiga. —Augusto respondió sin siquiera girarse a verlo.

—Mi amor, tenemos otros planes —me explicó con dulzura —. Michael ira por ella, no te preocupes.

—Él no es la persona más cálida del mundo y quiero que se sienta cómoda ¿Y si le pides a Isa que lo acompañe? —le pedí a Daniel.

Sacó el teléfono, mirándome con recelo y se retiró para hacer la llamada. Volvió unos segundos después.

—Pasará por ella antes de irse.

—Gracias.

—¿A qué hora llega Enrique? —preguntó Augusto a Daniel.

—En cualquier momento.

Me sorprendió ver que el tío de Daniel venía acompañado de Rose, mi profesora de clarividencia, y además venían del brazo. Eran pareja. Él tenía más o menos la edad de Augusto, quizás incluso era mayor y respiraba y caminaba con cierta dificultad.

Rose se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Me alegra mucho saber que estás bien, estábamos muy preocupados por ti. —Unas semanas atrás, su comentario me habría sorprendido, pero a esas alturas comenzaba a acostumbrarme a que las personas me trataran con más confianza de la que yo sentía que había.

—Silvana es un placer conocerte, he oído mucho de ti —se presentó el tío de Daniel.

—Gracias por venir —le respondí, tendiéndole la mano.

—Felicidades a ambos —dijo Daniel, abrazando a Rose, y luego a su tío.

No comprendí a que se refería. Rose vio mi expresión y levantó su mano izquierda para mostrarme un gran anillo de compromiso. Sonreía radiante.

—Vaya, felicidades —le dije y tomé su mano para ver el anillo de cerca. En cuanto nuestras manos hicieron contacto, sucedió de nuevo.

Los anillos entrelazados de mi visión en su clase, ese era el acontecimiento, ella iba a casarse.

—¿Tienen fecha? —quiso saber Daniel.

—Aun no, como están las cosas, no nos hemos puesto a eso —respondió Enrique y dudé si el comentario era alusivo a mí situación.

—¿Te parece si comenzamos de una vez? —preguntó Daniel y su tío asintió. Acto siguiente, Daniel se dirigió a mí y me tomó por el rostro—. Será incómodo, pero acabará en un segundo ¿de acuerdo? No te sometería a esto si no fuese absolutamente necesario, después podrás descansar —me dijo ansioso y de pronto sentí miedo de lo que sucedería a continuación.

—Adelante —indicó Augusto.

Todos se apartaron y Enrique cerró los ojos y abrió los brazos con una expresión de extrema concentración. De él comenzó a emanar una especie de neblina blanca, que se dirigía al piso, y luego hacia mí. Me alcanzó y era helada. Estaba apenas en mis pies y la sensación se me hizo sumamente molesta.

—Terminará pronto, como te prometí —me aseguró Daniel al ver mi expresión y para tranquilizarlo asentí.

Sentí su angustia y eso no ayudó a mi ansiedad, pero supuse que no tenía opción. La niebla comenzó a subir por mis piernas, rodeándome completamente. Cerré los ojos y reprimí las ganas de gritar, era como si me sumergieran poco a poco en agua helada.

—Por favor, basta —pedí.

—Falta poco mi amor —escuché decir a Daniel.

No quería decepcionarlo, pero las piernas comenzaban a fallarme, era una sensación desesperante. El frío había alcanzado mi pecho y no podía respirar.

Una vez en mi cabeza, fue absolutamente insoportable. Sentí los brazos de Daniel atajándome cuando me dirigía al piso.

No sabía si estaba soñando o era real, percibía todo en cámara lenta, no podía abrir los ojos, pero sentía su aroma.

—Sé que te prometí dejarte descansar, solo esto y ya mi amor, ya no más. —Me sacó la franela, y le costó trabajo, pues yo estaba acostada en la cama, luego los pantalones.

Mi cuerpo temblaba descontroladamente, y no de la manera agradable que solía provocarme su contacto. Lo sentía congelado al punto de causarme dolor.

Me sumergió poco a poco en agua tibia y la sensación fue reconfortante. Él estaba a mis espaldas acariciando mi cuerpo con una esponja empapada en agua caliente.

—Te sentirás mejor pronto —me aseguró.

Estaba en la cama, completamente cubierta por la sabana y también por él. Tuve un pequeño ataque de pánico al recordar lo que había sucedido en la madrugada, pero me examiné y estaba vestida.

Su mano acariciaba mi brazo, estaba despierto.

—¿Cómo te sientes?

Pensé en una posible respuesta para su pregunta. Tenía una mezcla de enojo y vergüenza.

—Estoy bien —logré decir sin mirarlo.

—¿Estás molesta conmigo?

Qué bien me conocía ya.

—¿Por qué no le pediste a Isa que me bañara?

Tomó mi barbilla y alzó mi rostro para que le mirara.

—Era muy entrada la madrugada. Me imaginé que te ibas a molestar, pero no tuve opción. —Me solté de su agarre para escapar de su mirada. Quise levantarme, pero no me dejó—Hey hey hey, ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—Podías bañarme sin desnudarme.

—¿Quién se baña vestido?

—Alguien que está siendo bañado sin su consentimiento.

—Por el futuro padre de su hija…

Pude ver que no se iba a dejar ganar aquella discusión.

—¿Me sueltas por favor para ir al baño? —Y esta vez sí me dejó levantarme de la cama.

Cerré la puerta echando chispas.

No me lavé el cabello, ya que él lo había hecho la noche anterior, tenía un vago recuerdo de eso, pero me tomé mi tiempo enjabonándome, y de esa manera postergando el momento de salir.

Me vestí en el baño con la misma pijama que él me había puesto. Cuando salí, me estaba esperando y me acorraló contra la puerta que acababa de cerrar.

—¿Crees que para mí fue fácil? —Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi rostro.

—¿Por qué siempre me tienes que llevar ventaja en todo?

—¿Ese es el problema? —No me había dado cuenta hasta ese momento. Asentí—. Si quieres puedo desnudarme en este momento y estaríamos a mano ¿te parece?

Su oferta hizo que se me erizara la piel. Pero no, no estaríamos iguales, él estaba más que consciente y dispuesto.

—No es lo mismo —respondí, desviando la mirada, para que así no me manipulara.

—¿Entonces qué tengo que hacer para que me perdones?

—Ya se me pasará, ahora por favor explícame de que iba todo lo de ayer.

—¿No te lo explicamos? —preguntó avergonzado.

—No, no lo hicieron.

—Mi tío tiene la habilidad de protegerse de elementos mágicos, dicha habilidad es extrapolable, es decir la puede traspasar. Esa niebla es una especie de escudo a tu alrededor capaz de protegerte. Digamos que lo hubieses tenido cuando sucedió el incidente de Jennifer, el fuego habría simplemente rebotado, o tu cuerpo lo hubiese esquivado.

—¿Y puede protegerme de cualquier cosa?

—Solo elementos mágicos. Es inútil ante un accidente normal, como por ejemplo una caída, o una enfermedad.

—¿Tú tienes esa protección?

—No, no la tengo.

—¿Por qué no?

—Es complicado, además no la necesito.

No tenía ganas de insistirle, pues seguía molesta con él.

Fui a ver a Jennifer que ya había llegado, y en su infinita vanidad, la encontré observando su reflejo en un espejo de mano.

—Hola —saludé, acercándome a ella, aún tenía en abdomen vendado, así que solo le di un beso en la frente—. ¿Cómo te sientes? —le pregunté sentándome cuidadosamente a su lado.

—Como un espantajo, mírame, estoy hecha una facha —chilló, peinándose el cabello con las manos.

—No seas dramática, te ves mejor que la mayoría en un buen día. Pero no me refería a eso, ¿te duele algo? ¿Estás cómoda?

—No me duele nada, pero en el hospital me dijeron que si no quiero que me quede ninguna marca, debo cuidar lo poco que queda de la herida unos días más. —Hacia sus habituales muecas con el rostro, estaba bien.

—De acuerdo. —Aun viéndola mejor, tenía una enorme presión en el pecho, me sentía tan culpable —. Jennifer no sabes lo aliviada que estoy de que estés bien, tuve tanto miedo de que algo te pasara, de que no te recuperaras...

—Ya Silbanana, estoy perfecta.

—Sí, pero ¿y si no? Pudiste haber muerto y todo por mi culpa.

—No fue tu culpa —me consoló.

—Sí lo fue, y es tan irónico, se suponía que tú eras quien podía ser peligrosa para mí y mira lo que te pasó por mi culpa.

—Técnicamente fui yo quien te atacó. No te martirices, las dos estamos bien y eso es lo que importa. Isa me dijo que ya tomaron un par de medidas de seguridad, así que no tienes que preocuparte.

—¿Necesitas que te ayude en algo?

—Quiero que me ayudes a arreglar este desastre, recibiré visitas pronto y no hay manera de que me deje ver así.

Accedí a aquello a pesar de no tener sus destrezas respecto a maquillaje y peinado. Tomé sus cosas e hice lo que pude, aunque realmente no necesitaba mucho trabajo.

Efectivamente, al poco rato llegaron Isa, quien había ido a buscarle algo de comer, Sami y su amigo Josh. Daniel me dijo que iba bañarse buscar ropa limpia y que volvía luego a revisar a Jennifer, se me había pasado la molestia un poco, pero no del todo.

—¿Si fuiste con Michael al hospital? —le pregunté a Isa mientras servíamos la sopa que había llevado para Jennifer.

—Sí, gracias por eso, por cierto.

—Te juro que no lo hice con mala intención, ella está herida y vulnerable y bueno, sabes cómo es Michael. Jennifer contigo se siente cómoda, solo quería crear un poco de contraste.

—Está bien. Aunque prefiero evitar estar a solas con él, me da la impresión de que le molesta mi presencia —comentó con tristeza.

—Dudo que tu presencia pueda molestarle a alguien. Muchos menos a él. Isa ¿no has considerado intentarlo? —Su sorpresa a mis palabras fue tal, que derramó un poco de sopa.

—¿Intentar qué? —preguntó, sin dar crédito a lo que oía. La verdad era que ni yo estaba segura de lo que le estaba sugiriendo.

—No sé, ya tienes su atención y me atrevería a decir que más que eso...

—No, por supuesto que no, eso es imposible. Michael nunca se fijaría en mí.

—¿Y si te dijera que sí lo hace? Que sí te nota, que sí le gustas...

Sus pálidos pómulos se llenaron de color rojo. No sabía exactamente por qué había le dicho eso, quizás estaba haciendo más daño que bien, pero ya lo había hecho y no había vuelta atrás.

—¿Lo dices en serio?

Estaba a punto de contestarle cuando desde el cuarto, Jennifer nos gritó que nos diéramos prisa con su almuerzo.

Ya entrada la noche Jennifer y yo quedamos solas en la pieza. La desmaquillaba mientras le contaba lo que había sucedido el día anterior, incluyendo el baño nocturno de Daniel.

—No entiendo tu drama, eventualmente tenía que verte desnuda, más bien ha aguantado demasiado el pobre.

—Vaya, gracias por el apoyo.

—Soy sincera. —Comenzó a bostezar y como yo también estaba agotada, me despedí para que ambas pudiéramos descansar.

Daniel no podía quedarse conmigo aquella noche y le había pedido a Isa que me acompañara, pero yo les aseguré que estaría bien y que no era necesario. La verdad un par de horas a solas me harían bien.

No estaba segura de sí había metido la pata, o por el contrario había hecho bien al decirle a Isa sobre Michael, pero por alguna razón la felicidad de él se había vuelto importante para mí, y sacar una posible relación entre ellos del estatus de "utopía", era un comienzo.

Por otra parte, aunque no terminaba de comprender el asunto de la protección, el hecho de que Daniel estaba lo suficientemente tranquilo como para no quedarse conmigo esa noche, me hacía sentir confiada. Seguía molesta con él, pero a medida que transcurría el tiempo, mi enojo disminuía, de hecho lo extrañaba inmensamente.

Era impresionante cuanto había cambiado mi vida en tan poco tiempo, aquello que tanto quería, algo de emoción, había llegado a mí en cantidades colosales.

Saqué de la mesita de noche el boleto de vuelta que había comprado por si las cosas no resultaban, y sí bien una que otra iba realmente mal, no había ma-

nera de que yo volviera a mi antigua vida, o corriera huyendo hacia otra parte.

—¿Segura que estarás bien sola? —le pregunté Jennifer mientras acomodaba sus almohadas.

—Perfecta, no te preocupes. ¿Adónde vas?

—Debo ir a mis lecciones, Augusto no quiere que pare por ningún motivo. Justo ahora tengo el placer de someterme por dos horas a la mirada condescendiente de Amalia —le expliqué desalentada y ella hizo una mueca de asco con la cara que me robó una carcajada.

Cuando volví me asomé en el cuarto de Jennifer y vi que estaba profundamente dormida, la despertaría cuando Daniel llegara a hacerle la cura.

Sentí una presión en el pecho cuando entré a mi habitación y lo vi parado frente a mi cama, esperándome.

—Me asustaste —le recriminé con una risa nerviosa—. ¿Hace rato que llegaste? —Me pregunté dónde había ido mi enojo mientras me quitaba la chaqueta.

—No demasiado —había algo extraño en él, en la forma en que me miraba y hablaba, era un Daniel que no había visto antes. Demasiado serio—. Ven aquí —me llamó.

Antes de que yo pudiera examinar la situación, mi cuerpo que ya era más suyo que mío, cortaba la distancia entre la puerta de mi habitación, hasta el borde de la cama donde estaba él, pero me detuve a una dis-

tancia prudente, dejando aproximadamente un cuerpo entre nosotros.

Llevaba pantalones oscuros y una camisa azul claro que resaltaba sus ojos, como siempre, lo encontraba dolorosamente atractivo. Aceleró los latidos de mi corazón, olía tan, pero tan bien, aunque sus ojos no se veían tan claros como yo sabía que eran. Tomó mi mano y me haló bruscamente hacia él, dejando nuestros cuerpos completamente pegados.

Me miraba fijamente a los ojos mientras acariciaba mi cabello. Mi perfecto ángel estaba triste, pero ¿por qué?

Antes de que tuviera la oportunidad de preguntarle, me embistió con un beso.

Con una mano en mi cabeza y la otra en mi cintura me inmovilizaba y empujaba completamente hacia él. Estaba también molesto, y yo intentaba descifrar por qué, mientras su lengua se abría paso en mi boca. A pesar de la confusión y el mar de emociones, sus besos seguían sabiendo a gloria.

Me movió hasta que tuve la cama tras mis rodillas. Sin parar de besarme, me acostó en ella y me impulsó hacia arriba. Tenía su palma caliente en mi rostro y la otra mano moviéndose diestra por cintura. En ningún momento paraba de besarme, y yo no podía respirar.

Giré mi rostro en un intento desesperado de buscar aire, y lo conseguí, sus labios estaban ahora en mi cuello, pero duraron poco ahí. Apenas había tomado un par de bocanadas cuando me besó nuevamente, con la misma intensidad de antes.

Tomó mis brazos y los colocó sobre mi cabeza, con una mano los mantuvo ahí, mientras que la otra volvía a mi cintura y acariciaba mi abdomen. Su lengua estaba en mi boca y comenzaba a faltarme el aire de nuevo.

—Mi amor... no puedo respirar —logré articular en medio de sus besos.

Dejó de besar mis labios y bajo por el mentón, lentamente, hasta el cuello, luego la clavícula, y siguió hasta mi pecho, besando la pequeña porción de mis senos que sobresalían de la blusa. Su angustia era palpable y yo estaba confundida. Sus dedos quemaron mi cintura cuando levantó mi camisa y comenzó a acariciarme piel con piel.

—Daniel... ¿Qué...?

Por primera vez desde que había empezado su tortuoso ataque, me miró a los ojos, estaba jadeando y el negro cabello le cubría parte de los ojos. Quería acariciarlo, despejar su cara y verlo mejor, pero seguía inmovilizada con las manos sobre mi cabeza.

—¿Confías en mí? —Su voz era aún más grave y yo comenzaba a desesperarme, ¿Qué le ocurría?

Asentí y cuando estaba a punto de preguntarle qué tenía, comenzó a besarme nuevamente, con la misma angustia y desespero.

Desabrochó el ultimo botón de mi blusa, para ir subiendo hasta llegar al primero, que estaba en mi pecho, la piel me escocia por donde su mano pasaba. Hizo el mismo recorrido de vuelta, esta vez solo con el dedo índice por mi piel ahora desnuda, acto siguiente co-

menzó a desabrochar el botón de mi pantalón.

Ese fue el punto de quiebre para mí. No me hablaba, no me explicaba nada, ni siquiera me dejaba respirar, y solo destrozaba los nervios de mi cuerpo con sus caricias y besos. Una parte de mi estaba molesta por lo que me estaba haciendo, por otro lado quería consolarlo, hacer que se sintiera mejor.

La chica enamorada, quería simplemente disfrutar de aquel momento, pero algo estaba pasando, y necesitaba saber qué.

—Por favor para —le pedí. Se detuvo en seco y de nuevo me miró intensamente, soltó mis manos y yo me incorporé intentando quitarle ventaja. Pude verlo con claridad, aun inclinado sobre mí. Estaba tan turbado, tan desconsolado —. Daniel...—comencé, pero él no me escuchó.

Se puso de pie y salió rápidamente de la habitación. Me cerré la camisa, hecha un manojo de nervios mientras derramaba un par de silenciosas lágrimas.

No se trataba de mí, yo no había hecho nada malo, debía ser algún malentendido, pero ¿por qué no me dijo nada? ¿Qué podía ser tan grave para que se alterara de esa forma?

Después de un rato, me abotoné la blusa, me peiné, y salí a buscarlo.

Jennifer estaba acostada en el sofá de la sala con Isa, que le hacía trenzas en el cabello.

—Isa ¿sabes dónde está tu hermano?

—Debe estar en su habitación, no tenía que trabajar. ¿Tú estás bien?

—Sí, no es nada. Vuelvo más tarde.

—Ja. Vas a pelear, o a reconciliarte, y de cualquier manera dudo que vuelvas —se burló Jennifer

—No te apures, yo me quedo con ella —se ofreció Isa.

—A mí me da la impresión que estás más que recuperada Jen. Llevo el teléfono, avísenme cualquier cosa.

Cuando toqué en su pieza, fue Christopher quien me abrió, de no haber estado tan alterada el encuentro me habría parecido incomodo, pero no tenía cabeza para eso. Daniel no estaba. Después de convencer a Christopher de que estaba bien, le dije que lo esperaría en su habitación. Ya la tarde estaba bastante entrada, debían ser más o menos las cinco.

En algún momento tenía que volver, lo esperaría. El tiempo pasaba lentamente y junto con el, unos mil pensamientos por mi mente. ¿Y si no volvía en toda la noche? ¿Cuánto llevaba esperándole? Empezaba a oscurecer, y yo cada vez me sentía más triste, confundida y ansiosa.

El sonido del caer del agua me despertó.

No llovía, el agua venía del baño. Había llegado.

Examiné la habitación y vi su ropa en la silla del rincón, me quité la sabana que me cubría (que no estaba ahí antes) y fui por su camisa. Olía a naturaleza, y

estaba helada, pero sobre todo, olía mucho a él. Ni el olor más fuerte del mundo podía opacar su aroma.

Me alivió saber que había estado al aire libre. Escuché la regadera cerrarse y me senté en el cama, lo había esperado tanto tiempo y no había pensado que decirle, ¿Y si seguía igual de molesto que temprano?

Salió de baño y se paró en seco al verme despierta. Estaba sin camisa y descalzo, llevaba solo un mono de dormir y una toalla en la mano con la que se secaba el cabello. Me miró unos segundos y no dijo nada, seguía molesto. Continúo secándose el cabello y me dio la espalda para tender la toalla en la silla.

—Habla conmigo —le supliqué en voz baja y vi su espalda tensarse ante mis palabras.

—Tú no lo haces.

Pensé en la posibilidad de que se hubiese enterado de todo lo que aún no le había dicho, pero no era eso, estaba segura de que se trataba de algo más.

—No entiendo —me puse de pie lentamente, cuidando cada paso y cada palabra— ¿Qué fue eso tan terrible que hice para que me trates de esta forma?

—Me mentiste —bramó—. Vas a dejarme, después de todo lo que me dijiste, lo que me prometiste...

—¿De dónde sacas eso? —Comenzó a buscar algo en el pantalón que había usado temprano, y volvió con mi boleto de regreso arrugado entre sus dedos. Yo se lo quité y lo examiné.

—Lo encontré en tu cómoda mientras te esperaba.

—Ya no sonaba molesto, si no sumamente triste—. Creí que me darías una oportunidad, entiendo como todo esto puede asustarte, pero yo tengo un plan, dame tiempo...

—No Daniel, yo no... —Me tomó por los brazos y me besó al igual que hacía unas horas, con desespero y angustia. En ese momento, mientras buscaba aire entre beso y beso, comprendí lo que había pasado aquella tarde, esa era su manera de manipularme, de retenerme, y era también completamente innecesario. Encontré una pequeña brecha y la aproveché —. Escúchame, por favor. —Puse ambas manos en su pecho y lo separé unos centímetros de mí para así quitarle el acceso a mis labios.

—No te vayas —me suplicó y me agarró con más fuerzas empujándome hacia él, podía ver sus intenciones.

Debía ser rápida.

—No lo haré. Es un malentendido. —Acaricié su cabello intentando tranquilizarlo. Por la forma en que me tenía agarrada se me hacía difícil moverme. Opté por mirarlo a los ojos, pero los tenía cerrados—. Mírame —le pedí y después de unos segundos lo hizo, me partía el corazón verle así—. Daniel yo nunca, desde el día que nos conocimos, he contemplado siquiera por un segundo la idea de irme de tu lado.

—¿Para qué compraste ese maldito boleto entonces?

—Yo no lo compré, bueno sí, pero hace tiempo, antes de conocerte, incluso antes de venir aquí, mira. —Me separé de él y de mala gana me lo permitió, sin

quitar sus manos de mi cintura. Busqué en el boleto la fecha de compra y se la mostré—. Lo compré hace mucho, no voy a irme a ningún lado.

—¿Y por qué lo buscaste? —Me lo quitó nuevamente de las manos y me haló hacia él, era como si intentara separarme del papel.

—No lo sé, estaba nostálgica por lo de Jennifer, pensando en todo y en nada a la vez, iba a tirarlo, o a romperlo, pero me quedé dormida.

Por fin me soltó y fue para tomar el boleto y partirlo en la mitad, y luego un par de veces más, hasta que cayeron las docenas de retazos en el piso. Me acerque a él y le abracé, sintiendo como los músculos de su espalda se relajaban bajo mi tacto.

Besé un par de veces su cuello, para luego hundir mi rostro en el, sintiéndome yo también mucho más tranquila. Quería relajarme en sus brazos, respirar por primera vez en un rato, pero me equivoqué al pensar que sería el final. Tomó mi rosto con ambas manos inmovilizándome de nuevo.

—Prométeme que no lo harás, que nunca...

—Te lo he jurado mil veces y aun así no me crees, ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? —. Por enésima vez, sus labios estaban sobre los míos, nunca nos habíamos besado tanto como en aquel extraño día, y sobre cantidad triunfaba la calidad, eran los besos más profundos y apasionados que me había dado

—Perdóname, estaba desesperado...

—No me voy a ir. Cree en mí —le pedí y lo besé una vez más.

A medida que nuestro beso se prolongaba su tensión disminuía. Me acostó lentamente en su cama, y entre ésta y él, su aroma lograba cubrirme por completo. Después de tanta angustia, estaba en éxtasis. Dejó de besarme y me abrazó fuertemente.

—Perdóname —me pidió una vez más.

—La pase tan mal, me imagine mil cosas, y todo por un malentendido.

—Lo sé, lo sé, perdóname, yo...

—Ya no te disculpes más, y abrázame. —Y lo hizo, me envolvió en sus brazos por un buen rato.

Permanecimos en silencio, mientras él acariciaba mi brazo, era esa especie de calma que llega después de la tormenta, y me habría gustado permanecer así, pero algo de lo que había dicho hizo ruido en mi cabeza.

—Hace un momento dijiste que tenías un plan, ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Has escuchado aquello de que si quieres que algo te salga bien no debes decírselo a nadie?

—¿No vas a decirme?

—Por ahora no, cuando esté un poco más cerca de materializarse te contaré todo.

No dijo nada más, y tampoco quise presionarlo porque sabía que sería inútil, pero la amarga sensación que produce un mal presentimiento se alojó en mi pecho. Quise me besara de nuevo y poder disiparlo,

pero no volvió a hacerlo en toda la noche. No sabía si por la empatía o simple intuición femenina, pero estaba segura de que se sentía culpable.

CAPÍTULO 12
EL REGALO

Aquella tarde debía practicar con Michael, y tenía ahora sentimientos encontrados hacia su compañía: por tortuosa que fuese, la necesitaba. Cuando llegué a la gran habitación de colchonetas, me sorprendió ver que tanto Augusto, como Daniel estaban ahí, lo que me puso muy nerviosa.

Michael y Daniel hablaban casualmente al fondo de la habitación mientras Augusto leía periódico. A medida que me acercaba a ellos, intenté descifrar que hacían el par de intrusos ahí.

—¿De qué va todo esto? —pregunté nadie en específico y quien contestó fue Augusto.

—Eres talentosa, pero no aplicada, y tu tiempo de entrenamiento es limitado como para que lo pierdas. —Miró a Daniel al decir la palabra "pierdas".

Éste le devolvió la mirada impasible.

—Bien, no perdamos más tiempo entonces —anunció Michael—. Vamos a ponerte bajo presión Silvana, como la prueba de la ilusión, solo que esta vez será real. Queremos que explotes tu potencial.

—Creí que había dejado claro que no me sentía cómoda con esto, y pensé que me ibas a apoyar —le recriminé a Daniel.

—Lo sé mi amor, pero después de lo que sucedió

con Jennifer, es necesario.

—No es la única manera, denme algo de tiempo —pedí.

—Tiempo Silvana, es precisamente lo que no tenemos —respondió Augusto.

Miré a Daniel buscando ayuda y lo que pude encontrar en su rostro fue una gran disculpa, no iba a ceder. Casi podía oír en mi cabeza las cosas que Augusto le había dicho para que accediera a aquello.

No tenía opción, tratar de discutir con ellos tres sería inútil.

—Terminará antes de que te des cuentas —me animó Michael tendiéndome la mano para que fuese con él al medio de la habitación.

—Promesas de un traidor —repliqué dolida. Quería acabar lo antes posible, así que lo seguí.

—Incentivo —llamó Augusto a Daniel a mis espaldas, me di la vuelta para ver la reacción de él, quien divertido comenzó a seguirlo.

Al llegar al otro extremo de la habitación, vi como Augusto, con un rápido movimiento de su mano, movía una silla que se arrastró sola hasta donde acababa el acolchonado. Se giró hacia Daniel, y con otro movimiento aparecieron unas cuerdas que se enredaron rápidamente en sus manos.

Un gesto más, éste un poco más brusco, y Daniel salió disparado hacia la silla donde aterrizó sentado, y con el impulso, pegó fuertemente de la pared. Como si fuese poco, la silla dio una vuelta y se elevó hasta el techo, quedando las patas pegadas del mismo, y

Daniel aun sentado gracias a las cuerdas que ahora lo rodeaban, pero de cabeza.

Él no se quejó y ya yo comenzaba a molestarme.

—¿Estás bromeando verdad? —le dije a Augusto y pude ver una pequeña sonrisa torcida en sus labios.

Se retiró hacia un lado de la habitación donde no había acolchonado y se quedó de pie observándonos a Michael y a mí. Éste me tomó de la cintura y me ubicó en el extremo contrario a Daniel, él regresó al centro y una vez ahí habló.

—Silvana, como puedes ver, está bastante indefenso, y toda esa sangre yendo a su cabeza… te recomendaría que te dieras prisa —Lo señaló y volví a mirarlo desesperada.

—¿Esto es siquiera legal?

—Tengo fe en ti —me animó Michael, ya en posición de defensa.

Entendí que no era una negociación, iba a pasar sin importar cuanto protestara, y en efecto no tenía tiempo que perder.

—¿Preparada? —preguntó Michael, asentí muy nerviosa y sin estar segura de que iba a hacer.

Comencé a correr muy rápido hacia él. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba frente a mí, me lanzó un puñetazo que amortigüé con mi brazo, lanzó otro y yo hice lo mismo, con el tercero no tuve tanta suerte, y me alcanzó el hombro.

Sentí un dolor agudo y le devolví el golpe con el puño, que él atajó con su palma, para luego doblarme

la muñeca, el dolor me tumbó de rodillas.

—Tu puedes Silvana, de lo contrario iré hasta a él y tiraré de esa silla. Sería un buen golpe —me animó Michael reteniendo mi mano. Estaba muy adolorida, pero principalmente preocupara ¿sería capaz de hacerlo? Fue como si viera la duda en mí y quiso sacarme de ella.

Aprovechó que me tenía inmovilizada para rodearme y correr hacia Daniel, cuando estaba a punto de llegar, cerré los ojos, no quería ver.

Imaginé que lo ahorcaba, que con mi mano apretaba la manzana de Adam de Michael y él tenía que detenerse. No escuché el golpe, y abrí los ojos.

Michael estaba tumbado con las manos alrededor de su cuello. Me tomó un segundo entender lo que había pasado, no había sido mi intención, pero lo había mantenido lejos de Daniel y eso era suficiente para mí.

—Silvana basta. —Me giré hacia Augusto y escuché a Michael tomar aire—. ¿Cómo hiciste eso? —me preguntó intrigado, acercándose a mí.

—Solo lo hice —respondí entre jadeos—. Funcionó ¿no? Se suponía que debía mantener a Michael lejos de Daniel y lo hice.

No podía explicar demasiado algo que ni yo misma comprendía. Intenté captar su energía y me sorprendió encontrar un poco de orgullo, mezclado con sorpresa. Vi de reojo como Michael se ponía de pie, no me sentí mal por él, me dolían el hombro y la muñeca.

—¿Fue así como desviaste el curso de la bola de fuego? —me preguntó Augusto aun sorprendido.

—No lo sé, supongo.

—¿Sabe Amalia que puedes hacer eso?

—Qué se yo qué sabe Amalia.

—No seas grosera. De nuevo —me regañó para después hacerle una seña a Michael con la cabeza, indicándole que se colocara en posición.

Michael lo hizo, vi que caminaba lento y sonreí. Una vez en posición, corrí hacia Daniel que era mi objetivo, pero Michael por supuesto estaba en mi camino. Intentó tomarme por el cuello, sin duda en venganza por lo que acababa de hacerle, pero lo detuve con mi mano.

Era más rápido y más fuerte que yo. Se situó tras de mí, me golpeó las rodillas por detrás y esto me derribó, quedé boca abajo en el piso, y cuando levanté el rostro, vi que corría a toda velocidad hacia Daniel. Mientras me incorporaba, perdí mucho tiempo.

Visualicé mi mano atravesando su pecho y un segundo después, cayó de bruces en el piso, haciendo una perturbadora mueca de dolor, con la mano dentro de su saco. Liberé mí agarre imaginario y él se calmó inmediatamente.

Augusto caminó hacia a mí, me tomó del brazo y me ayudó a ponerme de pie.

—¿Estás bien, Michael? —le preguntó. Este se estaba incorporando y asintió.

—Lo siento —le dije cuando nos alcanzó.

—Eso dices, pero no suena sincero —respondió jadeando, con la mano aun en el pecho.

—Una vez más —nos indicó Augusto.

—Quizá deberíamos tomar un descanso —pidió Michael y Augusto resopló.

—No seas cobarde Michael, es una chica de 21 años.

—Sus proyecciones tienen más fuerza que ella, mucha más. —Aun jadeaba y se sostenía la herida imaginaria—. ¿Quieres intentar? —retó a Augusto, quien lo miró serio y después a mí, asentí ansiosa por derrotarlo a él también y poder bajar a Daniel de ahí.

Michael se hizo a un lado y yo me situé de nuevo en mi lugar. Augusto se paró frente a mí.

Cuando me preparaba para recibir su ataque, solo pude sentir los brazos de Augusto en mis hombros, que me giraban y me empujó de manera que quede arrodillada de espaldas a él y a Daniel. Sin siquiera voltear, pues no sabía de cuánto tiempo disponía, visualicé mi mano atravesando el pecho de Augusto, cerré el puño y me giré.

Lo vi tumbado e inmediatamente abandoné la proyección porque no quería hacerle daño. Escuché como Michael reía y comenzaba a caminar hacia él, me puse de pie y suspiré de alivio cuando vi la silla de Daniel ya en el piso. No quería seguir, estaba cansada, sudada y además tenía dolor de cabeza, causado por las proyecciones, supuse. Michael por fin llegó a donde estaba Augusto quien se estaba levantando en ese momento.

—¿Estás bien abuelo? —Se inclinó sobre él y le tendió la mano—. Te lo dije.

—¿Cómo es que lo haces? —preguntó Augusto, mirándome ahora a mí.

—¿Qué cosa? —caminé hacia Daniel y le quité primero la cinta de la boca y después las cuerdas.

—Proyectarte con más fuerza de la que en realidad tienes. —Augusto me miraba como si fuese un bicho raro.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Creí que era normal.

—No, no lo es. ¿Por qué lo desatas?

—Porque ustedes dos no parecen poder aguantar mucho más, y a mí me duele la cabeza.

—¿Qué tal si esta vez intentamos hacerlo de manera tradicional? Deja de proyectarte y defiéndete de la misma manera en que se te está atacando —propuso Michael.

—Eso no es justo, deberían darme tiempo para practicar si van a manipularme de esta manera, están haciendo el asunto muy arbitrario para mi gusto. —Me crucé de brazos y esperé, no iba a ceder, no era justo, y francamente solo quería irme.

—¿Sabes que simplemente puedo darte una poción que bloquee tus poderes? —me amenazó Augusto, hablando entre dientes.

—Estoy segura de que puedes, pero como eres consciente de lo parcializada que está la situación, no lo harás —le puse tanto desdén a la frase como pude.

—Silvana… —Michael hizo una mueca de dolor antes de poder continuar—: es importante que sepas

estas cosas, los poderes mentales que estás demostrando son impresionantes, pero tu formación debe ser completa ¿qué pasa si alguien te bloquea como acaba de decir Augusto? Debes poder defenderte de cualquier forma.

—Tienes toda la razón, solo digo que de momento no es justo, es como una pelea de burro con tigre, tu sabes mucho y yo sé muy poco. Haré lo que quieran, aguantaré el tiempo que sea, siempre que no involucremos Daniel.

—Bien —accedió Augusto resignado y dando por terminada la jornada—. Necesito hablar contigo, pasa por mi despacho a las siete —me dijo, para después marcharse.

—Lo siento. —le dije a Michael, que me dedicó una mueca de despedida. Tomé a Daniel de la mano y salí de la habitación.

Augusto me abrió enseguida que toqué a su puerta y me hizo pasar.

—Estás muy bonita —me elogió mientras me sentaba—. Bien, a lo que vinimos, tengo en mi poder lo que dejaron tus padres, no puedo estar seguro de cuanto es el dinero, no he revisado, pero no ha de ser poco. Si me firmas este documento yo haré las gestiones por ti. —Me entregó un papel que leí rápidamente antes de firmar con absoluta confianza. Se lo devolví—. También hay un par de propiedades, está la casa por ejemplo, ya la conoces, está en perfecto estado y es toda tuya.

Me entregó un manojo de llaves, todo era muy confuso.

—¿Ahí murieron? —pregunté con un nudo en la garganta, esperaba que no, de ser así no quería esa casa.

Pensó un momento antes de responder.

—No, no fue ahí, pero de cualquier manera, eso fue hace mucho tiempo y ya no importa. Y te pido que no le des vueltas eso.

—De acuerdo —le anuncié al fin—. Supongo que cuando esté ahí sabré como me siento al respecto.

De pronto tenía dinero y propiedades. Lo más valioso que había poseído en mi vida era mi teléfono celular.

Me puse pantalones y franelilla negra con zapatos deportivos y fui a mi clase con Michael. Cuando entré al gran salón acolchonado, él estaba colocando su saco en la silla de la esquina.

—¿Por qué siempre andas en saco? ¿No has escuchado eso de vestirte para la ocasión? —pregunté mientras caminaba por la enorme colchoneta hacia él.

—Es parte de mi estilo —respondió divertido y en ese momento me di cuenta de lo mucho que había cambiado su actitud desde que nos conocimos.

—Ya veo.

—Bien comencemos.

A los veinte minutos de empezar, ya estaba exhausta. No podía imaginar como fuesen nuestras prácticas si yo no le agradara.

—Yo te daría un siete, eres buena, pero te falta con-

centración. —Me ayudaba a levantarme del piso después de haberme derrumbado múltiples veces—. ¿Está todo está bien? ¿Tú amiga Jennifer?

—Perfecta

—¿Tus cuñadas? —Mientras hablaba, se acomodaba sus vendas y miraba el piso, sentí el poder de mi empatía en su totalidad.

—¿Cuñadas? ¿O Isa? —Se irguió inmediatamente, dos segundos después se compuso. No estuve segura de por qué, sentí un ápice de tristeza.

—Cuñadas, que yo sepa tienes varias.

—Claro. —Lo miré a los ojos, pero él me esquivó—. Mis cuñadas están bien Michael, supongo que tengo muchas cosas en la cabeza ¿No podríamos dejarlo para mañana?

—Tengo órdenes estrictas de no perder entrenamientos contigo. —Comenzó a atacarme de nuevo y yo me defendía lo mejor que podía.

—¿Y quién te dio esa "orden"? ¿Augusto? —Me lanzó un puñetazo que me hizo perder el equilibrio y terminé en el suelo.

—Amalia.

—Sigo sin entender que quiere de mí. —Me ayudó a levantarme, pero no me dio demasiado tiempo antes de comenzar a atacarme de nuevo.

—Es una caza talentos. Tiene la teoría de que tus talentos son invaluables, quiere sacarte potencial y luego jactarse de ello. A eso se dedica, es lo que hace, y

si te interesa mi opinión, tengo muchas razones para pensar que no se equivoca.

—Gracias por la charla motivacional. —Me dedicó una sonrisa irónica de medio lado antes de tumbarme al piso una vez más.

—De nada, y tienes razón, mejor lo dejamos para mañana, no vales medio.

—Gracias. ¿Has hablado con Augusto?

—Tengo entendido que está ocupado buscando un buen vidente, Rose no parece poder ver nada sobre ti.

—¿Y por qué sucede eso?

—Ni idea, pero es extraño.

—Lo extraño parece perseguirme francamente —me quejé saliendo de la habitación.

Era sábado por la mañana y mi día estaba libre. Iría a la casa que Augusto me había dado, quería estar sola, aunque fuese medio día e intentar organizar mis pensamientos. Le pedí prestado el coche a Jennifer y partí. Ni Daniel, ni Amalia, ni Augusto aprobarían mis salidas, pero Jennifer no preguntaba, simplemente me complacía.

Cuando llegué al lugar se veía exactamente igual que la última vez. Fui al despacho, que tanto me había gustado y eché un vistazo, no había notado antes que el escritorio aún estaba desordenado, había libros y papeles en él.

Tomé libro por libro y los organicé en las bibliotecas, había también varios lapiceros, papeles y en vez de des-

echarlos, los guardé en una gaveta que parecía contener documentos. Ojeé algunos de ellos sin estar segura de que fuesen de alguna utilidad tantos años después. Varios eran especies de informes, perfiles sobre personas, con sus datos personales y habilidades.

Seguí revisando gavetas y ojeando documentos, cuando una firma en particular llamo mi atención: Damián Saúl. Me senté y comencé a leer el papel.

"Querida Ana, supe de tu situación y quiero poner a tu orden mi tropa. Me gustaría que habláramos de esto en persona si decides aceptar mi ofrecimiento, te dejaré la dirección de mi casa en La Cordillera para que consideres visitarme. Con todo mi cariño, Damián Saúl."

Y justo debajo de toda aquella fanfarria, su dirección.

Clara y exacta.

Era el, él hombre que había matado a la mujer y la hija nonata de Michael. No sabía su nombre completo, pero estaba segura de que se trataba de la misma persona.

Teniendo aquella carta en la mano, pude visualizar una vez más la estructura de la casa que me había mostrado Michael, cada pasillo, cada puerta, cada hombre. Podía verlo todo.

No pensé ninguno de mis movimientos, simplemente tomé las llaves del coche, y sin conocer en lo absoluto aquel lugar, comencé a conducir, sabiendo justo a donde tenía que ir, tan solo leyendo el papel. Podía verlo en mi cabeza, como una especie de video juego que te muestra el camino.

El lugar era una especie de cabaña aislada, obviamente diseñada para ser un escondite. No pude evitar preguntarme como había dado Michael con él. Quizás él también había encontrado la carta. El día que me llevó a la casa tuve la impresión de que la conocía.

Algo dentro de mí me decía, que yo podría fácilmente con aquellos hombres que Michael quería burlar. Así como también sabía, que Saúl estaría ahí.

Cuando llegué me estacioné lo suficientemente lejos para que no pudieran oír el auto, sin estar segura de saber que quería hacer, caminé entre los arboles cuidadosamente, hasta un lugar donde pude ver la casa, que en efecto, era como la había visto en mi cabeza, una gran y ostentosa cabaña en el medio de la nada. Por suerte llevaba ropa cómoda de acorde a la ocasión.

Después de enfocar, los vi. Los dos primeros hombres que hacían guardia en la entrada, iban vestidos de negro y cada uno estaba en una esquina del porche que era la fachada de la cabaña. Observé un buen rato más, antes de comprobar y estar absolutamente segura que no había más guardias alrededor. De acuerdo, debía comenzar por esos dos.

Recordé lo que le había hecho a Michael, como había trancado su respiración, debía hacerlo con más fuerza, o quizás por más tiempo, ¿pero y si los mataba? Ellos no tenían nada que ver con aquel asunto, ¿o quizás sí? ¿Habían ayudado a Saúl a secuestrar y matar a la novia de Michael?

La misma ira que me invadía de solo pensarlo, se

apoderó de mí y de pronto sucedió: los estaba asfixiando a ambos, comenzaban a retorcerse, lenta y silenciosamente.

Intentaban desesperadamente zafarse del imaginario agarre que no los dejaba respirar, pero concentré todas mis fuerzas en la proyección, en que no se movieran, no emitieran un sonido… hasta que un par de segundos después, casi al mismo tiempo, se desplomaron.

Me aproximé lentamente a la casa, mirando hacia los alrededores frenéticamente, ya que si bien mis poderes eran increíbles, mis reflejos dejaban mucho que desear. Una vez que llegué a donde estaban los dos hombres abatidos, comprobé el pulso de ambos, seguían vivos.

Según mi visión, seguían dos más en un pasillo alargado que estaba al pasar el vestíbulo, pero necesitaba verlos. Caminé alrededor de la casa hacia una de las ventanas, donde pudiera ubicarlos. Ellos estaban entrenados para detectar amenazas como yo, y en caso de ser descubierta debía actuar rápido.

Cuando tuve al primero en mi campo de visión, sin pensarlo demasiado, lancé mi ataque contra él, y tal como calculé, el otro apareció segundos después intentando identificar de donde venía la amenaza. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, arremetí contra él también. Al igual que los dos primeros, cayeron lentamente, sin hacer demasiado ruido, hasta quedar inconscientes.

Ahora tenía el camino libre hasta Saúl.

Abrí la puerta con tanta cautela como pude, atenta a cualquier sonido que indicara que él se había percata-

do de lo que estaba sucediendo, pero aparentemente estaba ajeno a la situación

Entré en la casa y pasé por el vestíbulo, donde estaban los guardias en el piso, y supe que puerta debía abrir.

Él estaba de espaldas, sentado en un sillón tras un gran escritorio, total y completamente ajeno a mi presencia. Esperé paciente el momento en que pudiera tenerlo frente a frente, cosa que, sin saber, había estado deseando desde el momento en el que supe lo que había hecho.

Vio mi figura en el reflejo de la ventana y quedó petrificado unos segundos. Era tal cual como lo había visto en mi visión, cada detalle, cada gesto. Se dio la vuelta en el sillón para encararme, y yo estaba segura, que no tenía que temerle, por el contrario, me sentía poderosa, omnipotente.

Al estar frente a mí, se puso de pie, mucho más seguro de lo que yo en su lugar estaría.

—Eres la hija de Ana, he escuchado mucho de ti —me saludó.

—¿Nos parecemos?

—Mucho. ¿Por qué no te han anunciado? —Estaba seguro, confiado, no imaginaba que yo podía hacerle daño.

Y así lo quería, indefenso, como lo habían estado ellas.

—No han tenido oportunidad. —Esta vez quise hacer algo diferente, era más personal, y pude ver el miedo en sus ojos justo antes de comenzar a arañar su ya podrido corazón.

Lo acomodé en el sótano de la casa de manera que estaba segura que no podía escaparse, no supe de donde obtuve la fuerza para manipular su cuerpo, pero tuve la impresión de que mis poderes influían.

Michael contestó mi llamada al segundo tono.

Él se parecía a Jennifer en el sentido que no hacia demasiadas preguntas y una media hora después, llamaron a la puerta. No necesitaba verlo para saber que era él, podía sentirlo. Abrí ante su mirada expectante.

—¿Estás bien? —fue su saludo.

—Te lo dije por teléfono, perfectamente —respondí dándole la espalda y adentrándome en la casa—. De hecho, tengo un presente para ti.

—¿Un presente? —preguntó confundido.

Me siguió sin decir una palabra, aunque su ansiedad era palpable. Cuando llegamos a la puerta del sótano, abrí y le indiqué que pasara. Él me miró un segundo antes de hacerlo. Cuando entramos, Saúl estaba consiente, pero aturdido, y Michael, completamente atónito. Lo miró un par de veces a él, y luego a mí, podía sentir la mezcla de furia con regocijo crecer dentro de él.

Di un par de pasos hacia atrás y cerré la puerta, dejándolo solo con el hombre que había destruido su vida.

CAPÍTULO 13
COMPLÁCEME…

Tuve que preguntarme si había algo mal conmigo, cuando los gritos de Saúl, si bien no me agradaban, tampoco me perturbaban. En mi cabeza rondaban las imágenes de su crimen, y todo lo que estaba sufriendo en ese momento, lo merecía.

Un par de horas después, Michael cruzó la puerta del despacho, donde yo estaba. No llevaba saco y su camisa blanca estaba ensangrentada.

—Hay ropa de hombre arriba, si quieres cambiarte. —le ofrecí y se sentó frente a mí, luciendo muy cansado, casi adormecido—. ¿Está muerto? —le pregunté.

—¿Tu qué crees? —Aun si no la supiese, su mirada me lo habría dicho—. ¿Cómo hiciste para llegar a él?

Busqué la carta, la miré una vez más para luego dársela. La leyó, y antes de que preguntara, le expliqué todo.

—El resto fue un poco más de lo mismo, lo que hacía en nuestras prácticas, pero digamos que en dosis mayores.

—¿Y los guardias?

—Desmayados, pero no llegaron si quiera a verme, no te preocupes por eso.

Me pidió que me fuera después de un rato, me dijo que necesitaba deshacerse del cuerpo, y limpiar la evidencia, para que nada me señalara. Yo obedecí sin

chistar y simplemente me fui, con la más extraña sensación en el pecho.

Mientras conducía deseé que aquello hubiese servido de algo, era justicia, sí, pero ¿aliviaría el dolor de Michael? No tenía idea.

Cuando llegué a mi habitación, sentí la necesidad de darme un buen baño y lo hice, era como si sintiera que aquella sangre que había visto en Michael, también estaba sobre mí.

Estaba exhausta, y sabía que debía darle razones tanto a Daniel como a Augusto, pero el cansancio no me lo permitía.

En la mañana mi teléfono estaba prácticamente colapsado, imaginé los mensajes que habría en el después de desaparecer por todo un día, así que lo ignoré y me metí a la ducha. Había dormido como un bebé, y lo que había hecho el día anterior no me causaba ni una pizca de remordimiento.

¿No debería sentirme siquiera un poco mal? Una cosa hubiese sido que Michael lo encontrara, y lo asesinara, y otra muy distinta que yo se lo entregara en bandeja de plata. Tenía un sabor agridulce en mí, y era porque una pequeña voz en mi cabeza me decía que debía sentir algo en absoluto.

Me puse un pequeño vestido vaporoso que me había regalado Jennifer, estaba segura que a Daniel le gustaría. Presté particular atención a mi arreglo de aquella mañana, porque sabía que estaría molesto conmigo, y

esperaba que si lo dejaba impresionado, se distrajera de su enojo.

Jennifer estaba tomando fotografías de ella misma en el balcón cuando salí.

—¿Vives? Hola, es un gusto conocerte —me saludó.

—Hola —respondí riéndome de sus ocurrencias.

—Tu novio y tu papá falso están preocupados por ti. ¿Está todo bien?

—Perfecto, espero que no te hayan dado muchos problemas.

—No demasiados, aunque debo admitir que mi vida era mucho más tranquila antes de que te mudaras aquí —me dijo entre fotografías.

—Lo siento —me disculpé.

—No te preocupes. ¿Quieres que hagamos algo hoy?

—Creo que mejor debo reportarme con mi novio y mi "papá falso"

Toqué a la puerta de Daniel, rogando que Christopher no abriera. Nadie respondió. Toqué una vez más, y de nuevo no recibí respuesta. Tiré del picaporte y no abrió, así que consideré otros recursos, ya que sentía que Daniel estaba allí dentro.

Hice lo de siempre, lo que Amalia me había enseñado y que me sabía de memoria. Imaginé que estaba del otro lado de la puerta, y que podía abrirla. Y efectivamente, la puerta se abrió ante mis ojos. No respondió tampoco cuando toqué en su habitación, así que abrí.

Él no estaba ahí, más escuché la regadera en su baño. Podía sentirlo, aun sin verlo.

En el borde de su cama había una bata blanca, exactamente como la de un doctor, la tomé, y la acerqué a mí rostro. Vaya que extrañaba su aroma, era como oler el mismo cielo, limpio, fresco, azul…

—Hola. —Escuché su grave voz tras de mí, estaba tan absorta, que no lo había oído venir.

Retiré la bata de mi rostro y la abracé. Estaba muy molesto. Tenía la mirada intensa y las venas se marcaban en sus pálidos brazos, llevaba solo pantalón y el cabello salvaje húmedo. Justo en ese momento, quería abalanzarme sobre él.

—Hola —respondí tímida—. Sé que estás molesto, pero…

—No —me interrumpió—. No voy a forzarte más, como quieras está bien, Silvana. A tu manera está bien. Esto es demasiado intenso para ti y necesitas espacio, lo comprendo. —En su rostro había una mueca de dolor… mi hermoso ángel, ¿Por qué no entendía? Nada de esto tenía que ver con él—. ¿Ya desayunaste? —me preguntó lo más casual que pudo, a pesar de que yo sabía exactamente como se sentía.

—No fue así en absoluto —me defendí.

Sabía que no debía desaparecer, no después de todo lo que había ocurrido últimamente, que él se preocupaba, pero aquello había desaparecido momentáneamente de mi cabeza el día anterior. Tenía toda la razón en estar enojado conmigo, pero yo necesitaba que no lo estuviese.

Estaba frustrado, dolido, preocupado, entre otras cosas. ¿Qué podía estar pasando por su mente? Solté la bata y me acerqué a él, posé ambas manos en sus caderas. Él se estremeció… pero no dijo nada.

No sabía si se podía llamar beso, pero rocé mis labios entre abiertos sobre la piel de su cuello, y unos segundos después de saborearlo, los cerré. Me separó de él, tomándome de los brazos, y de repente su cara estaba justo frente a la mía.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó —. ¿Tienes una idea de cómo me siento cuando creo que te marchaste sin importarte nada? ¿Sin importarte lo nuestro?

Él seguía creyendo que yo huiría, sentía su angustia, su desespero, así que me solté de su agarre y tomé su rostro en mis manos.

—Entiende que nunca me iré, que en ningún lugar me siento más segura que a tu lado.

Me tomó por la cintura, me haló hacia él con rudeza. Unió tanto nuestros cuerpos que en los puntos de contacto dolía, pero no era desagradable, el dolor en esos puntos particulares me hacía sentir cierta fusión entre nosotros.

Tenía un nudo en la garganta, reflejo del suyo. Si solo supiera lo que yo sentía por él… no habría ningún tipo de dudas. Lo besé como nunca, como él a mí, sin compasión, sin ternura, y con desespero respondió a mi beso. Ya a ese punto sabía que ese era su consuelo, así que lo besé con más fiereza. Él mordió mi labio inferior y pegó su frente de la mía.

—Háblame —me suplicó—. Necesito entenderte.

—Ya hemos hablado suficiente —le contesté, y lo besé de nuevo, con la misma intensidad.

Después de mucho temerlo, de mucho posponerlo, en ese momento era imperativo. Lo quería a él y nada más. Su cuerpo completamente fusionado con el mío, no sólo en partes. Porque cuando lo veía a él, cuando estaba en presencia de él, sentía que estaba frente a un ángel… Sentía que estaba en el mismo cielo…

Tomó mis codos y separó nuestros cuerpos, encarándome.

—Silvana…

Esta vez lo interrumpí yo.

—Shhhh. —Y puse mis dedos en sus labios—. Después, ahora solo…compláceme —le pedí.

Lo entendió, algo en sus ojos reflejó mis intenciones, no era solo que quería estar con él, era que debía, que lo necesitaba. Todas mis dudas habían quedado atrás, todo parecía insignificante en ese momento. Nos miramos a los ojos unos segundos, y fue, en cierta forma una conversación, él quería saber si estaba segura, pero era más que eso.

Corté el contacto de nuestros ojos y de nuevo puse mis labios en su cuello. Mis pies ya no tocaban el piso, estaba en el aire, y sus labios en los míos, y a pesar de que los había besado muchas veces, esta era distinta, era como si fuese una primera vez… era una primera vez.

Me acostó en su cama y se cernió sobre mí. Ahora él lo entendía, con una mano me tomaba del rostro y con la otra aferraba mi cadera a la suya. Él estaba desnudo de la cintura para arriba y eso para mí era poesía, recorrí su suave torso con mis manos, a medida que él me besaba.

Me miró a los ojos y de nuevo así nos comunicamos, su azul me indicó que me iba a desnudar, y para facilitarle la tarea alcé la pierna que tenía libre, la derecha, y el colocó su mano en mi rodilla y comenzó a subir por mi muslo. En todo momento nos vimos a los ojos, y su mirada era lo más excitante de todo. Acariciaba lentamente su espalda mientras él subía con su mano de mi cadera a mi cintura.

Si sólo con mirarlo mi mundo giraba ciento ochenta grados, no podía imaginar lo que estaba por venir. Él acariciaba mi cintura con sus dedos y después retrocedió en el recorrido. Levantó un poco su cuerpo y me miró mordiéndose los labios, noté en ese momento que yo estaba haciendo lo mismo. Su cabello estaba ahora un poco más seco y caía sobre su rostro.

Me tendió la mano y lentamente me incorporé para tomársela, antes de que pudiera darme cuenta, estaba sentada al borde de la cama, él se arrodillo entre mis piernas.

Quería cerrar los ojos, pues me ardían, pero no podía, estaba de alguna manera hipnotizada por los suyos… tomó mi vestido por los bordes y yo me alcé de la cama para ayudarle a sacármelo, no vi que hizo con él, ahora tenía su rostro muy cerca del mío, y su

brazo rodeando mi cintura.

Me jaló cuidadosamente hacia la cama y me acostó en ella mientras me besaba, ahora lenta y suavemente… la mandíbula, el cuello… escuchaba mi respiración, e intentaba normalizarla, pero no podía.

Sentía su aliento fresco recorrer mi cuello, plantaba besos, y la punta de su nariz hacia contacto con mi piel. Por mi clavícula, y luego en mi pecho, donde mi corazón latía con fuerza. Vi, algo borroso, como tenía de nuevo su rostro frente al mío.

—¿Estás bien? —preguntó también jadeando, y me alegró saber que estaba tan afectado como yo. Solo asentí porque no podía hallar mi voz.

Acarició mi nariz con la suya y yo busqué sus labios, estaba impaciente, quería más. Él me entendió y respondió a mi beso con fuerza. Su mano rodeo mi pecho y esto hizo que se arqueara mi cuerpo, demasiado pronto lo soltó y estaba a punto de protestar cuando desabrochó mi sostén.

Tenía las mejillas rosadas y los labios húmedos. Alcé mi mano y los toqué, suaves, deliciosos.

Tomó mi mano entre la suya y la besó, repetidas veces, para después ponerla sobre mi cabeza. Con la otra mano rodeó mi pecho y de nuevo me arqueé. No tuve oportunidad de recuperarme del espasmo que me causo su toque, cuando sus húmedos labios se cerraron en mi seno, gemí, él suspiró.

Intenté recordarme a mí misma que alguien podía oírme, así que me mordí el labio para obligarme a

callar, pero no era fácil concentrar mi energía en eso cuando él jugaba con mi cuerpo. No supe cuando se detuvo, no procesé esa información y seguía en una especie de convulsión.

—Mira lo que hiciste —me regañó con voz entrecortada y cara de reprobación.

—¿Qué? —pregunté gimiendo.

Me di cuenta de que hablaba cuando sentí el sabor a sangre en mi lengua, producto de la fuerza de mis dientes sobre mi labio. Me besó tiernamente y aquel sabor desapareció.

Nuevamente desapareció de mi campo de visión. Comenzó a despojarme de la única prenda que aún me vestía, y si era posible, yo estaba ahora más ansiosa.

Besaba tiernamente mis piernas, hizo todo el recorrido, desde mi tobillo hasta la parte alta de mi muslo, para comenzar de nuevo con la otra pierna, y cuando terminó con ésta, separo ambas y se abrió camino entre ellas.

—Por este momento, recé —susurró en mi entre pierna, antes de plantar un tierno beso y seguir más allá.

Mi cuerpo flotaba en la cama, o al menos así se sentía, yo lo solo tenía conciencia de la parte de mí que hacia contacto con su boca, mientras sus palabras resonaban en mi cabeza.

No fui consiente de cuánto tiempo pasó, pero cuando lo tuve de nuevo frente a mi estaba agotada. El brillo azul de sus ojos era lo único que podía enfocar, me sentía mareada.

Desapareció unos segundos y cuando se posó de nuevo sobre mi estaba completamente desnudo. Al sentirlo tuve un pequeño ataque de pánico, muchas veces me pregunté si dolería y ahora podía estar segura de que sí. Pero confiaba en él, y estaba segura de que sería perfecto.

Hundió su cuerpo en el mío y de nuevo fue como si encajáramos, como si esa era la forma en la que debíamos estar siempre. Me besó una vez más, despacio, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo por delante.

—Abre los ojos —me pidió. Lo hice y descubrí que me miraba con intensidad. Cuidadosamente, con sus piernas, separó las mías, y en ese momento mi corazón se saltó un par de latidos—. ¿Tienes una idea de cuánto he deseado este momento? —me susurró con aquella voz tan grave, sin soltar mi mirada por un segundo.

No respondí, solo lo mire, con el corazón desbocado y labios y ojos húmedos. Una vez más, con un intercambio de miradas nos comunicamos. Lo siguiente que sentí, fue como muy cuidadosamente entraba en mí.

Desperté rodeada por Daniel y me costaba abrir los ojos, el cuerpo no me respondía. Cuando logré estirarme, él se movió conmigo, como si fuésemos uno. Mi frágil cuerpo aun sufría los estragos de nuestra fusión. Mil veces lo había pensado, imaginado e incluso deseado y ni mis mejores sueños fueron tan extraordinarios.

Tenía que ir al baño, pero no quería despertarlo, así que salí de la cama con sumo cuidado. Al ponerme de pie, noté que varias partes del cuerpo me dolían. Busqué una de sus franelas y me la puse.

Volví a la cama, vi el reloj y eran a penas las tres y diez de la tarde. A pesar de estar profundamente dormido, al sentirme en la cama de nuevo, haló mi cuerpo hacia el suyo, quedando mi espalda muy presionada de su torso, metió una mano en su franela, hasta mis senos, donde por fin aparcó. Yo estaba perfectamente cómoda, así que volví a dormir.

Estaba boca abajo y él sobre mí plantando besos. Con mucha dificultad abrí los ojos. Me encontraba bajo una especie de anestesia, me costaba responder.

—Despierta dormilona…—me animó entre beso y beso—. ¿Estás bien? —había ansiedad en su voz.

—Perfecta. ¿Por qué?

—¿Estás adolorida? —hablaba bajo y en tono serio, sus labios acariciaban en mi oreja.

—No —mentí, e inmediatamente supe que había sido inútil.

—Por favor.

—No demasiado —rectifiqué y me giró con sutileza para quedar frente a frente.

—¿Dónde te duele? —¿Realmente importaba? Mientras pensaba en mi respuesta, noté que sus labios estaban bastante enrojecidos por mis mordiscos—.

Dime —me animó.

Tuve que mirar sus labios y no sus ojos para poder responderle.

—La entrepierna.

—¿Qué más? —buscó mi mirada, pero la eludí. Hice un conteo rápido, quería acabar con la conversación lo antes posible.

—Las caderas. ¿Por qué me preguntas esto? —Y por fin lo miré a los ojos, parecía preocupado.

—Mira esto —gruñó bajo y tomó una de mis manos, examinó la uña partida que también había sangrado un poco, para luego darle un pequeño beso.

—¿De verdad vas a preocuparte por una uña rota?

—Si fuese solo la uña…

—Estoy segura que con el tiempo aprenderé a… canalizarlo. Y eventualmente no habrá más sangre —Rió con mi mano aun en sus labios— ¿Por esto me despertaste?

—Ujum, puedo sentir cuando tienes dolor y es una sensación muy molesta —dijo llevándose la uña lastimada a los labios, y dándole un par de tiernos y castos besos.

Segundos después, estaba curada. Sus habilidades no dejaban de fascinarme, buscó mi mirada y cuando mis ojos encontraron con los suyos, me avisó que iba a besarme. A pesar de ser un beso diferente y tener un propósito, no dejó de ser exquisito, casi podía sentir como su lengua reparaba mis labios a su paso.

—¿Contento? — pregunté sin aliento.

—Aun no, cadera y entre pierna ¿correcto?

Comenzó a descender por mi cuerpo dando besos a su paso, mi cuello, mis pechos, abdomen, y llegó a su destino que eran mis caderas. El dolor desapareció y de pronto estaba de nuevo entre mis piernas, esa molestia también se desvaneció, para después dejar claro la verdadera razón por la que me había despertado…

—Vaya, vaya, hasta que apareces —me saludó Jennifer. Estaba con un espejo pequeño y un saca cejas cerca de la ventana.

—Lo siento, no quería preocuparte —me disculpé, mientras guindaba las llaves.

—A mí no me preocupaste, eres una chica grande y puedes cuidarte sola, pero Augusto y Amalia me atosigaron. Creo que voy a ponerte un GPS en el trasero y simplemente darles la ubicación cuando aparezcan por aquí.

—Eso no será necesario, de nuevo, lo siento. En este lugar pierdo la noción del tiempo.

Tocaron a la puerta y como yo estaba más cerca, abrí. Era Michael y se veía bastante molesto.

—¿Dónde estabas? —preguntó con los dientes apretados.

—Por cierto, Michael también te está buscando — dijo Jennifer, sin interrumpir su tarea.

—Hola para ti también —lo saludé irónicamente,

mientras entraba en la pieza echando humo y cerraba la puerta tras él.

—Ven, vamos a hablar. —Me tomó del brazo y me llevó a mi habitación, Jennifer no se inmutó en absoluto por aquello. Una vez en mi cuarto cerró la puerta y me encaró, aun viéndose furioso—. ¿Dónde estabas?

—Estaba con Daniel, en su pieza.

—Llamé a su puerta cantidad de veces ayer y nadie respondió.

—Su compañero no estaba y nosotros estábamos… ocupados. ¿Por qué te pones así?

—¿Tienes una idea de lo preocupado que estaba? Justo después de lo que sucedió, sólo a ti se te ocurre desaparecerte. ,

—Estaba en el mismo edificio que tu Michael, no desaparecí.

—Supuse que asumirías que habría gente…—Hizo una pausa y miró hacia la puerta, cuando habló de nuevo fue en voz muy baja—: buscando a Saúl. Limpié todo y nada debería incriminarte, pero aun así debes ser prudente.

Podía sentir su miedo así que bajé la guardia, estaba genuinamente preocupado por mí.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo.

Examinó mi rostro unos segundos.

—¿Le contaste algo?

—Por supuesto que no, y no planeo hacerlo.

—Comprendo lo que él significa para ti, pero será mejor que al menos por ahora no le cuentes a nadie.

—No voy a contarle a nadie, tranquilo. ¿Tú has estado bien? —Estaba segura que la respuesta era no, además de la preocupación que había sentido por mí, algo más lo atormentaba.

—Estoy bien.

—Puedes confiar en mí, quizás pueda ayudarte…

—Ya me ayudaste demasiado. De momento me importa que tú estés bien ¿de acuerdo? Ahora tengo que irme, pero te espero esta tarde en clases.

Bien, ahí hablarás.

—De acuerdo.

Y en un acto muy impropio de él, se acercó a mí, me abrazó y besó mi cabello. Sin darme oportunidad de reponerme de aquella extraña muestra de afecto, me soltó y salió de la habitación. Salí tras él y vi que Jennifer seguía concentrada en su tarea de sacarse las cejas. La amaba tanto por ser como era…

—No sabes lo que daría por tener a ese hombre en mi habitación —dijo sin dejar de mirar su reflejo en el espejo.

Entre tanta tensión, no pude evitar reír.

Amalia me indicó que pasara cuando llamé a su puerta.

Entré y me esperaba sonriendo en su elegante y caro sofá. Había varias bolsas de papel a su lado y de inmediato supe que eran algo para mí.

—Me dijo Jennifer que me estuviste buscando.

—Correcto. Teníamos sesión y faltaste, con lo mucho que disfruto tu compañía cielo. Se lo comenté a Augusto, él también estaba preocupado así que intentamos localizarte. —Aunque su voz era gentil, claramente se trataba un regaño, pero yo no sentía de ninguna manera la necesidad de disculparme o siquiera justificarme con ella.

—Pues acá estoy, ¿qué es eso? —Y señalé las bolsas.

—Me tomé la libertad de comprarte un par de prendas que me recordaron a ti.

Claro, yo era su proyecto.

No protesté y le seguí el juego, me probé un par de vestidos, algunas blusas, faldas, de todo un poco, le agradecí por el gesto y pusimos las prendas de nuevo en las bolsas.

—Nada te queda mal —me halagó—. Daniel es un hombre afortunado. —A pesar de la barrera que había puesto entre ella y yo, sonreí como una tonta cuando mencionó su nombre—. ¿Guardaste las sabanas verdad?

—¿Qué?

¿Por qué había preguntado eso? Quedé estupefacta. Ella siguió ordenando las bolsas, como si me hubiese preguntado por el clima.

—Ah, lo siento cariño, se me olvida lo…nuevo, que es todo esto para ti. La sangre de virginidad sirve para hacer las más poderosas pociones, y estoy segura que la tuya es aún más valiosa, por la profecía y por tus poderes.

Yo intentaba comprender, respirar, y encontrar mi voz.

—¿Por empatía puedes percibir eso?

—Por supuesto, cuando una chica se convierte en mujer, muchas cosas en ella cambian. —Seguía anonadada, ¿Cómo era posible? —. En fin, por ningún motivo laves esas sabanas, aunque por supuesto, Daniel debería saber eso.

Mi tarea de aquel día consistió en practicar desde la ventana de Amalia (que era alta) mis dotes de empatía, debía, desde varios pisos de altura, "leer" los pequeños puntos que ella me indicaba, logré captar un par de cosas, pero mi concentración no era la mejor, ella por su parte no parecía sorprendida.

—Lo harás mejor la próxima vez, cuando tengas menos cosas en la cabeza.

Me tendió las bolsas y las tomé, le di las gracias y salí del despacho.

Las palabras de Amalia resonaban en mi cabeza. Ella tenía razón, me sentía una persona completamente distinta, no sabía si por haber hecho el amor con Daniel, o por el asunto de Saúl, pero era casi como si una parte de mi hubiese muerto, y otra más fuerte y mucho menos ingenua había tomado su lugar.

CAPIÍTULO14
MÓNICA

No fue fácil convencer a Michael de que saliéramos por un trago después de nuestro entrenamiento, pero él lo necesitaba y también yo. Me esperaba recostado de su coche en el estacionamiento y si bien no iba de saco, llevaba una chaqueta negra bastante formal.

—Te ves bien —me halagó cuando me acerqué.

—Mi look es patrocinado por "Amalia´s proyects" —me burlé y di una vuelta para modelarle.

—Di lo que quieras de ella, pero sabe lo que hace. —Y me abrió la puerta del coche.

—No le quito merito, jamás.

Aproveché el viaje para escribirle a Daniel, que estaba de guardia. Me había dicho que volvía por la mañana.

"Tomaré unos tragos con Michael, estoy al teléfono"

No respondió de inmediato, pero acto siguiente, Michael se sacó el teléfono de la chaqueta (no lo había oído sonar). Miró la pantalla extrañado y luego a mí. Era Daniel.

Michael dijo un par de monosílabos y después colgó

—¿Qué te dijo?

—Que te cuide, obviamente. Aunque eso ya estaba contemplado en mis planes.

Los dos pedimos cervezas, y por fortuna, en el sitio pasábamos más o menos desapercibidos. Era concurrido y juvenil, lo que al principio me extrañó, luego comprendí que esa había la intención de Michael.

—Has estado más que impropio —me burlé. Entendió que me refería al abrazo de antes y rió.

—Estaba preocupado por ti, y créeme, después que has pasado por algo como lo que me sucedió a mí, no te tomas estas cosas a la ligera

Lo sentía aun turbado y quería comprender por qué.

—¿Qué tienes? Sé que no eres muy hablador, pero desahogarte te puede hacer sentir mejor.

—No es nada Silvana —me evadió sorbiendo de su vaso.

—Michael, estás comenzando a preocuparme. ¿Hay algo que debería saber? ¿Alguien nos vio?

—Ya te dije que no es nada de eso y ciertamente nada de lo que debas preocuparte.

—Si tú te preocupas, yo me preocupo.

El libraba una batalla interna era fácil comprender de qué se trataba. Hacía mucho que no confiaba en nadie, que no hablaba con nadie, y a pesar de que confiaba en mí, le costaba admitírselo a sí mismo. Miró alrededor y se acomodó en su silla antes de sincerarse.

—Silvana, no tienes una idea de cuanta ganas tenía de acabar con él, de vengarme, de que sufriera. Ya está muerto, acabó. Desde aquella noche, cuando ese maldito destruyó mi vida, no pensé en otra cosa que no fuese asesinarlo, ya lo hice, pero… no me siento más tranquilo.

—¿Y esperabas sentirte mejor tan pronto? No eres una maquina Michael. Lo que hicimos fue solo el primer paso de un largo camino que te queda recorrer. Pero eventualmente, con el tiempo y con la ayuda de otras personas, sanaras.

—Sé a dónde vas con eso, de ninguna manera.

—Es muy pronto ahora, pero cuando estés mejor…

—No se trata de eso Silvana —hablaba con cierto cansancio, lo que estaba a punto de decirme, se lo había dicho ya él mismo repetidas veces—. Sin importar cuanto tiempo pase o que tanto pueda "mejorar" nunca seré bueno para ella, nada borra mi pasado.

—¿Y según tú eres un mal hombre por lo que te sucedió?

—Soy un mal hombre por las cosas que he pensado, deseado, y hecho.

—Eres un buen hombre al que le sucedieron cosas terribles, pero eso de ninguna forma te hace mala persona. Si solo abrieras la mente un poco...

—No vale la pena, ella es una niña, sin siquiera una mancha.

—¿Entonces te lo has planteado?

—Ella cada día está más hermosa y yo cada día debo recordarme que merece algo mucho mejor que yo —se lamentó.

—No te ofendas, pero encuentro mil fallas en lo que planeas. ¿Qué vas a hacer cuando ella comience una relación con alguien? ¿Y si ese alguien no le conviene?

—Es la chica más inteligente que conozco, sabrá escoger.

—Bueno, tienes algo de razón ahí, es muy lista.

—¿Lo ves? Todo estará bien.

—¿Hiciste bien tus cálculos no?

—Eso intento. ¿Podemos ahora cambiar el tema por favor?

De hecho, había otro asunto que me interesaba, así que accedí.

—Sí, quiero preguntarte algo. Cuando dijiste esta tarde que habría personas buscándolo, ¿a quién te referías?

—No quiero que tengas miedo, yo me ocupé y me ocuparé de todo —me tranquilizó.

—Es solo curiosidad.

—Sus secuaces, socios, aunque por los momentos no se ha dicho nada del tema.

—¿De verdad no te preocupa en absoluto?

—Yo no podría haberlo hecho solo, y nadie sospecharía, con el poco tiempo que tienes aquí, de la magnitud de tus habilidades. Silvana, si lo hubiésemos planeado, no habría sido tan perfecto. No estoy preocupado, pero tampoco debo confiarme. Al menos por un tiempo necesito que tengas mucho cuidado, que me digas donde vas a estar y con quien, que no te vayas demasiado lejos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Y qué le dijiste a Daniel de ese día?

—Se molestó mucho porque desaparecí, pero curiosamente nunca llegamos a tocar el tema. Me miró suspicaz, aunque no estuve segura de por qué.

—¿Todo bien entre ustedes?

—¿Sabes? Sin el saco, con una cerveza en la mano y preguntándome por mi vida amorosa, te ves muchísimo más joven.

—¿Por qué no puedes responder como una persona normal?

—De acuerdo, eh… sí, estamos bien, es solo que él… digamos que no logra descifrarme.

—¿De verdad? Es bastante sencillo, de hecho.

—Vaya, gracias.

—No lo digo en mal sentido, para mi particularmente eres un libro abierto. Si acaso me atrevo decir que hablas de más.

Yo me sentía con Michael de la misma forma que él conmigo, podía leer sus pensamientos como si estuviesen escritos con luces de neón en su frente, ¿Por qué no ocurría lo mismo con Daniel?

—Por cierto ¿no tienes casa? —le cuestioné más tarde, cuando me dejaba en El Recinto.

—La tengo, pero ¿cómo se suponía que volvieras?

—¿En la Cordillera no hay taxis?

—No para ti —se burló, haciendo referencia a mi complicada situación.

Extrañaba a Daniel y pensé que si lo esperaba en su habitación lo vería antes de lo planeado. De lo contrario, debíamos a esperar a que durmiera, yo fuese a mis lecciones, y terminaríamos viéndonos ya en la tarde. Moría de ganas por estar con él así que la decisión fue fácil. Llegué a la puerta de su pieza y como era tarde decidí no tocar y entrar de una vez, me arrepentí solo un par de pasos después.

—Hola Chris, lo siento, pensé que estarías dormido —me disculpé en cuanto lo vi. Estaba de pie en la cocina, sin camisa sosteniendo un vaso —. Solo venía a esperar a Daniel.

—No llegará hasta la mañana —contestó sin saludarme.

—Lo siento, no sabía. —Si sabía——. Me iré entonces, disculpa.

—Silvana espera, ¿podemos hablar?

¡¡¡Mierda!!!

—La verdad es que estoy algo cansada, ¿puede ser en otro momento?

—Solo será un segundo. —Se acercó a mí y pensé lo increíblemente inapropiada que era la situación. Si Daniel llegase en ese momento, ¿qué pensaría? Cuando estuvo lo suficientemente cerca reaccioné.

—Por favor, no quiero problemas con tu amigo —e hice énfasis en la palabra "amigo"

—¿Acaso te prohibió hablar conmigo?

Negué con la cabeza, y estaba a punto de refutar, pero el prosiguió:

—De eso precisamente quiero hablarte, me preocupas.

—¿A qué te refieres? —inquirí, había despertado mi curiosidad pues estaba siendo honesto.

—¿No te parece que te has dejado llevar… demasiado fácil? Haces lo que te dicen, crees todo lo que dicen… Amalia, Augusto… Daniel. Es molesto ver cómo te llevan como si fueses… ganado.

—Entiendo como se ve desde afuera, pero no es así —le expliqué, ya que sentía que su angustia por mí era real —. Si quieres podemos hablar con calma después. Agradezco que te preocupes por mí.

Me di la vuelta para retirarme, pero solo dos pasos después su mano estaba en mi brazo. Me giró y quedamos cara a cara.

—Christopher, por favor…

Vi sus intenciones como si le estuviese pasando a otra persona y yo fuese una observadora, me embistió y clavó sus labios en los míos sin ninguna delicadeza. Como estaba bebida, tardé un par de segundos en reaccionar, me tenía fuertemente agarrada de ambos brazos, lo cual limitaba mis opciones de escape.

Intenté apartarlo con los brazos, pero lógicamente era mucho más fuerte que yo.

Recordé entonces, en medio de mi aturdimiento, que podía detenerlo de otra forma. Imaginé que lo empujaba con todas mis fuerzas, que él era débil y yo fuerte, tan fuerte que podía lanzarlo al otro lado de la habitación.

Y funcionó, tal cual como en mi cabeza, Christopher salió disparado hacia atrás, hasta llegar a la pared a sus espaldas. No le di tiempo de recuperarse, y tan pronto vi que estaba bien y se incorporaba, salí corriendo hacia la puerta.

Desperté sin tener la más remota idea de que iba a hacer, y ciertamente no solucionaría nada si no tomaba una taza de café antes. Lo preparé y me serví suficiente para cuatro personas, no quería decirle nada a Daniel, pero si Christopher se lo decía antes yo, quedaría muy mal parada.

Por otra parte, era su deber decirle, él había actuado mal, no yo. Mi dulce ángel se iba a molestar muchísimo, y justo ahora que estábamos tan bien…

¿Y si no se enteraba? ¿Si ninguno de los dos le decía nada?

—Bueeenos días —me saludó Jennifer saliendo de su habitación, parecía perfectamente maquillada a pesar de estar apenas levantándose. Fácilmente podría ser una súper modelo —. Te levantas muy temprano hoy considerando lo tarde que llegaste… bueno hoy. — Se sirvió café y se sentó frente a mí.

—Tengo un problema.

—Ya me extrañaba —respondió con una de sus muecas exageradas.

—Un gran problema.

—Bien, escupe, cuando no estoy lanzando fuego soy consejera espiritual.

—Lo dirás en broma, pero tienes madera.

—¿Me vas a contar o no?

—Ayer salí con Michael… —Ella mordió sus labios y giró los ojos. Tuve que sacudirme la cabeza para distraerme de su payasada—. Fuimos por tragos, y estuvimos hasta muy tarde. Cuando volvimos, quise esperar a Daniel en su pieza, y con mi poca fortuna, ahí estaba Christopher, y para hacerte el cuento largo más corto, me besó a la fuerza.

—¿Y te gustó? —me preguntó poniendo cara de sorpresa.

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—Entonces no veo el problema.

—¿Cómo que no ves el problema? ¿No me estabas escuchando?

—A ver, a ver —dijo dejando la taza de café en la mesa y haciendo muecas de concentración—. ¿Él te forzó? ¿Correcto?

—Claro.

—¿No fue consensuado?

—¡No!

—¿Tu lo detuviste?

—¡Por supuesto!

—El problema lo tiene él, quien se portó como un patán fue él, a quien le van a partir la cara es a él, listo.

Una parte de mi le daba toda la razón.

—Igual creo que Daniel estará muy molesto. ¿Y si no se entera?

—Para que eso pase tendrías que ponerte de acuerdo con el mismo Christopher, lo cual se vería muy feo. Tengo una última pregunta, ¿puedo estar ahí cuando le cuentes a Daniel? —Giré mis ojos y la dejé sola en la mesa.

Augusto me recibió seco y sin mirarme a los ojos, estaba a punto de arrepentirme de visitarlo, cuando me di cuenta de que prefería lidiar con él, que con el idilio amoroso que por mi culpa se había creado.

—Siéntate —me indicó con tono brusco y le obedecí —. ¿Dónde has estado?

—Ocupada. Con Daniel, con Jennifer, con Michael.

—Michael…Silvana, voy a preguntarte solo una vez, y me vas a contestar con la verdad. —Por primera vez me miró a los ojos, y casi pude ver el fuego saliendo de ellos—. ¿Tuviste algo que ver con la desaparición de Saúl? —Él lo sabía, por eso estaba tan furioso.

Supe que sería inútil negarlo.

—Sí.

Cerró los ojos de nuevo, como si estuviese reprimiendo un ataque de ira. Consideré disculparme, pero en realidad no lo sentía. Esperé a que se calmara y estaba a punto de hablarle, cuando por fin abrió los ojos de nuevo.

—Y exactamente, ¿cuál fue tu participación en el asunto?

—Lo secuestré.

—¿Y luego?

—Michael lo mató.

—¿Qué hicieron con el cuerpo?

—No tengo idea, se lo entregué a Michael vivo, y de lo que paso después no sé absolutamente nada.

—Cuéntame, paso a paso, tu implicación en el asunto.

Le conté todo, desde el momento en que llegué a la casa de Saúl, hasta que regresé a las instalaciones del Recinto. Hice especial énfasis en el hecho de que Michael había borrado toda la evidencia. A pesar de que intenté hacer mi discurso lo más tranquilizador posible, seguía furioso cuando terminé.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Lo que ese hombre hizo fue terrible.

—¿Y tú tenías derecho a decidir que debía morir?

—Augusto, si te soy honesta, cuando fui a buscarlo ni siquiera pensé que lograría atraparlo.

—¿Así que fuiste pensando que serías tu quién terminaría muerta?

—¿Qué? No, no eso lo que quise decir… ¿sabes qué? No importa lo que te diga, sea lo que sea, vas a usarlo en mi contra.

—¿Se supone que lo hiciste tiene algún tipo de justificación?

—No…Bueno si, tuve mis razones.

—Silvana ¿no comprendes la idiotez que cometiste? —Se levantó de la silla y golpeó la mesa con la

mano. Me dio la espalda y se pasó las manos por el cabello— ¿Tienes una idea de cómo te expusiste? Lo primero y único que te pedí fue prudencia.

—¿Quién va a saber que yo tuve algo que ver?

—Si alguien indaga, e indagaran, pueden descubrirte, ¿o acaso eres tan arrogante como para pensar que Michael y tú cometieron el crimen perfecto?

—No soy arrogante, confío en Michael que es distinto.

—Voy a tener una conversación con él. —Y salió detrás del escritorio. Yo me puse enseguida de pie.

—No tienes nada que reclamarle, actué sola al principio, él no sabía nada, y una vez que le entregué a Saúl, su única opción era matarlo, de lo contrario yo habría quedado realmente expuesta.

Se detuvo frente a la puerta y me habló sin voltear a verme.

—Procura minimizar tú tiempo en público con Michael, en caso de que el cuerpo aparezca. —Y salió del despacho, lanzando la puerta tras él.

Iba de vuelta a la habitación cuando sonó mi teléfono. Era Jade.

—Jade, hola. —Estaba todavía nerviosa por la rabieta de Augusto.

—Hola cariño, ¿te hablo en mal momento?

—No, por supuesto que no.

—Estaba pensando que han pasado muchos días desde que vinieron a visitarme y Daniel pasó a cenar aquí

ayer antes de la guardia, así que asumo que no tiene planes de volver pronto. En fin, me preguntaba si podemos almorzar juntas mañana. Las chicas, tú y yo.

—Sí, por supuesto, me parece bien.

—Perfecto, paso mañana por ustedes, hasta entonces cielo.

Un almuerzo de chicas sonaba bien, algo normal entre tanta locura.

Apenas al entrar al pasillo de mi pieza, sentí su presencia, Daniel estaba ahí. Y a medida que me acercaba, intenté captar su estado de ánimo. No, no estaba molesto, no sabía nada. Abrí la puerta y vi que Jennifer se estaba poniendo su chaqueta.

—Aquí está, y ya yo me voy —le dijo Jennifer a Daniel, y me lanzó un beso en el aire antes de marcharse.

Teniéndolo frente a mí, experimenté alivio casi inmediatamente.

—No puedes hacerle eso a tu chica —le recriminé mientras me acercaba a él.

—¿Hacerte qué? —me preguntó divertido, tomándome entre sus brazos

—Todo lo que me hiciste y después desaparecer…

—Vine más que dispuesto a redimirme. —Y comenzó a besar mi cuello, mientras pegaba mi cuerpo al suyo —. Tengo responsabilidades, pero créeme cuando te digo que no hay lugar en mundo en el que prefiera estar que entre tus piernas…

Experimentaba el antítesis a las últimas horas, entre sus brazos, todo era perfecto, nada me turbaba. Solo

me concentraba en sentir sin enloquecer, disfrutar de sus labios, de su calor, de la punta de sus dedos sobre mi piel... Y no quería, de ninguna manera, acabar con esa sensación de plenitud, por lo que al menos por esa oportunidad, no le dije nada.

Redacté un mensaje para enviar a tres destinatarios: Augusto, Michael y por supuesto Daniel.

"Voy a almorzar con Jade y las chicas, vuelvo más tarde."

Imaginé que no estarían contentos, pero necesitaba salir y no les di oportunidad de refutar.

Jade nos buscó en El Recinto, y tal como me había dicho por teléfono, fueron Isa, Sami y Camila con nosotras. Mi suegra lucía tan hermosa como la primera vez que nos vimos, y al igual que aquella primera vez, estar con ella me proporcionaba una especie de paz. Me reconfortaba la idea de que hubiese sido tan amiga de mi madre, eso probablemente significaba que se habían parecido de alguna forma, mismos valores al menos...

Yo iba en el asiento del copiloto y las chicas atrás.

—Te va a gustar mucho el lugar Silvana, está cerca de los senderos, el clima es maravilloso y la comida exquisita —me comentó Jade.

—No lo dudo, tienes excelente gusto.

—A Daniel le gusta mucho el sitio, lástima que no pudo venir con nosotras, me dijo que tenía trabajo,

pero para ser honesta, no le insistí demasiado, él te monopoliza.

—La verdad me da la impresión de que yo hago lo mismo con él. —Ella ladeó la cabeza y rió ante mi comentario.

—Sí, supongo que es mutuo, la diferencia es que a mi hijo lo conozco como a la palma de mi mano y contigo apenas comienzo. —La mayoría de las chicas se sentiría intimidada de que su suegra quisiera conocerla a fondo, a mí por el contrario me agradaba la idea de que Jade quisiera pasar tiempo conmigo, me hacía sentir que pertenecía a aquella hermosa familia, no sólo como la novia de Daniel, si no en un nivel más profundo —. ¿Estuvo Augusto de acuerdo en que vinieras?

—La verdad solo se lo notifiqué, y no alcancé a ver su respuesta.

—Espero que no esté siendo demasiado duro contigo.

—Es sobreprotector y si, un poco rudo a veces, pero nada que no pueda soportar.

—Si necesitas ayuda con él, házmelo saber.

—No te preocupes, puedo manejarlo.

A medida que avanzábamos comencé a sentirme ansiosa, sin tener la más remota idea de por qué, Cami, Sami, e Isa iban en la parte de atrás parloteando de manera muy alegre, así que no podían ser ellas, y Jade me llenaba de historias de Daniel de pequeño, y hablaba de ello con infinita ternura, no podía tratarse de ella tampoco.

La rapidez con la que el malestar aumentaba era impresionante, sentía mi corazón latir fuerte contra mi pecho, Jade lo notó.

—¿Silvana te encuentras bien? Te quedaste callada —dijo mirándome con preocupación, mientras yo intentaba disimular como me sentía.

—No te preocupes, no es nada.

—Estás pálida, ¿quieres que volvamos?

No tuve la oportunidad de responder, tres figuras aparecieron frente al coche, a pocos metros de distancia y Jade tuvo que frenar bruscamente. Mi cuerpo se sacudió y también vi como lo hacía el de ella a pesar de llevar cinturón de seguridad. Alcé la mirada tan pronto me recompuse y la vi, Mónica. Estaba con dos grandes hombres, muy parecidos a los guardias de Saúl.

Miré a Jade, que tenía los ojos encendidos en pánico, y luego a las chicas, Isa abrazaba protectoramente a su pequeña hermana.

Ella era tan impresionante como en mis sueños. Mónica llevaba un vestido blanco y negro ceñido hasta las rodillas, y su corto cabello suelto. Su aspecto era imponente.

—Quédense en el coche —le dije a Jade y a las chicas, mientras abría la puerta para salir.

—Silvana, espera… —me llamó Jade, pero la ignoré.

A ese punto, no había manera de huir.

Me bajé y caminé hacia ella. A medida que me acercaba me sentía más intimidada, pero no podía retro-

ceder. Era muy hermosa y alta, y por algún motivo sonreía. No me haría daño, lo sabía, pero entonces, ¿qué quería?

—Si querías verme podrías simplemente comunicarte conmigo, alguien pudo salir herido.

—Nadie saldría lastimado, yo no lo permitiría, además no imaginé que tú accederías a reunirte conmigo —hablaba de manera muy elegante y correcta, me recordó a Amalia.

—¿En qué puedo ayudarte? —las palabras salían de mi boca sin pensarlas, y a pesar de que no me sentía de esa manera, actuaba con mucha naturalidad y confianza, como si fuese normal mantener una conversación con la persona que asesinó a mi madre.

—Necesito que hablemos. Imagino lo que te han contado de mí, pero quiero explicarte... y conocerte.

—Quizás después…

—No. Ahora Silvana. No confío en que otra oportunidad vuelva a presentarse —me dijo sonriendo.

Los guardias a sus espaldas no dejaban de mirar el coche, escuché una puerta abrirse y ambos se irguieron. Era Jade.

—Mónica —su voz era temblorosa.

—Jade, querida. —En su estilismo y sus modales era impecable.

—Te pido por favor…—comenzó Jade, parándose protectoramente frente al coche, cuidando por supuesto de sus hijas.

—Jade está bien, iré con ella, lleva a las chicas de vuelta.

—No, Silvana… —su tono era implorante. Me acerqué a ella y puse mis manos en sus mejillas, que estaban calientes.

—Estaré bien, lleva a las chicas de vuelta, vayan con Michael o Augusto ¿sí? Yo volveré en cuanto pueda.

Prácticamente la subí en el coche e hice un gran esfuerzo para sonreírle a Cami, que me miraba con miedo. Cerré la puerta y le indiqué con la cabeza que se fuera, pero ella no movía un dedo, así que decidí retirarme. Me di la vuelta y me acerqué de nuevo a Mónica, ella abrió un brazo hacia mí y me tomó por los hombros, los dos hombres fornidos nos siguieron.

Caminamos un par de metros, hasta una camioneta que en mis nervios no había alcanzado a ver antes. Nos sentamos en los asientos de atrás mientras uno de los hombres la encendía y el otro iba de copiloto, aun mirando el auto de Jade.

—Me complace mucho que hayas accedido a venir conmigo. —Mónica olía a perfume caro, e iba impecable de pies a cabeza, podía entender la fascinación.

—¿A dónde vamos?

—Pues es la hora del almuerzo, debes tener hambre. —No podía pensar en algo quisiera menos en ese momento que comer, pero le seguiría el juego—. No sabes las ganas que tenía de conocerte, hace ya un tiempo lo intento, pero hasta hoy fuiste… accesible.

—¿Eso qué quiere decir?

—Bueno, dudo mucho que Daniel lo hubiese tomado con la misma tranquilidad que Jade.

—¿Conoces a Daniel? —La idea de ellos dos cerca me causaba nauseas.

—Por supuesto. Silvana, lo primero que quiero que sepas es que no es mi intención dañarte, ni a ti ni a tus seres queridos, a Daniel por ejemplo le guardo mucho aprecio.

—No estaría aquí si pensara que quieres dañarme. Continuando con lo de accesible, ¿me has seguido?

—Podría decirse, de verdad ansiaba pasar un poco de tiempo contigo. Pero como te digo, Daniel no lo habría tomado bien y Augusto o Michael, menos. —Con esta última frase miró a los hombres que teníamos delante, que a su vez se miraron entre ellos.

—Comprendo.

Seguimos el mismo camino por el que había ido Jade, a diferencia que esta vez íbamos a gran velocidad. Me pregunté si ya habría llamado a Daniel, esperaba que no se preocupara demasiado.

Al rato entramos en una especie de pueblo que estaba bastante vacío. Las calles eran angostas y casi todas las estructuras eran de madera, de vez en cuando se veía una que otra persona, y todos parecían llevar el mismo código de vestimenta, elegantes, así como iba Mónica.

Aparcamos frente a un local, y el hombre que había manejado abrió mi puerta, me bajé de la camioneta

y noté que en la calle no había absolutamente nadie. Entramos a una especie de bar restaurant, con un estilo antiguo. Había solo una persona en él, era una señora de tercera edad, muy bien vestida, que organizaba copas en una hermosa barra.

—Buenas tardes —saludó Mónica alegremente y la mujer le devolvió el saludo con una inclinación de la cabeza.

—Señora —le respondió. Nos sentamos y los hombres se habían quedado en la puerta del lugar, la mujer se acercó a nosotras—. ¿Lo de siempre?

—Para mí sí, ¿para ti Silvana? ¿Gustas vino tinto? —preguntó con increíble casualidad, como si fuésemos amigas de toda la vida. Asentí mirando a la mujer, que después se retiró.

Encaré de nuevo a Mónica, que me miraba como si me tuviese afecto. Eso no era normal.

—Te pareces mucho a tu madre —su dicción era impecable, no parecía un ser natural y era fácil distraerse por su belleza.

—Como comprenderás, no puedo saberlo.

—¿Augusto o Jade no te han mostrado fotografías de ella?

—Pocas, para mi sigue siendo una extraña —respondí encogiendo los hombros.

—Las cosas no sucedieron como te contaron —me dijo y extrañamente, percibí genuino dolor en su voz.

—La verdad es que para mí es indiferente. —La anciana volvió con las copas de vino, ambas las tomamos.

De momento solo me interesaba terminar con aquel encuentro. Medirme con ella no era inteligente, lo sabía, así que salir ilesa era mi misión.

—Te va a gustar mucho, es una gran cosecha —dijo meneando su vino.

—¿De qué quieres hablar? No debo volver demasiado tarde, Daniel se preocupará.

—Quiero contarte mi versión de los hechos.

—Te escucho. —Me daba igual, pero necesitaba acabar la reunión en la brevedad posible.

O Mónica era una maestra del engaño, o había muchas cosas que yo realmente no comprendía, pero ella estaba genuinamente afligida, podía sentir su angustia en mi pecho.

—Ana era mi mejor amiga, una de las personas que más quería en el mundo, y me traicionó —habló con serenidad, pero yo podía percibir también rencor.

Me impresionó su convicción de los hechos, ella creía que era la víctima en aquella situación.

—¿Tu eres responsable de lo que le pasó a Jennifer? —la enfrenté y quedó helada ante mi pregunta, pero se recompuso casi de inmediato.

—Quería protegerte.

—¿Protegerme? Casi me mata —zanjé.

—Yo sabía que ibas a poder defenderte de lo que a ella se le había ordenado hacer, y quería, necesitaba que echaran al demonio. Si hubiese actuado por motivación propia… —suspiró profundo y cerró los

ojos un momento —. Cuando actúe por motivación propia, no tendrás la misma suerte. ¿Qué sucede con Augusto y Daniel que dejan que tú, valiendo lo que vales, vivas con un ser de esa naturaleza?

Estaba muy bien informada de lo que ocurría a mí alrededor, pero ¿cómo?

—Ella es mi amiga.

—Es un peligro para ti. No siempre puedes controlar tus poderes ¿correcto? Lo mismo sucede con todos, a veces escapa de nuestras manos. Y puede pasarle a ella.

—Hasta el día que tú interviniste, Jennifer nunca me hizo ningún daño, y estoy segura de que no lo hará.

Ella tragó hondo, cerró los ojos y respiró profundo, supuse que convenciéndose a sí misma de dejar el tema.

—Para que desarrolles tu potencial es muy importante que te rodees de las personas adecuadas.

—¿Por qué te importa?

—Porque las cosas con Ana salieron muy mal, pero ahora tengo la oportunidad de hacer todo bien contigo. Quiero ayudarte, así como protegerte.

—Tu misma lo dijiste, ni Daniel ni Augusto permitirán que estés cerca de mí.

—En realidad solo depende de ti. Y teniendo en cuenta lo poderosa que eres, nadie puede limitarte o privarte de algo que desees.

—¿Cómo lo sabes? De mis poderes.

—Solo una persona con tu ascendencia podría haber llegado a Saúl.

Me congelé ante sus palabras, y mi cerebro trabajó con mucha rapidez.

—Yo no mate a ese hombre. —Ella era empática también, lo tuve claro enseguida. Podía percibir la veracidad de mis palabras, lo que la confundió —. Sé quién era, de algunas de las cosas que hizo, pero no, yo no tuve nada que ver con su asesinato. —Con su secuestro sí, mucho, pero en su muerte no había participado en absoluto.

Seguía confundida, y no sabía que decirme.

—Es extraño que su muerte coincidiera con tu llegada aquí.

—No entiendo por qué quisiste hablar conmigo si no vas a creer lo que te digo. —En ese momento me sonrió. Su sonrisa era tan genuina, tan deslumbrante y tan… psicótica.

—Por supuesto que te creo, solo digo que es extraño.

—¿Eran amigos?

—No realmente, teníamos negocios, por así decirlo.

La anciana regresó con la comida, los platos eran exactamente iguales.

—Va excelente con el vino, espero que te guste. —Ella parecía estar cómoda, relajada. Yo solo quería salir corriendo a los brazos de mi precioso ángel.

—Cuéntame de Daniel, ¿Ya tienen planes a futuro? —preguntó mientras comíamos, y yo casi me atraganto.

—Es demasiado pronto, apenas nos estamos conociendo.

—El tiempo es irrelevante cuando se trata de designios.

—Hay una cosa que yo quiero preguntarte. —Ella interrumpió su comida y me examinó —. ¿Qué sucedió con él bebe que esperabas?

—Murió —decía la verdad —. Tan pronto como nació.

—¿Cómo fue? —la interrogué con la esperanza de descubrir la verdad al respecto.

—Cuando ocurrió lo de Ana, yo estaba muy mal, todos me marginaron, hui, me escondí, y supongo que mi cuerpo no soportó el estrés, ahí fue cuando sucedió… —Había mucho sentimiento en su voz, había dolor, pero también había mentira.

En el lugar no había ventanas, y no podía tener idea de cuánto tiempo había pasado desde que habíamos llegado, pero decidí que era hora de marcharme, no quería forzar aquel encuentro más de lo que debía. Además Daniel debía estar volviéndose loco.

—Debo irme. No quiero preocupar demasiado a nadie.

—Comprendo, pero prométeme que reconsideraras el asunto del demonio —me pidió.

Jennifer, su nombre es Jennifer.

—Lo pensaré —me limité a decir. Si mentir me libraría de aquel encuentro, mentiría.

—Silvana, entiendo que esto te resulte confuso y difícil, pero créeme cuando te digo que yo solo quiero tu bienestar. Que estés bien, fuerte, sana. Y no solo eso, que te cases con Daniel, que conciban… —Era honesta en lo que decía, pero había algo detrás.

—Hago y haré lo mejor que pueda —respondí seca.

Mónica se puso de pie y yo hice lo mismo. Se despidió de la anciana con un gesto de la mano y esta le hizo una reverencia. Retomamos el camino de vuelta y efectivamente, comenzaba a oscurecer.

—¿Dónde puedo dejarte? —me preguntó Mónica poco después que emprendimos camino—. Comprenderás que no puede ser en el mismo sitio donde te encontré, alguien podría estar esperándonos

—Antes de ese punto está bien, caminaré hasta ahí. —Estaba ansiosa por bajarme de aquel auto.

Cuando estuvimos cerca de donde Mónica me había interceptado, les pedí que detuvieran el coche.

—¿Te volveré a ver? —Su tono era implorante.

—Lo pensaré —respondí y me bajé del coche ante su mirada melancólica.

Sin mirar atrás, comencé a caminar de prisa. Escuché el auto ponerse en marcha y alejarse.

Si ella me hubiese atacado, o amenazado, habría sido menos tenebroso que lo que acababa de suceder. Mónica sin duda estaba enferma y me daba pavor descubrir lo que quería de mí, aunque una de sus frases me había dado una pista. Esperaba con todas mis fuerzas estar equivocada.

CAPÍTULO 15
EL RASTREADOR

Caminé un par de metros y lamenté no haberme quedado más cerca, era una carretera bastante sola, y hasta ese momento no había pasado si quiera un carro. No llevaba mi teléfono celular conmigo, ya que lo había dejado en el auto de Jade.

Por fin venía un auto en la dirección a la que me dirigía y le hice señas para que se detuviera, a medida que la camioneta se acercó a mí, me arrepentí. Eran dos hombres jóvenes, de unos treinta años de edad y destilaban un fuerte olor a alcohol.

—¿Varada? —me preguntó el conductor.

Me miró de arriba abajo y sus repugnantes pensamientos fueron muy claros.

—Mejor olvídenlo —respondí, alejándome de la camioneta.

Desconocía quienes eran y que eran capaces de hacer, ciertamente no planeaba quedarme ahí averiguándolo.

Me invadió una ola de pavor cuando los escuché venir en retroceso hacia mí, abandoné la carretera adentrándome en los árboles. Corrí bosque adentro por un par de minutos sintiendo ganas de llorar. Estaba exhausta, tenía mucho frío, y ninguna posibilidad de salir de aquel lugar.

Seguí corriendo tan rápido como pude, sin estar segura de a que le tenía tanto miedo, era una especie de ataque nervioso que no podía controlar. Vagamente pensé, debía deberse más una reacción tardía a mi encuentro con Mónica, que a cualquier otra cosa.

Tropecé con algo que en la oscuridad y en la caída me golpeé fuertemente la cabeza, sentí el líquido tibio esparcirse por mi cuero cabelludo y después la inconciencia…

Estaba calientita, y sobre de algo acolchado, pero con mucho dolor de cabeza. No era posible que estuviese en el último lugar que recordaba, podía sentir una potente luz frente a mí. Hice un esfuerzo y abrí los ojos. La luz era una lámpara de gas, y había un hombre sentado junto a ella. Me incorporé rápidamente en cuanto comprendí la situación.

—¡Au! —me quejé, el agudo dolor en la cabeza me hizo cerrar los ojos de nuevo.

—Tranquila, estás a salvo. —Y en cuanto habló supe que era cierto. No me haría daño—. Detuve el sangrado, pero a primera hora te llevaré con un sanador. ¿Qué hacías en este bosque en plena noche? ¿Tienes una idea de lo que te pudo haber sucedido?

Era un hombre joven, como de la edad de Michael, y emanaba serenidad, lo que me hacía sentir segura.

—Huía de unos sádicos y me caí. —Tenía unas vendas en la cabeza y por primera vez desde que abrí los ojos miré a mí alrededor, estábamos en una especie

de tienda de acampar —. ¿Qué hora es?

—Poco más de media noche. ¿Cómo te llamas?

Me miraba con afección… como lo hacía Daniel.

—Silvana. ¿Tu?

—Charles.

—Muchas gracias, Charles. —Me acomodé las mantas gruesas que me cubrían—. ¿Qué hacías tú en el bosque en medio de la noche?

Comenzó a buscar algo en un bolso a su lado.

—Soy un rastreador, hacía mi trabajo. Ten. —Me dio una píldora —. Para tu dolor de cabeza. Y esto es té —explicó sirviendo el líquido de un termo en una taza. Me tomé la pastilla con un sorbo de té, estaba bueno, y fue reconfortante—. Así que, ¿Qué hacías con Mónica?

—¿Era a ella a quien rastreabas? —adiviné.

—Correcto, es una mujer… solicitada. Y tú apestas a ella.

—Muchas gracias. —Él rió, era un tipo encantador.

—Sabes a lo que me refiero.

—Tenías el rastro, debiste seguir tras ella.

—¿Y dejarte ahí desangrándote?

Sonreí avergonzada.

—¿Y por qué la buscas?

—Ya te lo dije, es mi trabajo. Por eso me pagan. La pregunta es, ¿qué hacia una chica como tú, con una mujer como ella?

—Se puede decir que me secuestró. De manera muy sutil, hasta educada y complaciente, pero eso fue lo que hizo.

—Suena como si tienes el síndrome de Estocolmo.

—Quizás, quizás lo tengo justo en este momento. —Rió de nuevo de mi implicación y en definitiva era un sonido muy agradable.

—¿Y por qué te secuestró? ¿Qué quería ella de ti?

—Es complicado, ni yo logro entenderlo. ¿De casualidad tienes teléfono celular? Debo avisar que estoy bien.

—Tengo, pero es inútil en estos bosques. —Sacó el aparato de su bolsillo y me mostró en la pantalla que la señal estaba muerta. —Deberías comer algo, el analgésico que te di es fuerte.

A pesar de la compleja situación, no me sentía incomoda en absoluto, al contrario, aquel rastreador me resultaba reconfortante.

Comí lo que me ofreció, y charlamos por un buen rato.

—Ya está saliendo el sol, debo llevarte a un sitio donde estés a salvo.

Contemplé, por un segundo, la posibilidad de poder quedarme en esa tienda. Cerca de la paz que Charles me transmitía, y lejos de todos mis problemas. Si mi camino, por peligroso que pudiese llegar a ser, no me condujera al mismo cielo, lo habría hecho.

Charles recogió sus pertenencias y la tienda, todo quedó unido perfectamente en un compacto bolso

estilo montañero. Salimos del bosque y llegamos de nuevo a la carretera, él tuvo mucha más suerte que yo consiguiendo transporte, después de unos minutos esperando, una especie de antiguo carro por puesto que resultó ser muy económico nos rescató y nos dejó en todo el centro, donde Charles me llevó al hospital más cercano.

—¿Es así como se trasladan los rastreadores? —bromeé mientras esperábamos al sanador que me atendería.

—Principalmente caminamos, para poder "rastrear", pero tú no estás en condiciones y de momento yo no estaba buscando nada.

El sanador llegó y dijo que debía limpiar mi herida antes de curarla. Le pedí el teléfono a Charles nuevamente para comunicarme con Daniel, pero fue Isa quien atendió. Me informó que su hermano estaba como loco buscándome, pero que lo localizaría enseguida.

—Sé que tienes cosas que hacer, no tienes que seguir esperando, ya hiciste suficiente —le dije a Charles mientras el sanador limpiaba mi herida con una pequeña pinza, sacando lo que parecían ser pequeñas piedras de ella. No me dolía, pero si me molestaba un poco.

—Me iré cuando lleguen tus familiares. Mientras tanto voy a buscar algo para que desayunes.

—De verdad no tienes que molestarte…—empecé, pero me ignoró y se marchó.

Daniel había llegado al lugar, aun sin verlo, o escucharlo lo supe. Entró en la habitación seguido de Jade. Es-

taba ojeroso y pálido. Su rostro y postura se aliviaron en cuanto me miró. Para tranquilizarlo, le sonreí.

—Hola —lo saludé a medida que se cercaba.

—Mi amor…

El sanador había terminado de limpiar y se apartó en cuanto Daniel se acercó. Él me tomó por los hombros con mucho cuidado, examinándome, para luego besar mi frente.

—¿Estás bien?

Estaba desesperado, y yo me sentía tan culpable.

—Es solo una pequeña herida, me caí.

Examinó la lesión aun angustiado y miró de nuevo a su colega.

—Estaba a punto de cerrarla —le dijo éste y Daniel se retiró un poco, tomando mí mano entre las suyas.

Jade se acercó.

—¿Qué fue lo que sucedió cariño? —preguntó también preocupada y pude notar que se sentía culpable.

Esforzándome en tranquilizarlos a ambos, expliqué lo que había sucedido.

—¿Es esa la única lesión que tiene? —preguntó Daniel al sanador cuando terminé.

—Es la única reportada por la paciente —respondió él y Daniel me miró.

—Sí. Solo me golpeé le cabeza.

—Buenos días. —Charles había vuelto y traía una bolsa de papel y un vaso de café con él.

—Charles fue quien me ayudó —le dije a Daniel —. Se encargó de mi herida, me refugió en su tienda, y esta mañana me trajo hasta acá. —Él dejó las cosas en la camilla y le tendió la mano a Daniel.

—No sé cómo agradecerte —le dijo mi dulce ángel.

—No hay de qué. Come, consumiste analgésicos — me dijo Charles.

—Gracias —respondí, tomando lo que me había ofrecido.

—Te dejo en buenas manos entonces. Fue un gusto conocerte, a pesar de las circunstancias.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Daniel, con su infinita caballerosidad.

—Me basta con saber que ella está bien —respondió. Me guiñó un ojo y se marchó.

La despedida me resultó agridulce, deseé que se quedara. Estaba agradecida con él y además de eso, encontraba cierto consuelo en su compañía.

Respondí las dudas de Daniel y Jade sobre lo que había sucedido, haciendo énfasis en la intervención heroica de Charles. Poco después, el sanador me dio de alta y nos fuimos.

En la pieza estaban Jennifer, Isa, Sami, Augusto y Michael, tuve que narrarles lo que había sucedido, ahorrándome un par de detalles, como la aversión de Mónica por Jennifer, para no hacer sentir mal a mi compañera, y la pregunta sobre Saúl. Luego hablaría

de eso a solas con Augusto y con Michael.

—No lo entiendo —dijo Augusto poniéndose de pie exasperadamente —. Algo quiere, si solo pudiera entender qué. Quizás si hablara con ella… —dijo distraídamente y a mí la idea me resultó terrorífica.

Daniel, Michael y Augusto comenzaron a hablar entre ellos y dejé de prestar atención. Al rato me excusé argumentando que estaba cansada, cosa que era cierta, y me fui a mi habitación.

Desperté y Daniel me rodeaba con sus brazos, su aroma como ya era costumbre, tenía un efecto embriagador sobre mí. Él estaba despierto, así que hice un esfuerzo y abrí los ojos, era de madrugada aun. Estaba recostada en su pecho y no podía ver su rostro, así que me acomodé de manera que quedamos frente a frente. Aun se veía agotado, y no podía descifrar exactamente que estaba pensando.

—¿No has dormido? —pregunté mirando las bolsas en sus ojos.

—Dormí un poco.

—Necesitas descansar.

Su mirada era inescrutable.

—Me diste un buen susto —fue su respuesta.

—Lo sé, lo siento.

—Mi mamá dice que no pusiste resistencia. —Había un dejo de reproche en su tono, le había estado dando vueltas al asunto.

—Ella no iba a ceder, además yo sabía que no iba a dañarme. Solo quería sacar a Jade y a tus hermanas de esa situación. Yo me sentía segura, pero ellas… no podía saberlo.

Mi respuesta lo tranquilizó y acarició mi rostro con su pulgar.

—¿Sentiste miedo?

No me había detenido a pensar eso.

—No lo creo. Sentí ansiedad, sobre todo por ti, sabía que estarías preocupado.

—No tienes idea.

—Estoy aquí y estoy bien.

Me acurruqué contra él, pegando mi cuerpo del suyo, pero casi de inmediato se cernió sobre mí y después de un beso intenso y cargado de desespero, sacó ambos pechos de mi franelilla y comenzó a atacarlos, incluso sentí un par de cuidadosos mordiscos que agudizaron mis terminales nerviosas. Enterré mis dedos en su cabello y él a su vez metió la mano que tenía libre en mi mono de dormir, y fue directamente ahí, la parte más sensible de mi cuerpo que lo esperaba con receptiva humedad.

Nos levantamos de la cama sólo para comer algo. Jennifer no estaba, y no tenía idea de donde se encontraba. Consideré por primera vez, la posibilidad de complacer a Mónica y mudarme de habitación, no porque pensara que Jennifer fuese peligrosa, sino

para protegerla. Le conté a Daniel esa parte de la conversación, que me había ahorrado anteriormente.

—Augusto tiene razón, ella quiere algo de ti, es la única manera de que su preocupación tenga algo de sentido.

—No pude percibir gran cosa de ella cuando estuvimos juntas, solo que era empática y cuando mentía. Pero en fin, fue insistente respecto a lo de Jennifer y no quiero arriesgarme a que algo le pase de nuevo.

—¿Quieres mudarte?

—No lo sé, no quiero hacerla sentir mal. Además ¿dónde?

—Averiguaré si hay una pieza vacía que podamos compartir. —Tardé un segundo en comprender que no bromeaba.

—¿Crees que Augusto va a permitir que compartamos habitación? —se encogió los hombros indicando que no le importaba—. Además, ¿Qué hay de Christopher?

Quise tantear la situación. Con todo lo que había sucedido, desconocía si su amigo le había contado de su atropello.

—Se está comportando como un idiota, y no tengo ni tiempo ni energía para él en estos momentos. —No sabía nada, y de nuevo no me pareció buen momento para decírselo.

Con el transcurrir de los días, Daniel se tranquilizó, por otra parte Jennifer daba más y más muestras de solidaridad conmigo, lo que hacía sumamente difícil

inclinarme hacia la decisión de dejar de vivir con ella, pero si no podía dar ese paso, debía ser capaz de protegerla, solo debía averiguar cómo.

Michael no se inmutó demasiado cuando por fin estuvimos a solas y le conté de las preguntas de Mónica sobre Saúl, le aseguré que ella me había creído y eso fue suficiente para él.

Me había encontrado solo un par de veces a Christopher y lo había evitado, pero su comportamiento era consistente con lo que me había contado Daniel, no parecía estar avergonzado o arrepentido en absoluto.

Fue en plena lección de pócimas que tuve una idea sobre cómo lidiar con el asunto de Jennifer, recordé haber leído en mis primeros días en El Recinto, algo sobre una poción protectora, que impedía que una persona pudiese ser hipnotizada y poseída, el asunto era que Jennifer no calificaba realmente como una "persona", en ese caso ¿funcionaria la poción? Por suerte no sería demasiado difícil averiguarlo.

Fui a la biblioteca, encontré el pasillo dedicado al tema y comencé a examinar los títulos. Uno debía, por su nombre, ser infalible: "*Pociones y demonios, cuales, cómo y por qué*" lo tomé y me disponía a abrirlo cuando escuche la voz de Isa.

—Hola.

—Hola. —Instintivamente cerré el texto.

—¿Planeas embrujar a Jennifer? —me preguntó en

tono burlón ¿Cómo lo sabía? Yo había cubierto bien el título del libro—. Me he leído casi todos estos libros, solo con ver la portada los reconocí —dijo, adivinando mi pregunta.

Ya que me había descubierto, no tenía demasiado sentido mentirle, además, confiaba en ella. Tiré de su brazo y la senté junto a mí en la mesa más próxima.

—Tú eres muy inteligente. ¿Una poción protectora funcionaria en un demonio?

—Si, por supuesto, pero Silvana yo no creo que lo que le sucedió a Jennifer vaya a repetirse —le conté brevemente las "preocupaciones" de Mónica con respecto a Jennifer, y le expliqué que sospechaba que ella sería capaz de hacerlo de nuevo, con tal de que Augusto o Daniel alejaran a Jennifer de mí.

—No entiendo —fue su respuesta a mi corto relato—. ¿Qué le importa?

—No lo sé, y de momento, al menos mientras lo descubrimos, me gustaría que Jenn estuviese a salvo.

—Bueno la poción funcionaría, el asunto es que realizarla es más complicado de lo que puedas imaginar. —Se puso de pie y comenzó a buscar en la estantería, tomó un libro grande y gastado—. Si, como lo recordaba es bastante complicada —murmuró mientras pasaba el dedo por la lista de ingredientes.

—¿Qué tanto?

—Un pelo de hombre lobo por ejemplo. ¿Tienes una idea de lo difícil que sería de conseguir?

—Si está en ese libro, es porque alguien ya la ha hecho, y si alguien ya la hizo, sin duda yo podré.

—Vaya… de acuerdo. Bueno eso es lo más complicado y a la vez lo más importante. Lo demás puede comprarse.

—¿Y eso no?

Ella ladeo la cabeza antes de responder.

—Podrías, pero cuesta una pequeña fortuna y hasta donde sé Augusto aun maneja tu dinero, si le pides una cantidad así tendrá preguntas.

—Buen punto. De acuerdo, y para conseguir un pelo de hombre lobo, necesito entonces un hombre lobo.

—Lo difícil no será conseguirlo, la cuestión está en que se deje peinar por ti.

—Ya me la ingeniaré. ¿Tienes una idea de dónde puedo comenzar?

—De hecho sí, leí algo sobre una manada cerca, pero no recuerdo exactamente donde, necesitamos el periódico.

Isa quedó en hacerse con el periódico y se llevó con ella el libro donde estaba la receta. Me di ánimos diciéndome a mí misma que la experiencia sería bastante instructiva, y todos me insistían en que me educara cuanto pudiera, así que eso era un plus.

Daniel por fin había vuelto a la normalidad después del incidente con Mónica. Cuando tocó a mi puerta estaba recién bañado, oloroso e impecable, pero

pude notar que estaba cansado. Sin siquiera saludarme, cortó la distancia entre nosotros y me tomó entre sus brazos.

—Hueles delicioso —dijo besando mi frente.

—Es curioso, yo siempre pienso lo mismo de ti.

Lo tomé por la mano y lo llevé hasta la mesa, donde serví la comida y me senté frente a él.

—Has estado trabajando mucho.

—Tengo que cumplir con mis compromisos pronto, estas aquí, y eventualmente debemos poner el plan en marcha ¿no crees?

—¿El plan?

—El plan. Casarnos, tener una familia…

—No tenemos prisa. Y de momento, me gustaría pasar más tiempo contigo, me siento un poco abandonada. No quieres que vaya a ninguna parte y lo comprendo, pero tampoco estas aquí. —Comenzó a tomarse el asunto en serio.

—Te prometo que así será —dijo tomando mi mano.

—Además no estas durmiendo bien —le reproché acariciando su rostro.

—Han sido días complicados, pero no quiero que te preocupes. —En ese momento me di cuenta de que también estaba más delgado —. Quiero que entiendas que cada segundo que no estoy a tu lado, es para labrar nuestro futuro juntos.

Esa pequeña frase, con pocas palabras, le dieron un vuelco a mi corazón. Sentía que las implicaciones de

las mismas eran mucho más grandes que una simple justificación de los últimos días. Definitivamente él estaba tramando algo, y me daba miedo imaginar que podía ser.

Mientras comíamos no pude evitar la creciente e incómoda sensación de que él me estaba ocultando algo, pero ¿qué? A veces sentía que era la peor empática del mundo.

Cuando él me tocaba, y posaba sus labios sobre mi piel, era como si nada más importara, todo lo que nos rodeaba, lo que yo temía, simplemente dejaba de existir. Todas mis fuerzas y mis energías se concentraban en poder sentir, sin explotar, sin enloquecer.

CAPÍTULO 16
ALPINISMO

—Aquí está, en la carretera larga, no muy lejos de donde nos interceptó Mónica. —Isa puso el periódico en la mesa para que yo pudiera leerlo. La nota daba advertencia a los transeúntes sobre una manada de lobos oculta en ese bosque—. Tuviste mucha suerte de que ese rastreador te encontrara.

—Sí, lo sé. Lástima que no pude hacer algo por él —le dije distraída, mientras leía la nota.

—Bien, ¿Cuándo vamos?

—¿Qué? No, no, no, no —respondí entre risas, mientras le devolvía el periódico—. De ninguna manera.

—No pretenderás que te deje ir sola —protestó.

—Y tú no pretenderás que yo me meta en el problema más grande de mi vida.

—Silvana, nadie se tiene que enterar, y aunque no lo parezca, te puedo ser de ayuda.

—No lo dudo, pero me gusta como se ve mi cabeza pegada al cuello y no quiero que tu hermano me la corte.

—¿Y que si algo te pasa? ¿Quién va a buscar ayuda?

—No vas a convencerme.

—No me hagas chantajearte —me amenazó altanera, cruzando los brazos en su pecho.

—¿Serías capaz? — pregunté sin dar crédito a sus palabras.

—Si así consigo ir contigo, sí.

—Las cosas con tu hermano han estado complicadas y no quiero problemas con él, y mucho menos quiero darle más mortificaciones al pobre Michael.

—¿Michael? ¿Qué te ha dicho?

—Nada, solo… tú le importas y es muy protector, lo saco por la manera cómo actúa conmigo.

Ella estaba a punto de hacer otra pregunta cuando llamaron a la puerta. Agradecí la distracción y me apuré a abrir. Casualmente era Michael, en su impecable traje oscuro.

—Que coincidencia, justo estábamos hablando de ti…

—¿Ah sí? —preguntó rascando su barbilla y mirando a Isa. Por un segundo pareció un adolescente— ¿Y se puede saber que hablaban?

Me giré para observar a Isa, la pobre estaba roja como un tomate.

—Yo mejor los dejo. —Se excusó ella, buscando nerviosamente su abrigo en los muebles.

—Espera, tengo que hablar contigo —la detuvo Michael, entrando por fin en la pieza—. Has perdido muchas lecciones —le reprochó en un tono completamente formal.

Ella estaba tan desarmada frente a él que era penoso, me pregunté si así me vería yo cuando estaba con Daniel.

—He estado…ocupada —se limitó a decir.

Me sentí mal por mi cuñada y decidí ayudarla.

—Ha estado explicándome unas cosas, pero estamos por terminar. —Michael miró a Isa unos segundos, y luego a mí, y de nuevo a ella, y de nuevo a mí.

—Espero que no se traigan nada entre manos… —nos reprendió receloso ¿Cómo lo sabía?

—Tu desconfianza es insultante. ¿Solo venías a eso?

—Quería saber cómo estabas, y además avisarte que Amalia quiere verte.

—Estoy perfecta, e iré con Amalia cuando me desocupe —contesté empujándolo hacia la puerta.

Me sentía como una intrusa estando en medio de ellos dos, era como si debieran estar solos, y la ansiedad de Isa comenzaba a afectarme.

—Muy bien, las espero a ambas en sus respectivas lecciones entonces. —Isa se limitó a dedicarle un gesto de la cabeza—. Por favor ve pronto con Amalia, es importante que sepas manejar tus poderes, ahora más que nunca.

—Te lo prometo. Nos vemos mañana —le abrí la puerta y se marchó.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? —me reprochó Isa en cuanto estuvimos solas.

—No, no, no, vamos contigo. ¿Tienes lecciones particulares con Michael?

—Sí, pero…

—¿Y eso cómo sucedió?

—Él las solicitó, porque yo apesto, pero…

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, poco después de lo de Mónica…

—¿Pero has faltado?

—Sí, últimamente.

—¿Por qué?

—Me estás mareando con tantas preguntas.

—Entonces respóndelas rápido.

—Él es… duro conmigo, además no he mejorado en absoluto —se lamentó con frustración.

—¿Qué quieres decir con "duro"?

—Pues duro. No hago las cosas bien y no lo toma de buena manera y es muy incómodo. Aunque no dice mucho, sé que se molesta.

—¿Así que han pasado tiempo a solas? —Era difícil imaginarlo.

—Tiempo que es horrible, y se hace eterno. No entiendo por qué él insiste en ello si le resulta tan molesto.

Lo que ella decía encajaba con el patrón de comportamiento de Michael, pero estaba segura que las intenciones de él eran las mejores, simplemente quería protegerla.

—Deberíamos incluir a Sami en el plan —sugirió más tarde Isa, mientras finiquitábamos detalles en el comedor de mi pieza.

—Aun no estoy convencida de que incluirte a ti haya sido una buena idea. No sé cómo voy a pagarle una hermana a Daniel, mucho menos dos.

—Todo va a salir bien, y más aún si Sami va con nosotros, ella puede orbitar y es la manera más inteligente de llegar y salir del lugar. Será mucho más seguro si lo hacemos de esa manera.

En ese momento me percaté de que había algo que aún no sabía…

—Isa, ¿Cuál es tu poder?

Ella dudó antes de responder.

—Precisamente las pociones, es lo único en lo que brillo —respondió avergonzada.

—¿Y no estas contenta? —pregunté al ver su actitud.

—Pues no, Daniel es sanador, uno increíble además, Sami es vidente y también puede tele transportarse, hasta Cami es melódica y yo solo sé hacer pociones, la verdad es que me siento frustrada e inútil. —Tuvo sentido su empeño en acompañarme, quería, o más bien necesitaba sentirse útil.

—¿Melódica? —pregunté sin entender lo de Camila, después de darme cuenta que no tenía palabras para consolarla.

—Significa que puede influenciar e incluso cambiar el estado de animo de las personas.

—Eso suena increíble —comenté impresionada, mientras ella hundía el ceño con molestia.

Decidí incluir a Sami en el plan solo para la misión de reconocimiento. El resto lo haría sola, aunque no planeaba decirle eso a Isa, que parecía estar muy

emocionada con nuestra aventura. Aparentemente ya habíamos repasado todos los detalles.

—Deberíamos ir pronto, no sabemos cuánto tiempo estarán cerca. —No sabía si la preocupación de Isa era genuina, o solo estaba ansiosa por hacer algo diferente y arriesgado.

—Tienes razón, vamos ahora —propuso Sami entusiasmada.

—Esperen chicas, creo que vamos demasiado pronto.

—Deberíamos hacerlo ahora Silvana, y así lo sacas de tu sistema, y cuando te reúnas con Amalia, no sospechará nada. Si la ves y aun no lo hemos hecho, te sentirá ansiosa y ella descubrirá todo. Lo más probable es que te eche de cabeza con Augusto y este con Michael y Daniel. ¿Es eso lo que quieres?

Quedé boquiabierta ante los manipulativos, pero acertados argumentos de Isa.

—¿Cómo es que dentro de ese exterior tan angelical, hay una mente tan macabra? —le reproché.

—Tiene razón, deberíamos ir ahora —intervino Sami—. Y es perfecto. Jennifer no está acá y Daniel está de guardia. Nadie notará nuestra ausencia.

No quise darle demasiadas vueltas, lo cierto era que mientras más rápido saliera de aquel asunto, mejor.

—De acuerdo, vamos antes de que me arrepienta —cedí.

—Recójanse el cabello, el olor nos puede delatar —nos indicó Isa y ambas obedecimos—. Y recuerden moverse con cautela y no hacer ruido. ¿Lista Sami?

—Lista —anuncio esta. Isa nos tomó de las manos a ambas y miró a su prima.

—Acércate lo más que puedas, pero no demasiado, en un lugar donde podamos verlos, pero ellos no a nosotras, y lo más importante, prepárate en caso de que debamos huir.

—Cerca pero no mucho, verlos a ellos, ellos no a nosotras, y huir. De acuerdo, lista.

Lo que sentí a continuación, fue un vértigo como nunca había experimentado en mi vida, tenía la sensación de que en cuanto se detuviera, me desplomaría. Se me taparon los oídos, pero intenté con todas mis fuerzas mantener el equilibrio. Y lo logré. Sentí la tierra blanda bajo mis pies y el aroma a bosque en mis fosas nasales.

Abrí los ojos y aparentemente, a la única que le había afectado el viaje, había sido a mí, Sami e Isa lucían inmutables. Estábamos en una especie de colina, y muchos metros más abajo, estaban los lobos. Eran unos veinte y parecían estar cenando, se escuchaban los gruñidos mientras despedazaban una criatura sin vida.

—Bien hecho —murmuró Isa a Sami.

Desde nuestra posición privilegiada, no había manera de que los animales pudiesen oírnos.

—Gracias. ¿Estás bien Silvana? Sé que es impresionante la primera vez.

—Estoy bien, pero esto va a ser más difícil de lo que creí, están todos juntos, no se separan. Puedo con uno, pero no con todos.

—Bueno pero estamos aquí para observar ¿no? Tenemos tiempo de pensar que hacer.

—Quizás si yo pudiera…

—¿Si pudieras que?... —me preguntó Sami, pero la ignoré.

Busqué en un rincón de mi cerebro, el registro que tenía del olor de la carne, pero no carne cocida como la comíamos los humanos, carne fresca, aun sangrando. Y recordé, lo ubiqué en mi infancia, un día que fui con Marina a un matadero a buscar carne para una cena de la casa donde trabajaba en ese momento, recordé las moscas, y lo nauseabundo que me resultó el olor.

Escogí un lobo, el más marginado, el que no parecía estar teniendo una ración de la cena. Lo proyecté en su mente, aquel asqueroso olor a animal recién muerto, cerca, muy cerca de nosotras, estaba un gran y jugoso pedazo de carne para aquel hambriento lobito.

Poco a poco comenzó a acercarse, buscaba silenciosamente de dónde provenía tan delicioso olor, con cuidado, con mucho cuidado de que los demás no lo siguieran, para no tener que compartir. Y cuando estuvo suficientemente cerca, imaginé mis brazos alrededor de su cuello y apreté con todas mis fuerzas, al punto de comenzar a asfixiarlo, el lobo emitió un quejido y alertó a la manada. Me acerqué a él a toda prisa a tiempo que escuchaba la estampida correr en mi dirección.

—¡Silvana! —me llamó Isa al tiempo que el lobo caía abatido en el piso intentando recuperar el aliento, mientras su manada casi llegaba a donde estaba él, a donde estábamos nosotras — ¡¡¡Vámonos!!!

En el segundo aterrizaje no tuvimos tanta suerte, caí en un frío pavimento golpeándome la espalda y el coxis.

—¡Ay! —me quejé.

—Lo siento, con la prisa perdí el equilibrio. ¿Están bien? —se disculpó Sami.

—Sí ¿Dónde estamos? —preguntó Isa.

—No sé, fue el primer lugar en el que pude pensar. —Nos pusimos de pie con dificultad y las tres miramos alrededor, era una especie de callejón desierto.

—Creo que estamos cerca de la calle de bares —concluyó Isa— ¿De verdad Sami? —le reprochó.

—¿Qué? Es viernes —se excusó ella, encogiéndose los hombros—. Claramente necesitamos otro plan, este apesta.

—¿Qué te hace pensar eso? —Y abrí el puño para que ambas vieran el puñado de pelos en mi mano.

—¿Cómo…? Si apenas lo tocaste… —Ambas estaban anonadadas y yo no podía evitar sentirme muy satisfecha conmigo misma.

Comenzamos con la elaboración de la poción, que tardaría unos días en macerarse, pero aparentemente la emboscada a la manada de lobos, había sido la parte más difícil del proceso. Isa era una experta, por lo cual no tuvimos ningún problema.

Tenía sesión con Amalia esa tarde, y debía intentar ocultarle aquellas cosas que no me convenía que supiera. Salí del despacho aliviada, pues aparentemente no había detectado nada que pudiera darme problemas.

Aún tenía una conversación pendiente con Michael, así que lo busqué en su despacho. Estaba ocupado con un papeleo, pero no me importó.

—¿Qué haces? —pregunté al verlo inmerso en los documentos que tenía frente a él.

—Estoy ayudando a Augusto con estos perfiles, buscamos un vidente que se especialice en casos complicados.

—¿Y el caso complicado seria yo?

—Correcto. —Sonrió entrecerrando los ojos, y en mi interior brotó una mezcla de emoción con orgullo. Comenzaba a creer que había una posibilidad real de que él se recuperara.

—Voy a tomarlo como un cumplido. No termino de entender eso, ¿Qué hay de malo conmigo? Miriam pudo ver algo antes, Jade me dijo que ella me vio llegar.

—Si pudiésemos entenderlo, no sería "complicado".

Me acerqué y vi los papeles que miraba, en efecto eran perfiles. Recordé haber visto unos parecidos el día que encontré la carta de Saúl.

—Michael, ¿tú sabes por qué ese hombre le escribía a mi madre?

Aquello me intrigaba, pero hasta el momento había evitado hacer la pregunta, posiblemente temiendo la respuesta. Él supo exactamente a quien me refería. Por la manera en la que me miró antes de contestar, supe que estaba por darme una respuesta incompleta.

—Ana era muy poderosa Silvana, de ella lo heredaste, es normal que las personas se relacionen con sus iguales.

—Estoy cansada de las respuestas incompletas —le recriminé con cansancio.

—Entonces deja de preguntar por el pasado.

No refuté, pues estaba en lo cierto, debía concentrarme en el presente, y en los hechos que si podía controlar. Quería conversar seriamente con él, pero seguía absorto en los perfiles. Después de un rato de respuestas monosílabas sin contacto visual, me harté.

—¿Puedes dejar eso y escuchar lo que te vine a decir? —le reclamé demandando su atención, mientras él seguía hundido en los papeles.

—Puedo hacer dos cosas a la vez.

—¿Ah sí? ¿Leer y escucharme?

—No estoy leyendo, estoy ojeando. Continúa que te escucho.

—Tengo que preguntarte algo. Me dijo Isa que tu solicitaste entrenar con ella a solas. ¿Eso es cierto? —Por primera vez desde mi llegada, centró su atención en mí.

—Es una interpretación muy amarillista de los hechos.

—Aclaramelos entonces —le pedí.

Soltó los papeles que tenía en la mano y cruzó las manos frente a él.

—Después de lo que pasó… ella necesita saber defenderse. Se lo sugerí a Augusto y él dio la orden. Es todo.

—¿Solo ella? —pregunté provocándolo —. Sami también estaba ahí.

—Sami puede orbitar. Y ya déjalo, que sé por dónde vas.

—Pero ella me dijo que eres demasiado tosco con ella, por eso ha faltado a sus lecciones, por cierto —le conté abordando por fin la razón de mi visita.

—La trato igual que a los demás. —Estaba a la defensiva y eso probablemente quería decir que Isa tenía la razón.

—De acuerdo, ahora tengo otra pregunta, ¿eso no es jugar con fuego?

—No, soy un hombre adulto y con perfecto auto control, y hablando de fuego te agradecería que dejaras de echarle leña —respondió restándole importancia.

—No es esa mi intención, solo intento comprender. Pero en fin, ¿qué tanto le puedes pedir a la pobre niña? Mide metro y medio y es peso pluma. Además, su situación no ha de ser sencilla, estoy segura que si Daniel intentara darme lecciones de algo, no podría concentrarme ni un segundo. Cuando me dijo que eras muy rudo, sonó afectada. —Mis palabras lo dejaron pensativo.

—Ella me frustra mucho.

—¿No has considerado que esa frustración puede venir de otra parte?

—A esto me refería con echarle leña al fuego, ni siquiera deberíamos estar hablando de ella, y mucho menos de "eso" —se defendió al entender lo que quise decir.

—Bueno ya, solo quería mediar en ese asunto, y, si no es mucha molestia, pedirte que moderes tus tratos con mi cuñada, cuando me lo contó, la sentí bastante

dolida. —Me puse de pie, mientras él seguía pensativo mirando a la pared tras de mí—. Ya dije lo que venía que decir, así que te dejo con tu negación y tu papeleo. Feliz tarde.

Y me retiré, sin que me dijera una palabra, probablemente ni siquiera había escuchado las mías.

Después del intento frustrado de almuerzo con mi suegra, ella decidió que le debía una comida, así que aquella noche tenía una cena con Jade, tomando por supuesto las medidas de seguridad pertinentes. La reunión tendría lugar en casa de Enrique, el callado tío de Daniel, ya que esta quedaba lo bastante cerca del Recinto para que fuese seguro. Además, él y Rose aprovecharían la ocasión para entregar las invitaciones a su boda.

Íbamos en el mismo auto Michael, Augusto, Daniel, Isa, Sami, Cami, y yo. Y la verdad, después de estar varios días encerrada, me hacía ilusión la salida.

—Me alegra que no exageren la situación ni nada por el estilo —me burlé acomodándome en el asiento entre Daniel e Isa.

—Nadie exagera nada Silvana, pero si vamos al mismo sitio, lo más lógico es que vayamos juntos —replicó Michael desde el asiento del conductor.

—Claro, practicidad.

Pero la verdad era que estar en un espacio reducido con tantas personas, me hacía sentir ansiosa. Solo la energía que desbordaban Michael e Isa me agotaba.

Además estaba la de Daniel, que siempre era muy cargada e imposible de ignorar, era como si mi cuerpo al sentir su cercanía hiciera instantánea conexión con él.

La casa de Enrique se parecía en estructura a la de Jade, con la diferencia de que era menos ostentosa. Rose y Enrique nos esperaban en la puerta, haciendo honor a las costumbres arcaicas que parecían ir de la mano con la ciudad.

—Bienvenidos, ¿cómo estuvo el viaje? —nos saludó Rose, dándonos un tierno abrazo a cada uno y haciéndonos pasar.

—Apretado —le respondió Sami cuando fue su turno de saludar.

Al entrar en el comedor vimos a Jade sirviendo la mesa, pero se detuvo en cuanto se percató de nuestra presencia. Uno a uno sus hijos desfilaron hasta ella para abrazarla. Aquello me produjo nostalgia, y de cierta forma sentí que yo no era parte de aquel bonito ritual, tuvo Jade que acercarse a mí para saludarme.

—¿Cómo estás? —me preguntó durante el prolongado abrazo.

—Bien, gracias por la invitación.

Rose y Enrique nos sirvieron vino y se ofrecieron a mostrarnos la casa a Michael y a mí que no la conocíamos. En un punto, Rose y Michael se quedaron unos pasos atrás y Enrique me llevó hasta un balcón que daba a sus preciosos jardines, que adiviné, eran obra de Rose.

—¿Cómo has estado después del encuentro? —me preguntó Enrique, mientras yo observaba la bonita vista.

—Me parece que todos creen que estuvo mucho más traumático de lo que en realidad fue.

—Es lógico asumir eso ¿no crees?

—Supongo, pero la verdad no estuvo tan mal. Ella solo quería hablar.

—¿Dijo algo sobre mí? —la pregunta de él me tomó por sorpresa. Me era difícil creer que después de todo ese tiempo aun le afectara.

—No —respondí en tono de disculpa.

—¿Y sobre él bebe?

—Solo que había muerto, pero eso ya todos lo sabíamos. —Me pareció innecesario además de imprudente, contarle que había algo de mentira en aquella parte de la historia, nada productivo podía salir de eso—. Yo quiero que me expliques algo. Desde aquel día tengo curiosidad, no comprendo realmente el asunto de la protección.

Él dudó en contestarme.

—Es una acción excepcional —respondió cortante.

—¿Por qué? —insistí, reacia a quedarme con la intriga.

Enrique suspiró con resignación y después procedió a explicar.

—Porque solo tengo la capacidad de hacerlo un par de veces, imagina que la niebla que emanó de mí, y que ahora invisiblemente te protege, es una especie de bombona de gas, pues bien, esta comprimida en

mí y solo dispongo de cierta cantidad. Dependiendo de qué tan mágico sea el ser en cuestión, en este caso tú, mayor cantidad hará falta. En realidad no estamos diseñados para compartirla, pero alguien descubrió que podía hacerse, así que ahora es una opción.

—¿Lo habías hecho por alguien antes? —indagué, pues la frase "un par de veces" activó mis alertas.

—Lo hice una vez, por ella. Irónico ¿no crees?

Otro extraño lazo que me unía a Mónica.

—¿Y puedes hacerlo por alguien más?

—Quizás, pero entonces yo quedaría en un estado muy vulnerable, debilitado.

—¿Por qué lo hiciste por mí?

—Somos familia, Silvana —se limitó a responder, restándole importancia —. Fui la mano derecha de tu papá, crecí con él, era mi mejor amigo. Vi la historia de amor de tus padres. Te vi nacer, también como perdías todo, representas mucho para mí, aunque yo para ti sea un extraño.

En ese momento nos alcanzaron Michael y Rose, y después de que ella presumiera de su pintoresco jardín, nos reunimos con el grupo.

Intenté prestar atención a la conversación e incluso participar cuando me pedían mi opinión, pero se me dificultaba estar rodeada de tantas personas. Extrañaba la comodidad de mi pieza y la neutralidad de Jennifer.

—Tuviste mucha suerte de que te encontrara ese rastreador Silvana, en esa zona hay cualquier tipo de criaturas peligrosas —comentó Jade.

—Sí, lo sé —a menudo pensaba en Charles y en si volvería a verlo. Esperaba que sí.

—Y suerte de que no tuviese malas intenciones, cualquier otro tipo de ser pudo haber dado contigo, y más aún si estabas sangrando, un hombre lobo, un vampiro.

—¿Tuviste algún detalle con él? —le preguntó Enrique a Daniel, que negó con la cabeza antes de responder.

—Lo intenté, pero iba de paso, como todos los rastreadores.

Cenamos la deliciosa comida que había preparado mi suegra para nosotros, aunque fuese la casa de su ex cuñado. En medio de la cena y las copas de vino, salió a relucir el tema de la boda.

—Queremos que sea una ceremonia privada, y después de semanas de trabajo, ya está casi todo listo —Rose sonaba tan emocionada como cualquier futura novia.

—¿Y el novio ayudó en algo de la planificación? —preguntó Sami, sorbiendo de su copa de vino.

—Su trabajo es caminar hasta el altar y si puede hacerlo exitosamente, me doy por complacida. —Rose rió y después todos con ella, obviamente yo me estaba perdiendo de algo.

—Tengo un problema en la rodilla y también en uno de mis pulmones, pero nada que me impida llegar al altar —me explicó Enrique, al ver mi expresión confundida.

—¿Un accidente?

—Varios, en realidad.

—Enrique fue alpinista, Silvana —me explicó Augusto, y recordé las historias de Daniel sobre las montañas.

—Tres de los cinco picos más altos, y habría continuado de no ser por mi salud —había orgullo en su tono.

—¿Tuviste algo de suerte?

—Además de ser un guardián, cuento con tres poderes más. También conservo la experiencia y la gratificación.

—¿Qué? —me preguntó Daniel, alzando una ceja, y supuse que era por la expresión de mi rostro.

—Nada, es solo que no comprendo. ¿Por qué lo harías? ¿Por arriesgar tanto? Todo en realidad.

—Es un riesgo con invaluables recompensas, Silvana —respondió Enrique.

—¿Qué mayor gloria que estar sano? ¿Qué estar vivo?

—Son inimaginables los poderes que puedes hallar ahí arriba.

Por más que intentaba, no podía encontrar ningún sentido a aquello, y fue como si Michael leyese mi mente.

—Que tú no lo comprendas, no quiere decir que no tiene sentido —me dijo.

—¿Tu alguna vez lo hiciste? ¿O consideraste?

Solo imaginar a Michael helado en una montaña de más de ocho mil metros de altura, me revolvía el estómago.

—No —rió amargamente —. Los poderes que a ustedes

tanto los seducen, no llaman en lo absoluto mi atención.

—Y por eso Michael, considérate afortunado —dijo Augusto y levantó su copa.

Ellos continuaron hablando, pero me fue incapaz seguirle el hilo a la conversación, imaginé también a Enrique allá arriba, donde había perdido su salud, helado y asustando, y por más que lo intenté, no pude comprender por qué alguien escogería someterse a esa tortura.

Estaba agotada para el momento que Daniel y yo volvimos a mi habitación, pero aquel era por mucho, mi momento preferido del día. Siempre ansiaba las noches con él, donde absolutamente todo se sentía correcto. Por difíciles o pesados que fuesen mis días, nuestros encuentros nocturnos los remediaban.

—¿Todo en orden? Sé que algo te molesta—me dijo sentándose en mi cama y sacándose los zapatos.

—La historia de Enrique me pareció algo perturbadora —confesé, aunque estaba consciente de que era una tontería de mi parte, pero su expresión se tornó tensa, y pensé que quizás no estaba tan loca después de todo.

—No deberías satanizar algo de lo que no sabes mucho.

—Sé lo que necesito saber, que es un riesgo innecesario, pero supongo que no es mi problema. —Y lo seguí hasta la cama, para acurrucarme en su regazo.

—Tienes una mente algo cuadrada, recuerda que hasta hace poco no comprendías nada de nosotros, o de este mundo. La mente se va adaptando a las percepciones.

Posó su cuerpo sobre mí y comenzó a besarme. Por un momento me transmitió cierta intranquilidad, pero no podía identificar de donde venía tal sentimiento. Poco después tampoco me importó…

CAPÍTULO 17
LAS FLORES

Desayunaba en el comedor de mi pieza con Isa, que de pronto hizo una mueca mientras leía una noticia en el periódico.

—¿Qué? —le pregunté curiosa.

Ella puso el periódico frente a mí y me señaló una nota que abarcaba casi una página. Se trataba de un grupo grande de alpinistas que habían logrado bajar el día anterior, pero en muy malas condiciones. Decía además que unos rescatistas subirían en busca de otros que seguían con vida, pero en muy mal estado para bajar. Muchas cosas de la nota llamaron mi atención.

—¿Cómo los encuentran? ¿No se supone que esas montañas son inmensas?

—Por puntos de referencia: tramos específicos, cuerpos que han estado ahí mucho tiempo y sirven como referencia…

Me estremecí ante la idea.

—En fin, no veremos a Daniel por un par de días.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Esos casos urgentes son trasladados aquí al Recinto por ser lo más cercano. Y siendo un grupo grande, Daniel va a estar muy ocupado. Si esto pasó ayer, deben llegar hoy.

Me disgustaron todas las partes de esa conversación.

—Desearía ser valiente para intentarlo —comentó distraída y quise golpearla.

—Estás loca.

—Tú no lo entiendes porque eres poderosa, no tienes idea de lo que siente ser inútil.

—No eres inútil Isa, eres la persona más inteligente que conozco.

—Claro, claro. Bueno esta persona inteligente tiene clase de rastreo. Nos vemos más tarde.

Isa se marchó y media hora después yo seguía en el mismo sitio donde me había dejado, absorta en las imágenes grotescas de la nota del periódico. Algunos de los hombres tenían la nariz, manos y pies congelados, entre otras cosas.

Como había predicho Isa, Daniel estuvo muy ocupado a partir de ese día, aproveché el tiempo que tenía libre para aprender algo que había llamado mi atención, pero como no estaba en mi lista de asignaturas, le pedí ayuda a mí cuñada genio para aprender algo de rastreo. Fuimos a su pieza después de almuerzo.

Isa buscó varios objetos, y se sentó en el piso frente a mí entrelazando las piernas.

—Inténtalo con esto. —Y me entregó una pluma plateada que parecía ser bastante fina.

En cuanto la tomé, supe que era de él, debía ser su aroma, olía delicioso, a sabanas frescas, o como yo imaginaba que olían las nubes.

—Esto no cuenta, reconocería el olor de tu hermano aun estando dormida —le dije embriagándome con el aroma de la pluma.

—Pues esa es la lección número uno en rastreo, el olor de Daniel significa mucho para ti y por eso lo reconoces inmediatamente, pero poco a poco serás capaz de hacerlo con otros. Devuélvemela y no le digas que tengo su pluma. —A regañadientes la removí de mi mejilla, donde la tenía apoyada, y se la entregué—. Esta debería ser un poco más difícil.

Me dio un arete, bonito, pequeño y sencillo, no fue fácil identificar el aroma exacto, pero tenía una idea bastante concreta.

—Está entre tú y Sami.

—Muy bien, pero ¿cuál de las dos? —El aroma, o al menos a mi parecer, era muy almizclado para ser de Isa, el suyo era más sutil.

—Sami —adiviné y le devolví la prenda.

—Muy bien, ¿ves cómo vas mejorando? Siguiente.

—Si lo que me entregas a continuación tampoco es tuyo, voy a pensar que eres cleptómana —me burlé, mientras ella seleccionaba el siguiente objeto.

—Muy graciosa, Sami y yo compartimos esas cosas, pero en serio, no le digas a Daniel de la pluma.

—Espera, espera. Tengo una idea.

Ella dejó de buscar y me miró alzando una ceja.

—¿De casualidad tienes algo con el aroma de Michael? —Isa se puso roja del pecho para arriba y me

miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? Por supuesto que no.

—No te sulfures, es solo que después de Daniel, es la persona con la que más comparto, y estoy bastante familiarizada con su olor. Creo que lo podría encontrar rápido. —A medida que hablé, Isa se tranquilizó y su rostro fue volviendo a su color original.

—Tengo los guantes que uso en nuestras prácticas, eso debe servir.

—Perfecto. Deben estar impregnados de su sudor y su coraje, que son un resumen bastante acertado de él. Los buscaré. —Me puse de pie con ella tras de mí.

Cerré los ojos y me concentré. Efectivamente estaba bastante familiarizada con el aroma de Michael, no tanto como con el de Daniel, pero sí lo suficiente. Era como si los guantes fuesen una fogata y el humo que desprendían llegaba sutilmente a mí, y se hacía más fuerte a medida que me iba acercando. Rápidamente y con los ojos cerrados, llegué al sitio donde estaría la llama, de ser los guantes realmente una fogata. Abrí los ojos y ahí estaban, sobre un montón de ropa pulcramente doblada. Un par de guantes negros tamaño pequeño.

Estaba a punto de celebrar cuando me percaté que Isa estaba ausente. Tomó los guantes de mi mano y me sonrió aun distraída

—Silvana…sobre lo que dijiste de Michael. Ustedes se han vuelto cercanos, ¿acaso él te ha contado algo? ¿Sabes porque es así?

No me correspondía a mí revelarlo, si alguien le contaba aquella tragedia, debía ser él.

—No —mentí—. Como empática a veces siento lo que él, sé que sufre mucho.

—¿Y no te da curiosidad? Tú lo aprecias, y si es algo en que pudieses ayudarlo, ¿no te gustaría hacerlo?

—Sé lo que necesito saber. Cuando Michael piensa en eso, yo… debo alejarme de él, porque se siente como una puñalada en el corazón. —Percibí su dolor y solo podía imaginar su reacción si se enteraba de la verdad —. A medida que transcurre el tiempo me he acostumbrado a estar con él, pero al principio era insoportable. Y me parece, que quizás si esté mejorando. Solo es cuestión de ser pacientes…

Faltaba solo un ingrediente para terminar la poción, así que Isa y yo iríamos a comprarlo. A regañadientes accedió salir del Recinto escondidas para ir al pueblo, pero mis argumentos eran irrefutables. Aun cuando íbamos de camino en el coche de Jennifer, iba mal encarada.

—Es lo mejor, si alguien sabe que salimos se preguntaran a que, y si descubren toda la historia, pues ahí si estaremos en graves problemas. ¿Te imaginas si tu hermano o Michael llegan a saber lo de los lobos? Nos matan. Compramos la planta y volvemos enseguida.

—Hubiese preferido venir sola.

—Pues yo hubiese preferido ir a buscar lobos sola, y no lo hice. Así que ambas estamos cediendo aquí. Además, el encierro me estaba matando.

—En la emboscada de lobos eras absolutamente necesaria, pero esto fácilmente podía resolverlo yo. Si mi hermano…—comenzó.

—Isa, Daniel sigue ocupado con lo de los alpinistas, no hay manera de que se entere que salimos si ninguna de los dos lo dice.

Me miró con recelo por un nanosegundo antes de volver a mirar la carretera. Era, sin duda, la conductora más prudente que había conocido.

—¿Cómo vamos a convencer a Jennifer de que se tome la poción sin decirle la verdad? Porque si le decimos se va a preocupar —inquirió de pronto.

—Ya se me ocurrirá algo, francamente es lo que menos me preocupa.

—Por acá deberíamos poder encontrar la planta.

Habíamos llegado al centro de La Cordillera. Aparcó y ambas nos bajamos del coche, como no conocía el lugar, la seguí.

—Los vendedores de plantas están por allá —me indicó señalando uno de los callejones que nos rodeaban—. Vamos a darnos prisa.

Le preguntó al vendedor más cercano a nosotras por la planta. Este le dijo que en efecto tenía y ella pidió una. La planta era de lo más extraña, era una especie de lirio color negro y sin el corazón.

—Qué cosa más fea —me burlé.

—No se supone que sea bonita, se supone que sea efectiva.

Nos dimos la vuelta para emprender el camino de regreso y fue como si mi cuerpo chocara con una pared invisible. Justo frente a nosotras y a tan solo un par de pasos, estaba aquel rastreador, el que había enviado Mónica por mí el día que conocí a Jade. Isa estaba ajena a todo, examinando la planta, y yo aproveché su distracción.

—¿Por qué no me esperas en el auto? Tengo algo que hacer.

—¿Algo que ha…? —Levantó la mirada y al ver a aquel hombre mirarnos fijamente, sospechó que algo andaba mal —. Vámonos Silvana, rápido.

—Es el rastreador, está aquí y algo ha de querer, además, es más inteligente encararlo rodeadas de gente a que nos vayamos y nos siga por la carretera. Espérame aquí, voy a ver que quiere. —Naturalmente, ella me ignoró y caminó a mi lado.

Al acercarme, descubrí que tenía una flor y una nota en la mano. No tenía ningún sentido.

—¿Qué quieres? —le bramé en cuanto lo tuve suficientemente cerca. Isa me tomó por el brazo y no supe si ese gesto era dedicado a mí, al rastreador, o simplemente era por ella.

—Tengo un recado para ti —dijo y me alcanzó la nota y la flor, era muy extraña y estuve segura de que nunca había visto una igual.

Isa era un manojo de nervios y concluí que lo más importante era sacarla de aquella situación. Arranqué la nota y la flor de la mano del chico, halé a Isa del brazo y comencé a caminar al coche a toda velocidad y sin mirar atrás

—Dame las llaves —le pedí, y al ver que no respondía, se las quite de la mano. Prácticamente tuve que meterla en el coche.

Un par de kilómetros después y luego de comprobar que no nos seguían, ambas estábamos más tranquilas.

—¿Estás bien? No fue nada— le dije.

—Sí, estoy bien, solo impresionada. ¿Te importa si leo la nota?

—¿Es posible que sea peligrosa de alguna manera?

—No lo creo. —Y sin esperar respuesta, tomó la nota y la flor. La leyó primero para ella lo cual me desesperó.

—¿Qué dice? —le urgí.

—"Silvana, he estado muy al pendiente de ti y me decepciona ver que no prestaste atención a mis advertencias. Espero verte pronto y que entonces, hayas hecho las correcciones que te pedí. Con amor, Mónica" ¿Qué significa esto? ¿A qué se refiere?

—Se refiere a Jennifer. Vamos a terminar la poción de una buena vez. Y tira eso —le dije, pero ella estaba absorta.

—¿Esta flor significa algo para ti? —preguntó extrañada, examinando la misma.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Me miró con preocupación y de nuevo a la flor, supe que estaba dudando en continuar —. Isa ¿Por qué debería de hacerlo?

—Es que… es conocida como la flor de la fertilidad —me reveló—. Hacen una especie de té con ella y también rituales.

—Tírala —le pedí, reprimiendo las ganas de vomitar.

—Creo que debes conservarla, puede algún día resultar útil.

Comenzaba a atar los cabos respecto a las intenciones de Mónica, y solo de pensar en ello, se revolvía mi estómago. Ella no podía estar tan enferma como para pretender lo que yo suponía.

Al llegar metimos la flor en un libro viejo, y nos pusimos a terminar la poción en su pieza.

—¿Por qué no compramos esto antes? —le pregunté a Isa, deshojando la flor de la poción.

—Era inútil, los demás ingredientes debían macerarse. Con esto ya debe estar lista.

Una vez que agregamos los pétalos negros, se transformó en una especie de barro, y la preocupación de Isa sobre que Jennifer la bebiera, tuvo sentido. Limpiamos todo, servimos la poción y fui en busca de Jennifer, aun sin tener idea de lo que le diría.

—¿Por qué el noventa por ciento de las veces que te veo, estas mirando tu reflejo en alguna parte? —Jennifer estaba sentada frente al televisor, que estaba apagado, haciendo muecas con el rostro. No contestó la pregunta y se encogió los hombros—. ¿Harías algo por mí?

—Claro —fue su única respuesta, restándole importancia.

—Necesito que te tomes esto —le dije poniendo el vaso con la poción en sus manos. Había decidido ser honesta con ella y estaba a punto de explicarle el por

qué, cuando se llevó el vaso a la boca y lo vació de un trago. Quedé boquiabierta.

—Qué asco, sabe a mierda —se quejó, dejando el vaso vacío en la mesa del televisor con mala cara.

—Eso no te impido tomártelo todo.

—Tú me dijiste que lo hiciera —se defendió.

—Sí, pero debo decirte que estoy alarmada por la facilidad con la que accediste.

—Por qué tuuuu me lo pediste tonta. Si hubiese sido otra persona, obviamente no lo habría hecho. Voy a comer algo, me dejo mal sabor de boca. —Se puso de pie y se dirigió a la nevera para proceder a ingerir todo lo que encontraba.

Habíamos terminado la lección de empatía y estaba por despedirme de Amalia, cuando decidí, en contra de mi buen juicio, pedirle ayuda. Su cara al escuchar la frase "necesito tu ayuda con algo" salir de mi boca, fue un poema. Yo también habría estado sorprendida en su lugar, pero Amalia podía ver a través de mí y estaba segura de que podía ayudarme a desenmarañar mi mente.

—Por supuesto. —respondió con satisfacción —, te escucho —me animó y consideré por donde comenzar.

Empecé por la historia de Enrique sobre su pasado, le conté de las montañas y de cómo desde aquel día no podía dejar de pensar en el tema, como tenía incluso pesadillas al respecto.

—No me parece descabellado en absoluto, para ti es algo incomprensible, por lo novedoso, pero aquí en La Cordillera el alpinismo es algo normal, puede incluso describirse como un estilo de vida para quienes sobreviven. Es de hecho algo tenebroso, pero con el tiempo te acostumbrarás.

Ya que había cedido y me estaba confesando con ella, decidí sacarlo todo.

—¿Puedo confiar en ti y en que lo que te diga quedara entre nosotras?

—Por supuesto, no traicionaría ese voto, ahora que por fin comienzas a abrirte conmigo.

Respiré profundo y traté de organizar la idea para expresarla de la manera más exacta posible.

—No imagino sentir por nadie un ápice de lo que siento por Daniel, pero desde que conocí a aquel rastreador que me auxilió, se me ha hecho difícil sacarlo de mi cabeza. Y estando con él me sentí…segura. Al punto de no querer separarme, y no logro comprender por qué.

Ella me miró impasible, como si lo que acababa de revelarle no fuese importante.

—Veras Silvana, la empatía a menudo, especialmente si no sabes controlarla, funciona como un espejo. Registras como sentimientos propios los que percibes de los demás. Aunado a eso, por lo que sé de aquella noche y de cómo ese rastreador actuó, lo más probable es que sea hombre muy noble y tú, naturalmente, lo notaste. Es normal que hayas encontrado eso

atrayente, el hecho de que estés enamorada de otro hombre, no te exenta de tener poros en la piel. No me preocuparía por eso. Por otro lado si es imperativo que aprendas a controlar tu empatía, es sumamente peligroso que vayas por la vida confundiendo las percepciones ajenas con las propias. Debes saber diferenciar lo que tú sientes y quieres, de lo que sienten y quieren los demás. Y eso solo lo lograras con la práctica. Sería útil por ejemplo que dejaras de faltar a nuestras lecciones.

—Es solo que… me molesta que intentes descifrarme como si fuese un cubo de rubik —confesé.

—Mis intenciones son las mejores Silvana, ¿no está resultando mi curiosidad por ti útil en este preciso momento? Puedo serte de mucha ayuda si me lo permites.

Decidí reservarme lo que más me preocupaba, mis sospechas sobre las intenciones de Mónica, por dos razones: por una parte me daba pánico que Amalia me diera la razón, así como también me atemorizaba que se lo contara a Daniel. No podía ni quería creer que fuese posible. Las palabras de Miriam cobraron completo sentido después de haber recibido aquella flor: "el dolor más grande que pueda existir"…

Después de mi reunión con Amalia, comprendí mejor lo que había sentido hacia Charles. Además, me había dado ánimos a mí misma convenciéndome de que probablemente no volvería a saber de él. Aquello quedó desestimado cuando llegué esa tarde a la pieza

y encontré a Jennifer haciendo sonar junto su oreja una pequeña caja de cartón.

—¿Qué es? —quise saber ante su insistencia.

—Eso estoy intentando descubrir, llegó hace rato por correo, pero no dice nada, ni siquiera sé para quien de las dos es.

Me dio la caja y cuando comencé a quitar la envoltura, ella salió corriendo espantada hasta el mueble para cubrirse con un cojín.

—Cobarde —le recriminé.

—Podría ser peligrosa —me dijo desde el otro lado de la habitación.

—No lo creo, lo sentiría.

Terminé de desenvolverla y vi que había una nota:

"Estocolmo, este amuleto te servirá para disimular tu esencia y desviar rastreadores. Dado que la tuya es bastante fuerte, creí que necesitarías uno, APESTAS a kilómetros. Charles"

—¿Sigues viva? —la voz ahogada de Jennifer me sacó de mi ensoñación. Seguía cubriendo su rostro con un cojín.

—Debes avergonzar a todos los demonios de la faz de la tierra. Eres una gallina.

Se quitó el cojín y se acercó sigilosamente a mí. Cuando llegó a donde estaba, empezó a pincharme en el hombro con el dedo, y solo se detuvo cuando le golpeé la mano.

—¿Qué es?

—Es un regalo de un amigo —le dije sacando el amuleto.

—Pfff, ¿tú tienes amigos?

La habría golpeado nuevamente de no haber estado distraída por la hermosa joya que tenía en mis manos. Era un cristal rosa pálido del tamaño de una uva que pendía de una cadena plateada.

—Es hermoso —musité.

—¿Estocolmo? —preguntó leyendo la nota.

—Chiste interno —respondí mientras me colocaba la prenda en el cuello.

—¿Así que tienes un amigo, que te hace regalos caros y con quien tienes chistes privados? A Daniel le va a encantar esto.

Ya bastante mal me sentía habiéndole ocultado lo del beso de Christopher, como para también ocultarle aquello, tenía un par de confesiones que hacerle, pero necesitaba encontrar el momento indicado, que no parecía llegar nunca.

Desde que había descifrado las intenciones de Mónica, tenía una duda latente que necesitaba aclarar con él. Ya teníamos un par de días sin vernos debido al asunto de los alpinistas, y desconocía cuando estaríamos juntos. Me resigné a que esa noche tampoco podría dormir, así que me puse auriculares y me tumbé de espaldas para escuchar música y así distraerme.

Me haló por los tobillos e instintivamente me giré, en todo momento supe que era él. Me quité los audífonos justo cuando me saludaba.

—Pensé que te encontraría dormida ¿A esto le llamas pijamas? —Estaba de muy buen humor a pesar de que se le notaba el cansancio. Tiró de mi pequeña franelilla gastada e inmediatamente percibí sus intenciones, debía ser rápida.

En un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo estaba sobre el mío, sus labios en mi cuello y sus manos en mi cintura.

—Mi amor, tenemos que hablar.

—Dime —me invitó sin interrumpir su tarea de llenarme de besos.

—Necesito que me prestes atención. Es importante.

—Te escucho —dejó de besarme, pero sus dedos seguían acariciando mi cintura.

Respiré hondo y lo solté.

—¿No deberíamos estar… cuidándonos?

—¿Cuidándonos? —preguntó alzando una ceja.

—Sí, cuidándonos. Sé que se supone que tengamos hijos, pero para eso falta mucho ¿correcto?

Una media sonrisa se dibujó en sus labios y dudé si se estaba burlando de mí.

—No te preocupes por eso —fue su respuesta antes de comenzar a besarme de nuevo.

—Voy a necesitar más que eso —inquirí tomando su rostro con ambas manos para hacer que me mirara.

Suspiró y acomodó su posición de manera que supe que por fin se estaba tomando el asunto en serio.

—Hay solo un par de días al mes en los que puedes quedar embarazada, y por mi habilidad, puedo saber cuáles son, así como siento cuando tienes dolor, por ejemplo.

—Eso es muy raro —musité.

—Y también es muy útil. En fin, con ser cuidadoso esos días, es más que suficiente. No tienes nada de qué preocuparte. —Y comenzó a besarme nuevamente, dando por terminada la conversación.

—¿Así que básicamente depende de ti? —insistí porque quería dejar los puntos muy claros respecto a aquel tema.

—Ujum, y créeme cuando te digo que soy el menos interesado en embarazarte en este momento.

—Vaya, gracias. ¿Eso qué quiere decir?

—Que por ahora y por un buen tiempo, necesito que tus trasnochos, tu corazón y tus pechos, sean solo míos.

Me despojó de la franelilla y terminamos la conversación. En algún punto notó el collar, pero no se distrajo de lo que hacía en ese momento, no fue hasta que recuperamos el aliento que preguntó:

—¿De dónde sacaste esto? —Y comenzó a observarlo, tomándolo entre sus dedos—. Hace un tiempo intento conseguir uno para ti, pero son difíciles de encontrar.

—Me lo envió el rastreador. ¿No te importa que lo use verdad? Me lo puse enseguida atraída a la idea de recuperar algo de libertad. —Respondí atravesadamente.

Por su respuesta, supuse que le había tranquilizado la mía.

—Por supuesto que debes usarlo, no es cuestionable si se trata de su seguridad.

Tenía tantas cosas que decirle, sentía la necesidad de ser honesta con él, pero eran tan raros los momen-

tos en los que estábamos juntos y en perfecta calma, que para mí eran preciados. Me contó que a pesar de mucho intentarlo y tener ayuda, no consiguió salvar a todos los alpinistas, después de un par de minutos en los que me hizo contarle que había hecho los días pasados, cayó rendido.

CAPÍTULO 18
SORPRESA

Cuando desperté en la mañana, ya Daniel no estaba, tenía un par de llamadas perdidas de Isa, por lo cual decidí buscarla en su pieza de mi camino a mis lecciones del día.

—Por fin apareces —me recriminó al abrir la puerta y haciéndome entrar—. No teníamos planeado hacer nada, solo picar un pastel aquí, pero Jennifer nos contó del amuleto, así que podemos hacer una fiesta en casa de mamá.

—¿Perdona? —dije sin entender nada de lo que había dicho.

—Por el cumpleaños de Daniel —respondió con naturalidad.

Resoplé y me tiré en la silla más cercana.

—Por favor no me digas que es hoy —le pedí, sintiéndome abatida y ella me miró confundida.

—Es mañana y no puedo creer que no lo supieras.

—¿Cómo iba a saberlo? Ustedes han debido decírmelo —le recriminé.

—Bueno, lo importante es que te enteraste a tiempo. Vamos mañana a casa de mi mamá ¿de acuerdo? Ella está preparando todo.

—Claro, claro, debo irme. Voy tarde—me despedí y emprendí camino.

No tenía mucha experiencia con cumpleaños, el mío siempre había sido un día corriente, pero estaba convencida que a pesar de las circunstancias, quería celebrar su vida.

Pasé horas dando vueltas en la cama intentando pensar en algo que regalarle a Daniel, para cuando me dormí cerca de las tres de la madrugada, aun no se me ocurría nada. Durante el día tampoco tuve mucho éxito, y a la hora de irnos, me resigné a aceptar que era la peor novia del mundo.

—¿Qué van a regalarle ustedes a su hermano? —le pregunté a Sami, mientras esperábamos que Michael nos buscara, ya que Daniel estaba en el hospital del centro.

—Isa, Jenn y yo pensamos en un regalo colectivo —respondió con una risa malévola y me dio miedo indagar al respecto. Ya me enteraría de que se trataba.

Michael llegó por nosotras y emprendimos camino. Llegamos a casa de Jade, donde había una elaborada decoración, y comida y bebidas para un batallón. Ella me indicó que Daniel ya había llegado y que estaba en su cuarto arreglándose. No me resistí a buscarlo y subí.

Lo encontré poniéndose la camisa y una gran sonrisa se dibujó en su rostro al verme.

—Feliz cumpleaños —le dije rodeando su cuello con mis brazos y lo besé. Sus labios sabían más deliciosos que nunca y costó desprenderme, pero tenía que excusarme—. No pude pensar en un regalo para ti.

—No tenías que darme nada.

—Sí, si tenía. Tú me has dado tanto…—Tenía mi frente pegada a la suya y los ojos cerrados. Sentí sus labios curvarse en una sonrisa

—Y lo que me falta por darte…

Bajamos y ya las chicas se habían encargado de empezar la fiesta. Me cayó como un balde de agua fría ver que Christopher había llegado. En ese momento llegaban Enrique y Rose, y aproveché la excusa de saludarlos para escabullirme de la escena.

La situación simplemente se sentía mal, sabía que había fallado al no contarle a Daniel lo de Christopher y la culpa revolvía mi estómago. Seguí a Jade hasta la cocina donde supuse que me sentiría más cómoda.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me ofrecí.

—Tengo todo bajo control cariño, ve y disfruta la fiesta.

—Por favor déjame ayudarte —insistí y ella me dio la tarea de servir unos entremeses.

—¿Todo en orden?

Respiré hondo y decidí desahogarme con ella, después de todo, Daniel había dicho que era buena dando consejos. Le conté lo de Christopher y como me sentía en ese preciso momento.

—¡Vaya! —exclamó sorbiendo su vino —.Silvana, tienes que decírselo lo más pronto posible.

—Lo sé, pero no ahora, arruinaría su cumpleaños. De verdad no esperaba que Christopher estuviese aquí.

—Cami lo invitó, entenderás que ella esta ajena a todo

el embrollo. Sé que la situación es muy complicada, pero te contaré una anécdota que te hará olvidar todo ese drama. —Llenó su copa de vino y me alcanzó una caja de velas para que las pusiera en el gran pastel de chocolate que ella misma había hecho—: ¿Adivina que pedía Daniel para su cumpleaños cuando era niño?

—Voy a empezar a creer que inventas estas historias —musité, sin poder creer lo que estaba implicando.

—¡Ja! ya desearía ser tan creativa, pero si, justo lo que estás pensando. A ti. Cuando se volvió adolescente dejó de celebrar, supongo que resentía el hecho de que su deseo nunca se hacía realidad, pero ahora por fin estás aquí, y es primera vez en muchos años que lo veo disfrutar este día.

—Daniel tiene razón, eres la reina de la motivación.

Me guiñó un ojo antes de tomar una bandeja y salir de la cocina. La seguí y en cuanto volví a la sala, Michael se acercó a mí.

—Te estaba esperando para despedirme —me dijo en voz baja.

—¿Qué? ¿Por qué te vas?

—Mañana temprano voy al cementerio.

—¿Estás inventando eso para que no intente retenerte? —le pregunté con recelo.

—Desde luego que no. Quiero aprovechar mi día libre, no tengo uno desde que llegaste aquí.

—¿Sabes qué? Solo vete —le dije exasperada por sus motivos y palmeé su pecho.

Él se despidió de todos con un gesto de la mano, y antes de irse besó mi mejilla. Cuando la puerta se cerró y me giré, todos los presentes me observaban asombrados. No podía juzgarlos, yo también me había sorprendido mucho cuando Michael tuvo su primera muestra de afecto conmigo.

Me uní a la fiesta sintiendo mis mejillas encendidas, y bajé la vergüenza con un trago de vino. El resto de la noche transcurrió sin mayores acontecimientos. Había decidido tomarle la palabra a Jade y disfrutar el momento. Todo iba en orden hasta que después de picar el pastel, Sami, Isa y Jennifer, me llevaron casi a la fuerza a la habitación de Daniel.

—¿Qué sucede con ustedes? —les reclamé cuando prácticamente me lanzaron en la cama.

Isa traía una botella de vidrio con un líquido verde manzana en ella. Sirvieron la extraña bebida en un pequeño vaso que tenía Jennifer en la mano, y que después me tendió.

—Bebe —me ordenó con naturalidad.

—¿Qué es? —pregunté con desconfianza, a lo que Jennifer respondió con una mueca de ofendida, abriendo mucho los ojos y la boca.

—Eres una descarada —me reclamó con las manos en la cintura —. Yo tomé la cosa asquerosa que me diste a beber sin pedir siquiera una explicación.

No supe cómo responder a eso, y las tres me miraban inquisitivamente. El líquido no se veía apetitoso, pero tampoco se comparaba con el barro que yo le había dado a Jennifer.

—Vamos Silvana ¿no confías en nosotras? —me animó Sami.

De las tres, solo podía percibir diversión, y supuse que si Isa era parte de aquello, no podía ser tan malo. En un acto de absoluta confianza, y contra todo mi buen juicio, me bebí el líquido de un solo trago. Jennifer comenzó a dar brinquitos y aplaudir de emoción.

—¿Ahora si van a decirme que era?

—Es nuestro regalo para Daniel —respondió Sami. Y no supe de donde, sacó un gran lazo de cinta que le alcanzó a Jennifer.

—¿Qué fue lo que hicieron? —Mi voz era un agudo chillido, producto de mi pánico.

—No te asustes, es solo una pequeña poción de desinhibición —explicó Jennifer acomodando el lazo en mi cabeza—. Funciona como si te bebieras una botella de tequila, solo que en ningún momento tendrás malestar.

—Voy a matarlas —intenté amenazarlas, pero en un abrir y cerrar de ojos, las tres habían desaparecido de mi vista.

Debía pensar rápido, me puse de pie y me acerqué a la ventana, un par de coches abandonaban la casa, y eso probablemente significaba que tenía poco tiempo. Lo único que se me ocurrió que podría funcionar para escapar de aquella situación, era hacerme la dormida, pero Daniel entró en la habitación en ese momento, desarmando mi plan.

—¿Estás bien? —en su rostro había una mezcla entre diversión y disculpas.

—Las chicas me drogaron —solté sin haber siquiera pensado y comprendí en ese momento la magnitud del problema en el que me habían metido.

—Sí, lo sé, acaban de decírmelo. Aunque no es el término apropiado —se burló—. Insisto ¿Te encuentras bien?

—Creí que podía confiar en ellas, tus hermanas…

—No si estaban con Jennifer, cuando estén solas, sí. Si están con Jennifer, nunca.

Cuando habló, su aliento con olor a licor y chocolate alcanzó mi rostro. Tenía el ceño fruncido, pero sonreía, nunca se había asemejado tanto a un ángel como en ese preciso momento y sentí la urgencia de comerlo a besos.

—¡Te amo tanto! —exclamé y me abalancé sobre él, chupando y mordiendo sus labios, metiendo mi lengua en su boca para asegurarme de saborearlo por completo.

Aunque estaba sorprendido, respondió a mi ataque con divina receptividad, acarició mi cintura y nuestras lenguas chocaban en una lucha de poder. Comencé a quitarle la camisa y el alzó los brazos para facilitarme el proceso.

—Recuérdame agradecerle a las chicas por esto —me dijo cuándo lo lanzaba en la cama y me subía a horcajadas sobre él.

No estuve segura cuanto tiempo había transcurrido, pero cuando me tumbé a su lado, me pareció que había sido poco. Estábamos agotados y satisfechos, pero ese estaba lejos de ser el final de nuestra noche.

Él tenía una gran sonrisa en el rostro cuando acarició mis mejillas, que adiviné, estaban encendidas. Sabía que era producto de la pócima, pero no podía evitarlo, mirando su perfecto rostro sentía que debía confesarle todo.

—Hay algo que debo decirte. Un par de cosas, en realidad —comencé y me haló hacia él para abrazarme.

—¿Segura que no quieres esperar hasta mañana? Odiaría que pienses que me estoy aprovechando de la situación.

—Tiene que ser ahora —insistí, segura de que me arrepentiría.

—Te escucho.

En medio de mi aturdimiento mental, pude organizar mis ideas y decidí por donde seria inteligente comenzar.

—Hace un par de semanas Christopher me besó a la fuerza. —La mandíbula de Daniel se tensó y quise soltar todo antes de darle oportunidad de interrumpirme—. No te lo había dicho porque estaba segura que él lo haría, considerando que fue quien falló, pero por lo visto me equivoqué.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó en una voz que no le había escuchado antes. Aún más grave que de costumbre.

—Poco después de nuestra primera vez, pero déjame terminar, esa fue por mucho la más indefensa de mis confesiones. Ayudé a Michael a matar a un hombre, es decir, no lo ayudé a matarlo en sí, pero se lo entregué y él lo mató. —Como pude a pesar de mi embotamiento mental, le expliqué lo que había sucedido con Saúl, y él me escuchó en tenso silencio.

—¿Por qué lo hiciste? —recordé que Augusto me había hecho exactamente la misma pregunta.

—Era lo justo, se lo merecía. Y no me habría podido perdonar nunca a mí misma el saber que tuve la oportunidad de aliviar el dolor de Michael y no hacerlo.

Lo vi tragar hondo, mientras analizaba mis palabras.

—¿Es todo? —quiso saber. Pero no lo era, había guardado lo peor para el final.

—Creo saber cuál es el empeño que tiene Mónica conmigo. Estoy casi segura que quiere a nuestra bebé…

Como era de esperarse, la revelación sobre las intenciones de Mónica, fue la que más impactó a Daniel. Le expliqué de donde había sacado aquellas fatídicas conclusiones, y podía sentir el miedo crecer en su pecho. A pesar de esto, y como siempre, su prioridad seguía siendo yo. Desestimó por completo su propia angustia para consolarme.

—Silvana, yo no permitiría que eso pasara. Y no va a pasar —me consoló en absoluta calma, calma que se esfumó cuando me hizo la siguiente petición —: quiero que me prometas algo, si en algún momento sientes tanto miedo, que la única solución posible fuese huir,

hablarás conmigo antes. En cuanto nazca la duda, házmelo saber. Es normal tener miedo, no quiero que pienses que debes ocultarme cuando lo tengas.

Lo examiné a conciencia, quería saber que pasaba realmente por su cabeza, y aunque en efecto estaba asustado, lo que percibí me tranquilizó. Recibí su beso con alivio, tentada a perderme nuevamente en él, pero me separé a regañadientes y pregunté:

—¿No estás enojado conmigo? Después de todo lo que acabo de decirte…

Acarició mis labios y supe exactamente en lo que estaba pensando.

—Respecto a lo de Christopher, no debes preocuparte, voy a partirle la cara, pero no es algo que te concierna. Desearía que me lo hubieses dicho antes, pero entiendo por qué no lo hiciste. No quiero si quiera que volvamos a tocar ese tema, lo que si voy a necesitar y quiero ser tajante en esto, es que no te acerques a él por ningún motivo. Lo quiero a metros de distancia de ti, ya me encargaré de hacérselo entender a él. —Estaba a punto de replicar, cuando me interrumpió—. En cuanto al asunto de Michael, confío en él y en que el tema no trascienda, si algo tenemos en común es que ambos queremos lo mejor para ti. También confío que tus motivos fueron nobles. Y del último punto no tengo más que decir, excepto que insistirte en que confíes en mí.

Sus palabras me tranquilizaron como de costumbre. Nos dormimos cerca del amanecer, por lo que nos

despertamos tarde, y cuando bajamos, las chicas, Jade y Cami ya estaban en la cocina. En cuanto entramos, Jennifer, y mis cuñadas creyeron que sería gracioso gastarme otra broma.

—¡¡¡DE NADA!!! —saludaron las tres al unísono y tanto Daniel como yo quedamos petrificados por un segundo.

—¿Quiero saber? —preguntó Jade mientras repartía sobras del pastel a las chicas.

—No, no quieres —respondió Daniel besando su mejilla.

Volvimos al Recinto y cuando llegamos a la pieza y por fin estuvimos solas, Jennifer salió corriendo a su habitación huyendo de mí, la seguí y al alcanzarla comencé a golpearla con una almohada.

—Te juro que no fue mi idea, mi único trabajo era hacerte beber la pócima —me dijo cubriéndose con los brazos y dejé de golpearla—. La idea fue de Sami, Isa hizo la pócima y yo te la di, trabajo en equipo.

Me desplomé en la cama, estaba agotada tanto física como emocionalmente.

—Juro que me vengaré.

—¡Vamos Silvana! Por lo que vi esta mañana, estuvo más que bien.

Terminé por contarle toda la conversación con Daniel a Jennifer, quería otra perspectiva además de la de él. Pero ella también permaneció completamente calmada.

—¿No te parece grave? —le pregunté ya que no decía nada. Ella encogió los hombros y frunció los labios.

—La verdad no tanto, quiero decir, que ella quiera algo, no significa que lo obtenga. Además, tu eres increíble, tienes un don y eso te hace más peligrosa que a esa psicópata.

—Explícate por favor. ¿Que don?

—A ver —comenzó y se sentó en la cama, abrazando una almohada—: ¿Cuánto tiempo estuviste con el rastreador? ¿Doce horas? ¿Menos? Y quedó completamente prendado de ti. Cautivas a las personas, y eso no tiene nada que ver con magia, es simplemente quien eres. Por Dios, sacaste el palo que tenía Michael metido en culo por quien sabe cuántos años. Si pudiste hacer eso, puedes con todo. Influyes en las personas, las mueves como piecitas en un tablero de Ajedrez, y eso, te da más poder que cualquier habilidad mágica.

Tras las palabras de Jennifer, recordé como me sentí el día que secuestré a Saúl: omnipotente. Quizás mi amiga tenía razón, y yo debía empezar a confiar en mí como lo hacían los demás.

CAPÍTULO 19
EL RECADO DE CHARLES

Michael quería verme, y a mí la idea me emocionaba siempre, me sentía como una pequeña niña a la que su apuesto hermano mayor quería visitar. Lo extraño era que quería verme fuera del Recinto, y me llevó a su casa. Daniel estaría trabajando, así que preferí no decirle nada, tampoco a Augusto ni a Amalia.

El lugar donde vivía Michael era una especie de apartamento tipo estudio en un edificio abandonado.

—¿Por qué aquí? —le pregunté al llegar —. Haces que parezca importante.

—Lo es, y no quería que nadie nos escuchara o interrumpiera. Siéntate.

—¿Qué pasa? Me estas asustando.

—Recibí una llamada importante esta mañana, sobre ti, ¿recuerdas a mi amigo Charles?

—¿Charles es tu amigo? No lo sabía.

—¿Quién crees que le dijo dónde enviar el amuleto?

—De acuerdo. Pero no entiendo, ¿Qué tiene que decirte él sobre mí?

—Silvana —comenzó muy nervioso, como nunca antes lo había visto —. Charles se topó con otros

rastreadores, unos que trabajan para Mónica, y al parecer entre tragos le revelaron qué fue lo que los envió a buscar ella. Y es… peor de lo que imaginamos.

No dije nada, él tomo aire y prosiguió.

—Mónica, al igual que Augusto, está buscando un vidente que pueda ver tu futuro, pero no cualquier vidente, sino uno que pueda ver algo muy específico… uno de esos videntes afirmó que es difícil adivinar tu futuro porque tienes una habilidad extraña, y es la de cambiar el diseño del tiempo.

—¿Eso qué significa? —inquirí confundida y él prosiguió.

—El tiempo es lineal, un evento desencadena otro, una decisión tomada influye en lo que está por suceder, pero en tu caso… podrías alterar dicho orden.

—¿Cómo?

—No tengo idea, y tampoco es lo que me preocupa. Esa información salió a flote por casualidad. Lo que Mónica está buscando es…—Se cortó y supe que se estaba preguntando si yo podría soportar lo que estaba por decir.

Imaginando de qué se trataba, lo invité a terminar.

—Michael, por favor…

—Mónica quiere saber… la fecha de nacimiento de tú hija.

A pesar de que no era una sorpresa, en ese momento se sintió real, y fue como si mi cuerpo se sacudiera por temor. Michael me miraba con preocupación por lo que le expliqué:

—Yo… lo sospechaba… acabo de decírselo a Daniel.

—¿Y qué dijo él?

—Lo único que podía decir, Michael. Que no lo permitiría, que nos protegería… —le expliqué susurrando.

Nos mantuvimos en silencio por un rato, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Hasta que finalmente, en la búsqueda de satisfacer mis necesidades, lo rompí:

—¿Tienes algo de beber?

—Buena idea —accedió. Se puso de pie y salió de mi campo visual.

Me recordé a mí misma que debía avisar de mi ausencia, pero justo en ese momento todo parecía tan banal, tan carente de importancia.

Michael volvió un par de segundos después con una botella de whisky y dos vasos de vidrios pequeños, sin hielo, ni acompañantes.

—¿Por qué mejor no vienes al suelo? —Me invitó, sentándose en el piso—. Así me evitas la preocupación de que te caigas del sillón.

—Hombre de poca fe —le recriminé, pero le hice caso y me senté en el piso frente a él, recostada de la columna mientras esperaba mí trago —. ¿Es posible Michael? ¿Qué haber venido aquí fuese un error? ¿Qué solo vine a arruinar todo?

Él respiró hondo y su expresión de frustración se intensificó.

—Silvana, sé que es aterrador, pero no va a suceder, no lo vamos a permitir. Y por supuesto que no es un

error que hayas venido. Es aquí donde debiste estar siempre. Te estas enfocando en lo negativo, piensa en todo lo bueno. Sé que…—Se trancó al hablar y sorbió un par de tragos antes de poder continuar—: sé que te resultará difícil de creer, pero al menos en mi has tenido un gran impacto. No sé si signifique algo para ti, pero tu presencia me ha hecho mucho bien.

—Lo siento, pero no significa nada, tú sigues hecho una mierda. —Se rió en voz alta de mi comentario, y eso refrescó el ardor en mi pecho.

—Eres cruel cuando bebes ¿sabes? — Me extendió su vaso para que brindáramos y yo lo choqué con el mío.

El whisky debía ser bueno, ya que no quemaba demasiado en la garganta por lo que probablemente lo estaba bebiendo más rápido de lo que debía y pronto comencé a sentirme ebria.

Un par de horas después, tocaron la puerta y a pesar de mi letargo, di un pequeño brinco. Sabía que Michael era extremadamente reservado y no podía imaginar quien lo visitaba a esas horas de la noche.

—¿Silvana? ¿Estás aquí? — gritaron tras la puerta, era la voz de Isa, Michael inmediatamente bajó la guardia.

—¿Le dijiste que estabas aquí? —me preguntó exasperado.

—No, ¿en qué momento? He estado aquí sentada contigo toda la noche.

Él se peinó el cabello con las manos y se estiró la franela, aquello me sacó una carcajada y él me dedicó una mirada asesina antes de abrir la puerta. Mi cuñada estaba perpleja al verlo.

—Michael… No sabía, lo siento.

—Buscas a Silvana. —Su tono había bajado un par de decibeles con la llegada de Isa.

—Sí, pero no sabía que estaba contigo.

—¿Condujiste hasta aquí? ¿A estas horas de la noche? ¿Sola? —la interrogó.

—Obvio —interrumpí—, y ciertamente no lo hizo para escuchar tus regaños, anda, invítala a pasar.

—¿Estás bebida? —me preguntó ella, aun del otro lado de la puerta.

—Michael me obligó —bromeé—. Ven, acompáñanos.

—¿En que estabas pensando? Con todo lo que está pasando —le recriminó Michael, tomándola del brazo y haciéndola cruzar la puerta.

—Silvana no aparecía y mi hermano estaba preguntando por ella, así que tomé el péndulo para rastrear, que me trajo hasta aquí. ¿Por qué no avisaste que estarías con Michael? Me imaginé un millón de cosas, después de lo que pasó el día que salimos…

—¿El día que salieron? —la voz de Michael era aún más baja ahora. Si seguía así, en un par de minutos ya no se le podría escuchar.

Miré a Isa con una fingida expresión de decepción y ante eso, y el rostro lleno de ira de Michael, a la pobre no le quedó otra opción que explicar.

—Fuimos al mercado y un rastreador nos interceptó, solo eso.

—¿Solo eso? —bramó él, indignado.

—Por cierto, olvidé contarte esa parte —le dije entre risitas nerviosas.

—Silvana, vámonos —me pidió Isa.

—De ninguna manera —intervino Michael—. Es muy tarde, las llevaré por la mañana. Avísale a tu hermano que están conmigo y que temprano volveremos al Recinto.

—Pero…

—Pero nada —bramó una vez más y se dirigió a la puerta para cerrar los seguros.

—Genial, la fiesta continúa —balbuceé ebria, pero relajada.

—Voy a llamar a mi hermano —nos dijo Isa a ambos y se retiró. Vi como Michael sacaba un vaso de agua del refrigerador.

—¿Me abandonas? ¿Así nada más? —No contestó y me miró suspicaz, mientras bebía el agua—. Comprendo, tus prioridades cambiaron.

—No me digas que estas celosa.

—Lo estaré si dejas de beber. —Se pasó las manos por el rostro y con actitud de resignación, se sentó donde había estado toda la noche.

—Si dices alguna imprudencia te acuesto a dormir ¿de acuerdo? —me amenazó.

—Prometo comportarme —aseguré, aunque no estaba segura de poder cumplir esa promesa.

En ese momento Isa volvió, aun con el teléfono en la mano.

—Le dije que estabas practicando con Michael al aire libre y que olvidaste tu teléfono. Preferí ahorrarle los detalles.

—Buena chica, ahora siéntate con nosotros y bebe.

—¿Se puede saber a qué se debe la celebración? —preguntó a ninguno en específico. Michael se frotó la frente mirando al piso y le respondió.

—Es… una larga historia. —Su actitud había cambiado por completo. Bastardo.

—Busca un vaso, y te contaré —la chantajeé.

—¿No tienen algo… menos fuerte? —le pidió Isa a Michael, mirando el vaso de licor con desconfianza.

—Lo siento, no tengo nada para una chica como tú— respondió él, en un tono que estaba entre disculpa y enojo.

—Eso me dolió —le dije tomando el último sorbo de mi vaso y sirviéndolo nuevamente. Muy consciente de que estaba ebria y haciendo el ridículo.

—Eso sería más fácil de creer si no llevaras ya media botella. —Por primera vez desde la llegada de Isa, vi un atisbo de sonrisa en él.

Isa se sentó a nuestro lado con la gracia que la caracterizaba y Michael le pasó su vaso.

—¿Y bien? —preguntó después de dar el primer sorbo y arrugar la cara.

Miré a Michael y le indiqué con un gesto teatral de la mano, que le concedía el honor, ella escuchó en silencio la historia que él narraba

—Lo vamos a solucionar, estoy segura —me consoló Isa, frotando mis manos entre las suyas—. No estás viendo el panorama completo, tenemos un lapso de

al menos nueve meses para evitar lo que sea que Mónica esté planeando.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Michael.

—Mónica quiere la bebé, ¿correcto? Así que, aunque Silvana estuviese embarazada en este mismo momento…

—No lo estoy.

—…Aun tendríamos unos nueve meses seguros. Mientras tanto, ella no te haría daño. Y sabiendo exactamente lo que quiere, tenemos ventaja. Ahora tiene sentido que no quiera a Jennifer cerca de ti. Ese rastreador es un sol. ¿Tú como lo conociste? —se dirigió a Michael, y aunque me costaba enfocarlos, me pareció una excelente pregunta.

—Trabajamos juntos en una oportunidad. Es un buen tipo y excelente rastreador, el mejor que conozco al decir verdad.

—Debes pensar en una manera de recompensarlo —me sugirió Isa.

—La recompensa que él agradecería esta fuera de discusión —se burló Michael.

—Es lo último que pasó por mi cabeza, pero supongo que sí —respondí con dificultad.

—Si te soy honesta, cuando Mónica te envió la flor creí que representaba más bien una amenaza —confesó Isa —. La vez pasada, cuando… bueno cuando enloqueció fue por esa profecía ¿no? Porque se suponía que le aterraba que alguien pudiese llegar a ser más poderosa que ella.

—¿Y qué cambió? —intervino Michael —. La profecía sigue siendo la misma.

Isa lo sopesó y cuando expresó su teoría, no parecía segura.

—No lo sé, ¿los años? ¿El hecho de que quedó completamente sola? Ella perdió un bebé y es posible que quiera llenar ese vacío, ¿y qué mejor que hacerlo que el ser más mágico y por ende poderoso del mundo? Un hijo digno de ella, sin contar que si ella fuese su madre, no representaría una amenaza…

Entre las palabras de Isa y la media botella de alcohol que había ingerido, a duras penas alcancé a llegar al baño de Michael, donde vomité toda la madrugada.

Por la mañana Michael nos llevó al Recinto. Una vez que estuve sola con Isa, le pregunté:

—¿Crees que si le preguntó Jade, me cuente como pasó todo? Cuando Mónica…

Isa torció el gesto antes de responder.

—Me imagino que no se negaría, aunque ella evita hablar de eso. ¿Para qué quieres indagar en ello? Puede hacerte daño…

—Isa necesito conocer a Mónica para poder contra ella, tratar de entender cómo piensa, como actúa… no puedo enfrentarme a todo esto a ciegas.

Isa me miró unos segundos y supe por su expresión que entendió mi punto

—Tiene sentido, pero hay otra manera, una mejor que solo escuchar las memorias de mi mamá.

—¿Cuál? —inquirí ansiosa.

—Ir ver un Soberano —expresó ella en completa calma.

—¿Y eso es…?

—Es una persona que posee todos los poderes mentales, son empáticos, videntes y Errantes.

—¿Errantes?

—Pueden visitar el pasado, y tienen perfecto conocimiento de este. Y como demás conocen el presente y parte del futuro. Son como… maestros del tiempo. De hecho en nuestro mundo ellos son quienes ofician los casamientos ya que saben si el amor de la pareja perdurará.

—Vaya, ¿y dónde vamos a encontrar uno?

—Fácil, Amalia. Estoy segura de que ella debe conocer uno, o varios. Michael también me comentó lo del diseño del tiempo, pero nunca había escuchado algo parecido y no lo entiendo. Quizás el soberano sepa algo al respecto.

La idea de incluir a Amalia es todo aquello no me gustaba en lo absoluto, pero los medios eran irrelevantes considerando el fin.

—¿Vas a contarle a Daniel?

—No lo sé, no quiero preocuparlo y menos si de momento no hay nada que hacer. Ha estado trabajando duro y no quiero ser un factor estresor para él.

—¡Ja! —resopló sarcásticamente y quise golpear su angelical rostro.

—Tú no eres quien para hablar, teniendo en cuenta

como se puso el pobre Michael cuando llegaste. —Ella se irguió en el sofá en el que ambas estábamos sentadas.

—Yo no sabía que esa era su casa. De haber sabido que estabas con él, no me habría preocupado. Y lógicamente no te habría buscado.

—Me niego a creer que después de que quedé inconsciente de tanto vomitar, no pasó nada entre ustedes.

—No pasó nada, ya te lo dije.

—Y yo no te creo, además, estas siendo arbitraria, yo te cuento todo. —Se recostó de nuevo en el sofá y resopló derrotada.

—Intenté acercarme a él y no lo tomó bien.

—Explícate. —Me sorprendió sentir como mi corazón se aceleraba por nerviosismo— ¿Acercarte físicamente o a hablar?

—Ambas. Cuando intenté tocarlo él… retrocedió. Como si yo fuese peligrosa. —Su voz tembló en la última frase.

—¿Qué le fue lo que le dijiste?

—Nada que justifique que se pusiera de esa forma, solo que quería que me explicara algunas cosas. Si su comportamiento conmigo va a ser tan errático, al menos merezco una explicación, pero se rehusó y me dijo que no tenía sentido hablar de eso y que se alejaría de mí. Me mandó a la cama como si yo fuese una niña y desapareció de mi vista. ¿Por qué no me dices de una vez todo lo que sabes? Sé que hay cosas que me ocultas.

—Porque eso sería traicionar su confianza, cosa que no estoy dispuesta a hacer, solo te puedo decir las cosas que infiero por mí misma.

Yo era, quizás, la única persona en la que Michael confiaba, no podía, aunque fuese por su propio bien, traicionarlo, y en el fondo, sentía que no necesitaba hacerlo para ayudar, con mover las piezas bien sería suficiente.

—Sé que no debería aconsejarte esto, eres mi cuñada y si tu hermano se entera, probablemente estaré en problemas, pero solo tienes que "quebrarlo".

—¿Quebrarlo? —repitió confundida.

—Quebrarlo —aseguré—. ¿Por qué crees que Michael retrocedería huyendo a tu contacto? No eres capaz de lastimarlo, pero si eres capaz de quebrar su voluntad.

—Me rechazará de nuevo —dijo unos segundos después con tristeza.

—Quizás, y quizás lo haga más de una vez, pero eventualmente, se quebrará.

—¿Y dónde queda mi dignidad? —No era un lamento, ni una pregunta retórica, ella realmente esperaba una respuesta.

—Cuando él ceda, y te cuente todo, porque es así, y por lo que ha pasado, entenderás la razón de rehusarse a estar contigo. Voy a decirte algo que te va a parecer difícil de creer, pero que eventualmente comprenderás: de los dos, tu eres la más fuerte, tu eres quien decide el desenlace de esta historia, solo depende de cuánto estés dispuesta a luchar.

—Quizás no seas buena influencia para mí. Todo este tiempo… Michael fue algo platónico, inalcanzable. Y tú lo convertiste en una posibilidad.

—No me voy a sentir culpable por eso.

Jennifer entró por la puerta y puso expresión mordaz al vernos a ambas tiradas en el sofá.

—¿Dónde estuvieron anoche? —preguntó en tono burlón, ladeando la cabeza.

—Trabajando— respondió Isa, de manera no muy convincente.

Jenn hizo un gesto extraño con la nariz, una especie de aleteo.

—Apestan a alcohol.

—Fue parte importante de nuestro proceso creativo, el alcohol oxigena el cerebro. Y si lo que dices es cierto, será mejor que me dé un baño antes de ver a Daniel…

Al día siguiente, y siguiendo las recomendaciones de Isa, acudí a Amalia y le pedí que me llevara con un Soberano.

—¿Puedes hacerlo? —insistí después de ver su mohín.

—Puedo… aunque no me agrada la idea.

—¿Y eso que se supone que significa?

—Silvana, una reunión con un Soberano no es algo que deba tomarse a la ligera, son seres sumamente conocedores, los Errantes, manejan las líneas del tiempo. ¿Crees que puedas manejar lo que este hombre tenga que mostrarte?

—A estas alturas, creo que puedo soportarlo todo…

Me miró dudosa y pude percibir en ella incluso un poco de lastima.

Después de un par de miradas intensas, accedió.

CAPÍTULO 20
EL COMIENZO

Hice que Amalia me llevara con el soberano de inmediato, pues temía que si hablaba con Daniel o Augusto, la convencieran de desistir.

—¿Dónde está él? —le pregunté, mientras el coche se alejaba de la carretera.

—Después de las montañas, cerca del verdadero Valle.

—¿Verdadero Valle? —mientras preguntaba, recordé la vista que me mostró Daniel la noche que me besó por primera vez.

—Lo que conoces es La Cordillera, más allá de las montañas se encuentra El Valle. Es un lugar hermoso y sumamente mágico. Verás Silvana, es tan encantador que quienes viven en allí, absorben su magia. Se dice también, que los nacidos y criados en el Valle llegan a ser más poderosos. Como podrás imaginar, con tales promesas, las personas morían por vivir en el, aunque ahora esté abandonado.

—Nadie me había hablado de ese lugar.

—Y hay una razón para eso, pero estas a punto de verlo con tus propios ojos...

Una media hora después, avisté una pequeña y humilde casa a la orilla de un lago cuyo final no se alcanzaba a distinguir. Amalia aparcó lo suficientemente

cerca y en cuanto nos bajamos, pensé que ella estaba vestida sumamente elegante, e inadecuada para la ocasión, aunque no podía imaginarla vestida de otra forma en realidad.

Nos acercamos a la casa y vi que no tenía puerta, solo una pequeña cortina de piedras separaba el interior del exterior.

—Pasa —me indicó Amalia.

—¿No deberíamos anunciarnos?

—Ya él nos espera —me dijo en un tono enigmático que me puso aún más nerviosa de lo que ya estaba.

La cortina de piedras era gruesa y no podía ver a través de ella, así que tomé una bocanada de aire y la atravesé. Tardé unos segundos en ajustar la vista al interior de la pequeña casa, era oscura, húmeda, con un aire antiguo y un increíble olor a mera naturaleza. Segundos después sentí a Amalia tras de mí. Cuando el soberano se dirigió a mí, de alguna manera percibí la sabiduría en su voz.

—Se tomó su tiempo en venir a verme señorita.

Seguí el sonido de la voz que me hablaba hasta un rincón a mi derecha, donde estaba un anciano encorvado encendiendo una vela.

—La he estado esperando —continuó.

—Mucho gusto señor…

—Astor, señorita Silvana.

—Mucho gusto, señor Astor.

—No comprendo…—En ese momento el anciano tosió y dio unos pasos hacia mí, que me permitieron

verle mejor. Era muy mayor, e incluso daba la impresión de que se desplomaría en cualquier momento—. Perdóneme, los años comienzan a pasarme factura. Como le decía, no comprendo por qué tardo tanto en venir a verme.

—Necesito su ayuda, hay una profecía en mi nombre…

—Naturalmente —me interrumpió.

El hombre comenzó a encender velas por la pequeña estancia, movilizándose con la respectiva lentitud que su viejo cuerpo le permitía.

—¿Usted sabe algo al respecto? ¿Puede ayudarme?

—Se algunas cosas, pero es imposible mirar el futuro, si no se conoce el pasado, todo en la vida tiene un orden natural señorita, y es vital para los seres vivos respetar ese orden.

—Mi amigo Michael…—comencé, dispuesta a relatar la historia del recado de Charles sobre lo que buscaba Mónica, pero Astor me interrumpió de nuevo.

—Tu cuidador… si, él no es tu amigo Silvana, un lazo mucho más grande los une, pero si quieres comprenderlo, debes saber quién eres. Es imperativo dar un pequeño paseo por el pasado, una vez que conozcas tu origen, es posible que el futuro comience a esclarecerse. Ven —me llamó hacia la esquina donde se encontraba, había allí una especie de tarro alto lleno de agua —. Agua del valle, es sagrada —me explicó.

Tomó mi mano derecha y la pasó por el borde de la vasija, tarea que resultaba sumamente difícil conside-

rando que temblaba frenéticamente. El agua comenzó a agitarse, de afuera hacia dentro, y de la nada sentí que me hundía en ella…

El piso desapareció bajo mis pies y me abrazó el frío. Abrí los ojos y estaba rodeada de personas, en un lugar muy amplio, y al aire libre; se trataba de una helada tarde de invierno. A mi alrededor habían fácilmente cien personas, algunas parecían distraídas, mientras que otras estaban expectantes, miraban fijamente hacia un gran portón.

De la estructura más grande, sobresalía una especie de balcón, había varias personas en el y reconocí algunos de ellos. Examiné los rostros y ahí estaba él, mi dulce y precioso ángel, con unos cuatro años de edad, en los brazos de su madre. Jade lucía joven y nerviosa, también miraba a la gran entrada con ansiedad y el pequeño Daniel, a pesar de su corta edad, estaba muy consciente de que algo extraño sucedía.

Al lado de ambos, estaba el padre de Daniel, y junto a este, el mío. Era un hombre rubio, fornido y de cabello hasta los hombros, que en aquellas tonalidades oscuras de invierno, resaltaban. Tenía el ceño fruncido y miraba también en dirección a la puerta. Se irguió y supe que aquello que tanto esperaban había llegado por fin. Antes de desviar la vista, atisbé a ver al joven Enrique y junto a él, su prometida, Mónica. Lucia muy diferente a la mujer que conocía, su cabello caía largo hasta las caderas, era más menuda y mucho menos intimidante.

Un auto modesto entró por el gran portón y bajaron tres personas: Augusto y dos mujeres, una de ellas era una niña. La mujer adulta se quitó la capucha que cubría su rostro y enseguida reconocí a mi madre, de unos veinte años quizás, desgarbada y con expresión angustiada, pero no por eso dejaba de ser preciosa. Su mirada se encontró con la de Jade, que dejó a su pequeño hijo en los brazos de su padre, para bajar rápidamente las escaleras de aquel balcón y encontrarse con su amiga. Mi madre se lanzó sobre ella, como un náufrago al llegar a tierra, ambas se abrazaron con tal vehemencia, que los vellos de mi piel se erizaron.

—No tengo mucho tiempo —le dijo a Jade, rompiendo el abrazo y tomando el rostro de ella entre sus manos—. No tengo palabras para agradecerte. —Y besó su frente antes de darle la espalda.

Se dirigió al a la pequeña niña y me quedé boquiabierta al ver el parecido que había entre la criatura y yo, no tendría más de diez años. La tomó entre sus brazos y la abrazó con la misma fuerza que a Jade. La niña comenzó a sollozar y tuve que desviar la mirada de tan desgarradora escena.

—No me dejes, por favor —pedía la criatura desconsolada.

—Annabelle, ya hablamos de esto, tenemos un trato ¿lo recuerdas? Vas a estar bien, Jade va a cuidar de ti. Es por tu bien.

—Eres mi hermana, yo debo estar a tu lado, tengo que protegerte —decía la niña ahogada en sollozos.

—No. Yo tengo que protegerte a ti. Solo así estarás a salvo.

—Annabelle, ven conmigo —le pidió Jade, como pudo, ya que su voz temblaba.

Mi madre besó una vez más la frente de su hermana y se dirigió de nuevo a Jade.

—Gracias —le susurró y un par de lágrimas escaparon de sus ojos.

—¿Por qué no comes algo, Ana? — intervino el padre de Daniel, que se les había unido.

—No tengo tiempo, debo irme cuanto antes y desviar el rastro.

—No tienes que irte ahora —por fin habló mi padre, aun desde las alturas del balcón, y se hizo un silencio absoluto en cuanto lo hizo—. Destruiremos el puente en la entrada. Les tomara al menos una semana a quienes te siguen rodear El Valle.

Se miraron a los ojos por un periodo de tiempo que me pareció eterno, y comprendí en ese momento que ellos no se conocían, que era esa la primera vez que se veían.

—Confío plenamente en él —dijo Jade, recuperando la atención de mi madre—. Si dice que no llegaran en menos de una semana, es porque así será. Quédate, come algo, date un baño.

—Debería ganar tiempo —respondió ella, aun con los nervios de punta y se giró para mirar a Augusto, pero este no respondió, y ni siquiera le dedicó un gesto.

—¿Qué tan lejos vas a llegar deshidratada y sin comer? Quédate al menos hasta mañana—insistió mi suegro con serenidad.

—Por favor hermana —pidió Annabelle, que ya estaba en los brazos de Jade. Mi madre dudó unos segundos, para luego asentir.

La niña escapó de los brazos de mi suegra y fue corriendo nuevamente al regazo de su hermana.

—Vamos adentro —indicó Jade y ellas la siguieron.

Una vez más, los ojos de mis padres se encontraron por unos segundos. Subieron las escaleras y llegaron al punto donde se encontraban Enrique, Mónica y mi padre, entre otras personas que no conocía.

—Ana, él es Martín, es el dueño del Valle —los presentó Jade, y mi madre hizo una especie de reverencia con la cabeza.

Ese era el Valle, y había pertenecido a mi padre.

—No tengo palabras para agradecerle todo esto —dijo ella, mientras que su futuro esposo la miraba como si fuese la más extraña de las criaturas.

—No hay nada que agradecer —respondió él de manera seca.

Mónica pasó por su lado y llegó hasta mi madre para darle un abrazo.

—Amiga…—le susurró al oído—. Lo siento tanto. —Ella le devolvió el abrazo y luego las alcanzó Enrique.

—Vamos adentro, por favor —insistió Jade.

Entraron en lo que parecía ser un gran comedor y se sentaron en una mesa. Me percaté de la presencia de una mujer que no había visto antes, y supe de inmediato que era la hermana de Jade, la madre de Sami,

se parecían, aunque no de manera obvia.

Otra mujer llegó, y vestía exactamente como lo hacía Miriam, me sorprendió ver que se trataba de Marina. Mi padre le indicó que trajera algo de tomar. La pequeña Annabelle estaba confinada en los brazos de su hermana mayor.

—Me gustaría que me explicaran exactamente qué sucede aquí. —Comenzó mi padre desde la cabecera de la mesa y todos lo miraron.

—No hemos tenido oportunidad de explicar. Además, no estoy segura de entender —empezó Jade. En ese momento volvió Marina con las bebidas—. Marina, lleva a Annabelle a la cocina para que coma algo.

Ella le extendió el brazo a la niña, quien miró a su hermana buscando aprobación. Cuando la obtuvo, tomó la mano de Marina y ambas se retiraron.

—¿De quién huyes? —le preguntó mi padre. Ella soltó una risa amarga que parecía más un sollozo.

—Es complicado. Se han hecho un par de profecías en mi nombre —comenzó a explicar ella con cansancio—: según las cuales, en mi descendencia habrá un errante.

—¿Y que con eso? —Enrique parecía confundido.

—Se trata de un errante con la habilidad de interferir en el diseño del tiempo.

—Eso es absurdo —resopló Mónica.

—Extraordinario, querrás decir —la corrigió Augusto, de mala manera.

—¿Un hijo? —inquirió mi padre.

—No estoy segura.

—No tiene ningún sentido —siguió Enrique.

—Créeme que quisiera con todas mis fuerzas que no fuese cierto. Pero desde que se supo de esas profecías, no he tenido un día de paz, mi tío pretende venderme a cualquier hombre capaz de embarazarme para procrear ese errante. El candidato más conveniente para él, por supuesto.

—Un errante con la habilidad de cambiar el pasado, seria extraordinario, y potencialmente catastrófico —dijo la hermana de Jade, cuyo nombre desconocía.

—He escuchado horribles historias de lo que les pasa a las mujeres como yo, que engendraran hijos con grandes poderes. Como las encadenan a potros de violación, sin comida, sin alimentos para que no opongan ningún tipo de resistencia, como les sacan herederos cual animal en criadero y cuando ya han obtenido de ellas lo que desean, las asesinan, o peor, las encierran de por vida. Y no lo voy a permitir, Annabelle depende de mí, y una vez que yo no esté, irán por ella. Voy a huir así se me vaya la vida en ello, y Jade cuidará a mi hermana.

Hablaba con dolor, pero también con determinación. Comprendí que su prioridad era el bienestar de su hermana.

—¿Y tú no eres poderosa? —preguntó mi padre con curiosidad.

—No lo suficiente.

Él la miraba como si ella fuese un exótico paisaje, con admiración y curiosidad a la vez.

—Ana ha de ser muy poderosa, pero vivió unos años lejos de la Cordillera y el alcance de El Valle, este no ha tenido impacto en ella —explicó Jade y aquello me recordó mi situación —. Vamos, necesitas un baño y también comer y descansar. Seguiremos conversando en la mañana…

Más tarde, estaban las dos amigas en una gran habitación al lado de una chimenea, ya mi madre se veía un poco más como en sus fotografías. Se había bañado y Jade peinaba su cabello. Annabelle dormía profundamente en una enorme cama que la hacía ver diminuta.

—¿A dónde irás? —preguntó mi suegra, trenzando el largo cabello castaño.

—No tengo idea. No creo poder quedarme en ningún lugar por mucho tiempo.

—Desearía poder hacer más por ti.

—Haces demasiado.

Tocaron la puerta.

—Adelante — indicó Jade terminando el peinado—. Martin, ¿todo bien?

Él examinó la nueva apariencia de mi madre de pies a cabeza, mientras que ella solo podía verle a los ojos.

—Jade me gustaría hablar con Ana, discutir algo a solas con ella, si eso está bien contigo. —Ella parecía confundida, pero no opuso resistencia.

—Es tu casa.

Y salió dudosa de la habitación.

—¿Puedo sentarme? —preguntó él galantemente cuando estuvieron solos.

—Es su casa —respondió ella, repitiendo las palabras de Jade.

Se sentó frente a ella y se recostó de la silla, por su posición, parecía que estaban a punto de tener una conversación de negocios.

—Perdona que te lo diga Ana, pero tu plan me parece sumamente frágil. ¿Qué tan lejos crees que puedes llegar? Una mujer como tu…

—No lo digas, por favor —le pidió ella en voz baja—. Estoy cansada de escucharlo… "Una mujer como yo", a veces pienso seriamente en prenderme fuego en el rostro. —Él quedó atónito ante estas palabras y tardó un par de segundos en recuperarse.

—Por favor no lo hagas, no será necesario. Tengo una propuesta para ti.

—¿Una propuesta? —Estaba intrigada.

—No tienes que abandonar a tu hermana. Puedes quedarte aquí, tengo los medios para cuidar de ambas.

—¿Por qué? ¿A cambio de qué? —preguntó sin rodeos. Su voz ahora era muy baja, parecía confundida.

—De ti, por supuesto. —Ella no parpadeo, y si respiró si quiera, no se notó—. Pero quiero que entiendas algo: no soy como esos hombres de los que estas huyendo. Nunca voy a lastimarte, u obligarte a hacer algo que no quieras.

—Entonces ¿Qué quieres? —insistió ella, aun confundida.

—Ya te lo dije, a ti. Solo a ti. —Se miraron unos segundos más y ninguno dijo una palabra. Al comprender mi padre que no obtendría una respuesta de inmediato, continuó—. No tienes que decidirlo ahora, piénsalo esta noche. Pero no tardes demasiado, si la respuesta es no, debes marcharte pronto. Si la respuesta es sí, debemos casarnos también pronto.

Se puso de pie con cierto esfuerzo, y se retiró.

Pronto volvió Jade con una bandeja de comida en las manos.

—¿Estás bien? —preguntó al ver la expresión en el rostro de su amiga —¿Qué quería?

—Que me case con él.

—Me va a escuchar… —respondió mi suegra molesta.

—No es necesario, me está dejando escoger. Si quiero irme no me lo impedirá, me dijo que lo pensara.

—¿Y bien? —Se acercó a ella, visiblemente nerviosa, y la tomó de la mano—. ¿Qué piensas?

—No lo sé. Augusto… siempre me ha cuidado, no quiero lastimarlo…

—¿Sientes algo por él? —inquirió Jade haciendo la misma pregunta que habría hecho yo en su lugar.

—Lo quiero…como un hermano. Y además está el bienestar de Annabelle… Jade, ¿qué harías tú en mi lugar? Tú conoces a Martin, aconséjame.

—Hazlo, siempre que te esté dando la opción —dijo Jade, sin siquiera pensarlo—. Es un buen hombre. Te

cuidará. A ambas. No tendrías que huir más y podrás criar a Annabelle.

Ella quedó absorta en sus pensamientos. Era consciente de lo mucho que heriría a Augusto, su amigo fiel, pero también estaba segura que era lo mejor para ella, y que él lo entendería.

Al día siguiente, buscó a mi padre y aceptó su propuesta, al hacerlo y experimentar aquel inmenso alivio, supo que había tomado la decisión correcta. Pero cuando fue el turno de manifestarle su decisión a Augusto, lo hizo con un nudo en la garganta y el corazón lleno de culpa.

La boda fue tan fría como la conversación en que se había acordado la misma, muy pocos invitados, y poco ambiente de celebración. El beso que selló la unión fue casto y nervioso, muy de acorde a todo lo demás. En el fondo, mi querido Augusto, enfurruñado viendo a la novia más hermosa del mundo.

Augusto, Enrique, mi padre y el de Daniel, conversaban alrededor de un escritorio, tenían expresión de preocupación mientras mi padre les explicaba a los otros tres:

—Mis hombres capturaron unos mensajeros del tío de Ana, los dejé ir solo para que llevaron el recado —dijo mi padre a Augusto, Enrique y a mi suegro.

—Quizás debiste reservarte…—comenzó Augusto.

—¿Reservarme qué? Que ahora es mía. Una mujer así no se puede esconder, tú lo sabes muy bien. Si vienen por ella, solo debemos estar preparados. Afortunadamente El Valle esta colmado, y si algo tienen sus habitantes, es sentido de pertenencia. No admitirán intrusos, si nos preparamos podremos fácilmente con cualquier amenaza.

Supe que era imperativo para él proteger a su joven y hermosa esposa.

—¿Y se supone que Ana no debe saber nada de esto? —preguntó Augusto.

—Preferiría que no, quiero que esté tranquila para que pueda adaptarse, a su nueva vida y a mí. ¿Puedes guardar tú el secreto? —lo cuestionó desafiante—: por el bien de Ana.

Este accedió enfurruñado.

Annabelle yacía en el regazo de su hermana mayor, mientras que esta acariciaba su cabello. Aquella imagen era muy distinta a la primera que había visto de ellas, se les veía felices, tranquilas, e impecables. Charlaban y reían.

Mi padre entró a la habitación y la pequeña se puso de pie, podía ver cuánto le respetaba. Lo abrazó por la cintura y sin decir palabra, se marchó. Su esposa se puso de pie. Estaba regia, con un hermoso vestido turquesa, su largo cabello caía por la cremosa piel de su espalda. Lentamente se acercó a él mientras examinaba su apariencia por algún motivo.

—¿Vas a salir? —preguntó, mirándole de arriba abajo.

—Voy a ausentarme por poco tiempo, dejé todo arreglado para ustedes.

—¿A dónde vas? —quiso saber, haciendo caso omiso a las anteriores palabras.

—Tengo un asunto que resolver en los senderos, aparentemente hay intrusos, personas que llegan sin invitación y sin presentarse.

—¿Es peligroso? —parecía nerviosa.

—Voy acompañado —respondió el.

—¿Es peligroso? —insistió.

—No demasiado. Estaré aquí mañana por la noche, a más tardar pasado.

—Ten cuidado por favor —le pidió en un susurro y cortó la distancia que los separaba para abrazarlo. Segundos después de había convertido en un beso.

No era un beso de despedida, ni un beso rápido, de aquellos que se da solo porque si, era uno de esos que marca un antes y un después. A esas alturas, ya ambos estaban perdidamente enamorados el uno del otro, y el fervor con que se besaban era evidencia de eso. Tocaron a la puerta y separaron sus labios, más no sus cuerpos, seguían abrazados mirándose a los ojos.

Entró Marina, que carraspeó respetuosamente antes de hablar.

—Señor Martín, me envía el joven Enrique, dice que por favor se dé prisa ya que deben partir antes del anochecer.

Él asintió, pero seguía aun absorto en su esposa. Y aun cuando le habló a Marina, seguía mirándola a ella.

—Marina, por favor muden las cosas de mi esposa a mi habitación, quiero que este instalada ahí para cuando vuelva.

Ella asintió y se retiró de la habitación.

—Cuídate mucho por favor. —Ella besó su mano, y él le devolvió el gesto.

—Me iré ahora, mientras pueda —susurró y sin decir más se marchó.

No sabía si era la recién adquirida tranquilidad, o el hecho de que estaba enamorada, pero cada vez que veía a mi madre, la encontraba más hermosa.

Esta vez estaba en una pequeña habitación que parecía ser una especie de lavandería, rodeada de unos diez niños que tendrían aproximadamente la edad de Annabelle, tardé un minuto en comprender que los estaba vistiendo con ropa limpia, y peinándolos. Ellos esperaban pacientemente en fila a que fuese su turno.

—¿Es verdad que puede lanzar fuego? —preguntó un niño al cual le abotonaba una camisa de lino. Ella rió divertida ante su pregunta.

—No, no es verdad, no soy un dragón o un demonio. Ya estas —dijo planchándole la camisa ya abotonada con las manos. El niño se apartó y otro se adelantó.

—También dicen que es la más bella, que los hombres se desmayan en su presencia, ¿es cierto? —preguntó el segundo niño, mientras ella repetía el procedimiento.

—Tú eres un hombre y no te desmayaste.

—¿Y que puede matar a un hombre con solo mirarlo? —siguió el mismo niño. Ella encontraba aquella situación de lo más entretenida. Se notaba que le resultaba muy gracioso.

—No matarlo, herirlo quizás, pero no matarlo. Siguiente.

Seguía una niña y estaba muy ansiosa por que fuese su turno de preguntar.

—También dicen que embrujó al dueño del Valle para que se enamorara perdidamente de usted.

—Esa parte si es verdad —interrumpió mi padre en la puerta y todos en la habitación nos giramos a mirarlo.

Él también estaba muy divertido con la situación. Los niños bajaron rápidamente la mirada y salieron todos de prisa, esquivándolo en la puerta.

—Eres terrible —lo regañó ella, poniéndose de pie mientras él entraba en la habitación—. Por tu culpa se han ido algunos sin ropa.

—Ya volverán. —Y cuando estuvieron lo suficientemente cerca, tomó a su bella esposa por la cintura.

—Así que te embrujé ¿no?

—Es la única explicación que encuentro, pero se está muy bien bajo este hechizo. —Y acto siguiente comenzó a besarla tiernamente.

De laguna forma, supe que pasaron los días y en esta oportunidad, Augusto y Enrique miraban a mi padre expectante, mientras que este por su parte observaba

un papel en la mesa de su despacho. Los tres parecían preocupados, y a la vez molestos, también expectantes, esperaban algo, o mejor dicho, a alguien. En esos momentos apareció mi madre que detectó de inmediato el humor de los tres.

—¿Qué sucede? —preguntó sin entrar en la habitación.

—Pasa —la invitó su esposo, poniéndose de pie.

Ella dudó, y observó los rostros de los tres hombres antes de acceder. Cuando por fin entró, lo hizo cautelosamente, era casi como si pensara que la habitación representaba el problema. Mi padre carraspeó antes de comenzar.

—Tu tío quiere venir por ti y tu hermana. —Ignoró como su pobre esposa palidecía y continuó—. No tienes que preocuparte. Ya repasamos nuestras estrategias y tenemos todas las de ganar. Enrique te explicara…

—No hace falta —interrumpió ella en voz muy baja—. Déjennos solos por favor. —Parecía bastante compuesta, de no ser por la expresión perdida de sus ojos. No miraba a nadie en específico.

—Ana, por favor —intervino Augusto—: estamos aquí para explicarte…

—Déjennos solos. Se los suplico. —Ambos hombres intercambiaron miradas, para darse por derrotados y abandonar el despacho.

Mi padre esperó unos segundos en silencio, pero ella no reaccionó, no se movió si quiera. Aprovechando la aparente calma, se acercó a su amada esposa y la cubrió con sus brazos.

—Vamos a estar bien. Te lo prometo, confía en mí —ella asintió frenéticamente aun con la mirada perdida.

—Sí, estarán bien. Volveremos al plan original, me iré y ustedes cuidaran de Annabelle…

—Ana, escúchame —le pidió tomando su rostro entre sus manos, pero ella seguía mirando al vacío.

—Si no estoy aquí no tendrán razón para venir.

—¡Escúchame! —le pidió mí una vez más, pero ella seguía ida— ¡Mírame! —Y la obligó a hacerlo, sosteniendo firmemente su rostro. Ella pareció volver en sí—. Podemos con ellos. Estoy seguro. ¿Crees que me arriesgaría a perderte? Sé lo que hago. Confía en mí, mi amor. ¿Puedes hacerlo? —ella asintió, pero supe que no estaba convencida.

Él estaba acostado en su cama, y era muy entrada la noche, posiblemente ya de madrugada.

—¡Ana! —llamó mi padre a su esposa con ansiedad en la voz, sabiendo desde entonces que no obtendría respuesta.

Cuando por fin lo asimiló, brincó de la cama y se acercó a la ventana. A lo lejos, más allá del portón, casi donde terminaba el camino y comenzaba los árboles, se podían ver flotando unos ondulados mechones castaños a la luz de la luna.

Él casi podía verla, ya en el bosque los arboles tapaban la vista, pero la escuchaba, estaba cerca.

Una vez rodeada por varios hombres, ella no tuvo otra alternativa que detenerse. Sus mejillas estaban

encendidas, no supe si por miedo o por la agitación. Mi padre la miraba con enojo, estaba muy molesto y ella por su parte, se veía aterrorizada.

—Déjame ir —le suplicó al borde de las lágrimas, pero la mirada de él era inclemente.

Ignoró por completo sus suplicas, llevándola de vuelta a la casa.

A medida que regresaban, yo podía sentir su desespero, este casi me ahogaba. Quería abrazarla y decirle que todo estaría bien, pero ya a esas alturas sabía que no era cierto, que nada estaría bien.

Cuanto no habría dado por advertirles, por evitar todo aquel dolor.

Cuando por fin volvieron a la casa, ella estaba helada, y a pesar de su enojo, la primera preocupación de su marido, fue abrigarla en cuanto estuvieron en la habitación. Ella tenía una mezcla de miedo y disculpa en el rostro.

—Por favor, escúchame —pidió aun alterada.

—No Ana no, escúchame tú a mí. ¿Qué tan lejos crees que habrías llegado antes de encontrarte con hombres exactamente iguales a los que les huyes? Sé que quieres proteger a tu hermana, pero esa no es la manera. Sacrificarte no es la manera. No te dejé ir el día que te conocí, ciertamente no te dejare ir ahora. ¿No confías en mí para protegerte? ¿Crees que te mantendría aquí si no creyera que puedo cuidar de ti?

—No se trata de eso, conozco a mi tío, a los hombres que lo ayudan, con los que trata, se de lo que son capaces…

—Pero no me conoces a mí, y no sabes de lo que yo soy capaz por proteger a mi familia, mi casa, mi mujer. Tienes que creerme cuando te digo que esas personas no se acercaran a ti. Tienes que confiar en mí, concédeme eso. —La tomó en sus brazos y ella se deshizo de la manta que la cubría, para sentir su contacto supuse, yo habría hecho lo mismo.

—Si algo te pasara yo me moriría. No quiero arrepentirme nunca de haber venido aquí, de haberte conocido, de ser tuya…

—Nunca, mi amor, nunca. Pero debes darme un voto de confianza, es lo único que te pido. Todo va a estar bien.

En esta oportunidad, mi madre estaba con Mónica, en lo que parecían ser establos, había una gran cantidad de caballos en sus respectivas jaulas. Un obrero aseaba a uno de los animales, pero del resto estaban solas.

—No puedo, es demasiado difícil —se quejó la primera con su amiga.

—Concéntrate. Imagina que es cuestión de vida o muerte. —No podía entender que intentaban hacer, pero aparentemente tenía algo que ver con el animal que tenían al frente. Recordé el día que Isa intentaba explicarme como rastrear

—No es fácil, y me duele la cabeza —se quejó una vez más. La entendía, conocía la sensación.

—Imagina que estos caballos, son lo único que separa a tu esposo y a tu hermana de esos hombres terri-

bles —la incitó Mónica al oído, mientras ella tenía los ojos fuertemente cerrados, concentrada en la tarea.

El piso se sacudió y las dos se alarmaron, no comprendí que había sucedido, y unos segundos después lo vi, todos los corceles estaban tiesos, con la mirada fija y el casco derecho plantado al frente, unos incluso comenzaron a rechinar. Estaban sin duda, en posición de ataque.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Mónica exaltada.

—No lo sé.

—Vámonos. Se suponía que dominaras a uno, no a todos —urgió Mónica, tomando a su aún amiga del brazo, pero esta se negó.

—Está bien. No nos harán daño. Tranquilo, tranquilo —le decía al caballo que tenía frente a ella, mientras acercaba cautelosamente su mano al hocico del animal para acariciarlo.

Simultáneamente, todos los caballos retiraron el paso al frente que habían dado y el piso vibró una vez más. Bajaron la guardia y volvieron a actuar de manera natural.

Supe en ese momento, que Mónica se sentía amenazada. Para su pesar, no solo su amiga contaba con esos increíbles poderes, sino que debía ser ella quien le ayudara a descubrirlos y a desarrollarlos. Se preguntó en ese momento si perdería su valía ante los ojos de los demás. Y deseó que ella se hubiese quedado en el lugar de donde había venido.

Mónica pasó toda la noche intentando que los caballos repitieran su proeza de aquella tarde, pero fue inútil, solo lograba que un caballo le obedeciera a la vez.

Augusto, Enrique y el padre de Daniel explicaban el plan de defensa. Tenían los croquis de la zona en la mesa, lo cual hacia el asunto más fácil de comprender. Aparentemente la mayor fortaleza, era que las paredes que dividían el conjunto del bosque, eran casi tan altas como la misma casa. Además, el bosque, para alguien que no fuese del lugar, era sumamente peligroso, hablaban como si tuviese vida propia. Cantidad de criaturas salvajes y peligrosas hacían vida ahí, contaban con que muchos no lograran cruzarlo.

La promesa de que no se acercarían a ella comenzaba a tener sentido. Él la miraba absorto, atento a cualquier reacción que ella pudiese tener ante las palabras que le decían.

—Si tienes alguna duda, siéntete libre de preguntar —la animó mi suegro, pero ella no dijo nada.

—Ana, si lograras controlar tus poderes para entonces sería magnífico. Tu sola y sin siquiera estar en la pelea, podrías acabar con muchos de ellos. Contamos con Mónica, que nos pone en gran ventaja, pero si tú pudieras ayudarla, todo el asunto seria pan comido. —Había orgullo en la voz de Enrique al pronunciar el nombre de su prometida.

—¿Cómo? —preguntó ella y yo también me sentí ansiosa por la respuesta.

Mi padre miraba cauteloso a Enrique y se aseguró de que él lo notara.

—Solo piensa en lo que hiciste con los caballos, si puedes controlarlos de esa manera, imagina que pue-

des hacer con seres inanimados, como arboles por ejemplo, si pudieras tumbar el bosque sobre sus cabezas, ni siquiera alcanzarían a llegar aquí.

A medida que mi madre se hacía más grande (cosa que pasaba con rapidez por la apremiante situación), Mónica se desgarraba por dentro. Yo no podía comprender como esto pasaba desapercibido para ella. Aun sin ser empático, era obvio que la envidia estaba carcomiendo a aquella hermosa mujer. Sus ojos eran ahora opacos. Noté también que la gente parecía temerle. Pero no sus amigas, ellas le tenían afecto, y eso hervía mi sangre.

Mis padres estaban comiendo y extrañamente estaban solos. Comían al aire libre, en un pequeño balcón.

—Hoy viene un sanador a examinarte, en horas de la tarde —anunció él y ella quedó boquiabierta.

—¿Por… por qué? —preguntó nerviosa.

—Yo…— ahora él estaba nervioso—: he notado que mi ahijado se comporta extraño contigo últimamente. Creo que quizás estés embarazada. Él parece creerlo. Sé que vas a pensar que enloquecí…

¿Así que Daniel había anunciado mi llegada al mundo?

—No. Yo no había querido decirte nada, porque también pensé que parecía una locura, pero también lo creo.

Exactamente el mismo lugar, el balcón de la habitación, las mismas personas, pero un par de lunas después. Ya mi madre tenía un pequeño vientre de unos cuatro meses de embarazo. Se le veía radiante, rodeaba por los brazos de su esposo y ambos miraban el patio bajo ellos. Estaban observando unas prácticas de combate.

—Es solo un niño —se quejaba ella, refiriéndose a uno de los chicos en acción.

—Es un verdugo.

—No debe tener más de quince años.

—Te preocupas demasiado. Cuando solo debes hacerlo por ti, y por ella. —Besó su vientre y luego su frente—. Tengo asuntos que atender, vuelvo para la cena.

Se despidió para luego marcharse.

—¡Marina! —llamó ella en voz alta y Marina apareció en el balcón casi de inmediato—. Ve abajo y trae a ese muchacho a verme. Dile que quiero hablar con él.

—¿El joven señora? —preguntó señalando al más pequeño.

—Sí, al chico.

Lo observamos un par de segundos mientras batallaba y noté que sus gestos se me hacían conocidos. La manera en que se movía y lo letal que era. Cuando se dio la vuelta comprobé mis sospechas, era Michael.

Era el mismo rostro, solo que más inocente y joven. Estaba sentado frente a mi madre, que lo miraba reprobatoriamente, ya que tenía el rostro ensangrentado por el reciente combate.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó ella, con genuino interés.

—Catorce —respondió Michael con una voz que desconocí—. ¿Hice algo mal, señora?

—No, nada. ¿Dónde están tus padres?

—Lejos de aquí.

—¿Y quién cuida de ti?

—Me cuido solo —contestó con actitud recelosa.

—Eres un poco joven para eso. ¿No te parece? —él no respondió, y negó con la cabeza.

En ese momento Marina volvió con una bandeja que parecía contener todo lo necesario para realizar una cura. La dejó y se retiró. Ella tomó un algodón, lo mojó en alcohol y se acercó a Michael, que la esquivó.

—¿Te molesta que te toque?

—No quiero problemas con el señor —explicó.

—¿Crees que él se moleste porque yo cure tus heridas?

—A él no le gusta que nadie se le acerque. —Ella no refutó y puso el algodón en la mano de él.

—Entonces hazlo tú por favor, no puedo verte así. —Michael tomó el algodón y lo colocó descuidadamente en una de sus heridas—. Cuando esas personas vengan, quiero que estés a mi lado.

—Mi lugar es en la pelea.

—Si eres tan bueno como dicen, que mejor trabajo que protegerme a mí, y a mí bebe. Tendrás una buena historia que contarle cuando ella herede todo esto, quizás incluso te nombre su mano derecha.

Que poco sabía ella, en su intento de mantener aquel niño alejado de la batalla, lo acertadas que sus predicciones llegarían a ser.

Las siguientes imágenes las vi en cámara rápida. El joven Michael se había vuelto muy cercano a su protectora, lo que él temía, que era la aversión de parte de mi padre, pareció suceder sólo en su cabeza, aunque en ningún momento descuido su pasión, la pelea.

El temido día llegó. Y yo estaba tan ansiosa como ellos, a pesar de saber que saldría ilesa.

Estaban en el balcón de la habitación observando el horizonte, de momento tranquilo. Mí adorado ángel estaba a mi lado, que no tendría más que un par de meses. Era apenas una bebé, y él estaba protector junto a mí, consciente de que algo malo sucedía.

—Debo bajar —anunció mi padre—. Todo estará bien, tengo todo bajo control. ¿De acuerdo? —Mi madre asintió frenéticamente, incapaz de hablar—. Te juro que esos hombres no se acercaran a ustedes. —Besó su frente y ella buscó sus labios. Después de un breve, pero apasionado beso, se separaron y mi padre se dirigió a Daniel—: ¿Cuidaras de la pequeña mientras yo vuelvo? —le preguntó agachándose a su altura.

El niño asintió sin decir palabra, pero con mucha seguridad. Besó sus cabellos negros, miró una vez más a su esposa y a su hija y se marchó.

Pocos minutos después, entró Jade en la habitación. Venía acompañada de Michael y de Annabelle, que

estaba bastante asustada. La niña corrió a los brazos de su hermana que la abrazó.

No decían nada. Todo estaba implícito, y los hombres del Valle se ubicaban abajo preparados, a la espera del inminente ataque.

El tiempo parecía pasar más lento de lo normal, la ansiedad y el miedo lo detenían. De pronto, a lo lejos, comenzaron a verse los invasores. Mi madre palideció, a pesar de haberlo estado esperando. Michael fue al borde del balcón, supuse que a tener mejor vista de la batalla que a su pesar, estaba a punto de perderse.

En ese momento apareció Mónica, y supe que todo estaba a punto de ir muy mal.

—¿Jade por qué no llevas a los niños al sótano? —sugirió la traidora—. Así Ana podrá estar más tranquila.

Jade asintió y tomó a su hijo, a Annabelle y a la pequeña bebé que mi madre tenía ahora en brazos.

Ella besó mi frente antes de entregarme a su mejor amiga y yo quise gritarle que me abrazara fuerte, que sería la última vez.

No supe si se olvidaron de Michael porque la cortina del balcón lo tapaba, o si mi madre quería que siguiera a su lado en su supuesto rol de protector, el hecho fue que permaneció ahí, invisible tras la tela oscura.

Jade se marchó con los niños, dejando en la habitación a Mónica, mi madre y a Michael. La primera no se había percatado de la presencia del último.

Noté en esos momentos que Mónica estaba embarazada. Unos pasos más y ella vería a Michael. No sabía por qué, pero eso me asustaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi madre alarmada, y tuve que voltear para entender a qué se refería.

El temeroso bosque, con el que tanto contaban, les estaba haciendo una especie de camino a los invasores, los árboles se abrían a los lados como si alguien los estuviese empujando, y comenzaban a avanzar con rapidez por el camino ahora baldío. Nos dimos cuenta al mismo tiempo que era Mónica quien lo estaba haciendo.

No tuvo tiempo de confrontarla, de deshacer su artimaña, siquiera de girarse, cuando a traición, Mónica clavó un cuchillo en su costado, pude oler la sangre en cuanto comenzó a brotar de ella. Se mantuvo de pie mientras se desangraba, con los ojos como platos e intentando articular una palabra.

—¿Por qué? ¿Es eso lo que quieres saber? Volviste aquí y me convertí en la segunda, en nadie, y no estoy dispuesta a perder todo por tu culpa. Ellos entrarán y nadie nunca sabrá que fui yo quien te mató. —Sacó la daga del cuerpo solo para clavarla una vez más—. No puedes decir que fui una mala amiga, te dije muchas veces que te marcharas, e incluso te ayudé a escapar, pero creo que nunca tuviste intenciones reales de hacerlo. —Mi madre se desplomó ya moribunda, pero Mónica la sostuvo, tomó su rostro y lo giró al balcón. La horda de hombres estaba cerca y las pare-

des, que era el segundo plan de contención, comenzaban a derrumbarse de la nada, también por obra de Mónica—. Ya casi entran, y me encargaré de que sepan dónde encontrar a las niñas. No voy a cometer el mismo error dos veces.

Sacó una vez más la daga, que desapareció de sus manos como si nunca hubiese existido. Dio una última mirada a su moribunda amiga y se marchó.

En cuanto la puerta se cerró, un pálido Michael volvió a la habitación. Se arrodilló al lado de su protectora. Inertemente, se quitó la camisa que llevaba puesta y la puso sobre las heridas para contener la hemorragia.

—No tiene caso —susurró mi madre con sus últimos alientos—: Busca a Jade, a las niñas. Escóndanlas. Te lo suplico.

Cerró los ojos y tomó la mano de Michael con fuerza, él la sostuvo hasta que ella dejó de respirar. Se incorporó y miró de nuevo por el balcón. Los enemigos ya estaban entrando. Salió a toda prisa a cumplir aquella importante tarea.

De nuevo olía el lago, y las montañas tapaban mis oídos. No podía respirar, estaba ahogada en llanto.

—Silvana, ¿estás bien? —me preguntó Amalia. No lo estaba, sentía que no lo estaría nunca. Me sentó e inhale un par de veces, intentando calmar mi adolorido corazón.

—¿Qué pasó luego? —quise saber y el soberano respondió.

—Sus padres murieron aquella noche, ellos esperaban un tercio de los hombres que los emboscaron, contaban con que la mayoría no pasaría el bosque y aún menos podrían atravesar el muro. Michael llegó al sótano, Jade y Marina lograron escapar con ustedes. Un hombre capturó a la pequeña Annabelle, pero Michael la rescató, asesinó a aquel hombre y llevó a la niña con él. La escondió por semanas mientras pasaba el peligro ya que no sabía en quien confiar. Marina la llevó a usted lejos al saber que su padre no había sobrevivido, y Jade se casó casi de inmediato en busca de amparo. Como Michael le contó todo a Jade, se supo que había sido Mónica y ella huyó.

—¿Y qué fue de Annabelle? ¿Dónde está? Dijo que Michael cuido de ella.

—La cuido, sí. Por un tiempo. Creo que conoció Silvana, en una de sus primeras visiones.

En cuanto lo dijo, lo supe. La prometida de Michael, la joven torturada en el piso, cubierta de sangre. Sentí que me golpeaban en las costillas y me sacaban el aire.

La odiaba, y de haber sabido cómo sucedieron las cosas, la habría matado cuando la tuve frente a mí. Mónica no solo había matado a mi madre, lo había hecho a traición, ruinmente, y por su culpa también habían muerto inocentes, como mi padre, le había quitado la oportunidad a Daniel de crecer con el suyo. Por su culpa Jade había tenido que casarse con un hombre que no amaba para poder proteger a su

hijo, y todo el esfuerzo de mi madre por proteger a su hermana menor había sido en vano, Annabelle había muerto de la forma más trágica y vil, y había dejado un corazón profundamente lastimado con su partida.

CAPÍTULO 21
PRIMER ADIÓS

Recordaba vagamente haber salido de la casa del soberano en un estado de letargo, la voz de Amalia preguntándome constantemente si me encontraba bien y finalmente como alguien me depositaba en una cama que no era la mía, donde lloré por horas hasta quedarme dormida.

—¡Mi amor! —Escuché la voz de Daniel muy cerca de mi rostro, hice uso de todas mis fuerzas para poder levantar los parpados —. Trata de levantarte, por favor.

Quería complacerlo, pero no me sentía capaz. Haría cualquier cosa que él me pidiera, pero justo en ese momento, me dolía estar consciente.

Caricias en mi cabello, se sentía bien. Era Michael, su presencia me hablaba.

—Silvana, despierta —me llamó en voz baja. *No puedo Michael, tampoco quiero*—. No me iré hasta que lo hagas, vamos. Ven, arriba.

Quería obedecerle, pero me dolía cada centímetro del cuerpo

Me tomó con un solo brazo por la cintura y me alzó de la cama como si pesara lo que una pluma. Me sentó y recostó de la cabecera con cuidado. Esperó unos segundos sin decir nada a que yo abriera los ojos.

Con suma dificultad lo hice. Iba impecable en su traje como siempre, muy diferente a aquel joven desgarbado y desarreglado que una vez había sido.

—Hola. —Al hablar, sentí ardor en mi garganta.

—Tienes que comer algo —me regañó—: y voy a obligarte si tengo que hacerlo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porqué sabía que te lastimaría, y daría cualquier cosa por evitarte el dolor que sé que estas sintiendo —me dijo con la mirada más penetrante e intensa que le había visto hasta el momento.

Y ahí estaba una vez más, su infinita tristeza, que ahora tan bien comprendía. Desafiando a mi cuerpo, me abalancé sobre él y lo cubrí con mis brazos, siempre me había dolido su dolor, pero ahora también era mío.

—Contigo haré las cosas bien. Mientras viva, nunca permitiré que nada te pase —prometió con voz quebrada.

En ese momento comprendí que se sentía culpable, y deseé con todas mis fuerzas que ese no fuese el sentimiento tan fuerte que nos unía.

—No había nada que pudieras hacer, eras solo un niño, en ambas oportunidades, y aunque no lo hubiese sido…—Comencé a sollozar una vez más y él me abrazó fuerte— ¿Es eso lo que te une a mí? ¿Buscas una especie de redención? Porque no eres culpable de nada.

—No Silvana, no se trata de eso. Tú eres, de la manera en que yo lo veo, mi familia, la única que tengo. Porque ellas lo fueron. Ana se preocupó por mi cuando nadie

más lo hizo y Annabelle, bueno ella era mi mundo entero. Voy a cuidarte y esta vez las cosas serán diferentes.

Después de sentirme mejor, Michael me convenció de comer algo, para la dicha de Daniel. Una vez que estuve realmente consiente, caí en cuenta de donde estaba, la casa de Jade. Y entonces pensé en aquella que Augusto me había entregado al llegar, y que yo había creído pertenecía a de mis padres, pero aquello no concordaba con las visiones de Astor, así que le pedí una explicación a Michael.

—Yo apenas conocí a Ana unos meses, imagínate Augusto que la conoció mucho antes, la ayudó a escapar, que la amó durante toda su vida y me atrevo a decir que incluso aun hoy. Él quería protegerte, quería evitarte todo este dolor ahorrándote la verdad, El Valle, quedó destruido, de llevarte ahí habrías tenido preguntas. Esa casa en realidad pertenecía a él.

—Quiero ir a ese lugar, quiero conocerlo.

—Estaba seguro de que querrías eso. No quiero problemas con Daniel, si el accede, cosa que dudo, te llevaré, pero no pienso desafiarlo. Está muy preocupado por ti.

Yo también estaba convencida de que Daniel no querría que fuera, al menos no aún.

Michael me convenció de que me diera un baño y cuando empezó a oscurecer se marchó y Daniel tomó su lugar para hacerme compañía.

Acostada frente a mi ángel, que a raíz de mi experiencia del día anterior se veía aún más perfecto que de costumbre, finalmente sentí que había drenado todo.

—Te vi— le declaré, y él sonrió.

—Desearía poder decir lo mismo, por mi parte te he extrañado mucho. —Acariciaba con su pulgar mi espalda y yo intentaba con todas mis fuerzas que aquel pequeño gesto no me distrajera de lo que quería contarle.

—Hablo en serio, te vi cuando eras apenas un pequeño niño.

—¿Por qué quisiste ver todas esas cosas Silvana?

—Necesito entender lo que pasa...

—Que pasó, Silvana —hizo la corrección y me detuve en seco, leyendo entre líneas lo que quería decir.

—¿Recuerdas algo de esa época? —le pregunté en voz baja.

—Recuerdo cuando naciste, vagamente claro, me hizo mucha ilusión.

—¿Solo eso? —Arrugó la cara y deseé no haber insistido.

—También lo malo, no con detalles solo el… miedo y el caos. Cuando me di cuenta de que no te vería, eso también lo recuerdo, a mi madre intentando explicarme.

Estando en sus brazos, hasta aquella terrible tragedia parecía llevadera.

—No alcancé a ver mucho, pero creo que realmente se amaron, y que fue una gran historia de amor. Como él la salvó sin pedir nada a cambio, como ella se enamoró de él. Aunque creo que si acaso eso me hace sentir mucho peor respecto al desenlace.

—La de ellos fue trágica, sí. Pero nuestra historia de amor apenas comienza, y te aseguro que trabajo todos los días para que sea eterna.

No sabía exactamente a qué se refería, pero había logrado suprimir el frío que invadía mi corazón. Me acerqué a él y estreché nuestros cuerpos, pegué mis labios a la suave piel de su cuello y él se estremeció. Necesitaba estar ahí, justo ahí donde encontraba anestesia.

La mañana siguiente decidí que era momento de volver al presente. Decidí estar bien, sólo de esa manera podría pensar y actuar consecuentemente. Me puse un vestido negro de mangas largas con medias y botas para el frío y tomé un grueso abrigo, si El Valle era realmente tan frío como en las visiones, lo necesitaría.

Bajé las escaleras y encontré a Daniel y Michael sentados en la mesa conversando mientras Jade les servía café. Quería hablar con ella, pero lo que me parecía más apremiante era conocer El Valle y sabía que era necesario ir durante el día.

—Obras milagros —le dijo Daniel a Michael, sin quitarme los ojos de encima.

—Quiero ir al El Valle. Quiero conocer ese lugar…

Mi dulce ángel no estaba contento con la idea, pero después de recordarle que en varias oportunidades me había prometido hacer las cosas a mi manera, accedió. Nos despedimos de Jade que me miró con preocupación y partimos.

—¿Creciste en El Valle? —le pregunté a Michael, mientras íbamos camino al lugar.

—No. Llegué en mi adolescencia.

—¿Por qué? Quiero decir, viniste solo, ¿correcto? ¿Qué te hizo hacer eso? —Michael suspiró profundamente y supe que estaba cuestionando el inicio de aquella conversación. Al final, falló a mi favor.

—Siempre me había gustado el combate, y en ese entonces, era el lugar al que debías ir si querías estar entre los mejores. Todos querían ser entrenados en El Valle. Si esta era tu escuela, afuera te temían, y respetaban.

La carretera poco a poco iba desapareciendo, hasta que estuvimos y rodeados de árboles en vez de montañas. Daniel, que iba conduciendo, tuvo que reducir considerablemente la velocidad para encontrar espacios entre los árboles en los que cupiera el coche.

Después de lo que me pareció una eternidad en aquel siniestro camino, llegamos a un inmenso portón de metal que estaba completamente abierto. A medida que nos acercamos noté que sería inútil cerrarlo, los muros que lo rodeaban eran escombros en el piso.

A pesar de haber visto el lugar en varias oportunidades durante las visiones, solo lo relacionaba con aquella imagen en la que mi madre llegaba con Annabelle y Augusto. Inmediatamente al cruzar el portón había un enorme patio, y más adelante, se alzaba la gran infraestructura de lo que sería la casa, parecía un mini castillo antiguo y descuidado.

Caminé lentamente y observando todo, con cuidado de no perder ningún detalle, mientras Michael y Daniel me seguían en silencio.

Además de la principal, había numerosas casas significativamente más pequeñas a una considerable distancia, eran muchas, no podía contarlas.

Sentí a mis espaldas como Michael se tensaba y me giré nerviosa. Una pequeña y encorvada figura se acercaba a nosotros. Se veía completamente inofensiva por lo que Michael se relajó, parecía por su postura un anciano, y venía con una especie de carreta pesada que era excesivamente ruidosa. Nos miraba con cautela a medida que se acercaba.

—Buenas tardes —saludó Daniel, cuando el anciano estuvo lo suficientemente cerca.

—Buenas tardes —respondió este, que examinó primero a Daniel, luego a Michael, y por último a mí. Supe que él se dio cuenta quien era yo, y me saludo con una reverencia que me recordó a la de Miriam el día que la conocí—. Señorita. Es un placer verla. Por favor no piense mal de mí. Solo vengo a alimentar a sus caballos

Dudé si me estaba confundiendo con mi madre, pero la verdad era que no nos parecíamos tanto.

—¿Mis caballos? —pregunté invitándolo a aclarar.

—No podía dejar a esos pobres animales morirse de hambre.

Sabía dónde estaban gracias a las visiones, así que comencé a caminar en esa dirección, con los tres hom-

bres siguiéndome, y la carreta del anciano aun haciendo mucho ruido. Al entrar a las cabellerizas, los vi. Eran muchos, aproximadamente unos quinientos caballos. No comprendía.

—¿Por qué aún están aquí? —le pregunté al anciano alarmada. Me mortificaba saber que esos inocentes animales hubiesen pasado tantos años encerrados— ¿Por qué no los liberó? ¿O los regaló?

—No son míos para regalar señorita. Intenté liberarlos hace mucho tiempo, pero ellos se niegan a irse.

—¿Ha intentado liberarlos y no se van? ¿Por qué? —mis preguntas eran para el anciano, pero fue Michael quien respondió.

—Lealtad.

—¿Me permite alimentarlos, señorita? —preguntó el anciano, pero yo quería intentar algo.

—Deme un segundo por favor.

Me trasladé a aquella visión en particular, donde Mónica le enseñaba a mi madre a dominar a "sus caballos" que ahora eran míos. ¿Me obedecerían a mí como a ella?

Esta vez, cuando el suelo se sacudió, no me asusté como en la visión, lo esperaba, lo había deseado. Nadie dijo nada, nadie se movió. Cautelosamente, me acerqué a uno de ellos, que, con la mirada pérdida, parecía completamente ajeno a mí. Extendí mi mano y acaricié su hocico. El animal no se movió ni un centímetro, no reaccionó, hasta que le hablé.

—Buen chico. —Los caballos retrocedieron el paso dado. Y aquel que estaba acariciando, por primera vez me miró a los ojos, para luego inclinarse y disfrutar de mi tacto—. ¿Cuál es su nombre? —le pregunté al anciano girándome hacia él.

—Jorge, señora.

—¿Vive usted aquí señor Jorge?

—No, no, no. Nadie puede vivir aquí. Un par de personas lo han intentado y es como si El Valle los enfermara. Les quita los poderes y los deteriora rápidamente. Incluso yo me he sentido mal un par de veces que he permanecido aquí más tiempo del debido.

—No comprendo, Amalia dijo que tenía el efecto contrario.

—Actúa así porque está deshabitado señorita, pero si usted vuelve…

—Alimente los caballos, señor Jorge. Y muchas gracias —interrumpió Michael —. Vamos a mostrarte la casa Silvana.

Y salimos los tres en esa dirección. La casa estaba desordenada y se veía muy abandonada, estar ahí solo me recordaba a toda aquella devastación, pero necesitaba conocerla. Después de un rato me sentí abrumada y quise irme.

Sabía que Michael era más que autosuficiente, pero cuando nos dejó de nuevo en casa de Jade, le pedí que me avisara en cuanto llegara a casa, asumiendo que fuese ahí a donde iba, justo en ese momento tenía miedo de todo.

Jade me recibió con un abrazo, seguido de una extensa mirada de evaluación, era como si quisiera comprobar que estaba completa.

—Jade, me gustaría hablar contigo —le pedí acomodándome en una de las sillas de su comedor.

—Claro cielo, ¿en qué te puedo ayudar?

Daniel se disculpó con la excusa de ir bañarse, pero sospeché que solo quería dejarnos hablar a solas.

—Si es muy doloroso para ti hablar de eso, lo entiendo. —Comencé.

—No, está bien. Ha pasado mucho tiempo y las heridas han sanado. Además si te ayuda en algo…

—¿Qué pasó después? ¿Tú que hiciste?

—Silvana, primero debes entender un poco como son las cosas acá. Tú creciste lejos de nosotros, de nuestras costumbres y hay muchos conceptos que te son ajenos. La muerte de tu padre… él era el dueño del Valle, quien mantenía el lugar andando y no quedó nadie para sustituirlo. Por décadas su familia, tú familia, ampararon El Valle, lo fundaron, es el lugar más mágico de la región, quizás uno de los lugares más mágicos del mundo. Una familia con sangre poderosa y muy mágica, con habilidades que los demás solo podían soñar… las personas poderosas siempre tendrán seguidores. —Eso explicaba actitudes como la de Miriam, o en el anciano Jorge—. En fin, cuando él murió, murieron con él las garantías, sin nadie que ejerciera el control, y El Valle en ruinas, caímos en la anarquía. Yo estaba sola, ya que Enrique había quedado muy mal heri-

do. Sola con mi hijo y sin muchas opciones, sin saber qué sucedería, los hombres que vinieron por Ana no se fueron de inmediato, buscaban a Annabelle y a ti... Dalton siempre había estado enamorado de mí, desde que éramos jóvenes, el padre de Daniel lo odiaba. —Rió con ternura al recordar esto—. Él me ofreció protección, encargarse de mí, y de Daniel por supuesto. Así que acepté casarme con él.

—¿No lo amas? —pregunté al sentir la tristeza en su voz. Sabía que estaba siendo imprudente, pero no me importaba.

—Es el padre de mis perfectas hijas, un excelente padre ciertamente, y crió a Daniel con el mismo amor que a las chicas, estoy infinitamente agradecida con él. Pero ese amor Silvana, ese primer amor, no desaparece nunca, y no se compara con nada. El padre de Daniel fue el hombre que yo escogí para mí, con quien quería estar siempre, a quien amo profundamente. Ya a mi edad comprendí que nunca lo voy a dejar de amar.

—Ya no estás en peligro, si no lo amas ¿por qué estás con él?

—Tampoco osaría decir que soy infeliz. Además, mis hijas le pertenecen, y podría separarme de ellas. No de Isa, que ya es mayor de edad, pero sí de Cami.

—Daniel no lo permitiría.

—Él no podría hacer nada, te repito que es natural que no lo comprendas porque no creciste aquí, pero es así como son las cosas, parte de nuestra naturaleza

y algo con lo que no podemos luchar. Pero por favor no te preocupes por mí. Y respecto al pasado, ya ha pasado mucho tiempo. Ahora mi felicidad yace en la de mis hijos.

—¿Piensas a menudo en aquella noche? ¿En todo lo que pasó? ¿En sí se pudo haber evitado?

—Silvana, quizás te suene un poco insensible lo que te voy a decir, probablemente no lo comprendas aun, pero cuando uno tiene hijos… si ellos están bien, todo está bien. Obviamente quisiera que nada de aquello hubiese sucedido, que Ana, mi esposo, mi hermana, mis amigos, estuviesen aquí, pero el que ustedes hayan sobrevivido… es un triunfo. No me lamento demasiado, creo que cuando las cosas están destinadas a suceder lo harán.

—Pero el destino se puede cambiar…

—No lo sé… previmos tanto, teníamos todo a nuestro favor... Eso me hace pensar que no había nada que hubiese podido evitarlo.

Lejos de calmar el ardor en mi pecho, mi conversación con Jade, logró lo que creía imposible, perturbarme aún más. ¿Era inevitable que Mónica lograra lo que pretendía? ¿Y cómo era posible sentir dolor por perder algo que aún no tenía? Que quizás, lo más inteligente, seria no llegar a tener…

Al día siguiente, llegué a la pieza por la tarde y Jennifer estaba, para variar, arreglándose frente a un pequeño espejo de mano. Le di un gran abrazo, ya que tenía la impresión de que hacía mucho que no nos veíamos.

—¿Has estado ocupada? —preguntó mientras se ponía lápiz labial.

—Por así decirlo —respondí, dejándome caer en el sofá—. ¿A dónde vas?

—Tengo una cita con Josh, me va a llevar a conocer a sus padres —dijo coquetamente, se notaba que estaba emocionada.

—Vaya, te gusta mucho ¿eh?

—La verdad sí, nunca me había sentido así con nadie. Este año resultó ser realmente bueno ¿sabes? Me enamoré, te conocí a ti… —Mi corazón se infló ante su comentario.

—Vamos Jenn, tenías amigas antes, las chicas por ejemplo…

—No entiendes…

—A ver, explícame.

—Isa y Sami, me quieren, pero siempre con cierta reserva. Contigo fue distinto, es como si no te importara lo que soy, supongo que porque no lo entendías realmente.

—Lo entiendo ahora y sigue sin importarme. Y pensándolo bien me siento exactamente igual. Tú fuiste la única que me trató como a una persona normal desde el comienzo.

—Ya nos estamos poniendo románticas. Debo irme. Nos vemos mañana.

—¿No volverás esta noche?

—Sí, pero probablemente estés dormida. Bye. —Me dio un fuerte abrazo y se marchó.

Isa y Sami llegaron un par de horas después y estuve segura que Daniel o Jade las habían enviado a hacerme compañía. Después de un rato quise acostarme a descansar, pero me dijeron que aun así iban a quedarse.

Dormí un par de horas o al menos me dio esa impresión. Iban a ser las doce de la noche y Daniel aún no había llegado. Me levanté y al salir de la habitación, vi que las chicas estaban en el comedor, donde las había dejado hacía un rato, ambas inclinadas sobre un libro.

—No dormiste casi nada —me regañó Sami.

—Estoy muy ansiosa. ¿Qué hacen?

—Intentamos encontrar algo sobre interferencia en el diseño del tiempo, pero ha sido inútil. Es un caso sin precedentes —se quejó Isa ojeando el libro.

—Yo… olvidé por completo consultarlo con el soberano. A duras penas recuerdo como salí de ahí.

Aquella noche se me estaba haciendo eterna, tenía esa extraña sensación de aburrimiento con ansiedad y fatiga que hacia parecer que el tiempo se detenía. A lo lejos escuché que sonaba mi teléfono.

—Yo voy. Tú tienes pinta de derrumbarte en cualquier momento —me detuvo Isa, cuando me disponía a ir por el a mi habitación.

En ese momento, Daniel entró por la puerta, y sentí mucho alivio por alguna razón.

—Es Michael —me anunció Isa, y parecía preocupada, por lo que tomé el teléfono inmediatamente, al tiempo que Daniel llegaba a mí.

—Silvana, ¿Dónde estás? —Estaba alterado y mi corazón se aceleró.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—Silvana, escúchame con atención, ¿con quién estás?

—Eh…con Isa, Sami y Daniel, ¿Por qué Michael? Me estás asustando.

—¿Estás con Jennifer?

—¿Jennifer? No, no está. Te dije con quién estoy. ¿Pero por qué?

—Charles está aquí, está conmigo, necesito que te alejes de Jennifer ¿me entiendes?

—No, no entiendo. ¿Qué sucede?

—No tengo tiempo para explicarte, mantente alejada de Jennifer.

—Voy para allá —le dije y colgué. Esa era una petición demasiado grande para hacerse sin explicación.

—¿Qué pasa mi amor? —Daniel me tomó por el rostro para llamar mi atención, ya que me había quedado mirando fijamente el teléfono.

—Te explico en el camino, no hay tiempo.

Me di la vuelta para ir a la habitación por zapatos y un ruido me detuvo, al otro lado de la puerta, se escucharon un par de pesados pasos, y luego un dificultoso intento de girar la manilla. Me quedé petrificada a medida que la puerta comenzaba a abrirse lentamente.

Reconocí las botas marrones con flecos que fue lo primero que vi.

Nunca, sin importar quién me lo advirtiera, le habría temido a Jennifer, pero en aquel momento sentí pánico como nunca antes en mi vida. Mi corazón golpeaba en mi pecho al punto de causarme dolor. Jennifer tenía el abdomen cubierto de sangre oscura, y había un agujero en el. Arrastraba los pies e intentaba cubrir con sus manos el hueco en su vientre. Me abalancé hacia ella y justo cuando la alcancé, se desplomó. No pude con su peso y caímos al piso.

—Jennifer… tranquila, vamos a ayudarte… —Me di la vuelta, busqué a Daniel con la mirada y me di cuenta de que estaba a mi lado, puso sus manos sobre la gran herida de Jennifer, pero no pasó nada. Ella me miraba a los ojos y yo acariciaba su cabello—. Resiste Jen, vas a estar bien. —Pero supe que mis promesas eran vacías cuando miré de nuevo la herida y vi que nada había cambiado. Daniel me miró con el rostro descompuesto—. ¿Qué haces? No te detengas.

—No puedo hacer nada Silvana, es demasiado tarde —dijo con voz entrecortada.

—Entonces tenemos que llamar a alguien, por favor. —Isa y Sami solo lloraban. No entendía por qué ninguno de los tres hacia nada, estaban simplemente esperando—. Vas a estar bien—le dije Jennifer mientras peinaba su cabello, sabiendo que mentía.

Cerró los ojos sonriendo, como si fuese a quedarse dormida y dejó de respirar. Su perfecto rostro quedó completamente vacío en cuanto la vida escapó de ella.

—No, no, no, Jennifer no. Abre los ojos —le supliqué llorando—. ¿Quién te hizo esto? ¡Jennifer! —la llamé histérica.

—Ella ya no te escucha —me dijo Daniel a mi lado. Se quitó la chaqueta, la extendió y se inclinó sobre ella, en ese momento comprendí sus intenciones.

—No, no lo hagas. —No iba a permitir que cubriera su rostro—. Jennifer, reacciona, te lo suplico. Abre los ojos. Te buscaré un espejo, haré lo que sea, pero por favor abre los ojos.

—Deja que Daniel la cubra —me pidió Isa arrodillándose a mi lado—. A ella no le gustaría que nadie la viera así.

Me desplomé sobre el cuerpo ensangrentado de mi amiga, llorando histéricamente, Daniel cubrió el hermoso rostro de Jennifer con su chaqueta porque desde luego, Isa tenía razón, no estaba peinada, su maquillaje se había corrido por las lágrimas, y su atuendo se había arruinado por aquel líquido parecido a la sangre, ella preferiría estar cubierta.

No podía respirar y recordé las palabras escritas por Mónica en la nota del rastreador: "te será fácil encontrarme" pero, ¿dónde? Ella había hecho eso, y ella iba a pagarlo.

¿Por qué Jennifer? En aquella historia llena de odio y muerte, era quien menos merecía ser dañada. Sentía el cuerpo caliente y no supe si era rabia, cansancio o ambas. Cerré los ojos y aun apoyada en ella, me dejé llevar por unos segundos.

—Silvana, ven, levántate —me llamo Isa, pero yo no quería separarme de Jen, no podía. Por mi culpa Jennifer había muerto, si no me hubiese empeñado en vivir

con ella, en ser su amiga, Mónica nunca la hubiese notado, y ella no estaría así ahora, inerte, inmóvil.

—Anda Silvana, déjala ir.

—Michael y Augusto vienen para acá —me anunció Daniel, tomándome por los hombros—. Ven, te ayudo a pararte.

Pero lo ignoré. No quería levantarme, no quería dejarla. Sabía, que en el momento que lo hiciera, se volvería real. En cuanto la soltara no habría vuelta atrás. Deseé, por primera vez, no haberle hecho caso a Augusto, no haberme mudado, no haber conocido a Jennifer, porque así ella estaría viva.

Estaba segura donde encontrar a Mónica, necesitaba verla, entender y de ser posible, necesitaba que ella muriera.

Si Augusto y Michael estaban por llegar, debía salir de ahí en ese momento. Actué rápido para que Daniel no tuviese oportunidad de detenerme. Me incorporé y salí a toda velocidad hacia la puerta, en cuanto estuve fuera de la pieza, la cerré y con todo el poder que pude conjugar, me aseguré de que el seguro atravesara la madera y luego el concreto.

Salí a la carretera y conduje tan rápido como el auto de Jennifer podía andar. Sabía que ella estaría justo ahí, quizás esperándome o quizás sintiendo que yo iría a buscarla en ese lugar, pero ahí estaría.

A la velocidad que iba, no tardé demasiado en llegar. Después de aquella curva, ahí estaría ella, donde nos habíamos visto por primera vez. Detuve el coche y me bajé de inmediato, la busqué con la mirada, pero no la vi, estaba ahí en alguna parte…

—Sabía que vendrías. —Escuché su voz tras de mí y me giré para encararla, pero apenas podía ver su sombra, mantenía una distancia prudente, yo estaba en medio de la carretera y ella entre los arboles—. Te lo advertí, te lo pedí incluso de buena manera, no puedes decir que es mi culpa.

—¿Qué te hizo ella? ¿Por qué tenías de lastimarla?

Salió de las sombras y pude ver su perfecto rostro de nuevo.

—Nada, por supuesto, no tenía nada en contra de la chica, pero ella era… un daño potencial —respondió con casualidad.

En mi incontenible odio, quise asfixiarla, pero ella levantó la mano, se la llevó al cuello y se limitó a acariciarse. No podía hacerle daño.

—Tienes suerte de que te quiera viva, sana y salva, para que me des lo que por culpa de ustedes perdí. —En el acto más enfermo del mundo, acarició su vacío vientre. Sentí nauseas como nunca antes en mi vida.

—Estás enferma —le dije asqueada.

—Me pertenece Silvana. Yo no iba a conformarme con el segundo lugar. —Mientras hablaba, tenía la mirada fija en mi vientre, y entonces lo supe.

—No perdiste a tu bebé, lo asesinaste —la acusé.

—No era tan especial como lo será ella… —respondió ida.

—Quizás no pueda hacerte daño hoy, pero te juro, por mi madre, por Jennifer, por ese pobre bebé al que no le diste la oportunidad de vivir, que algún día te voy a matar.

Ella me miró como si estuviese confundida, como si mis palabras no tuviesen sentido para ella.

—No es posible que seas tan egoísta Silvana, no pudiste defender al demonio que era una vulgar lanza llamas, ¿cómo se supone que vas a protegerla a ella, que será tan excepcional? Estará mejor conmigo y mientras más rápido lo aceptes, mejor para todos. — Ella hablaba serena y segura, y comprendí que así sentía. Para ella era un hecho —.Admito que con lo de tu amiga también pretendía darte una lección. Así como con el rastreador… y no escatimaré en darte cuanta lección sea necesaria para que entres en razón.

Charles… la llamada de Michael…

Me sentía incapaz de estar cerca de ella un segundo más. Si iba a tenerla frente a mí sería para infligirle un mínimo de todo el daño que ella me había hecho a mí. Volví sobre mis pasos y me subí al coche, marchándome sin mirar atrás y yendo hacia el lugar donde supuse que estaría Charles, asumiendo que siguiera con vida.

CAPÍTULO 22
RESTITUCIÓN

El aire frío me proporcionaba cierto alivio. A pesar de corroborar la terrible realidad, ahora sabía con certeza de qué específicamente debía cuidarme. Y también estaba segura que Daniel estaría a salvo, lo necesitaba a él para sus planes. Jennifer por otra parte no volvería, pero si algo debía hacer, era al menos vengarla. Por ella y por el inmenso dolor que sentía.

Si tan solo Charles nos hubiese advertido un poco antes, quizás yo habría podido salvarla.

Cuando entré al apartamento de Michael, escuché un sobresalto y de inmediato me puse alerta. Venía de la cama, donde estaba tumbado Charles, y el movimiento que había hecho había sido para empuñar un cuchillo. Estaba semidesnudo, solo llevaba un short, y una de sus piernas, la derecha, estaba cubierta por una gran venda llena de sangre.

—Está bien, soy yo —le dije levantando las manos en señal de rendición. Cuando relajó la expresión, me acerqué a él, lucia pálido y demacrado— ¿Qué fue lo que te pasó?

—¿La chica? —preguntó con esfuerzo y yo negué con la cabeza.

—Está muerta —respondí con un nudo en la garganta. Le pedí permiso con la mirada para levantar la venda y él asintió lentamente. Lo hice con todo el

cuidado posible para no lastimarlo. Había una larga herida que abarcaba la pierna en su totalidad, estaba bastante abierta al punto de que se podía ver el hueso—. ¿Quién te hizo esto?

—Los rastreadores de Mónica. De alguna forma se enteraron que los había delatado. Un vidente, supongo. Por ellos también supe lo que estaba por pasarle a tú amiga.

—Charles yo…lo siento tanto. ¿Por qué Michael no te llevó con un sanador? No estás bien.

—Créelo o no, ya me vieron varios, la herida es difícil de sanar. —Tenía la mirada perdida y estaba desconsolado.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sabiendo que había algo más.

—Si Mónica ya me puso en su radar, dudo que tenga caso…—respondió y me quedé helada.

—No, eso no va a suceder, yo no lo voy a permitir. Te vas a recuperar y vas a estar bien —le juré—. Lo primero que debemos hacer es llevarte a un lugar seguro.

—Silvana, si quieres cambiar las cosas, debes volver al Valle, solo ahí contaras con los medios para arreglar este desastre. Muchas personas darían todo por estar ahí, y puedes sacar provecho de eso. Tú y el Valle, son mucho más especiales de lo que logras comprender, es la única manera de poder medirte con ella. —Mientras intentaba incorporarse, hizo una mueca de dolor —. Todo lo que sucedería si…esa criatura en manos de Mónica seria… —Dejó la frase en el aire y yo quedé petrificada deduciendo lo que había querido decir, pero una voz en mi cabeza me recordó que debía actuar y rápido.

—Vamos a vestirte. Voy a solucionar esto Charles, lo prometo —le dije cuando logre componerme.

—¿A dónde vamos?

—¿A dónde crees?

Ayudaba a Charles a ponerse una camisa cuando escuché la puerta.

—Te dije que estaría aquí —le decía Michael a Daniel, que se veía preocupado y exhausto.

Prácticamente corrió hacia mí y me envolvió en sus brazos, lo que le siguió pareció más un regaño que otra cosa.

—No vuelvas a hacer eso, nunca.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —preguntó Augusto, que entró tras de Michael, junto con Isa y Sami.

De nuevo, como siempre que veía a Daniel, lo demás parecía desenfocado.

—No, fui a verla.

—Silvana…—comenzó Daniel furioso.

—No vale la pena, estoy bien. A diferencia de Jennifer. No me hará daño y a ti tampoco, me confirmó que lo que quiere es la niña.

Él pareció no inmutarse, pero solo estaba disimulando.

—Eso no va a suceder, ya lo hablamos.

Aunque aquella verdad me quemaba, no era lo más urgente. Charles me necesitaba y no permitiría que acabara igual que Jennifer.

—Necesitamos ayudar a Charles —le pedí a Daniel y él se apresuró a tratarlo mientras yo terminaba de ayudarlo a ponerse la camisa.

Reparé en que Daniel miró el gesto con recelo, pero no interrumpió su tarea de intentar sanar la herida.

—También debemos enterrar a Jennifer. Quiero arreglarla, y darle un adiós apropiado.

Isa y Sami intercambiaron miradas nerviosas y supe que algo más andaba mal.

—Silvana…—comenzó Sami, pero no pudo continuar.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se miran así?

Fue Isa quien respondió.

—Jennifer no era humana, no hay cuerpo que velar o enterrar, ella simplemente… se desvaneció. Sucedió poco después que te fuiste.

Sentí una punzada en el pecho. No me había despedido de ella, no le había pedido perdón, no había visto su hermoso rostro por última vez… me senté en el sofá de Michael sintiéndome incapaz de derramar otra lagrima. Charles se había quedado dormido, y yo observaba como Daniel seguía trabajando en su pierna con cara de preocupación.

—Tenía días sin dormir —me explicó Michael. También mirando en dirección a la cama.

—No es necesario que lo digas, se le nota.

Las chicas nos sirvieron café y se sentaron junto a nosotros. Poco después Daniel se nos unió, y por su expresión, sabía que estaba por darme malas noticias.

—No está bien —me anunció con cautela —: la herida está muy infectada y sospecho que fue hecha con magia negra.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté para poder entender.

—Que requerirá mucho tiempo y energía para sanar.

—Necesitas ayuda…—concluyó Isa y me explicó —. Si la tratara solo él, se debilitaría mucho, hará falta relevo.

—Nosotros nos encargaremos de eso —me ofreció Augusto —, tu descansa.

Solté una carcajada amarga ante su petición.

—Mi amor, todo va a estar bien. Mónica asesinó a Jennifer porque pensó que ella era un peligro para ti, estamos a salvo, al menos por ahora. Duerme un poco, yo me ocuparé de tu amigo —me ofreció Daniel, acariciando mí cabello.

—No estoy cansada, y no tengo sueño. Por favor busca el sanador que necesitamos —le dije a Augusto —. Michael, acompáñame al Valle, acondicionaremos una habitación para Charles, ahí se sentirá más seguro.

—Yo voy con ustedes —se ofreció Isa —, no hay mucho que podamos hacer aquí y tengo entendido que por el contrario habrá un montón de trabajo allá.

Nunca había perdido a nadie, cuando mis padres murieron era apenas una bebé de meses. Todo lo que sentía era completamente nuevo y ajeno para mí. Por segundos era casi como si olvidara que ella había muerto, y podía pensar en otra cosa, pero luego lo recordaba, y el dolor volvía a golpearme tan fuerte como cuando Jennifer cerró los ojos para siempre.

Tampoco tenía donde buscarla, donde hablarle, donde encontrar siquiera una falsa ilusión de su presencia. Era como si ella nunca hubiese existido.

Michael, Isa y yo llegamos al Valle, mientras Daniel se encargaba de Charles.

Comenzamos por limpiar una de las habitaciones, escogimos la que estaba en la planta baja para poder trasladar ahí a Charles con la menor dificultad posible. No era una tarea fácil ya que absolutamente todas las superficies estaban cubiertas de polvo.

No sabía cuánto había pasado desde la muerte de Jennifer, el tiempo corría de forma extraña, me daba la impresión de haber dormido el en auto, pero no estaba segura.

—Silvana —me llamó Isa, que estaba descubriendo la cama. Miraba con recelo por una de las ventanas —: tienes visita.

Avisté de nuevo al señor Jorge, que se acercaba la casa. Llevaba una bandeja grande en la mano y los tres salimos a recibirlo. Estaba con dos chicos que me indicó eran sus hijos.

—Quería decirle que vinimos dispuestos a ayudar en lo que necesite. También notamos que han estado aquí todo el día y mi esposa le preparó algo para que almuercen, espero que lo acepte.

—Por supuesto. —No entendía de donde sacaba la idea de que yo podría no hacerlo —. Muchas gracias. Nos vamos a estar viendo muy seguido, voy a pasar una temporada acá.

La bandeja que era pesada y olía bien. Después de entregármela, se retiró. Era una especie de guiso. Tomé un pedazo para probarlo pues moría de hambre, pero Michael me detuvo tomándome del brazo.

—Espera —me quitó el bocado de la mano y se lo llevó a la boca. Lo masticó mucho más de lo necesario, para luego dar su aprobación—. Está bien.

No podía creer lo que acababa de hacer.

—Soy empática ¿recuerdas? Si él hubiese querido dañarme, lo habría sentido.

—Eres empática, pero no atenta. No lo preparó él. Debes ser un poco más maliciosa Silvana, asume que cualquiera quiere lastimarte.

—Eso parece una manera muy miserable de vivir —le recriminó Isa y ambos se miraron desafiantes por un minuto, rodeados de esa tensión intensa que se producía siempre que estaban juntos.

Cuando terminamos con la habitación, decidimos encargarnos de la cocina. Me causó cierta gracia ver como Michael, aun en traje, reparó la toma del gas de la cocina. Dormimos ahí esa noche, los tres apretados en la única cama que estaba en condiciones. Cuando desperté, encontré no solo al señor Jorge y sus hijos, sino también otros chicos. Algunos trabajaban en el portón, otros se ocupaban de limpiar y recoger escombros que habían dejado los muros caídos. Salí, tomé café que ellos habían llevado y Michael se dirigió a mí:

—Ven aquí, quiero presentarte a alguien.

Me guió hasta uno de los hombres que recogía escombros. Era joven, quizás de unos treinta años, exageradamente alto, de brillante piel canela y calvo. Se incorporó en cuanto estuve frente a él. Hice ademan de estrechar su mano, y el gesto pareció desconcertarlo. Mantuve el brazo extendido mientras él se sacudía las manos en la ropa, para por fin estrechármela.

—Gracias por tu ayuda —Comencé.

—Silvana, él es Mort. Se entrenó conmigo aquí en Valle cuando éramos jóvenes, era uno de los mejores.

—Estoy a su orden para cualquier cosa que necesite. Mi padre trabajó para el suyo y estoy dispuesto a ayudarla en lo que me indique.

Supe que era sincero y que sus intenciones eran las mejores, así que asentí. Eran tan alto y fornido que me hacía sentir diminuta.

Me indicó que tanto él como los demás hombres que lo acompañaban, estaban entrenados en combate y además eran Sherpas.

—¿Sherpas? —pregunté sin entender.

—Los mejores, nacidos y criados en El Valle, aunque después que sus padres fallecieron tuvimos que migrar a la Cordillera.

—Disculpe, pero desconozco el concepto Mort.

—Guías de alpinismo, conocemos de memoria las montañas.

—Comprendo. Bien Mort, seguro algo deben querer a cambio —lo enfrenté, mi tiempo era limitado y no

podía permitirme desperdiciarlo.

—Solo pedimos que nos permita volver al Valle, queremos vivir aquí.

Miré a Michael él acudió en mi ayuda.

—Necesitaremos entrevistarlos antes. Te conozco y confío en ti, pero no es el caso con los demás.

—Por supuesto —accedió.

Cerca del mediodía llegaron mi perfecto ángel, Sami, y el herido Charles. Sabía que Daniel era consciente de los sentimientos de Charles hacia mí, sin embargo, ahí estaba, bajándolo del auto con cuidado de que no se lastimara. Era tan noble, comprensivo, y perfecto.

Poco después, Michael ubicó a su amigo en la habitación que habíamos acondicionado para él. Aquella noche, por primera vez en lo que me parecían muchos días, tuve la oportunidad de descansar…

La mañana siguiente, después de servirme una taza de café para poder funcionar, toqué suavemente la puerta de Charles, para que en caso de que estuviese dormido, mi llamado no lo despertara, pero estaba despierto y respondió. Pasé y lo encontré acomodado en su nueva habitación. Su semblante no era el mejor, pero al menos estaba sentado, lo que me dio una idea de cómo se sentía. Me senté en la cama a su lado con cuidado de no lastimar su pierna.

—Creí que Daniel estaría contigo —fue mi saludo.

—Acaba de irse, necesitaba descansar para recuperar fuerzas —me explicó viéndose también muy agotado.

—Por favor dime que te sientes bien, que estás cómodo y que te gusta tu habitación. Dame buenas noticias —le pedí.

Me sonrió con cariño antes de contestar.

—Me siento bien, estoy cómodo, y me gusta mucho la habitación. Y estoy muy contento de que hayas venido a verme. Sé que tienes muchas cosas que hacer.

—Tengo muchas cosas que hacer, pero no tengo ni idea de cómo hacerlas o por donde comenzar. Y aunque no fuese el caso, igual encontraría un momento para verte. —No dijo nada, y solo me miró de una manera que no iba a mentir, me gustaba, me hacía sentir que todo iba a estar bien—. Lo primero en mi lista, y que espero que no sea difícil, es encontrar el sanador que necesitamos para que puedas recuperarte rápido.

—Estoy seguro que lo harás —me respondió con ternura.

—Eres muy valiente ¿sabes? Si tienes algo de miedo, no lo demuestras en absoluto.

—Confió plenamente en ti.

—Por mi parte debo confesarte que estoy muerta de miedo —admití con tristeza.

—Silvana, tú puedes evitarlo —me dijo, tomando con ternura mi mano.

—¿Cómo Charles? No tengo idea, no sé qué hacer.

—Solo… un paso a la vez ¿vale? Lo primero que necesitas, son aliados.

El paupérrimo pensamiento de que no podía mantener a salvo los pocos que tenía me invadió, pero intenté disimular. No sabía cómo explicarlo y quizás no tenía sentido, pero ganarle la vida de Charles a la muerte, era mi manera de desquitarme con esta por llevarse a Jennifer. Ganar una batalla a la vez, y eventualmente la guerra.

—Creí que no estarías muy contenta conmigo, después de todo, no volví a tiempo para salvar a tu amiga.

—No, Charles de ninguna manera. Sé que hiciste lo que pudiste, y por tu sacrificio siempre te estaré agradecida. Solo espero poder recompensarte por lo que has hecho…

—Te repito que tengo mucha fe en ti. En mi opinión eres omnipotente, reviviste a Michael y eso fue algo que pensé que nunca pasaría. No lo ha logrado siquiera la chica de la cual se enamoró, tu cuñada.

—¿Sabes de eso?

—No me ha dicho nada, pero es mi amigo y lo conozco. La mira de la misma manera que una vez vio a Annabelle. No creo que se recupere del todo nunca, pero al menos está mucho mejor.

—Tienes razón. Una parte de ti muere también con el ser querido. Desde que Jennifer no está, siento que me falta algo, que perdí mucho más que solo a mi amiga. Pensar me duele, sentir me duele, es como si tuviera que nadar constantemente y si me detengo, me ahogaría.

Hablar con Charles me hacía bien, quizás por mi empatía, que como me había explicado Amalia, funcio-

naba como espejo y en el caso de Charles, el reflejo era reconfortante. Era un ser sumamente noble.

Le expliqué que me sentía culpable, pues cada vez que Jennifer aparecía en mis pensamientos la desechaba, intentaba inmediatamente pensar en otra cosa, u ocuparme en algo. Sabía que estaba mal hecho, sobretodo porque había muerto por mi culpa, pero pensarla era muy duro, y tenía demasiadas cosas por resolver como para derrumbarme.

Tocaron a la puerta y quien entró fue Michael, la escena pareció extrañarlo.

—¿Interrumpo?

—Para nada —le respondí, poniéndome de pie.

—El sanador está aquí. Te espera en la cocina.

—Volveremos pronto Charles— me despedí y salí de la habitación.

El hombre que estaba sentado en la mesa no era mucho mayor que Daniel. Me saludó de con aquella formalidad arcaica propia del lugar, y me indicó que se llamaba Aron. Cuando le manifesté a Michael que esperaba un sanador mayor, me explicó que era conveniente que fuese un hombre joven ya que debía tener mucha energía.

Además de percibir de Aron que era una buena persona, pude notar de inmediato que le atrajo Isa, cuando esta entró a la cocina mientras hablábamos. Concentrada en la posibilidad de sanar a Charles no le presté demasiada atención, pero me dio la impresión que Michael también lo notó.

La expresión en el rostro del sanador hizo que se me erizara el vello, tuve que contenerme para no interrumpirlo mientras evaluaba la herida de Charles.

—No será fácil, está muy infectada—dijo, después de un rato que a mí me pareció eterno.

—¿Pero si posible? —pregunté casi de inmediato. Aparentemente yo estaba más nerviosa que el mismo Charles.

—Sí, tardará un tiempo, y será doloroso, pero estará bien. Tomaré una biopsia para saber a qué tipo de magia negra nos enfrentamos, y así sabré si podemos ayudarnos con algún tratamiento.

No quería dejar a Charles solo, sabía que lo que estaban a punto de hacerle le dolería y quería quedarme con él para consolarlo, pero resistí el impulso y dejé que Michael me guiara fuera de la habitación.

Fue una tortura escuchar los quejidos de Charles a través de la puerta, mientras el sanador removía una pequeña parte de su gran y dolorosa herida.

—Estoy agotada —me quejé con Michael—. Siento que desde que Jennifer murió he corrido un maratón.

—No te alejas demasiado de la realidad. Ve a descansar, yo me encargaré de que todo esté en orden por aquí.

No estaba segura de poder conciliar el sueño, pero al menos quería recostarme un rato.

La habitación que había escogido para mí era la misma que había pertenecido a mis padres. Era la más grande, tenía una hermosa vista del Valle, y en algún punto alguien, supuse que Michael, la había acondicionado. Encontré a Isa en ella, metiendo algunas prendas en el gran closet.

—Hola —me saludó—. Augusto trajo parte de tu ropa.

—Gracias por encargarte de eso, yo no tengo cabeza. ¿Y las cosas de Jennifer?

—Las dejé en casa de mamá, no creo que a ella le gustaría que nos deshiciéramos de sus prendas.

—No, por supuesto que no.

—¿Cómo te sientes? Te ves cansada.

—Pues me siento exactamente como me veo —le dije mientras me lanzaba en la cama.

—Te dejo para que te recuperes entonces. Ya terminé acá de todas maneras.

—¿Te importaría quedarte conmigo? Al menos mientras logro dormirme. —Sabía que estaba siendo molesta, pero no podía evitarlo.

—Por supuesto. —Y se acostó a mi lado, mientras yo me dejaba llevar por el cansancio —. ¿Qué te pareció el sanador de Charles? —me preguntó y recordé la mirada furtiva que él le había dedicado.

—Parece optimista respecto a curarlo, así que en lo que a mí respecta, es mi nueva persona favorita. Y por lo que percibí, tu estas por convertirte en la suya —le conté sonriendo ya medio dormida. Estaba tan cansada que era casi como estar ebria.

—Ya duérmete que estás diciendo tonterías.

Entre tanto caos me consoló la idea de que la llegada de Aron también serviría para poner bajo presión a Michael, un poco de sana competencia podría ser justo lo que necesitaba. Sintiéndome confortada por

la compañía de Isa, me dejé llevar por el cansancio.

Él no podía moverse, sus pestañas y cejas estaban cubiertas de grueso hielo formado por la nieve, sus labios estaban quemados y el halo que exhalaba se volvía solido al salir de sus labios. Los ojos azules eran ahora opacos, e imploraban ayuda.

A diferencia de las veces anteriores, cuando abrí los ojos estaba helada, era como si la temperatura de mi sueño se hubiese extrapolado a mi cuerpo, y comprendí que al igual que los pasados, no eran sueños corrientes, eran mis peores pesadillas, y eran premonitoras…

Cuando bajé la mañana siguiente, Michael e Isa estaban en la sala de estar, inclinados sobre un gran mapa.

—Buenos días —saludó Isa, que parecía estar de muy buen humor.

—¿Qué hacen?

—Esto es un mapa del Valle, y estoy intentando crear una ruta con paradas en todos los puntos clave, es importante que lo conozcas —respondió Michael.

—Suena razonable.

—También debes saludar a las personas que están ayudando afuera, hoy llegaron más y se disponen a levantar los muros de nuevo.

Resoplé y él me miró con curiosidad.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber.

—¿Tu, míster simpatía me das consejos de cordialidad?

—En realidad es una de las recomendaciones de Amalia, pero supuse que lo harías con mejor disposición si te lo pedía yo. Entiendo que no estas de humor…

—¿Qué tiene que ver Amalia en esto?

—Augusto le pidió ayuda, es ella quien va a entrevistar a las personas que quieran radicarse en El Valle.

—Yo puedo hacerlo…

—Serán cientos de personas Silvana —replicó con hastío.

—Tengo un montón de horas extras desde que no estoy durmiendo —argumenté, pero fue inútil.

—Silvana, es un momento difícil para todos, intenta ser amable.

—Pero…

—Es un momento difícil para todos, intenta ser amable —repitió Michael mirándome directamente a los ojos —. Sé que valoras mi opinión y creo que Amalia puede ser de mucha ayuda. Ahora vamos, tenemos un largo camino por recorrer.

—Pero primero tienes que desayunar —instó mi cuñada, siempre sensata.

—No sé de comer, pero si me urge una taza de café. Y también ver como amaneció Charles.

Mis nervios de por si destrozados, se sacudieron cuando entré a la cocina y vi a Daniel. No me sentía capaz de estar en su presencia sin estallar en llanto. Me miró cauteloso, casi como si supiera que había descubierto sus planes. Tomé la taza de café de las manos de Isa y

salí de la cocina. Él comenzó a seguirme, así que aceleré el paso para que no me alcanzara, y justo antes de abrir la puerta de la habitación de Charles y cerrarla tras de mí, escuché como me llamaba.

—Solo tú puedes verte tan bien tan temprano en la mañana —me saludó Charles, mirándome de arriba abajo.

—Veo que estás de buen humor. —Dejé el café en la mesa de noche y me senté a su lado. Deseaba que "el efecto Charles" funcionara rápido y mejorara mi humor.

—A diferencia de ti.

—Sí, te admito que mi mañana no va muy bien. ¿Qué tan mal estuvo la biopsia?

—Por favor, dime que no me escuchaste gritar como una niña.

Solté una carcajada por primera vez en muchos días y fue una sensación agradable.

—Escuché todo —le dije cuando pude parar de reírme—. Pero no te preocupes, te lo dije antes y te lo repito ahora: creo que eres increíblemente valiente.

—¿Tienes un largo día por delante? —Preguntó después de unos segundos, mientras yo sorbía unos tragos de mi taza—. Eso es bastante cafeína.

—La verdad lo desconozco, Michael quiere mostrarme el Valle, y que me familiarice con el lugar, no tengo idea de que tan grande sea este sitio. Además debo compartir que las personas que han venido a ayudar.

—Necesitarás una taza más grande —se burló, con

su inquebrantable simpatía. Tocaron a la puerta y un par de segundos después, entró Michael nuevamente.

—¿Estás lista? Debemos irnos ahora si queremos volver antes del anochecer.

Si, efectivamente conocer el Valle me tomaría todo el día.

Cuando salimos de la habitación no vi a Daniel, pero si a Isa doblando el mapa en el que habían estado trabajando. Su presencia, al igual que la de Charles, me hacía bien, la encontraba tranquilizante, por lo que una vez más decidí molestarla y pedirle que nos acompañara.

—¿Qué tan grande es este lugar? —preguntó Isa cuando comenzamos a andar.

—Poco más 7. 900 kilómetros cuadrados —respondió Michael.

—¿Incluyendo las aguas?

—Algunas, dependiendo de la delimitación.

Nos tomó un rato salir del área urbana del Valle, dejar atrás las casas.

—¿Y la cantidad de habitantes? —pregunté a Michael, uniéndome a la conversación.

—Unos 330 mil en sus buenos tiempos.

No esperaba que los números fuesen tan altos, estaba sorprendida

—¿La única manera de ingresar es a través del bosque?

—También se puede ingresar por dos de las montañas que nos rodean, pero dado a la altura es poco probable. Debes estar preparada, poco a poco las personas querrán venir, es un privilegio vivir en El Valle.

Michael nos mostró el pie de una de las montañas a la que se había referido antes, también una parte del lago que según nos dijo, estaba minado de criaturas, tanto mágicas como ordinarias. Fuimos a una zona boscosa que, a diferencia de la que cumplía como entrada del Valle, era hermosa, colorida y producía muchos frutos.

Aunque hubiese conocido el lugar ignorante de sus realidades, habría sabido que había magia en el, se percibía fácilmente, y la diversidad de la flora y la fauna era increíble.

En el punto en el que estábamos, no podía ver más la estructura urbana del Valle, solo montañas, algunas de ellas se perdían en el cielo.

—Dan miedo ¿verdad? —me preguntó Isa, al ver que mi vista se perdía en una de ellas.

—¿Sabes algo de los planes de tu hermano? —le pregunté, incapaz de apartar la vista del punto donde la montaña cubierta de nieve y el cielo se fundían.

—Nos lo dijo hace poco. Imagino que debes estar muerta de angustia.

—¿Ustedes no están preocupadas? ¿Qué opina Jade?

—Por supuesto que no estamos de acuerdo, pero no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Si podemos, si nos unimos las cinco…

—No tiene caso Silvana, está decidido, y ya nos dio una charla que imposibilita que alguna de nosotras interceda en el asunto.

—¿Qué fue lo que les dijo?

—Nos dio sus razones. Prometió volver a salvo y también que abandonaría si se hacía demasiado peligroso. Quizás no te ayude demasiado lo que te voy a decir, pero nunca había visto a mi hermano tan feliz, estoy segura de que no lo haría si no estuviese seguro de poder regresar.

—Tienes razón, eso no me ayuda en absoluto, porque no depende de él, de que tanto se haya preparado, de que tanto cuidado tenga, no sabemos que vaya a encontrar allá arriba.

—Entiendo que estés preocupada, yo también lo estoy, pero quizás las montañas sean piadosas con él…

—No hables de ellas como si tuvieran vida. No son más que hielo, y piedra.

No podía sacar de mi cabeza la imagen de mi sueño, él cubierto de nieve, helado, e inerte.

Cuando volvimos seguí con mi siguiente asignación, saludé y conversé con todas las personas que habían estado recogiendo escombros y limpiando el patio. Tenía sentido que los conociera considerando que por un tiempo, aquella seria mi casa.

CAPÍTULO 23
SÍ

Como predijo Michael, con el pasar de las horas más personas arribaron al Valle, una señora mayor y de rostro noble me indicó que tenía experiencia en cuidados para enfermos y que podía ayudar con Charles. Al parecer, se había corrido la voz sobre mi llegada y situación en el antiguo hogar de mi familia.

—Helena señorita —me respondió cuando pregunté su nombre.

—Bien Helena, dos sanadores están trabajando en curar a mi amigo, usted trabajará en conjunto con ellos. —La anciana asintió sonriendo, era una mujer dulce y me sentí cómoda confiándole a Charles.

Me di un baño y me puse la pijama más cómoda que encontré. Estaba tan cansada que ninguna pesadilla podría despertarme, además nada podía empeorar… Me estaba cepillando el cabello sentada en la peinadora, cuando entró Daniel en la habitación. Tenía la impresión de que habíamos estado separados durante mucho tiempo, a pesar de estar bajo el mismo techo. Con increíble dificultad lo ignoré y seguí con mi tarea.

—Tenemos que hacer las cosas de manera muy distintas para mi gusto. —Su voz era aún más grave cuando estaba enojado, y supuse que era por mi arrebato de la mañana.

—No tiene sentido discutir —espeté sin energía —, te vas a ir y todo esto habrá sido en vano.

—Déjame explicarte —me pidió bajando la guardia al comprobar que sabía sus intenciones. Me tomó por los hombros y atrapó mi mirada a través del espejo.

—No puedo creer que vayas a hacerlo —le recriminé con un nudo en la garganta.

—Silvana, es necesario…

—¿Vas a dejarme sola con todo esto? Tu lugar es aquí, apoyándome. —La calma y el cansancio se esfumaron de mi cuerpo, hablar de eso con él lo hacía real. Y el dolor era intenso.

—Será por poco tiempo, te lo prometo. —Me abrazó por detrás, y acarició mi cuello con su nariz. Lo amaba tanto.

—No me puedes hacer esto, te lo suplico, acabo de perder a Jennifer. No me puedes faltar tú también, no lo soportaría. —Le supliqué, dándole otro enfoque porque haría lo que fuese necesario con tal de impedir que él subiera esas malditas montañas.

—Volveré, te lo juro —me dijo en un intento de confortarme, pero solo consiguió alterarme más.

—Vas a morir allá arriba. Te vi congelado… —le confesé con voz quebrada.

—No, mi amor, te prometo que no. Necesito que confíes en mí, tengo un plan y te prometo que no te voy a defraudar.

—Cualquier cosa que necesites podemos solucionarlo aquí, juntos. Saberte en peligro me volverá loca…

—No creas ni por un segundo que hago esto a ciegas, que me arriesgaría a dejarte sola en medio de todo esto. Me he preparado, y te prometo volver con la solución a este desastre.

—Desde que tomaste esa decisión, la idea me ha atormentado, aun desconociéndola. Dime cuál es tu plan, y que es lo que necesitas. Quizás yo pueda ayudarte, pero por favor no te vayas.

—Te prometo que volveré antes de que te des cuenta, será poco más de un mes…

Pero eso no importaba, cualquier cantidad de tiempo sería insoportable. De pronto todo tenía sentido, el por qué me había perturbado tanto la historia de Enrique y como había obtenido sus poderes… Daniel decía que tenía un plan, y para el necesitaba algo que encontraría allá arriba, pero sería inútil, él no volvería

—¿Cuándo? —lo encaré aun sentada en la silla y con esa palabra, mi voz terminó de quebrarse.

—Pronto. Una semana o quizás dos. —Eso era muy poco tiempo, y yo aún no tenía idea de cómo detenerlo—. Déjame explicarte mi plan, lo que he estado haciendo, como me he preparado, todo. Sé que cuando sepas los detalles te sentirás más cómoda.

—No me interesa. —Pensé en lo ausente y cansado que había estado, supuestamente por trabajo y me sentí como una idiota

—Mi amor, dame una oportunidad —pidió arrodillándose frente a mí y tomando mis manos. Su tono

era implorante. ¿Y por qué iba a ser de otra manera? si me estaba rompiendo el corazón.

Ante la dulzura de sus palabras, mi voluntad se desvaneció, mis ojos se encontraron con los suyos y tuve el impulso de lanzarme en sus brazos, pero me contuve, y no hicimos por un par de segundos más que mirarnos.

Se inclinó sobre mí y sin mucha dificultad me levantó de la silla para pegar su cuerpo al mío, me estrechó contra él y fue reconfortante, y efectivo, por un segundo consiguió distraerme de la angustia. Si quería decir algo, tenía que hacerlo en ese momento, sabía que me queda muy poco tiempo antes de que me besara y una vez que eso pasara, mi causa estaría perdida.

—Estoy segura que vas a morir allá arriba —le dije sollozando.

Se aseguró de tener mi mirada atrapada antes de hablarme, muy bajo y muy cerca. Sentía sus labios moverse contra los míos.

—Te juro, por la familia que vamos a formar, que eso no va a suceder. Silvana, justo ahora me haces mucha falta, y una vez que me vaya, vamos a pasar semanas sin vernos. Si de mí dependiera, pasaría cada instante hasta mí partida besando y acariciando tu cuerpo, pero como solo tenemos las noches, no quiero desperdiciar ninguna. Continuaremos la discusión por la mañana.

Yo sentía la inmensidad de su amor por mí, si se pudiese materializar, sería incluso más grande que la montaña que él planeaba escalar. No me resistí ni por un segundo a sus perfectos besos. Estaba ansioso de

mí y se notaba la impaciencia en sus caricias. Estando en la cama, con su cuerpo sobre el mío, me sentía completa, y justo en ese momento nada me faltaba, nada me dolía.

La mitad de mi cuerpo estaba sobre el suyo y él acariciaba mi cabello, por primera vez en mucho tiempo, me sentía en paz.

—¿Cómo estuvo tu paseo por el Valle? —me preguntó y sentí sus labios muy cerca de mi oído, era tan agradable, casi una caricia y extraordinariamente, a pesar de que acabábamos de hacer el amor, su voz me hizo estremecer.

—Es un lugar muy hermoso.

—Estás haciendo un buen trabajo, estoy orgulloso de ti.

—¿No tienes miedo? —Desde que había descifrado sus intenciones, me preguntaba eso.

—Ciertas cosas me dan miedo, desde luego, otras no tanto.

—¿No te dan miedo esas montañas?

—No. —No lo decía solo para darme tranquilidad, de verdad estaba confiado en lo que hacía.

—¿Qué te da miedo entonces?

Él lo pensó un momento antes de responder.

—Me aterra por ejemplo, que por estar molesta conmigo, corras hacia Charles. Ambos sabemos lo que siente él por ti.

Estaba molesto, pero se esforzaba por no ser rudo conmigo. Imaginé que la situación hubiese sido al re-

vés, que él estuviese enojado conmigo y trancara una puerta en mi cara para reunirse con otra chica, yo estaría furiosa. Sin embargo él me había buscado, había sido dulce, y aun en su reclamo, no dejó de serlo.

—Perdóname —le pedí besando su pecho—: reconozco que estuvo mal. Estaba tan molesta.

—Cuando ese sea el caso grítame, desahógate, pero debemos arreglar nuestros problemas juntos, no hay manera de encontrar soluciones a problemas de pareja recurriendo a terceros. Y menos si ese tercero te mira de la manera en que lo hace él. El rato que estuviste en esa habitación se me hizo eterno. —Estaba dolido, y con toda la razón.

Me sentía terrible por haberlo herido de esa manera.

—Perdóname —le pedí una vez más, apretando mi cuerpo contra el suyo. Con mucho cuidado y cariño busco mis labios y comenzó a besarme, dándome a entender que estábamos bien.

—¿Escucharás lo que tengo que decirte? ¿Me darás la oportunidad de explicarte? —me preguntó después de un rato

Asentí sin estar muy convencida de la idea, quizás aquella información solo lograría atormentarme más, pero lidiaría con eso llegado el momento, por esa noche él estaba conmigo, sano y a salvo.

Augusto arribó al Valle, y aunque no mencionó nada al respecto, supe que estaba impresionado con los avances que habíamos hecho. Amalia había llegado con él

y efecto resultó ser de gran ayuda. Casi de inmediato, tanto la casa como el Valle cobraron vida. Ubicaron en las estructuras pequeñas a las familias que día a día llegaban, consiguieron personas que se encargaran de los quehaceres de la casa, así como de la cocina y fue así como en un par de días el lugar comenzó a verse como en las visiones que me mostró Astor.

Los días pasaban y mi ansiedad aumentaba, "una o dos semanas" había dicho Daniel, pero ya había transcurrido la primera y él seguía a mi lado. Jade estaba de visita en el Valle, y había prolongado su estadía hasta la partida de su hijo.

Invertía mi tiempo en una causa extraña, hacer que los habitantes del Valle, que seguían llegando, me conocieran. Augusto y Amalia, habían insistido en que era importante. Por mi parte me sentía como el peor de los políticos en plena campaña, salvo que no había un ápice de político en mí, me limitaba a sonreírles y escuchar sus historias de como El Valle potenciaba sus poderes.

Con tanto trabajo, había tenido muy poca interacción con Daniel, prácticamente no nos veíamos durante el día, solo por las noches y había quedado implícito que las peleas siempre podían esperar al día siguiente. Lo aprovechaba al máximo, no me dormía hasta que mi cuerpo no podía más, y cada noche era tan intensa como la primera, o como la última.

—¿Cómo está tu itinerario hoy? —me preguntó mientras nos vestíamos para bajar a desayunar.

Yo abrochaba los botones de su camisa y él me tenía tomada por la cintura.

—No demasiado copado, espero. ¿Por qué?

—Me gustaría que me regalaras unos minutos —me pidió justo cuando abroché el ultimo botón.

—No quiero —me rehusé, sabiendo lo que él pretendía—. Nada de lo que me digas me hará sentir mejor, ese tema solo puede lastimarme.

Miraba fijamente mis propias manos en su pecho, me sentía increíblemente pequeña, indefensa siempre que pensaba en su partida.

Tomó mi barbilla con sus dedos y alzó mi rostro para que nuestros ojos se encontraran, era imposible escapar de su mirada.

—Necesito que lo intentes. Es importante para mí.

Cuando me pedía algo, y me miraba con esos grandes ojos, me era imposible negarme, y comenzaba a sospechar que él estaba consciente de eso.

—De acuerdo.

—No pienso arriesgarme a que cambies de opinión, así que vamos ahora.

Besó mi mano unida a la suya y me guió fuera de la habitación. Fue una decisión inteligente de su parte, probablemente cambiaria de opinión en cuanto nos separáramos. Me llevó a un cuarto dos pisos por encima del nuestro, vacío de no ser por un largo mesón, en el que había lo que parecía ser un mapa casi del tamaño del mesón mismo. Al lado del gran papel blanco, había un pequeño libro.

Daniel me haló tiernamente por el brazo hacia el mesón, donde estaba el gran dibujo, me puso frente a él y me abrazó por detrás de la cintura con un brazo. Con la mano que tenía libre tomó la mía. Sus labios estaban en el lóbulo de mi oreja y supe en ese momento que estaba en gran desventaja.

—Esa es la montaña que debo subir. —Me señaló con nuestras manos la montaña dibujada frente a nosotros, y mi mente se desvió por un segundo a la implicación de la palabra "debo"—. Esto de acá—tomó mi dedo índice y señaló el principio del mapa—, se llama campo base. Desde ahí podré comunicarme contigo, no fácilmente, pero al menos de vez en cuando. Estando ahí no correré ningún tipo de riesgo. Cuando comience el ascenso, no estaré solo, iré con tres experimentados sherpas que han hecho este recorrido incontables veces. ¿Sabes lo que es un sherpa? —Asentí, lo había aprendido recientemente —. Muy bien. Si hago esto es porque tengo un plan para que estemos a salvo, y lo que necesito, está allá arriba. ¿Recuerdas lo que te dije de las montañas la noche que nos conocimos?

—Recuerdo todo lo que me has dicho. —Él se estremeció a mis palabras, pero continuó.

—Muy bien. Los sherpas y yo subiremos hasta este punto, que se llama campo uno, para luego descender a campo base, y volver a ascender a campo uno y dos, posteriormente el tres.... —Mientras me explicaba hacia el recorrido en el mapa con nuestras manos—.

La razón de hacerlo de esa forma, es que el cuerpo se aclimate a la temperatura extrema, sería un shock subir directamente a la cima. Bien, una vez que hayamos subido a campo cuatro viene el ascenso final. —Pasó nuestros dedos por el pequeño trayecto que dividía el enunciado "campo cuatro" con el de "cima"—. Si te fijas, es considerablemente corto comparado con los demás, y ahí, solo ahí en ese pequeño trayecto, es donde se espera algún tipo de peligro. Nada para lo que no esté preparado y ciertamente nada lo suficientemente grande como para separarme de ti.

Era increíble el poder de su voz en mí, a pesar de estarme contando lo que para mí era la más terrorífica de las historias, su voz era una nana y estaba perfectamente cómoda en sus brazos.

—¿Buscas algo específico? —pregunté a pesar de imaginar la respuesta.

—Sí. Todo está calculado. —Y besó mi hombro. Sabía que no revelaría mucho más, y tampoco estaba segura de querer saber.

—Pareces estar muy seguro de lo que haces —le dije mientras besaba mi cuello, pero él ignoro mis palabras.

—Tengo algo para ti. —Me giró hasta que estuve frente a él, acto siguiente, me alzó y sentó en el mesón sobre el mapa. Tomó el libro que hasta el momento había ignorado, y regresó junto a mí, para pararse entre mis piernas abiertas. Lo tenía ahora frente a frente y así, de ser posible, estaba en más desventaja aun—. No estará hecho por un gran vidente, quizás solo lo

haya hecho para nosotros Camila —me explicó entre risas nerviosas, mientras abría el pequeño libro—, pero esta, es nuestra historia.

—¿Profecías? —murmuré cuando vi la primera página y él asintió.

—Cuando Miriam te vio llegar. —En el aficionado dibujo estaba él, impactante con sus grandes ojos azules resaltando en la imagen, y yo hipnotizada en aquel pasillo del Recinto. Lo recordaba como si hubiese sido el día anterior. Pasó la página y en el siguiente dibujo estábamos de nuevo él y yo, esta vez abrazados, en la casa de Augusto—. La noche que fui a verte y dormimos juntos por primera vez —narró, aunque no era necesario. Todos esos recuerdos estaban muy vivos en mi mente. En el siguiente dibujo estábamos en la pequeña meseta, esa había sido técnicamente, nuestra primera cita—. Nuestro primer beso —siguió, y no pude evitar sonreír ante aquel hermoso recuerdo—. Comprenderás que no podía describirle la escena exacta a Camila, pero ese día…

—Fue nuestra primera vez —terminé su frase. A pesar de que en el dibujo solo estábamos abrazados en su habitación, yo sabía exactamente lo que representaba la imagen.

Pasó la página una vez más y el siguiente dibujo representaba el presente, el preciso instante que estábamos viviendo: él y yo, en aquella habitación, yo sobre el mesón, él entre mis piernas, y en sus manos, algo que brillaba mucho, un anillo. Pasó a la siguiente hoja,

que estaba en blanco, no había dibujo en ella, solo un pequeño anillo con un gran diamante azul. Un zafiro.

—No te lo voy a preguntar. Sé que me amas, y que quieres compartir tu vida conmigo —me dijo en voz baja y ronca, con su boca muy cerca de la mía, mientras yo me estremecía. Tomó el anillo y lo puso en el dedo anular de mi mano izquierda, con mucho cuidado. Me quedaba perfecto—. Quiero que seas mi esposa… y vas a ser mi esposa. Está escrito, y no en ninguna profecía, sino en tus ojos y en la manera en que brillan cuando me miras, en tu piel que se eriza cuando te toco, ahí, justo en esos detalles está el "sí" que necesito de ti. El "sí" a ser mía para siempre. —Tomó mi rostro entre sus manos y atrapó mi mirada con la suya, una vez más quería llorar, pero no de tristeza.

—Es del color de tus ojos. —Fue lo único que pude decir, antes de que sus labios se unieran con los míos.

Michael no pareció sorprendido cuando le di la noticia. Simplemente se acercó a mí y me dio un abrazo.

—¿No vas a decirme nada? —le pregunté.

—Felicidades.

—Eres tan bueno con las palabras —me burlé.

—Si tú eres feliz, yo soy feliz. ¿Mejor? —Era completamente honesto y no me resistí a darle otro abrazo, más largo que el anterior.

Mis cuñadas y suegra fueron muchos más efusivas, estaban muy emocionadas, aunque no parecían sor-

prendidas en absoluto. Además de que Cami había hecho los aficionados dibujos, Jade fue la encargada de ayudarlo a escoger la joya.

Era cerca de media noche y estábamos en la cama. A través de una de las ventanas se veía la luna llena. Yo estaba recostada sobre su pecho desnudo y no podía dejar de admirar el anillo, realmente era muy similar a sus ojos.

—Tenía otro plan, algo más grande, pero con lo de Jennifer y todo lo demás…

—Fue perfecto —le dije abrazándolo.

—Quiero que mi ausencia hagas los planes, y nos casaremos en cuanto vuelva —me dijo entre besos

—No —me negué—.Por favor entiéndeme. Y no me pidas más de lo que puedo dar.

—Está bien. Como tú quieras.

Me sentía extraña con ese gran anillo en mi dedo, era como si le hubiese hecho una adición a mi cuerpo, me gustaba tanto.

Cuando fui a ver a Charles estuve tentada a darle la vuelta al anillo para que no pudiese ver el diamante, pero cambié de opinión al considerar que probablemente ya lo supiese. Tenía buen semblante, pero por su expresión y por lo que sentí a continuación, supe que en efecto sabía de mi compromiso con Daniel.

—Supongo que debo felicitarte —me saludó.

—Es la convención social, pero no tienes que hacerlo. —A pesar de cómo se sentía, no dejó de sonreírme en ningún momento.

—Felicidades —me dijo cuándo me senté a su lado.

—Gracias, Charles —respondí tomando su mano.

—Sé que te parecerá difícil de creer, pero me alegro por ti. No puedo ser tan mezquino como para desear que no seas feliz solo porque llegué tarde a tu vida.

—No me parece difícil de creer en absoluto. Eres un hombre noble, quizás el más noble que conozco.

—Es lo que tú me inspiras.

No podía evitar sentir un enorme cariño por él, así como también la necesidad de redimirme, de compensarle.

—Conocerás a alguien, probablemente aun no, mientras estés en esta cama, pero eventualmente llegará a tu vida una chica hermosa y amable que me hará parecer una arpía. —Se rió de mis palabras y no comprendí por qué—. ¿Qué es lo que te parece gracioso?

—Dudo que algún día pueda ver a la chica de mis sueños como una arpía. ¿Sabe él que es un bastardo suertudo?

—Lo sabe.

—Por supuesto, te dio un anillo. —Si alguien solo pudiese observarnos, más no escucharnos, nunca imaginaria el contenido de nuestra conversación. Solo Charles podía tratar un tema tan delicado de manera tan natural—. ¿Y cuándo es la boda?

—No lo sabemos, lo decidiremos a su regreso.

—Es un hombre muy valiente, o muy enamorado.

Quizás ambas. Pero casi nadie baja vivo de esas montañas. —Sentí como si me echaran un balde de agua fría, y estuve segura que él me vio estremecerme—. Lo siento Silvana, no quise…

—Está bien. Es solo que trato de no pensar en ello ¿sabes? Es un mecanismo de defensa, lo mismo que hago con la muerte de Jennifer. Desecho el pensamiento por completo porque es demasiado doloroso, pero cuando pienso en ello, me es difícil respirar.

—No era mi intención hacerte sentir mal. Es lo último que querría.

—Lo sé Charles. No dijiste nada malo, solo la verdad. Yo sé que tú no me harías daño, al menos no a propósito. —Miré hacia la ventana y suspiré con nostalgia — ¿Te marcharás en cuanto mejores?

—¿No necesitas un buen rastreador acá?

—De ninguna manera te querría lejos, pero sería egoísta de mi parte pedirte que te quedes.

—Sigue siendo solo eso, una petición, la decisión es mía. Maldito Estocolmo ¿no crees?

A pesar de estar haciendo lo que para él era un chiste, yo podía sentir el ardor en su corazón, que rebotaba en el mío.

—¿Sabes Charles? Me gustaría ser como tú, en realidad me gustaría que todas las personas fuesen como tú. El mundo sería un lugar mucho mejor de esa manera.

Con mucha culpa, el pensamiento de que si no hubiese conocido a mi perfecto ángel, Charles se habría ganado mi corazón, irrumpió en mi mente.

CAPÍTULO 24
SOLA

Cuando volví a la habitación aquella noche, Daniel estaba sentado en la cama con un gran bolso de viaje. De inmediato me faltó el aire. Él se dio cuenta que me sentía mal y corrió a mi lado para cubrirme en sus brazos.

—Mi amor, ya habíamos hablado de esto —me dijo besándome el rostro. Al ver que no dije nada, buscó mi mirada, pero yo no podía articular palabra. Me llevó hasta la cama y me sentó en ella para después arrodillarse frente a mí—. Necesito saber que vas a estar bien.

—Si quieres que esté bien, no me dejes —le supliqué.

—No estarás sola, Michael cuidara de ti. —Me quitó el abrigo, mientras yo aún intentaba que el aire llegara a mis pulmones—. Verás que el tiempo pasa rápido, y me comunicaré contigo tanto como pueda. —Sus palabras eran vacías, no hacían ninguna diferencia—. No hagas esto más difícil, te lo suplico. ¿Crees que es fácil para mí dejarte? Es insoportable saber que no voy verte todo este tiempo, no voy a besarte, a tocarte. Te necesito cada segundo del día, y es por eso que tengo que protegerte. —Me levantó de la cama, me apretó fuerte contra su cuerpo, y pegó su frente de la mía—. Me voy por la mañana y te suplico, que aprovechemos al máximo las últimas horas que tenemos juntos.

¿Había hecho todo en mi poder para retenerlo? ¿Había jugado todas mis cartas? Lo único que se me ocurría no me hacía sentir orgullosa, era deshonesto y bajo. Pero estaba desesperada.

—Por favor, suéltame —le pedí evitando sus ojos—. Tengo mucho frío.

Me escrutó con la mirada y no me soltó de inmediato, pero frotó la piel de mis brazos con sus manos y comprobó que lo que decía era cierto. Lentamente, sin retroceder, liberó el agarre.

Di un paso hacia atrás, pues necesitaba espacio para lo que estaba a punto de hacer. Aun sin mirarlo a los ojos, me quité el brillante anillo azul y se lo tendí. Sentí como lo golpeaba una ola de dolor, que ni de cerca se comparaba al mío.

—Silvana… —Comenzó, pero lo ignoré. Puse el anillo sobre su maleta y lo dejé plantado, solo y atónito.

No sabía que componente del agua le daba la capacidad de actuar como anestesia, y aunque aún me sentía miserable, al menos en la ducha caliente podía respirar. Sabía que mi pequeño acto de malcriadez no haría diferencia alguna, él igual se iría porque estaba decidido, pero había sido una medida desesperada, tan desesperada como inútil. Estuve en el baño tanto tiempo como pude, pues sabía que en cuanto lo viera, me faltaría el aire el nuevo. Cuando no lo pude posponer más, salí.

Él estaba sentado en la cama, con los codos sobre las rodillas y el anillo en sus manos. Lo ignoré sintiendo

como me seguía con la mirada mientras cruzaba la habitación hacia el armario. Me quité la toalla y me vestí como si él no estuviese ahí, aun sintiendo su mirada sobre mí. Me acosté en la cama, lo más alejada de él posible, y apagué la lámpara a mi lado.

Casi de inmediato, se acomodó sobre mi espalda. Estaba luchando con las ganas de llorar una vez más, y si él me tocaba… cuando él me tocara, no podría resistirme.

Besó tiernamente mi cuello y yo cerré los ojos con fuerza para que las lágrimas no pudieran salir. Mi mano izquierda sobresalía por debajo de la almohada y colocó con mucho cuidado el anillo nuevamente en su lugar. Un par de lágrimas silenciosas escaparon de mis ojos.

Continuó besando mi cuello, hasta llegar a mi hombro, y cuando se encontró con el tirante de mi bata, simplemente lo quitó de su camino y siguió su recorrido de besos hasta mi brazo.

—No llores más por favor —me pidió limpiando mis mejillas con su pulgar—. Todo habrá terminado pronto, lo prometo. De momento, solo quiero… quiero no, necesito, hacerte todo lo que no podré hacerte las próximas semanas.

No había manera de que yo me resistiera a él, a sus besos, a sus caricias y a su perfecta voz. Me giró para que quedara acostada de espalda y pegó su cuerpo al mío, nunca me sentía tan completa como cuando él estaba sobre mí.

—Tú no tienes una idea, de cuanto yo te amo —le dije aun entre lágrimas, acariciando su rostro.

—Tengo una idea de cuánto te amo yo a ti, y de ese mismo tamaño es la promesa que te hago de volver.

Me dejé llevar por el cielo azul que en ese momento estaba pintando para mí, por la sensación de plenitud que me producía su cuerpo pegado al mío, y consciente de la noche negra que me esperaba a partir de la mañana, me perdí en él.

Desperté alarmada al notar que había salido el sol, no hizo falta que lo buscara o que llamara su nombre. Él ya no estaba. Me dejé caer de nuevo en la almohada intentando no caer en pánico, comenzaba a sentir la ya familiar falta de aire. Inhalé y exhalé repetidas veces antes de ponerme de pie.

"*No entres en pánico, no entres en pánico*" me repetí a mí misma varias veces. Sabía que eso iba a pasar, lo estaba esperando. Un baño, sí, quizás eso me tranquilizaría.

Estuve en la ducha tanto como pude, salí y me vestí mecánicamente. Sin pensar, evitando a toda costa pensar. No me fijé en la ropa que escogí, y tampoco le puse demasiado empeño a mi arreglo, estaba en una especie de piloto automático.

Cerré completamente las cortinas para cubrir en su totalidad las montañas. Intenté recordar que tenía que hacer aquel día, pero mi mente simplemente no funcionaba. Quizás si salía, si me distraía… caminé hacia la puerta, pero no logré llegar a ella. Estaba ahogándome en las lágrimas que no estaba derramando. Me senté en el piso, recostando mi espalda de uno de los muebles y puse mi cabeza entre las rodillas.

"Respira Silvana, respira" me ordené a mí misma en voz baja. Me daba la impresión de estar a punto de explotar, y sin poder contenerlo un segundo más, lloré; y por más que lloraba, no aliviaba la presión en mi pecho, de vez en cuando debía detenerme para tomar aire, pero las lágrimas no se acababan.

Él sabía el daño que me estaba haciendo y no escogió evitármelo, no le importó destrozarme en mil pedazos, porque estaba segura, de que aun si estuviese viéndome en ese estado, igual habría escogido irse, y justo en aquel momento, que lo necesitaba tanto.

Llamaron a la puerta y quise gritarle a quien estuviese ahí que se fuera, pero en medio de los incontrolables sollozos, no podía encontrar mi voz. Después de llamar tres veces y no recibir respuesta, abrieron lentamente la puerta. Isa se paró frente a mí y no venía sola, estaba acompañada de Jade, ambas me miraron con preocupación.

—Trae un poco de agua Isa, por favor —le pidió Jade e Isa se retiró.

Mi suegra se agachó frente a mí y vi que sus ojos estaban rojos, ella también había estado llorando.

—Tienes que tranquilizarte mi niña, esto no te hace bien —me dijo acariciando mi cabello, pero a medida que decía las palabras, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Unos segundos después volvió Isa con el agua y le entregó el vaso a Jade. Ella quiso hacerme beber, pero negué con la cabeza, me ahogaría—. Mi niña, por favor, me parte el alma verte

así, él va a estar bien, yo sé que va a estar bien. —Se sentó a mi lado y me abrazó fuertemente, pero eso, por algún motivo solo me puso más histérica.

—¿Por... .que… no…lo detuviste? —las palabras salieron de mis labios, aunque mi mente no estaba funcionando. No fui consiente de haberlas pensado

—Lo intenté cielo, te juro que lo intenté —me respondió acariciando mi cabello.

—Debiste…insistir…no debiste…permitirlo. —Era sumamente difícil hablar en ese estado.

—Hice lo mejor que pude, Silvana, lo siento tanto...

—Estamos… estamos a tiempo, vamos…por él… aún podemos…detenerlo.

—No, no podemos y lo sabes. Es muy terco, ustedes dos tienen eso en común.

—Por favor Jade, te…lo…suplico —le rogué, ahogada en lágrimas.

—Shhh…shhhh. No me hagas esto por favor. Trata de calmarte.

Me dolía la garganta por el gran nudo que había en ella, me dolían varias partes del cuerpo en realidad. No lograba tranquilizarme, y si acaso, con el pasar del tiempo mi llanto se desbocaba más. A ese punto ya estaba agotada, pero no podía detenerme. Quería que todo terminara, estaba exhausta y desesperada.

No tuve idea de cuánto tiempo había transcurrido, pero después de lo que me parecieron un par de horas, Michael entró en la habitación, solo podía ver sus zapatos, pero sabía que era él.

Me sacó cuidadosamente de los brazos de Jade, para envolverme en los suyos. No dijo nada, simplemente recostó mi cabeza de su pecho y acarició mi mojada mejilla con su pulgar. Poco a poco sentí como la intensidad de mi llanto iba disminuyendo, el apretado nudo en mi garganta se iba aflojando.

Jade se puso de pie con mucho cuidado, casi como si pensara que cualquier movimiento pudiese alterarme de nuevo, y quizás tenía razón, ya que estaba en un estado de letargo, sentía como si estuviese dormida, pero era consiente de todo lo que sucedía a mi alrededor.

Cuidadosamente, Michael me tomó entre sus brazos y se levantó del piso sin ninguna dificultad, como si no pesara absolutamente nada. Me colocó en la cama y se sentó a mi lado. Tomó mi mano y la presionó, supuse que requiriendo mi atención, así que me esforcé en escuchar lo que tenía que decir.

—Descansa, yo estaré aquí si me necesitas.

Tomé su mano con fuerza, y me dejé llevar por la inconciencia.

La cabeza me iba a explotar, era un dolor insoportable. Abrí los ojos y eso me causó una punzaba terrible que me hizo cerrarlos automáticamente de nuevo. Logré ver a Michael sentado en una de las ventanas, y antes de que pudiera volver a abrir los ojos, lo tuve a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—Me duele la cabeza. ¿Cuánto tiempo estuve dormida? —le pregunté.

—Todo el día.

—¿Y has estado aquí todo el tiempo?

—Fui un par de veces al baño y también salí en una oportunidad a atender una llamada telefónica.

—Muy gracioso —respondí con voz ronca.

—Quería estar aquí en caso de que despertaras…alterada otra vez.

—Gracias por el eufemismo.

—Por lo que veo te sientes mejor —me consoló con una tierna sonrisa que era impropia de él, pero debía admitir que me hizo sentir mejor.

—Estoy más tranquila, pero no sé por cuanto tiempo.

—Bien, mientras eres tú y estás cuerda, hazme el favor y come algo. Es un milagro que solo te duela la cabeza.

Después del ataque de histeria fue como si hubiese liberado toda la presión que sentía, y ya a ese punto no sentía… nada. No podía hacer nada, y llorar no ayudaba. Respirar y funcionar eran mi única misión.

—Augusto y Amalia se han encargado de un par de asuntos que requerían tu atención, ya te explicarán ellos —me dijo Isa al día siguiente, mientras bajábamos al despacho donde ellos me esperaban.

—¿Dónde está Jade?

—Está con Cami en las caballerizas, parece que un par de yeguas están preñadas y Cami las quería ver, es primera vez que alguna se embaraza en mucho tiempo y de pronto hay varias.

—Por favor avísame cuando tu mamá vuelva. Quiero disculparme con ella.

—Silvana, no hace falta, mi mamá sabe perfectamente por lo que estabas pasando.

—De igual forma, quiero disculparme, eso no me justifica.

Entré al despacho y en efecto, Amalia y Augusto estaban ahí.

—Buen día Silvana. Me alegro que te encuentres mejor de tu "malestar".

—Buen día Amalia, te agradezco que te hayas molestado en escoger la palabra "malestar" —contesté sarcásticamente.

—Lo primero que debes saber Silvana, es que nadie debe saber realmente donde esta Daniel, me refiero a las personas ajenas a la casa, sería un riesgo. Si se llegara a saber dónde realmente está él…digamos que eso afectaría la fe en el cumplimiento de la profecía, y por ende en ti y tú capacidad para manejar este lugar —me explicó Amalia, que definitivamente tenía madera de política.

—¿Algo más?

—Necesitamos reclutar, para comenzar, aviadores, dado que el clima del Valle es muy drástico y está por

llegar el invierno. Debemos propiciar las condiciones para que más personas, preferiblemente con habilidades útiles, se radiquen nuevamente aquí. ¿Sabes que es un aviador?

—Sí, Jennifer me lo explicó una vez. Influyen en el clima o algo así.

—Correcto. Por otra parte, necesitamos también un guardián joven, tenemos mucho trabajo por delante. Por último, es importante que te dejes ver, y naturalmente en buen estado —terminó Amalia, mirándome de arriba abajo.

Estaba muy consiente de mi responsabilidad, así como tenía claro que dejar que la ausencia de Daniel me derrotara no era una opción, seguiría las indicaciones de Augusto y Amalia al pie de la letra. En eso, la recuperación de Charles, consistirían mis días.

—Estoy muy preocupada por ti. No comes, no duermes y la verdad estas muy distinta, como si… no sé, pero actúas como un robot —me regañaba Isa aquella tarde particularmente sombría, mientras trenzaba mi cabello en su habitación

Desde la partida de Daniel, me parecía que siempre estaba conmigo, yo no protestaba, a veces incluso sentía que la necesitaba. Consideré que lo más probable era que él se lo hubiese pedido.

—Estoy bien.

—Quizás deberías hablar con alguien.

—No estoy loca Isa, se llama despecho. —Ella suspiró tristemente y cuando me habló, lo hizo con cautela.

—Se supone que llame esta noche, ¿hablaras con él?

—No, no puedo…

—¿Estas muy molesta verdad?

—Entre muchas otras cosas…

Se sentó frente a mí, me alcanzó un espejo para que viera el peinado y después me invitó a visitar a los caballos. Quería distraerme y yo estaba agradecida. Saliendo de la casa nos cruzamos con Aron que me saludó de esa manera formal que me hacía sentir como una señora, mientras que a Isa se dirigió en un tono familiar que me dio a entender que había ya cierta confianza entre ellos.

Quizás la competencia no sería tan sana, y ya no podía deshacer lo hecho…

Jade había decidido quedarse en el Valle debido a mi estado anímico, que según todos, no lograba mejorar. Yo en lo particular no entendía de que se quejaban, hacia todo lo que me pedían, cuando me lo pedían y como me lo pedían.

Tocaron a mi puerta mientras yo terminaba de arreglarme, estaba esforzándome por cubrir las ojeras en mis ojos, cuando entraron Isa y Sami. La escena pareció sorprenderlas.

—Comienzas a verte como tú de nuevo, eso es un gran alivio —empezó Sami y yo decidí tomarlo como un cumplido.

—Amalia insiste en que debo verme bien, y solo por evitar su mueca reprobatoria, estoy dispuesta a complacerla.

—Quizás no sea una buena idea que te veas tan bien…

Miré a Isa a través del reflejo del espejo, y ella me dedicó un gesto de disculpa, para después intercambiar extrañas señas con Sami.

—Sospecho que no vinieron solo a darme los buenos días.

Me giré para encararlas y ambas se sentaron en el mueble de la esquina antes de hablar. Si se estaban poniendo cómodas, no podía ser nada bueno.

—La buena noticia, es que ya tenemos aviador —exclamó Sami alzando los brazos, pero la mueca en su rostro no concordaba con sus palabras.

—¿Y bien? —la incité sabiendo que la parte interesante estaba por venir.

Isa resopló, para por fin hacerme saber la razón de su visita matutina.

—Es Christopher, acaba de llegar con Rose y Enrique. Jennifer nos contó lo que paso entre ustedes y sabemos que la noticia no debe ser de tu agrado, pero la idea fue de Amalia, y sospecho que lo escogió precisamente por lo que siente él por ti. Se supone que eso lo haría más… efectivo.

Ambas me miraban con cautela, por lo que decidí ignorar como me sentía respecto a la información que acababan de darme, y volví a mi tarea de arreglarme, ahora el cabello.

—Lo que no entiendo es por qué querría él estar aquí —comenté con tranquilidad, pues no le encontraba sentido.

—Silvana, comprendo que las cosas entre tú y Christopher han sido extrañas, pero para nosotros es prácticamente familia, crecimos juntos. Supongo que quiere ayudar.

—De acuerdo —acepté sin darle mucha importancia.

—¿Crees que Daniel estará muy molesto?

—Él no está aquí, así que no hace diferencia. —Me puse de pie y me planté frente a ellas—. ¿Me veo decente? ¿O aun parece que me arrolló un camión?

—Estas muy bonita, y también muy loca, quizás sea prudente que Cami trabaje en tu humor, que para serte honesta, comienza a parecer psicótico —contestó Sami con preocupación,

En efecto, cuando bajé a la cocina estaba Christopher, miraba un mapa con Amalia mientras ella le daba indicaciones.

—Buenos días —saludé sin muchos ánimos.

Christopher me sonrió aun desde su posición y yo seguí hasta la cafetera mientras escuchaba como Amalia le explicaba que debía mantener la entrada y otros puntos específicos del Valle despejados. Escuché las instrucciones para entender la labor de Christopher, pero casi enseguida Amalia terminó y se despidió dejándonos solos. Estaba por marcharme cuando él me interpeló:

—Daniel es un idiota por abandonarte justo ahora, con todo lo que ha sucedido. —Su mirada era hones-

ta, pero sus palabras me quemaban y del agrado que sentí una vez por él ya quedaba muy poco.

—Si de verdad estas aquí por ayudar, aprecio el gesto. Pero no te equivoques, el hecho de que él no este no cambia nada.

—Las cosas no tienen que ser tan difíciles ¿sabes?, nada de lo que temes tiene por que pasar, tienes opciones.

Mi energía era limitada y no tenía sentido discutir ese tema con él. Lo rodeé y me alejé, pero una de las cosas que me dijo arraigó en mí, *"nada de lo que temes tiene por que pasar"*.

Él tenía razón, podía evitarlo todo, sabia como, pero ¿tendría la fuerza para hacerlo?

CAPÍTULO 25
DESESPERADA DECISIÓN

Estaba con Sami e Isa en la pequeña biblioteca de la casa, intentaban explicarme cosas que según decían, era importante que supiera; me hablaban de los poderes que aun desconocía, de las criaturas que habitaban en El Valle, de cómo funcionaban, en teoría, las profecías, y más. Mi concentración no era la mejor, pero me esforzaba por prestarles atención.

—La magia se absorbe, tu eres ejemplo de ello, cuando llegaste aquí fue como si la magia que había en ti se activara —me explicaba Isa —, y la de El Valle es particularmente intensa, así que es posible que tus poderes sigan evolucionando.

Yo tenía la barbilla sobre una pila de libros, mientras ella ojeaba otro. Sami hacia dibujos distraídamente en una hoja y pude ver que en ese momento trabajaba en un caballo.

—Préstame atención —demandó Isa, chasqueando los dedos frente a mí.

—¿Por qué a ella no la regañas? —protesté espabilando.

—En primer lugar, ella sabe todo esto. Y en segundo, podría ver algo útil.

—¿Ver? —pregunté sin comprender, ya que Sami solo estaba distraída dibujando.

Isa puso los ojos en blanco y frunció los labios antes de contestar.

—Esa es una de las formas en la que se presentan las premoniciones, a través de imágenes, que los videntes dibujan para poder interpretar.

Recordé el libro ilustrado que había utilizado Daniel el día que me dio el anillo y tuvo sentido.

Isa estaba a punto de seguir explicando, cuando tocaron a la puerta y entró el sanador.

—Permiso. Silvana, voy a ausentarme un par de horas. Charles queda a cargo de la señora Helena.

—De acuerdo, muchas gracias —accedí porque él estaba mucho mejor y ya no requería constante atención.

Aron le sonrió con amabilidad a Isa, antes de desaparecer de nuevo, y ella se sonrojó. Le di un codazo que la hizo aullar de dolor.

—¡AU!

—Te gusta —la acusé.

—Es guapo —respondió, masajeando donde le había atinado el codazo.

—¿Y que con Michael?

—Ya me resigné —dijo, cerrando el libro y poniéndose de pie.

Mi fracturada fe en el amor y los finales felices, amenazó con desaparecer por completo.

—Creí que ibas a luchar.

—¿Y acabar con la poca dignidad que me queda?

¿Por qué esperar por algo que nunca va a llegar? Me cansé.

Estaba a punto de protestar, cuando ella se detuvo en seco, distraída por el dibujo de Sami. Lo observaba con el ceño fruncido y yo me incliné a verlo también. Sami seguía absorta en su trabajo, pero segundos después lo terminó y lo giró para que lo apreciáramos mejor.

Eran una yegua y un potro en el piso, había sangre.

—¿No es muy pronto para que nazcan? —quise saber.

—Creo que sí, deberías hacer que alguien las revise —sugirió Isa.

—Lo haré.

Recordé donde habíamos dejado la conversación y estaba punto de retomarla cuando Isa cubrió mi boca con su mano. Y como si adivinara lo que estaba pensando, me dijo:

—Entiendo que Michael sea tu persona favorita en el mundo y que siempre estés de su lado. Pero ¿no quieres que yo sea feliz? ¿De verdad no te importa que se me vaya la vida esperando por él?

Solté aire derrotada y ella descubrió mis labios. Mi pobre Michael... Si bien no había querido admitirle sus sentimientos a Isa, estaba segura que verla con otro le dolería.

Consideré atar a Aron a una piedra gigante y lanzarlo en el lago, pero lo necesitaba para curar a Charles. Quizás algo menos drástico y letal…

Isa retomó la lección y esta vez Sami se nos unió, quería concentrarme, pero no podía dejar de imaginar el rostro triste Michael, si Isa iniciaba algo con Aron.

Cuando tocamos el tema de los errantes, me obligué a mí misma a prestar atención, necesitaba entender todo aquello.

—Lo que no me queda claro es...—Comenzó Sami distraída, jugando con su cabello— ¿Por qué tu futuro no se muestra? Digo, entiendo lo de que puedes cambiar el diseño del tiempo, aunque eso es algo extraordinario y actualmente con suerte logramos que comas y camines, pero no eres una errante. Solo si lo fueses sería comprensible que tu futuro no se develе.

Ignoré el insulto y me centré en las interrogantes que muy bien había planteado, pero como siempre, no tenía nada.

—Creo que lo descifré —intervino Isa, mirándonos con curiosidad.

—¿Vas a restregarnos de nuevo tu coeficiente intelectual? —dijo Sami con mofa.

—Es mi swing de home run —se defendió ella y tomó aire antes de explicar —. Aunque de momento Silvana no sea errante, por un tiempo lo será.

—¿Por un tiempo? —cuestioné confundida.

—Silvana, cuando una mujer está embarazada, las habilidades de su bebé se extrapolan hacia ella. Mamá sabía que Daniel seria sanador porque cuando estaba en estado de él, podía sanar, sabía que Cami seria melódica, porque cuando estaba embarazada de ella y

nosotros hacíamos berrinches, nos calmaba inmediatamente. En fin, considerando la bebé en cuestión, es seguro decir que cuando estés embarazada, serás errante, entre muchas otras cosas.

—¿Eso qué quiere decir con exactitud? ¿Qué es lo que voy a poder hacer?

—Es difícil saber porque no hay precedentes, pero en teoría y SOLO EN TEORIA, podrías cambiar cosas que ya pasaron.

—¡Genial! —exclamó Sami, aun jugando con su cabello.

Sonaba interesante, sí. Pero por alguna razón me encontré deseando que no fuese de mí de quien estuviésemos hablando.

¿Sería posible revertir algunas de las terribles cosas que ya habían pasado?

Como si pudiese leer mis pensamientos, Isa me sacó de ellos.

—No te hagas demasiadas ilusiones, hay muchas teorías que no funcionan en la práctica. Sería muy complicado e incluso peligroso.

Me recosté en la silla soltando un suspiro largo, como siempre, ella tenía razón. Trataría de no pensar en eso, pero el rincón de mi mente donde almacenaba las cosas en las que no quería pensar, comenzaba a abarrotarse.

Desde pequeña me había sucedido algo extraño, siempre que soñaba, estaba consciente de ello, sabía que no era real, e incluso había podido decidir despertarme cuando un sueño no me agradaba. Pero aquella pesadilla era distinta...

Estaba tumbada en una cama y aullaba de dolor, mi vientre dolía, quemaba y aunque en mi vida había experimentado algo parecido, sentía como si estuviesen arrancando mis entrañas. Ella estaba inclinada sobre mí, Mónica, y sus manos estaban cubiertas de sangre, mi sangre. Sacó la pequeña criatura de mi cuerpo y la miraba absorta con los ojos llenos de sentimiento, yo intentaba incorporarme, quería alejarla del pequeño bulto ensangrentado, pero el dolor no me permitía hacer nada. Ella comenzó a alejarse y yo me sentí desvanecer.

Desperté cubierta en sudor y sintiendo el latir de mi corazón en la garganta. Estaba muy adolorida, y mis pies se sentían helados. Retiré la sabana para revisarme y en efecto había pequeños rastros de sangre en mi ropa. Ese dolor, esas manchas carmesí, me produjeron un alivio bárbaro. Me puse de pie, necesitaba algo para calmar el dolor y asearme.

Cuando bajé a la cocina encontré a Amalia hablando Aron y por la expresión en los rostros de ambos al verme, supe que hablaban de mí. Él se excusó en cuando entré y salió de la habitación dejándome sola con ella.

—¿Qué le preguntabas? —le cuestioné sin rodeos, cansada de su actitud insidiosa.

Me sorprendió cuando me respondió inmediatamente y con completa honestidad.

—Quería saber si estás embarazada, porque el que no lo estés es una garantía de que Daniel volverá —respondió casualmente, sirviéndose café.

—Pudiste simplemente preguntármelo a mí, no habría tenido problemas en responderte que no.

—No era consciente de que lo supieras —expresó encarándome —, sé que no es algo que de momento te entusiasme, pero en mi opinión, podría ser beneficioso.

No estaba de acuerdo con ella, y lo peor era que no divisaba un horizonte en el que pudiese celebrar esa noticia.

Amalia se sentó frente a mí en la mesa, me miró con esos penetrantes ojos ámbar, y tomó mi mano cariñosamente antes de hablar.

—Estas desanimada, posiblemente incluso desesperanzada. Un bebé cambiaria eso. He visto dentro de muchos corazones Silvana: personas malas, personas buenas, ambiciosas, egoístas, altruistas, lo he visto todo. Y he visto también cómo cambia el corazón de una mujer al convertirse en madre.

La miré impasible, intentando descifrar su enfoque sin éxito. Ella había comenzado a hablar de nuevo, cuando se escuchó un hombre gritar a pocos metros de distancia. Las dos nos incorporamos en señal de alerta, mientras el hombre se quejaba una vez más.

Oí ruidos fuera de las paredes de la casa y salí a toda prisa a auxiliar a quien fuese que gritaba, pero los brazos de Michael que entraba en ese momento a la coci-

na, me atraparon. Augusto venia tras de él, se comunicaron mediante miradas y como si yo fuese un objeto, me pasó a sus manos. Augusto me apretó fuerte contra su pecho, mientras yo veía como Michael desaparecía de la cocina. Adiviné que a buscar a Isa.

Como pude me escapé de los brazos de Augusto. El hombre ya no se escuchaba, pero oía personas corriendo y gritando fuera de la casa.

Sabiendo que mi tiempo era limitado, busqué a Jade.

—¿Dónde están las chicas? —le pregunté.

—Sami y Camila estaban en tu habitación. No sé de Isa.

—Búscalas, escóndelas, como lo hiciste la última vez.

Ella parecía aturdida y por un segundo dudé si seguiría mis órdenes, pero poco después se repuso y corrió en la dirección en la que la había mandado.

Nuevamente escuché un grito y este me hizo estremecerme: Charles. Corrí hacia su habitación tan rápido como mis piernas me permitían, ignorando todo lo que ocurría a mí alrededor.

Una extraña criatura estaba sobre él, comiéndose la carne de su pierna herida, él gritaba de dolor y desespero mientras intentaba luchar con las manos. Michael, que de la nada estaba de nuevo junto a mí, se abalanzó sobre el atacante con un cuchillo que clavó repetidas veces mientras la bestia se defendía y ambos cayeron al piso.

Como Michael llevaba ventaja, me acerqué a Charles. Estaba muy pálido y estaba cubierto de un gran char-

co de sangre. La criatura que ahora estaba abatida en el piso, desprendía un desagradable olor fétido.

Tomé una sábana y presioné la herida de Charles para contener el sangrado, él gritó.

—Tranquilo, tranquilo, volveré por ti, lo prometo —le aseguré besando su frente, que estaba empapada en sudor.

Debía buscar a Aron, pero no quería dejar a Charles.

—Por favor no te vayas —me pidió con voz entrecortada y no pude negarme a su petición.

Michael se incorporó, también estaba herido, se quejaba y estaba cubierto de sangre maloliente, pero aparentemente no de gravedad. Pero poco a poco, escuché como el bullicio a mí alrededor se apagaba. Y en un par de segundos, tan inesperadamente como había empezado, terminó.

—Busca al sanador —le pedí a Christopher, que entraba a la habitación en ese momento y tras evaluar la situación, salió de nuevo.

Auxilié también a Michael, intentando cubrir su herida, que noté abarcaba parte de su brazo.

Christopher volvió con Aron casi de inmediato.

—Quédate con ellos —le pedí—. Necesito saber de los demás.

—Isa está en el sótano, la encerré ahí —me explicó Michael.

—Está bien, iré por ella.

Bajé a toda prisa, pero aparentemente no había nadie allí, mi corazón se detuvo cuando llamé dos veces y no obtuve respuesta.

—Isa, soy yo, Silvana, ¿estás aquí? —llamé una vez más, cuando estuve adentrada en el lugar y su voz salió de una de las puertas.

—Aquí estoy Silvana, por favor déjame salir.

Corrí hacia su voz, y destruí la cerradura, después hizo falta que ella la abriera del lado de adentro. En cuanto salió, me abrazó.

—¿Mis hermanas? ¿Mi mamá? ¿Michael? —me preguntó.

—Michael está herido, ni a Jade ni a las chicas las he visto, vamos.

Nos encontramos de frente Jade, Sami y a Cami y las abracé con fuerza, aliviada de que estuviesen bien. Se dispusieron a ir a ver a Michael y Charles, mientras que yo salía al patio. Augusto estaba ahí hablando con Mort, Amalia y otros chicos.

—¿Quién está herido? ¿Quién gritaba? —quise saber angustiada.

—El señor que cuidaba los caballos, no recuerdo cuál era su nombre —respondió Augusto.

—¿Era? —Y en su mirada vi una confirmación —. No entiendo, ¿Qué querían?

—Eran limpiadores, pero dudo que hayan venido hasta aquí solo para asesinar un anciano y cenar.

La ola de ira que emanaba de Mort, me avisó que estaba por darme más malas noticias.

—¿Qué? —pregunté sintiendo como se erizaban mis vellos.

—Mataron a varias yeguas señorita—respondió apretando los puños—. Las que estaban preñadas, ellos...

—¿Ellos que Mort? Por favor termine —le urgí, pues se había quedado en silencio.

—Abrieron sus vientres, sacaron a los potros y se los llevaron. Dejaron a las yeguas desangrándose hasta morir.

Me senté en la escalera, pues estaba asqueada y no sentía que mis pies pudiesen sostenerme. Augusto caminó hacia mí, pero le indiqué con un gesto de la mano que estaba bien.

—Deberíamos recuperar los fetos —sugirió Amalia—. No sabemos para que los quieren, probablemente para usar magia oscura en tu contra.

—No harán nada con ellos, es solo...una analogía. Por eso vinieron, Mónica quiso enviarme un mensaje.

—No comprendo —insistió.

—Yo soy la yegua con el vientre vació...—les expliqué con la bilis en la garganta.

—¿Cómo está él? —le pregunté a Aron por Charles desde la puerta, al verlo inconsciente. Si estaba desmayado o simplemente dormido, no podía saberlo.

—Aun no estoy seguro, es demasiado pronto, pero lo cierto es que se perdió gran parte del avance que habíamos logrado. Una mordedura de limpiador es una infección segura. Ellos se alimentan de sangre muerta, mayormente podrida.

—No… sabia —expresé agotada.

—No son criaturas agradables. Los utilizan para limpiar después de las batallas.

Reprimí una arcada al recordar el hedor.

—Aron, necesito que Charles se recupere, necesito que este bien. Me temo que mi salud mental depende de eso. No puedo llevar una muerte más en mi conciencia y ciertamente no la de él.

Él asintió con compresión y continué:

—¿Y Michael?

—Lo traté y va a estar bien, cuenta con buena salud a diferencia de Charles, y su infección será más fácil de erradicar.

—Gracias por todo, y por favor, haz lo que sea necesario para que Charles mejore.

Organicé el entierro del señor Jorge y le di las respectivas condolencias a su familia.

A pesar de que me costaba mucho y se me hacía repugnante, fui a ver los cadáveres de las yeguas. Ordené su adecuado entierro también. Cuando todo estuvo resuelto, ya estaba cerca el amanecer. No podía más, mi cuerpo no resistía, no supe si me dormí o me desmayé, pero caí en estado de anhelada inconciencia.

Decidí no ser impulsiva, tomar la decisión más importante de mi vida a conciencia y con la cabeza fría, podía aprovechar mis noches en vela para meditarlo. Cuando estuve segura de lo quería, le pedí a Michael que me llevara al cementerio, donde ya anteriormente me había dicho que iba. Él no protestó, y aun con su brazo lastimado, me llevó a ver las tumbas de Annabelle, mi madre, y de su propia hija.

—¿Cómo es que están aquí? —le pregunté al recordar como él había escapado de Saúl.

—No están —me respondió con tristeza —, es simbólico. Aquí esta Ana y junto a ella enterré las cosas de Annabelle y lo que habíamos comprado para la bebé. Necesitaba un lugar a donde ir.

Me explicó y pude entenderlo por completo, a mí me habría gustado pensar que Jennifer estaba en algún lugar donde pudiese visitarla.

—Michael...—Comencé y con solo decir su nombre, mis ojos se llenaron de lágrimas —, no quiero terminar como ellas.

El me haló hacia su pecho y me apretó con fuerza. Aunque no podía ver su cara, cuando habló, su voz sonó quebrada.

—Eso no va a pasar, te lo prometo. Haré lo que sea necesario para protegerte. Se lo prometí a ellas poco después de conocerte.

Me separé de su pecho y tomé su rostro entre mis manos, no tenía idea de que respondería a mi petición.

—Por favor, sácame de aquí —le supliqué desesperada.

Me miró con confusión y enseguida negó con la cabeza.

—Silvana...—Comenzó, pero lo interrumpí.

—Te lo suplico. Podría irme sola, pero nos necesitamos. Y juntos podemos, vamos estar bien.

—¿Qué hay de Daniel? —Comprendió entonces que hablaba en serio.

—Él va a morir si me quedo, defendiéndome a mí, y a esa niña. Es la única salida y lo sabes.

—¿Puedes estar sin él? Desde que se fue estás tan mal...

—Por saberlo en peligro, pero si yo no estoy, él estará bien. No es lo que quiero Michael, pero no es lo que necesito.

—¿Y Augusto?

—Estará feliz de saberme a salvo. A la única persona que no podría dejar atrás es a ti.

Paso ambas manos por su cabello y miró las tumbas, después nuevamente a mí.

—¿Estas segura?

—Es la única opción que tengo. No quiero estar aquí. Solo hay dolor y muerte a donde sea que mire. Lo mejor para todos es que yo me vaya.

Me escrutó con la mirada y vi mucha tristeza en ella. Incluso antes de que hablara, supe lo que estaba pensando, o en quien estaba pensando.

—Y lo mejor para Isa es que yo me vaya. —Miró de nuevo hacia las tumbas, y cuando habló, supe que no lo hacía conmigo—. Y también es lo mejor para ella —dijo hacia Annabelle, señalándome con la cabeza.

Un par de lágrimas silenciosas más escaparon de mis ojos.

Él se arrodilló, y besó el piso donde descasaba su familia, nuestra familia, para después tomar mi mano y ambos comenzamos a andar...

CAPÍTULO 26
NO TAN RÁPIDO

Estaba tumbada boca arriba en el piso, viendo los copos de nieve aterrizar en mi mano y vagamente me pregunté cuánto tiempo había pasado desde el inicio de todo. Me parecía que varios meses, cerca de un año quizás. El tiempo se había convertido en algo muy subjetivo para mí. El que pasé con Daniel había volado, mientras que el transcurrido después de su partida se sentía extremadamente lento.

Sabía con seguridad que hacía ya dos semanas desde que había intentado huir con Michael, con la falsa ilusión de acabar con todo, pero me equivoqué al pensar que Mónica me dejaría escapar tan fácilmente. Lo recordaba con suma claridad:

Michael quiso convencerme de ir al Valle a buscar mis cosas e incluso despedirme de mis cuñadas, y Augusto, pero yo no acepté; en primer lugar porque no me sentía valiente, huir del dolor era lo que me había orillado a tomar la decisión de irme, pero también porque sentía que mi tiempo era limitado, que si no me marchaba en ese momento, no podría hacerlo luego. Era casi como si supiera que algo malo iba a pasar...

Habíamos recorrido solo un par de kilómetros, cuando el auto comenzó a fallar hasta detenerse por completo. Era de noche y estábamos solos, sin más que carretera y montañas a nuestro alrededor. Le di una mirada de preocupación a Michael y él tomó mi mano para confortarme.

—Espera aquí, veré qué anda mal.

Asentí y bajó del auto.

Incluso antes de saber qué tan estrecho era nuestro lazo, estaba segura que él haría cualquier cosa por protegerme, pero como de costumbre, no era mi integridad la que me preocupaba.

El capó del auto lo tapaba, pero en cuanto lo bajó, vi que no estaba solo, había dos figuras grandes tras él, y los reconocí como los hombres que habían estado con Mónica la vez que me interceptó. Él no tardo en detectar la amenaza y encararlos.

Tragué grueso e ignoré el cosquilleo en mis extremidades para empezar a hurgar en la guantera, siendo el coche de Michael, no tardé en encontrar lo que necesitaba, una navaja.

Salí al exterior torpemente, dudosa de que mis pies me respondieran.

"Michael no, Michael no" me repetía mientras me acercaba.

Los hombres lo tomaron por ambos brazos, y la expresión de él me causó un nudo en el estómago, era de resignación, y enseguida comprendí por qué:

"Huye" articuló.

Mónica apareció en mi campo visual y a pesar de mis nervios, no pude evitar soltar un bufido, ¿qué tenía ella con las carreteras?

Temblorosa, me acerqué apretando tan fuerte de la navaja, que mi mano dolía.

Había algo en ella que me resultaba desconcertante, a pesar de todo el daño que me había hecho, y que me seguía haciendo, no podía evitar sentirme cautivada con su belleza, ella era tan... mágica. Todo en su aspecto era impecable, surreal.

Si tenía ese efecto en mí, no podía imaginar como la percibían personas cuyas vidas no había arruinado.

Cuando me habló, recordé que tanto su voz como sus modales, también eran perfectos.

—¿Por qué insistes en hacer las cosas tan difíciles para ambas? —Su tono tenía un ápice de dolor.

Siempre lo pensaba, pero cada tanto la afirmación se escuchaba a gritos en mi cabeza "Mónica no es mala, peor aún, está loca" y eso, la hacía mucho más peligrosa.

—Déjalo ir —demandé mirando a Michael.

Casi imperceptiblemente, él negó con la cabeza y me señaló el camino. Insistía en que huyera, pero era incapaz de dejarlo. Yo lo había puesto en esa situación y yo lo sacaría.

—¿Me crees lo suficientemente tonta como para dejar que te vayas como si nada? Ahora que por fin te tengo aquí, no voy a dejarte escapar. ¿No entiendes nada verdad? Esto no se trata de ti, ni de mí, se trata de ella. —Y por segunda vez, el acto de ella acariciando su *vacío vientre me causó arcadas —. Eres incapaz de protegerla. Es así como deben ser las cosas y me encargaré de que por fin lo entiendas.*

Miró a los hombres que estaban a su izquierda, y tras asentir en dirección a ellos, estos comenzaron a golpear brutalmente a Michael, quien una vez más, con una mirada implorante, me indicó que corriera.

Esa era la idea retorcida de Mónica de cómo enseñarme una lección, como lo hizo con Jennifer, con Charles, y yo no podía vencerla aun...

Pensar en ellos fue lo que necesité para salir del estado paralizado en el que el miedo me había dejado y darle la estocada que estaba segura, sería efectiva.

—Subestimas el impacto que tus golpes han causado en mí Mónica, ya no tengo miedo de nada.

Mi voz había sido casi inaudible, ahogada por los quejidos de Michael, pero ella entendió mis intenciones cuando mirándola a los ojos, empuñé la navaja contra mi cuello.

Un destello de pánico apareció en su rostro, y paradójicamente, una sonrisa en el mío.

Se sentía tan bien poder asustarla, quebrarla, ver su rostro perder la compostura y siendo remplazada por desespero. Michael se quejaba y sabía que no podría resistir mucho más, así que hice fuerza en la navaja para que esta penetrara en la piel de mi cuello.

—¡Bastaaaaaaaaa! —gritó ella con histeria y una vez más, sonreí.

Dejé de aplicar fuerza y los hombres que golpeaban a Michael también se detuvieron. Ella me miraba con los ojos muy abiertos, hiperventilando.

—La locura es contagiosa Mónica. Y esto es en lo que me has convertido —le dije sin retirar el arma de mi piel.

Quería mirar hacia Michael, saber cómo se encontraba, pero estaba hipnotizada por el pavor en los ojos de ella.

Ella tragó hondo y pude ver con satisfacción que sus labios temblaban. Hizo una seña con la mano a los hombres, quienes dejaron caer a Michael al suelo. Ella esperó que yo cambiara mi posición, pero no lo hice. Tampoco me atreví a mirar a Michael, no podía sentirlo y eso me asustaba más que cien cuchillos en mi cuello.

—Llegará el día —Comenzó ella, pero su voz se quebró, de su compostura no quedaba nada —, en el que no solo no me

importe que te mueras, sino que seré yo misma quien te mate —me amenazó con los dientes apretados y la demencia chispando en sus ojos.

—Lárgate ahora o no tendrás ese placer —le respondí sonriendo con amargura.

Ella alzó el rostro, como si se percatara que había perdido los estribos, y se dio la vuelta para alejarse con los dos hombres siguiéndola. Cuando desaparecieron de mi vista, solté una gran cantidad de aire, y corrí hacia Michael.

Sus facciones no se veían, solo había sangre y bultos en su rostro. Todo el valor que había sentido hacia unos segundos se desvaneció. Él no hablaba, no se movía, pero respiraba con dificultad.

Intenté arrastrarlo, pero no podía con su peso, así que acerqué el auto hasta él, y con mucha dificultad lo subí. Mis manos temblaban frenéticamente, lo cual me dificultaba manejar, pero por suerte, no estábamos lejos.

Cuando llegamos al Valle, Mort me ayudó a bajarlo, mientras yo buscaba desesperadamente a Aron, quien lo evaluó y comenzó a trabajar en él, bajo mi mirada desesperada.

—¿Va a estar bien? —quise saber porque no decía nada.

—Tranquila, solo son golpes —me dijo aun concentrado en su tarea y yo suspiré de alivio.

Mientras observaba a Aron sanar a Michael, el recuerdo de Daniel curando a Charles y la similitud de la situación llegó a mi mente.

Charles, fue precisamente su voz la que me alejó de mis recuerdos para arrastrarme a la realidad.

—¿Qué piensas? —me preguntó con dulzura.

Me incorporé para sentarme frente a él.

Todas las tardes, Charles y yo dábamos un paseo por el Valle. Era importante para él que estaba prácticamente postrado, aun padeciendo de su pierna, y a mí me ayudaba a relajarme. Una mezcla entre su presencia y estar lejos del bullicio de la casa, hacía de ese paseo mi parte favorita del día.

—En todo y en nada a la vez.

Acaricié distraídamente la cicatriz en mi cuello, de vez en cuando me escocia. No había querido que Aron curara esa herida, dejé que sanara sola. Quería la cicatriz como un recordatorio para Mónica, una advertencia de que yo también podía dañarla a ella.

—¿Quieres volver? Hace frío.

Asentí y me puse de pie para empujar su silla de ruedas. La idea de entrar de nuevo en la casa no me encantaba, desde mi frustrado intento de huida con Michael, tanto Isa, como Augusto y Amalia, estaban molestos conmigo.

Había tenido que soportar desde la ley del hielo de Isa, hasta los interminables sermones de Augusto, me había tachado de irresponsable y desconsiderada por intentar huir. Me explicó lo inconsciente y malagradecida que había sido con los habitantes del Valle.

Sus regaños eran innecesarios, yo me sentía lo suficientemente mal con lo que le había pasado a Michael, aunque se había recuperado con éxito, a excepción de la primera herida, aquella que le había hecho el "limpiador", ya que gracias a ella su brazo fallaba de vez en cuanto.

Y para Michael, no poder confiar en su brazo, era como si a Daniel le quitaran su poder de sanación o a Amalia su empatía. Se sentía desarmado y vulnerable. Después de todo, su habilidad para batallar era su gran poder.

Cuando volvimos a la casa, Rose y Enrique estaban ahí. Nos visitaban muy seguido ya que según ellos, al Rose compartir conmigo, era más probable que pudiese tener una visión de mi futuro, pero yo estaba convencida de que era más para verificar que todo anduviera bien.

De cualquier forma, me alegraba la visita, el ambiente en la casa no había sido el mejor últimamente, ya que la mitad de los habitantes no me dirigía la palabra.

Enrique siempre tenía muchas preguntas, y era obvio que sabía lo que hacía, por lo que yo valoraba su ayuda, además de compañía.

—¿Cuántos hombres más han llegado? —Fue una de las primeras cosas que quiso saber.

Estábamos él, Michael, Charles y yo en la mesa de la cocina. Fue Michael quien respondió.

—En la última semana, poco más de cuatrocientos.

—¿Y cómo van los entrenamientos en combate?

—En su mayoría los entrena Mort, mi brazo continua fallando y es poco lo que puedo hacer —respondió Michael con tristeza y yo tomé su mano.

—Haces demasiado —le dije.

—Mort es bueno, pero no es un profesional Silvana, necesitamos experto en combate que entrene a esos chicos.

—No creo que haga mucha diferencia, vi esos hombres vencer a Michael, dudo que alguien más tenga oportunidad —respondí con pesimismo.

—Por supuesto que hará diferencia. Sé que estás desanimada, pero podemos con ella. Solo tienes que ser fuerte. Confío que cuando Daniel esté aquí, te sentirás mejor.

Cuando Daniel esté aquí...

Aunque Isa seguía molesta conmigo, decidí ir a su habitación a preguntarle por él, y quizás intentar que me perdonara. La encontré arreglándose lo cual me sorprendió.

—¿Va a salir? —quise saber.

Ya era de noche y yo estaba en un perpetuo estado de paranoia, pero tenía razón de estarlo.

—Voy a cenar con Aron, ¿necesitas algo? —respondió sin mirarme a los ojos, mientras peinaba su cabello.

—Quería preguntarte si has hablado últimamente con tu hermano.

—Se comunicó hace un par de días, dice que está bien y que volverá pronto.

Suspiré de alivio.

Era imposible ignorar su molestia, quería arreglar las cosas con ella, pero no sabía cómo.

—Isa lo siento —Comencé y ella interrumpió su tarea para mirarme al fin —. Realmente pensé que sería lo mejor para todos.

—¿Pensaron en mí? ¿En mi hermano? —inquirió en un tono de reproche muy impropio de ella.

—Por supuesto que sí, intentábamos protegerlos.

—¿Tienes una idea de lo que le habría hecho a Daniel volver aquí para encontrarse con que tu habías huido, que te había perdido?

—Te juro que pensé que hacia lo correcto. Por favor perdóname si te lastimé.

Me dedicó una sonrisa triste, pero seguía sintiendo su molestia. Supuse que necesitaba tiempo y lo entendía.

—Debo irme, si sé algo de mi hermano te lo haré saber.

Se marchó y yo me acerqué a su ventana para verla salir de la casa. Le gustaba a Aron, sí, pero seguía enamorada de Michael, y era poco probable que eso cambiara cuando convivían tanto. En especial porque Michael cada vez se hacía querer más, no quedaba casi nada del hombre frío que había conocido un año atrás. Pero a pesar de haberse sensibilizado, seguía insistiendo en no ser bueno para Isa.

Como si lo invocara con el pensamiento, lo vi en el patio sentado en un banco. Debía estar haciendo mucho frío afuera. Desde su posición, era imposible que no viera a Isa marcharse con Aron. Siguiendo mis cuestionables instintos, busqué un abrigo, una botella de licor y salí de la casa. Me vio y mediante señas lo invité a acompañarme a la escalera de la entrada, para así protegernos del frío, no tardó en llegar a donde yo estaba.

Abrí la botella y le di un trago, que quemó mi garganta y calentó mi cuerpo. Se la ofrecí y él se sentó a mi lado.

—¿Tenemos una fiesta? —preguntó antes de beber.

—Es tan triste que este sea nuestro concepto de fiesta —me burlé con una risa amarga.

—Podríamos estar peor y lo sabes.

Escuchamos a alguien acercarse por detrás y nos giramos simultáneamente. Era Rose, llevaba una bata de dormir y nos miraba con diversión. Ella y Enrique habían decidido pasar esa noche en el Valle.

—¿No puedes dormir? —pregunté al ver cómo iba vestida.

—No, es muy temprano para mí, Enrique ya está roncando, pero yo me aburría, así que pensé, ¿por qué no salir a repartir un poco de alegría?

Michael y yo intercambiamos una mirada divertida, mientras ella se sentaba y tomaba un trago de tequila.

—Ok, alégranos la noche —la animé.

—Voy a empezar con contarles una hermosa historia de amor —Suspiró con dramatismo, y yo reí.

—La tuya con Enrique —adivinó Michael.

—Correcto. Me han preguntado infinidad de veces, que hace una mujer como yo, tan joven, guapa y llena de vida, con él. Es probable que ustedes se pregunten lo mismo.

—No había querido ser imprudente, pero la verdad es que sí —respondí.

Enrique era atractivo, pero considerablemente mayor que ella, y su salud no era la mejor. Era una duda razonable. Sin mencionar que ella desbordaba simpatía y carisma, mientras él era una versión mayor del viejo Michael.

—Lo conocí cuando me dio un par de clases en El Recinto.

—¿Qué? ¿Fue tu profesor? —Eso no me lo esperaba.

—Ujum —respondió meneando el hombro con coquetería —, ya en ese momento había pasado su época de alpinista, por lo que su rodilla y sus pulmones ya fallaban. Obviamente sabía que era mayor y que no era el hombre más entusiasta del mundo, pero después de escucharlo hablar, lo sentí: ese tirón en el vientre que te hace saber que ese es el hombre que quieres tener entre tus piernas por el resto de tu vida ¿saben?

—Oh sí, he sentido ese tirón —se burló Michael y yo casi me atraganto con el tequila.

—Mírate, ahora haces bromas y todo —lo molestó Rose, chocando sus hombros —. En fin, soporté todo tipo de excusas: "eres muy joven, muy bonita, tan llena de vida, no tengo mucho que ofrecerte, no te haré feliz" y bla, bla, bla. Un buen día, me cansé de sus tonterías y ¿saben lo que hice? —Ambos negamos con la cabeza y ella suspiró una vez más —: me aparecí en la puerta de su casa y me desnudé

Esta vez no pude evitar atragantarme con el tequila. Por su parte, Michael se carcajeaba de la risa y era, si no me equivocaba, la primera vez que lo veía reír así.

—¿Qué tu qué?

Rose estaba algo sonrojada cuando continuó.

—No me siento orgullosa de ello, pero funcionó. No salimos de la casa por una semana y un año después estábamos comprometidos. En fin, a lo que quiero

llegar es... —Aspiró una gran bocanada de aire y se giró hacia Michael para hablar con seriedad —: Resuelve lo que tengas que resolver, antes de que esa chica aparezca desnuda en tu puerta.

Una vez más, reí como loca, mientras que el pobre Michael quedaba petrificado, asumí que imaginando el escenario.

—Y en cuanto a ti —continuó Rose girándose hacia mí —: vi a Daniel entrar por ese portón, sano y salvo en cualquier momento. Así que puedes estar tranquila.

Tanto Michael como yo nos quedamos absortos mirando hacia el portón, repasando las palabras de Rose, cuando ella se puso abruptamente de pie, palmeando sus muslos.

—Muy bien, parece que cumplí mi deber. Repartí algo de alegría en esta noche de invierno y calenté un par de corazones fríos. Voy a dormir.

Y se marchó dejándonos a cada uno sumidos en nuestros pensamientos.

CAPÍTULO 27
LA SOMBRA

La predicción de Rose había anclado en mi mente, cambiando mi estado de ánimo por completo. Imaginar a Daniel llegar renovaba las fuerzas que había perdido. Además de eso, sentía la necesidad de redimirme por haberme rendido. En retrospectiva, el haber intentado huir había sido egoísta y desconsiderado con las personas que se habían arriesgado por mí.

Casi como si sintiera mi resucitada voluntad, Sami me abordó mientras desayunaba.

—Silvana no vas a creerlo, hay un hombre, un extranjero, que puede cubrir incluso multitudes. Es la sombra más poderosa viva y ¿adivina qué? Está en la Cordillera, escuché que algunos de los chicos lo habían visto en un bar.

—¿Una sombra? —pregunté confundida y ella resopló.

—Isa te lo explicó en las lecciones, ¿no lo recuerdas?

—Probablemente estaba distraída pensando en Daniel o sintiendo lastima de mi misma. ¿Qué demonios es una sombra?

—Es un humano con la habilidad de ocultar otros. Isa dijo que eso no funcionaría contigo por lo poderosa que puedes llegar a ser, pero creo que este en cuestión si podría.

—Me sería muy útil, tendría libertad para moverme y reclutar, además me sentiría más tranquila.

Augusto, Amalia y Enrique insistían en que era muy importante reclutar aliados, pero a la vez, por seguridad, no les gustaba que saliera de El Valle y eso lo hacía muy complicado.

—Exacto, pero no tenemos mucho tiempo, no es de aquí y lo más probable es que solo este de paso.

Sami quedó en averiguar qué bar en La Cordillera había estado frecuentando "la sombra". Iríamos al anochecer, ya que para mi suerte, Michael no estaba en El Valle. Solo debía burlar a Augusto, lo cual no fue difícil, a las siete de la noche ya se había ido a dormir.

Para mi sorpresa, cuando Sami llegó por mí, Isa también estaba con ella.

Esta vez el mareo del viaje fue más leve que cuando fuimos por los lobos. Aterrizamos justo en la puerta del bar, y sin perder tiempo, entramos.

Lo primero que llamó mi atención fue que el sitio era atendido por duendes, eran criaturas pequeñas, pero con rasgos adultos que se movían con mucha gracia.

Lo siguiente que me impactó fueron las chicas que bailaban con elegancia alrededor de la habitación, llevaban trajes de seda, solo sostén y falda cubiertos de pedrería, y además tenían la mitad del rostro cubierto, solo se podían ver sus ojos mientras danzaban al ritmo de música estilo oriental.

—Muy bien, ¿dónde está nuestra sombra? —pregunté ya que debíamos ser rápidas y volver.

—Es… el que tiene la mujer entre sus piernas —respondió Sami, frunciendo los labios.

Enseguida lo localicé, una de las bailarinas estaba dando un show privado para él, quien la miraba hipnotizado. Era un hombre joven, de piel morena y ojos claros que hacían contraste con la misma, su cabello castaño caía por debajo de los hombros. Era ridículamente atractivo.

—Anda, ¿Qué esperas? —me presionó Isa.

—Que la mujer salga de entre sus piernas —le respondí, aunque era obvio.

No quería interrumpir la íntima escena, pero después de un rato sin que la chica se retirara y sin que mostrara intenciones de terminar pronto, no me quedó alternativa.

Caminé hasta ellos y me aclaré la garganta. El hombre por fin me miró y sin cortar nuestro contacto visual, besó la mano de la chica indicándole que se retirara.

—Lamento la interrupción —Comencé —, mi nombre es...

—Sé quién eres —me interrumpió, su acento era marcado y pronunciaba las "r" de forma alargada —, y también sé lo que quieres: que te cubra. —Señaló la silla frente a él para que me sentara y yo lo hice —. La pregunta es, ¿por qué me echaría la soga al cuello por ti? Todo el mundo sabe la magnitud del problema en el que estas metida… y con quien.

No estaba segura qué, pero algo además de sus palabras me resultaba agresivo, quizás la forma en que

me miraba. O el montón de sentimientos que lo invadían, estaba intrigado, divertido, ¿satisfecho..?

—¿Y cómo crees que se sienta Mónica respecto a ti si se entera que puedes ocultarme y que has estado rondando?

—¿Me estás chantajeando? —me preguntó con una sonrisa torcida.

—Solo enfatizo los hechos. No estarás mucho más seguro si me rechazas. Aunque presiento que esa nunca ha sido tu intención. Incluso ahora que te tengo al frente sospecho que estás aquí por mí.

Su sonrisa torcida se ensanchó y bebió de su trago que parecía un licor fuerte.

—Supongo que te subestimé. ¿Qué puedo decirte? Me aburro con facilidad, y todo el mundo habla de ti Silvana. Aunque para saber si puedo o no cubrirte, haría falta una prueba. Tú y yo tendríamos que pasar un tiempo a solas, y así comprobar qué tanto efecto tengo en ti.

En todas sus frases había sugestión y un doble sentido, y mientras más tiempo pasábamos juntos, más entendía el hombre frente a mí.

—Te espero mañana en El Valle para hacer la prueba. Si resulta, negociamos los términos, mientras tanto la conversación es... innecesaria. Y tranquilo que no te quitaré mucho tiempo. Yo conquisto rápido. —Bebí de su trago mientras él me miraba con expresión divertida y después me puse de pie —. Buenas noches...—Dejé la frase en el aire cuando me percaté que no sabía su nombre.

—Salvatore. —Y besó mi mano como lo había hecho con la bailarina.

Con la sensación más agridulce recorriendo mi ser, me retiré.

La mañana siguiente desperté ansiosa por la prueba. "La sombra" era un hombre sumamente básico, y por ende, fácil de controlar. Había podido leerlo con increíble facilidad, para él yo era un juego, un reto, pero no me importaba entretenerlo si así lograba que me cubriera de Mónica. Sería un golpe duro para ella no poder encontrarme a su gusto, y me haría sentir segura saber que no aparecería frente a mí en cualquier momento como me tenía acostumbrada.

Les expliqué a Michael, Augusto y Amalia de mi nueva "adquisición" y aunque desaprobaron mi salida de la noche anterior, estuvieron de acuerdo en que sería sumamente útil. Pronto comprendí que ser partícipe de los juegos de Salvatore iba a ser más complicado de lo que pensé. Era cerca del mediodía y él no llegaba, todos estábamos perdiendo la paciencia.

Cuando por fin apareció, le restó completa importancia a su retraso, yo decidí hacer lo mismo para no darle el placer de saber que me había molestado, lo saludé y presenté con tanta amabilidad como pude fingir.

—Silvana, te iras con la sombra por un par de par de horas e intentarán esconderse en cualquier parte del Valle —me indicó Amalia —, más tarde, dos grupos de búsqueda irán por ustedes, uno liderado por Mi-

chael, y el otro por Mort. Si no los encuentran, habremos tenido éxito.

—Un día completo. —Salvatore habló con esa voz gutural tan enigmática y todos los presentes nos giramos en su dirección—: "Un par de horas" no es suficiente para hacer la prueba, mi efecto en ella puede ser limitado, necesitamos al menos veinticuatro horas.

Michael tragó hondo y me miró interrogante, yo asentí, decidida a no mostrar debilidad.

El Valle era del tamaño de una ciudad, y estaba colmado, así que encontrarnos no sería tarea fácil. Me despedí de todos con un una sonrisa fingida y Salvatore y yo comenzamos a andar.

Me causaba ansiedad pasar tanto tiempo a solas con él, y mucho más pasar la noche juntos escondidos quien sabe dónde, pero estaba tan cansada de ser la víctima. Necesita tomar el control de mi situación, y para hacerlo tenía que salir de mi zona de comodidad.

Pero lo cierto era que al menos por mi integridad, no debía temer; mis poderes habían evolucionado mucho desde mi último encuentro con Mónica. Quizás por mi determinación a trabajar en ellos, o por mi residencia en El Valle, pero mis proyecciones eran cada vez más poderosas, al punto de ser letales si así lo pretendía, y mis visiones se manifestaban casi a diario, desafortunadamente, todas parecían estar orientadas al pasado.

—¿Dónde está él? —preguntó Salvatore cuando comenzamos a alejarnos del área urbana del Valle.

—¿Perdona? —pregunté mirándolo.

—El padre de tu hija.

—No quiero hablar de eso —respondí cortante.

—¿Pero es él la razón por la que actúas como un perro apaleado? —Había dicho aquello de manera muy casual.

Me detuve en seco, pero él me ignoró y siguió caminando. Definitivamente quería probar mi paciencia.

—Eso no es tu problema —respondí con desdén cuando lo alcancé.

—Por supuesto que lo es, no quiero perder mi tiempo contigo. Sería una lástima que invierta un par de meses de mi valioso tiempo protegiéndote de Mónica, y que resulte completamente innecesario cuando un día cualquiera decidas rebanarte el cuello.

Y mientras decía esto, acarició mi cicatriz, yo manoteé su mano con tanta fuerza como pude. Él siguió caminando después de dedicarme una sonrisa arrogante. Agradecí lo mucho que la fuerza de mis proyecciones había aumentado, pues solo me tomó un par de segundos quebrar uno de sus dedos. Su quejido fue casi inaudible, pero eso no lo hizo menos satisfactorio para mí.

—¿Estás bien? Podemos volver si necesitas un sanador —lo provoqué.

Me examinó con la mirada mientras masajeaba su dedo roto, y después de unos segundos de miradas intensas, y lo que pareció una guerra anti parpadeo, comenzó a caminar de nuevo a grandes zancadas.

Después de un par de horas, llegamos al pie de una meseta grande, y cuando él comenzaba a subir, lo detuve.

—Sin subir, nos quedemos en terreno plano.

Él se giró hacia mí y me miró con burla.

—¿Te da miedo? —Lo ignoré y esto pareció divertirlo aún más —¿La señorita omnipotencia le tiene miedo a un poco de hielo y piedras?

Segundo dedo roto. Esta vez no se quejó, no emitió sonido, solo hizo una mueca de dolor.

—Para el momento que regresemos no vas a tener dedos funcionales si sigues provocándome, nada de montañas y punto.

Y cambié de dirección para rodear la misma, un par de pasos después, él me seguía.

—Estás tan rota...—se burló a mis espaldas.

—Al menos reconozco mis limitaciones.

Él bufó y tuve que girarme a evaluar su expresión.

—¿Vas a negarme que estas aquí porque te intereso? Debo decir además que vas por muy mal camino.

Se acercó tan rápidamente a mí, que no tuve oportunidad de retroceder, y antes de hablar, me tomó por el mentón.

—¿Crees que eres imposible para mí? —Su voz era baja y su mirada amenazante.

Tercer dedo, y de nuevo ni un quejido, solo frunció los labios.

Me separé de él y retomé el camino. Lo ignoré hasta que anocheció y no tuve otra opción que presionarlo

para buscar un lugar donde resguardarnos del frio. Conseguimos una pequeña cueva ya entrada la noche.

—¿Por qué a la intemperie? —quise saber cuándo nos acomodamos en el incómodo lugar.

—Entiendo que preferirías pasar la noche conmigo en un lugar más cómodo, pero es necesario probar si puedo cubrirte también de criaturas y bestias, no solo de humanos. Cualquier ser que pudiese ser potencialmente peligroso para ti.

Tenía sentido lo que decía por lo que ignoré la provocación.

—¿Cómo funcionas exactamente?

—¿Quieres que te muestre cómo funciono? —Estábamos frente a frente en un espacio tan reducido que su calor corporal llegaba a mí.

—Tu magia, patán.

Mi insulto solo pareció divertirlo.

—Exactamente como una sombra, te oculta para que nadie más que yo pueda encontrarte. Aunque es difícil saber si en efecto funciona contigo, consumes mucha de mi energía. Supongo que lo sabremos mañana.

Había estado practicando con Amalia como bloquear mi empatía, no siempre era útil y ella creía que era la razón principal de mi desgaste mental, pero era muy difícil bloquear a Salvatore, quizás porque como él mismo había explicado, me cubría. Sentía su diversión, curiosidad, pero sobre todo lujuria.

La noche fue larga entre la incomodidad de nuestra morada, y sus interminables bromas sugestivas, in-

conscientemente la comparé con la noche que había pasado en la tienda de Charles, aquella vez me había sentido tan cómoda.

Cerca del mediodía, nos recibieron Amalia y Augusto en el patio frente a la casa. Los chicos aun no volvían, por lo que se podía concluir que el experimento había sido exitoso y oficialmente, la sombra pasó a formar parte de nuestras filas.

—¿Qué tal es él? —me interrogó Sami esa misma tarde —. No me importaría tenerlo cubriéndome a mí —dijo con jocosidad.

—¿Siempre has sido así? Porque apenas ahora lo percibo.

—Creo que Jennifer me opacaba un poco. Pero en fin, no has respondido mi pregunta.

—Es una patada en la ingle, pero supongo que lo necesito. Es el menor de los males.

CAPÍTULO 28
LA TORMENTA

Estaba a la orilla del lago acompañaba por Charles, yo en una piedra, y él en su silla de ruedas. Observar las sirenas se había convertido en una de mis cosas favoritas, eran tan hermosas que las encontraba hipnóticas, me fascinaba detallarlas y mientras lo hacía, no pensaba en nada más. Su piel era tersa y brillante, sus colas tenían los colores más llamativos y entre el azul claro del agua y el blanco de la nieve, resaltaban aún más. Llevaban sus pechos descubiertos, pero la perfección de sus rostros era lo más llamativo en ellas. Sus ojos eran muy grandes para el tamaño de su cara, y tenían los mismos colores que sus colas, eran un espectáculo de ver y no terminaba de acostumbrarme.

—Extrañaba esto, es tedioso estar encerrado todo el día —comentó Charles.

—Lo sé, lo siento, es solo que las labores de reclutamiento me han mantenido muy ocupada.

Desde la llegada de Salvatore podía salir con libertad y habíamos logrado reclutar rastreadores, videntes, creacionistas, y muchos más residentes para el Valle. Hacía días que no daba mi paseo de las tardes con Charles, y me atrevía a decir que yo lo extrañaba incluso más que él.

—Te propongo algo, cuando yo esté muy ocupada, dile la señora Helena que te ayude a salir de la casa

para ver las prácticas de combate, hay una por la mañana y otra en la tarde.

—He asistido a un par, pero no son tan entretenidas como pensarías, Mort es amateur, no me malinterpretes, es excelente, pero le falta táctica, se vale de su fuerza, con la que no todos cuentan. Y Michael por su parte ha perdido mucha confianza, está frustrado y se nota en su desempeño.

—Sí, lo sé. El mismo Michael me comentó todo eso. También me dijo que Salvatore tiene excelente reputación, y que iba probarlo para ver si era factible que él dictara las practicas.

—Vaya, Salvatore, el nombre le sienta bien, realmente es un salvador.

A Charles no solo no le agradaba, sino que no lo soportaba. Solo podía imaginarme lo que pensaría Daniel de él.

Por su parte las chicas del Valle estaban encantadas con su presencia, el exótico extranjero que hacia todo bien. Naturalmente él disfrutaba la atención y no dudaba en echármelo en cara cada vez que podía, como si me importara.

Yo seguía siendo una especie de reto para él y por mí estaba bien, si eso lo mantenía en El Valle al menos mientras lo necesitara, no me importaban demasiado sus razones. Siempre que intentaba pasarse de la raya, me desquitaba con sus huesos, aunque no parecía dolerle demasiado.

Absorta en mis pensamientos no me percaté en que

momento, pero todas las sirenas se habían sumergido en el lago, no quedaba ni una a la vista, era la primera vez que eso pasaba.

—Qué extraño ¿Por qué se fueron?

—Probablemente por eso —respondió Charles señalando el cielo.

Comenzaba a ponerse oscuro y apenas era de tarde.

—¿Una tormenta? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Una muy fuerte si las ahuyentó a todas. Recuerda que ellas son mitad animal, lo que agudiza sus sentidos.

Me puse de pie y empujé la silla de Charles dentro de la casa. El clima del Valle era inestable e intenso, no era algo que se podía tomar a la ligera. Mientras nos dirigíamos a la casa, las personas que estaban en el patio buscaban refugio en las suyas. Una vez dentro, miré por la ventana y no quedaba nadie en el exterior.

Fui a la cocina donde encontré a Augusto y a Amalia sirviéndose té.

—¿Dónde está? —Ella supo que preguntaba por Christopher.

—Christopher ya sabe lo que tiene que hacer, vete a tu cuarto y descansa, la tormenta ya pasará, el chico podrá contenerla —respondió sin interrumpir la tarea.

Bufé y salí de la cocina. Encerrarme en mi cuarto no era una opción. Busqué a Sami en el suyo y la encontré consolando a Isa, la imagen de ellas sacó a flote lo que en mi subconsciente me estaba atormentando.

—¿Qué pasa? —Quise saber y las dos intercambiaron miradas.

—Isa está preocupada por Daniel, la última vez que se comunicó dijo que estaba por hacer el último tramo, y tal parece que la tormenta se extiende por toda la región.

El calor del sol era absolutamente necesario a ocho mil metros de altura, y una tormenta, posiblemente mortal.

Intenté consolarme, repitiéndome a mí misma que quizás no lo había hecho, que debido a las condiciones no había ascendido más.

Rose lo había visto llegar...

"El futuro siempre puede cambiar, cambia con cada decisión que tomamos"

No tenía manera de saber cómo se encontraba él, o si estaba a salvo.

—¿Saben dónde está Christopher?

—Debe estar afuera, sus poderes funcionan mejor al aire libre —respondió Sami con voz afligida y un tanto ausente.

Salí con prisa de la habitación a buscarlo, desde las ventanas no podía verlo. Afuera llovía a cantaros, los truenos eran ensordecedores y los relámpagos iluminaban el cielo cada tantos segundos.

Una vez fuera de la casa comencé a buscarlo con la mirada, pero la intensidad de la lluvia era tanta, que no podía ver prácticamente nada. Ahogué un grito cuando un rayo cayó cerca de mí, y la iluminación del mismo, hizo

que pudiera ver a Christopher a unos pocos metros.

Él tenía los brazos extendidos y la cabeza inclinada hacia el cielo. Su pose era inmutable a pesar de la fuerza de la lluvia que caía sobre él.

—¡Chris! —lo llamé, pero no respondió.

Fui hasta él, lo tomé por el brazo y abrió los ojos, ladeando la cabeza ligeramente hacia mí para mirarme.

—Necesito concentrarme, Silvana. —Su voz fue apenas audible bajo la torrencial lluvia.

No me importaron sus palabras y lo halé del brazo hasta la entrada de la casa donde pudiese escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Sabes en cuál está Daniel? —grité sobre el ruido que producía la tormenta, y señalé hacia las montañas para que me entendiera mejor, aunque estás no se veían.

—Créelo o no, estoy conteniendo la tormenta aquí en el Valle, podría ser mucho peor, no puedo también...

—¡NO ME IMPORTA EL MALDITO VALLE! —le grité y lo giré en dirección a las montañas —. Encárgate de ellas.

—Olvídalo —me respondió también con un grito.

—Sé que debe ser difícil por la distancia, pero...

—No se trata de eso, Silvana —Y entonces se acercó a mí, su rostro a solos centímetros del mío—. ¿Por qué iba yo a salvarlo a él?

Toda su ira y su resentimiento me golpeó en ese momento, había estado tan absorta en mi preocupación que no había prestado atención a sus sentimientos.

—Porque es tu amigo.

—Era... —me corrigió y me tomó con fuerza por los codos, sus manos estaban heladas—. Dejó de serlo hace mucho.

No podía concebir tanta mezquindad de su parte. ¿Cómo podía haber cambiado tanto? ¿Cómo podía ser tan egoísta? Reprimí el impulso de gritarle y herirlo, eso no me ayudaría, y mucho menos ayudaría a Daniel.

Como si el cielo quisiera darle la razón, la tormenta se intensificó mientras hablábamos, la fuerza de la lluvia, los truenos y relámpagos, se duplicó en un par de minutos, era cierto que la había estado conteniendo.

Yo moría de frío, no podía imaginar cómo estaría Daniel allá arriba, en el medio de la tempestad. Mis impulsos no me habían llevado a ninguna parte hasta ahora, debía pensar inteligentemente, así que respiré y justo cuando él iba a alejarse de mí, lo retuve.

Tomé sus muñecas y me acerqué él, que me miraba con confusión.

—Por favor, ayúdalo, —le supliqué —, hazlo si es verdad que te importo.

Su mirada se oscureció y la irá brotó de él. Tomó mi mano con brusquedad y la puso sobre su corazón, que estaba desbocado.

—¿Todavía lo dudas? —me preguntó con los dientes apretados.

—Haré lo que quieras —le ofrecí, consciente de que el tiempo era limitado.

Apenas y podía sentir mi cuerpo entumecido de frío. ¿Cómo estaría mi pobre ángel?

—Quiero saber que se siente ser él —me dijo halándome por la cintura y pegando nuestros cuerpos.

Quizás porque casi no podía sentir nada, el frío había dormido mis sentidos, pero no me costó nada tomar su rostro entre mis manos y besarlo, besarlo como él quería, como necesitaba, con pasión y vaciando en sus labios la necesidad que me ahogaba, la necesidad de que Daniel estuviese bien.

Apenas y podía sentir sus labios contra los míos, pero sabía que estaban helados, el choque me dolía, pero no protesté, prologué el beso hasta que otro rayo me recordó que estábamos a contra tiempo, y a pesar de su oposición, me separé de él.

Lo miré a los ojos y en ellos vi deseo, pero también satisfacción, y aun sosteniendo su rostro entre mis manos, le susurré:

—Hazlo.

Él me besó una vez más y pegó su frente de la mía unos segundos, antes de separarse, encarar la montaña más alta de todas, y extender sus brazos hacia ella.

Respiré cuando a lo lejos, vi el cielo sobre aquella inmensa montaña comenzar a aclarar. Permanecí a su lado un par de horas, helada y adolorida, hasta que el clima mejoró y estuve más tranquila, y en esa misma calma después de la tormenta, quedamos sumimos

Christopher y yo. Caían solo un par de gotas cuando agotado, se giró hacia mí y el cumulo de sus sentimientos me impacto. No podía arrepentirme, no había una cosa que haría por Daniel, pero Christopher estaba muy perturbado.

—Lamento todo, Chris. —Fue lo único que pude decir y mis dientes castañearon por el frio.

—¿Sabes que es lo que yo lamento? Que seas tan ciega, o tan masoquista como para someterte a tanto por él. Porque no te engañes Silvana, esto no se trata de la niña. ¿Cuál niña? ¿La que no ha nacido? ¿La que no existe? Él es tu razón para soportar todo esto ¿Y sabes qué es lo peor? Que ni siquiera lo conoces. Está lejos de ser el hombre perfecto que tú ves y va a sorprenderte. —Sus palabras estaban impregnadas de rabia. Y su rostro descompuesto por la misma, aunada a la gélida temperatura.

—¿Por qué me dices eso? —Sabía que estaba dolido, pero había algo tras su advertencia. Él sabía algo que yo no.

—Consigue alguien para que me reemplace, después de ese beso no puedo, ni quiero verte de nuevo con él. No sé qué tienes o que nos haces, pero voy a alejarme de ti mientras aún pueda, antes de acabar como Charles, que se sacrificó mientras a ti solo te importa Daniel. No voy a dejar que lo que siento por ti me destruya, así como a ti va a destruirte lo que sientes por él.

—Habla con claridad de una vez —le exigí al entender que toda esa rabia y rencor iban a más a allá de un simple capricho amoroso.

—Respóndeme primero esto: ¿hay algo que yo pueda decirte que te haga dejar de creer en él? —A pesar del rencor en sus palabras, estaba siendo honesto, fuese lo que fuese lo que creía saber de Daniel, estaba convencido de ello.

Mi mente trabajó tan rápido como pudo, pensé en muchos escenarios, muchas cosas de las que Chris pudiese acusar a Daniel, y ninguna sería suficiente para desenamorarme.

—No —respondí con honestidad.

—Eso pensé. Si no estuvieses tan deslumbrada, quizás podrías ver la verdad, y créeme que en ese caso, te irías tan lejos de él como te fuese posible...

Me dio una última mirada para después pasar a mi lado y entrar en la casa.

Para la mañana siguiente ya se había marchado. Por mi parte le di vueltas a sus palabras al punto de no poder dormir, para finalmente concluir la única certeza que tenía: confiaba total y plenamente en Daniel y en ese profundo amor que sentía él por mí.

Salvatore comenzó a entrenar en combate no solo a los residentes del Valle, sino también a los alumnos del Recinto. Resultó que era excelente en eso también.

Las misiones de reclutamiento habían sido mucho más fáciles de lo que esperaba, Mónica no dejaba más que odio a su paso, lo cual facilitaba mi labor de conseguir aliados.

Yo aún seguía ignorante de muchos elementos del mundo mágico, por lo que las lecciones con Isa debían ser parte de mi rutina, afortunadamente, su enojo parecía disminuir progresivamente.

—Sigamos con... —Comenzó ella mientras buscaba en sus anotaciones —: Banshees, son espíritus que anuncian la muerte con llanto o gritos. Son consideradas hadas oscuras. Tienen forma femenina y lucen así.

Me pasó un libro para que viera la imagen referencial, que consistía en una mujer de aspecto fantasmal, vestía completamente de blanco, su cabello era negro y largo y su rostro hundido y ojeroso.

—Si alguna vez ves una banshee, lo primordial es alejarte de ella.

—No lo dudes —respondí devolviéndole el libro.

—Su aspecto o augurio no es problema, su grito es potencialmente mortal, es tan fuerte que literalmente pueden "explotar a sus víctimas"

—¿Cómo se mata una banshee?

—En tu caso supongo que bastarán las proyecciones, para lo menos afortunados, es necesaria una poción. Y hablando de pociones, debo irme.

Dicho esto, comenzó a ordenar todo.

—¿Adónde vas?

—Amalia elaboró una lista de unas cien pociones que quiere que tengamos al alcance, así que voy al Recinto a hacerlas con Jessica, Rose también nos va a ayudar.

Jessica era la profesora de pociones, la recordaba.

—¿Y por qué no las hacen aquí?

—Porque sería poco práctico considerando que los ingredientes están allá, es más fácil trasladar los frascos ya listos que la cantidad de implementos.

—Voy contigo —le anuncié entusiasmada.

—De acuerdo, le hará bien a tu mal humor distraerte.

—¿Cómo pretendes que no esté de mal humor? No he tenido sexo en un mes.

Fue la voz áspera de Salvatore que respondió desde la puerta:

—Eso se puede arreglar fácilmente.

Isa puso los ojos como platos y me lanzó una mirada expectante, atenta a mi reacción.

Un par de dedos no sería suficiente esta vez. Ambas pudimos escuchar el "crack" que hizo su muñeca, y esta vez no pudo contener el quejido de dolor.

—¡AHHH!

Comenzamos a andar y cuando pasé junto a él, me detuve para susurrarle:

—Lo próximo que te quiebre, no va a ser un hueso.

Y salí de la habitación con mi cuñada.

—Daniel va a amar ese tipo —me dijo Isa con sarcasmo mientras bajábamos las escaleras.

—Lidiaré con eso llegado el momento, por ahora lo necesito.

—Creí que ya lo habrías "domesticado" a este punto, Aron me comentó que cura sus fracturas bastante seguido.

Era consciente de lo poco efectivo que estaba resultando mi método, pero algo más requería mi atención en ese momento.

—¿Cómo van las cosas entre tú y él? —Aproveché que nuestra relación estaba volviendo a la normalidad para preguntarle.

—Bien, él es... adorable.

—Suena como algo que dirías de una mascota —dije sin poder contenerme.

Ella me lanzó una mirada perspicaz mientras llegábamos al patio.

—¿No necesitas a "TU" mascota para salir? —Cambió de tema porque no le convenía.

—¿Después de lo que acaba de pasar? No, gracias.

—Te vas a meter en problemas —me dijo con recelo cuando ya estábamos frente al auto.

—¡Huy qué miedo! —mofé, pero como su expresión no cambió, y tampoco se movió, continué —: El Recinto no está lejos, tanto tu como yo estamos a salvo de Mónica, y en la noche regresamos con Augusto. Ya que no está aquí, debe estar allá, no es como si tiene otras cosas que hacer.

—¿En qué momento te volviste tan cruel? —preguntó subiéndose por fin al auto y yo la seguí.

—Tuve varios puntos de quiebre, es difícil escoger solo uno.

Emprendimos camino y caí en cuenta de cuanto la había extrañado, a ella y el hecho de que siempre te-

nía respuestas para mis preguntas. Amalia era incapaz de aclararme una duda sin acompañarla de una lección completa.

—Isa, tú que todo lo sabes, explícame bien por qué mis poderes no funcionan con Mónica.

Ella frunció los labios con la vista fija en la carretera, y estuve segura de que no me gustaría lo que iba a decirme

—No son solo los tuyos, por algo ella se ha convertido en lo que es, creo que nadie ha podido hacerle daño.

—Pero, ¿por qué?

—La protección de los guardianes es sumamente compleja...

—Pero yo también tengo esa protección y asumo que muchas personas más.

—En primer lugar, no tantas como pensarías, ceder su protección los debilita mucho y es lógico que no todos estén dispuestos a hacer esa concesión. Además, no me dejaste terminar: una de las cosas que influye en el poder de la protección es el vínculo del guardián con el protegido, y considerando que Enrique estaba muy enamorado de Mónica al momento del ritual, y que ella estaba esperando un hijo de él, puedes imaginar la fortaleza de la protección en cuestión.

—¿Y si no hay vinculo no funciona? —Adiviné y ella negó con la cabeza—. ¿Crees que eso sea lo que pretende tu hermano?

—No tengo ni idea. No me dijo nada.

—¿Hay manera de romper la protección?

—Solo...matar al guardián.

Tragué hondo y dejé de mirarla a ella para ver la carretera.

—¿Y eso es posible?

—Si ha cedido mucho de su protección y está debilitado, sí.

Llegamos al Recinto y aunque la nostalgia estaba presente, no permití que me afectara. No había pasado mucho tiempo, pero se sentía como una eternidad desde la última vez que estuve ahí y que vi a Jennifer, una vida entera incluso.

Fuimos directamente al salón donde Jessica impartía sus lecciones, y a los pocos minutos llegó Rose con su entusiasmo habitual. Ellas tres comenzaron a trabajar en las pociones, mientras yo me concentraba en aprender, ojeando uno a uno el montón de ingredientes esparcidos a lo largo del gran mesón:

Caléndula, menta poleo, raíz de caricias, celidonia, patas de cerdo, raíz de mandrágora, bistorta o nevadilla, acónito, belladona, bezoar, raíz de bardana, cinoglosa, cardamomo, ajenjo, beleño, lirio, muérdago, cardo, estramonio, sangre, cola de caballo, verbena, apio silvestre, ojos de tritón...

—¿Quién mata un tritón? Si son tan adorables —Quise saber indignada.

—Las mismas sirenas, después de copular —respondió Jessica.

—Y yo que pensé que mi relación era difícil...

Abrieron la puerta en ese momento y entró Augusto.

—No suelo creer en rumores de pasillo, pero algo me decía que en efecto estabas aquí.

Le expliqué lo mismo que le había dicho a Isa antes de salir para que no me diera un sermón, y pareció funcionar, cuando volvió a hablarme, no parecía molesto.

—Bien, aprovechemos tu presencia para que veas los avances del alumnado en combate. —Y me hizo señas para que saliera de la habitación.

Me despedí de las chicas con la mano, lamentando perderme la clase magistral de pociones y lo seguí.

En un par de minutos había reunido unas cuatrocientas personas en el gran salón de práctica. Un chico que parecía ser el líder, los ubicó en grupos para las demostraciones, que francamente, después de haber aprendido de Michael, no lograron sorprenderme.

—Tu sombra ha hecho un buen trabajo, no es tan bueno como Michael, pero es mejor que Mort —me explicó Augusto.

Reorganicé sus posiciones, en vez de combate hombre a hombre, planteé escenarios menos justos y más realistas, dos, tres, y hasta cuatro hombres contra uno, y no paramos hasta que se hizo muy de noche e Isa vino por mí, habría continuado, pero los chichos estaban golpeados y cansados.

—Que entrenen así de ahora en adelante, y volveré en un par de semanas para ver el progreso.

Pude percibir orgullo y satisfacción en Augusto cuando dejábamos El Recinto.

Poco después, estábamos en El Valle. Y cuando me despedí de Isa para ir a la cama, ella me llamó:

—Silvana, mañana. —Me acerqué a ella y tomó mis manos sonriendo.

—¿Mañana qué? —pregunté sin entender.

—Mañana llega Daniel...

CAPÍTULO 29
JUNTOS

Horas, en tan solo horas volvería a verlo, Rose le había dicho a Isa que lo vio llegar en el transcurso del día. No podía conciliar el sueño, pero por primera vez en meses, era por un buen motivo.

Logré dormirme cerca del amanecer y desperté un par de horas después. Me bañé y arreglé con frenetismo. Isa y Sami estaban en el despacho. Las dos miraban fijamente la entrada del Valle por la ventana.

Me senté en silencio junto a ellas a esperar.

—¿Le avisaron a Jade? —pregunté después de un rato en silencio.

—En cuanto despertamos.

Cerca del mediodía, Augusto entró a la habitación, y la imagen pareció extrañarle.

—¿Planean perder todo el día aquí esperando? —preguntó con sorna y las tres respondimos al unísono:

—Sí.

—¿Con tantas cosas por hacer?

—No arruines nuestra buena vibra, largo.

Lo corrí con un gesto de la mano y él giró sus ojos antes de irse.

Un par de horas más transcurrieron, y un par de personas más entraron y salieron del despacho, cuando

de la nada vi a Sami incorporarse bruscamente, y después una enorme sonrisa dibujarse en su rostro.

—¡Ahí está! —anunció con euforia.

Tanto Isa como yo nos apresuramos al borde de la ventana donde estaba ella, para poder verlo también.

Como siempre, lo primero que vi fue el destello azul en la distancia, pero poco a poco lo enfoqué. Apenas estaba cruzando el portón, y conversaba amenamente con Mort. Incluso reía. Estaba bien, él estaba bien y solo a unos metros de mí.

Isa y Sami salieron corriendo fuera de la casa, pero yo no podía moverme, estaba hipnotizada por los movimientos fluidos de Daniel. Las chicas llegaron a donde él estaba y se lanzaron en sus brazos. Deseé que fuesen más gentiles ya que tenía un cabestrillo en un brazo y por lo visto, del resto estaba ileso.

Encontré la fuerza para moverme y salí, pero al pie de la escalera me detuve, esperé por él, que me viera, que se acercara progresivamente, ya que como siempre, sentía la necesidad de dosificarlo.

Y pasó, después de separarse de sus hermanas, sus ojos se encontraron con los míos. Nos mantuvimos prendados por un par de segundos, hasta que por fin comenzó a acercarse lentamente a mí, no podía ver ni escuchar nada más.

Estaba un poco más delgado y tenía una poblada barba, pero su mirada seguía siendo la misma. Me sonrió mientras cortaba el espacio que nos separaba, muy lentamente porque me conocía bien. Yo había dejado de respirar y me sentía incapaz de moverme.

Cuando llegó a mí, acarició mi rostro con sus nudillos y yo me estremecí.

—Hola —me saludó.

Solté una lágrima, aunque no tuve ganas de llorar. Sentía muchas cosas, pero por primera vez en mucho tiempo, tristeza no era una de ellas. Sin poder contenerse más, me tomó por la cintura y pegó su frente de la mía.

—Estás aquí —susurré acariciando su barba y aunque mis ojos estaban cerrados, lo sentí sonreír.

—Como te prometí —respondió también en un susurro, antes de acercar sus suaves labios a los míos.

Brindábamos reunidos en la cocina, tanto las chicas como Amalia tenían un montón de preguntas para Daniel, yo también, pero me sentía incapaz de pronunciar palabra, estaba absorta evaluando su aspecto, y sobre todo tanteando qué podía percibir de él: estaba feliz.

Yo solo podía verlo a él, y él a mí, pero se esforzaba por ser amable con el resto.

—¿Conseguiste lo que buscabas? ¿Qué era? —le preguntó Amalia.

—Sí, pero de momento no quisiera revelar eso —le respondió sonriendo.

Dios, extrañaba esa voz y esa sonrisa.

—Mamá va a estar muy aliviada, ha estado angustiada, sobre todo después de la tormenta.

—Fue fuerte, pero duró poco afortunadamente. De hecho ese día paso esto —dijo levantando su mano.

—¿Quieres algo de comer? —le ofreció Sami.

Probablemente lo estaban mareando con tantas preguntas.

—No gracias, pasé por El Recinto en la mañana, ahí comí y me di un baño. Lo que sí me gustaría es descansar, así que si me disculpan...

Se puso de pie y tomó mi mano. Caminé con él escaleras arriba, preguntándome donde estaba Aron. No me parecía que Daniel tuviera dolor, pero quería que lo revisara de inmediato. Entramos en la habitación y estaba a punto de decirle que iría por el sanador cuando me estampó contra la puerta sin ningún tipo de sutileza.

Me besó con agresividad, con el hambre acumulada de más de un mes, y cuando su lengua invadió mi boca, coincidí con él que esa era nuestra prioridad. Estaba muy equivocada al pensar que a su regreso estaría débil o herido, me besaba y tocaba con más vigor que nunca. En un par de segundos ya estaba acostada en la cama con su cuerpo sobre el mío. Abracé su cintura con mis piernas, pero no por mucho tiempo, él me sacó las botas y empezó a acariciar mis muslos con su mano, subiendo mi vestido.

—No tienes una idea de cuanta falta me hiciste —susurró en mi oído y su voz fue casi un gruñido.

Le quité la camisa y aproveché que se incorporó para asegurarme de que estuviese ileso. Sin quitarme el vestido se arrodilló entre mis piernas y tras sentir el

roce de su suave barba en mi entrepierna, no sentí nada más que a él.

Él en mis pechos, él es mis labios, él dentro de mí. En ese universo en el que estábamos solos, no había cabida para nada más.

—Deberíamos bajar —le dije horas después, recostada en su pecho —, seguramente ya Jade y Cami llegaron y han de estar locas por verte.

—Déjame recuperar el aliento por lo menos. —Y me apretó más contra él.

—Si recuperamos el aliento, volveremos a empezar.

—Buen punto —coincidió.

—Anda, vamos. Yo estaría desesperada por verte y me siento egoísta acaparándote aquí.

Después de un par de protestas, accedió y comenzó a vestirse para reunirse con su familia.

El reencuentro con Jade fue incluso más emotivo, sabía que ella había estado tan angustiada como yo, solo que se esforzaba por aparentar fortaleza ante sus hijas. Enrique tampoco tardó en aparecer en El Valle para ver a su sobrino, y mientras observaba el prolongado abrazo entre ellos, las palabras de Isa seguían reproduciéndose en mi mente: "matar al guardián".

¿Cómo era posible tener tan mala suerte? Aunque honestamente la suerte no era parte de la ecuación, esos mismos lazos que nos unían nos habían puesto en tan complicada situación.

Paradójicamente, siendo Mónica y yo dos de los seres más poderosos del mundo, a ninguna se nos podía matar con magia, por eso eran tan importante los entrenamientos en combate, si alguien quería hacerme daño, debía poder vencer a Michael, a Mort, o a cualquiera de los otros hombres que estaba siendo entrenado para defenderme a mí, y al Valle.

Daniel estaba consciente de esto, y después de que Aron trató su mano, se empecinó en retomar su entrenamiento. Solo había pasado un día desde su llegada, y estaba realizando su primera práctica con Michael en el patio de la casa. Isa y yo los observábamos sentadas en las escaleras. Yo no había podido separarme ni un segundo de él, y sonreí al darme cuenta que mi cuñada y yo teníamos la misma pose y la misma expresión mientras mirábamos a los hombres que amábamos sudados, sin camisas y derrochando testosterona.

—Tienes algo aquí —me burlé de Isa, limpiando la comisura de su boca.

Su cara de babeada era todo un poema. Ella abofeteó mi mano y sacudió la cabeza.

—Disculpa, estoy aquí por mi hermano. Quiero asegurarme de que esté bien.

—Claro.

Pero él estaba más que bien, más fuerte, más vigoroso, y de ser posible, lo encontraba incluso más atractivo.

—¿Qué crees que encontró allá arriba? —le pregunté.

Rogué porque Isa supiera aquella respuesta también, la curiosidad me estaba matando y no había conseguido que él me revelara nada.

—Sea lo que sea, es un poder mental.

—¿Cómo lo sabes? —quise saber, muerta de curiosidad.

—Lo escuché esta mañana cuando le pedía ayuda a Amalia para aprender a dominarlo.

Eso no tenía sentido y me dejó incluso más perdida que antes. Estaba a punto de preguntarle si había escuchado algo más, cuando vi sus mejillas encendidas, seguí el curso de su mirada que me llevó hacia Michael, vaciándose una botella de agua encima. La muy cobarde se excusó y retiró antes de que pudiese burlarme de ella.

Estaba absorta observando a Daniel de nuevo, cuando aquel acento extranjero se escuchó muy cerca de mí. Salvatore estaba sentado a mi lado, a solo centímetros.

—¿Qué es esto? ¿La práctica para discapacitados? —Decidí ignorarlo, pero él no se dio por vencido y siguió probando mi paciencia—. Estoy un poco decepcionado de ti ¿sabes? Me imaginaba al personaje completamente diferente, más...como yo.

—Ay por Dios, me preocupaba tanto que no encontraras a mi novio atractivo —le respondí con sarcasmo.

—No me malinterpretes, es lindo, demasiado lindo, diría yo.

Se acercó más a mí, y con tanto disimulo como pude, retrocedí.

—Escúchame bien —le dije entre dientes —, esto —Y señalé el espacio entre nosotros —, tiene que parar. No voy a dejar que tu enamoramiento adolescente perjudique mi relación.

—¿Así que crees que puedo meterme en tu relación? —me provocó.

Me puse de pie al sentir la mirada de Daniel sobre mí y hablé en voz baja para que solo Salvatore pudiese oírme.

—A este punto ya he hecho la mayoría del reclutamiento externo, las personas incluso están viniendo aquí, así que ya no te necesito como hace un par de semanas. Él es lo más sagrado para mí, o te comportas, o te vas.

Y fui a reunirme con Daniel para pedirle que terminara. No quería que se esforzara demasiado, además, tenía ya un par de horas sin interactuar con él y ya me hacía falta. Salvatore ya se había ido cuando entrabamos en la casa, pero debí suponer que Daniel no lo dejaría pasar.

—Genial, otro más.

—¿Otro qué? —Me hice la tonta, aunque sabía exactamente a qué se refería.

—Otro Charles, otro Christopher... pero presiento que a este si tendré el placer de partirle la cara.

Después de que le confesé a Daniel lo del beso de Cristopher en su cumpleaños, había pasado lo de Jennifer, y ellos nunca llegaron a pelear, no podía creer que tenía que hacerle la misma confesión una vez más. Por suerte, Christopher ya no estaba en El Valle ni lo estaría en un futuro cercano, por lo que descarté el asunto.

Le expliqué quién era Salvatore y que de momento era muy necesario para nuestra causa, esperaba que este se comportara después de mi amenaza para que pudiésemos llevar la fiesta en paz. No tuve que esforzarme demasiado para distraer a Daniel del asunto, la oferta de un baño juntos fue más que suficiente para que nos olvidáramos de ese, y todos nuestros problemas.

Habían transcurrido dos semanas desde mi visita al Recinto, y estábamos ahí de nuevo para evaluar el avance del alumnado. Michael y Daniel habían viajado conmigo, Enrique y Augusto nos esperaron ahí, y también estaba Salvatore, ya que siendo él quien había impartido las clases, dirigiría la lección. Se había comportados los pasados días, pero algo me decía que no dejaría pasar aquella oportunidad para lucirse.

Estábamos sentados en las gradas del patio mientras los chicos y chicas se ubicaban para comenzar la prueba. Tras observarlos un par de minutos, me sentí decepcionada, se veían casi coreografiados, lo cual me extrañó pues había visto a Salvatore en acción y su táctica no era esa, ¿acaso era esa su nueva manera de provocarme?

—Si no te gusta lo que ves, siéntete libre de decir algo —me dijo Michael al oído.

—Así no nos serán muy útiles y lo sabes.

—Dilo, a todos los presentes les interesa tu opinión.

Me puse de pie y poco a poco la actividad a mí alrededor se fue apagando, en menos de un minuto tenía todos los ojos en aquella arena sobre mí.

—Noto que se han esforzado y los avances son obvios, pero no es el desempeño que estamos buscando. Los movimientos incluso llegan a ser predecibles, y no serán siempre soldados los enemigos que enfrentemos, por ejemplo, la última vez que atacaron El Valle fueron unos limpiadores, ni siquiera humanos.

—Es decir —Comenzó Salvatore, y se paró justo frente a mí con los brazos cruzados —, quieres un ataque más agresivo, más animal.

—Correcto —fue lo único que respondí, consciente de que utilizaría cualquiera de mis palabras en mi contra.

—Creo que sé a qué te refieres, hagamos una prueba para estar seguro de si entiendo lo que buscas. Necesitaré un voluntario claro, el padre de la criatura quizás...

Y con burla chispando en su rostro, señaló a Daniel.

—Tiene una lesión que no ha terminado de sanar...—Pero mientras comenzaba a decir esto, sentí a Daniel ponerse de pie a mi lado —. No —le susurré mirándolo a los ojos.

Él me sostuvo la mirada, besó mi mano y se alejó de mí para bajar las gradas. Sentí la mano de Michael sobre la mía, pero me solté, y tras ver la cara de suficiencia de Salvatore, le lancé una mirada asesina y salí echando chispas del lugar.

Sabía que lo estaba haciendo para molestarme, quizás para descargar su frustración con Daniel, no podía ridiculizarlo a él deteniendo todo, pero si podía irme y no mirar, ya que Salvatore tenía cuatro ventajas sobre mi ángel, era especialista en combate, era más alto, más musculoso, y estaba ileso.

No me importó, y decidí mandar todo al carajo y entrar de nuevo a detenerlos, cuando un atorrante grito de auxilio con voz femenina se escuchó, seguí el sonido que venia del algo del Recinto, corrí hacia la fuente del grito y salté sobre las piedras del lago hasta llegar al lugar exacto de dónde provenía.

—Ayuda, ayúdame por favor.

Me pedía una sirena con el rostro descompuesto, estaba sumergida y solo podía ver su cabeza, pero sabía por sus facciones que era una sirena.

Lo siguiente pasó muy rápido, recordé fugazmente mis paseos con Charles, todas las veces que habíamos observado las sirenas del Valle, y la voz de Isa a lo lejos en una de nuestras lecciones "las sirenas no pueden hablar, solo cantan". La expresión de la criatura cambió, convirtiéndose en una mueca macabra.

—¡¡¡SILVANA NOOOOOOOOOO!!! —me gritó Michael, mientras corría a toda velocidad hacia mí.

Pero era demasiado tarde, eso fue lo último que vi antes de que la criatura me halara por los tobillos hasta el fondo del helado lago.

Tiraba de mi con tal brusquedad, que después de un par de segundos sentí mis tobillos quebrarse, mi cuerpo chocaba con piedras, o hielo, y dolía mucho, pero todo eso era opacado por el dolor que producía el frío en todo mi cuerpo. Me seguían moviendo a toda velocidad, ahora sentía más manos sobre mí, y ya no me quedaba oxígeno en los pulmones, tampoco podía ver nada, todo era oscuridad.

Estaba segura de que iba a morir, no ahogada, o congelada, sino porque un par de manos que no se sentían humanas, abrieron mi boca e introdujeron lo que se sintió como mil agujas en ella, destrozando también mi garganta a su paso, incapaz de aguantar más, me dejé llevar por la oscuridad...

CAPÍTULO 30
"NI MIS PESADILLAS MAS SALVAJES"
Michael

Salté al agua en el punto exacto donde la había visto desaparecer, estaba prácticamente sólida, y si quería sacarla del lago con vida, debía encontrarla enseguida. Me sumergí tanto como pude y peiné el fondo del lago, cuando mi cuerpo estaba a punto de colapsar, la vi. Si no fuese por aquellos cabellos rubios, nunca la habría encontrado, su piel era casi del color del hielo que nos rodeaba. La tomé con la poca fuerza que me quedaba, y obligué a mis miembros dormidos por el frío a llevarla a la superficie.

Cuando rompimos la barrera del agua, unos brazos me la arrebataron, y otros me ayudaron a salir. No tenía más fuerzas, pero por ella, debía tenerlas. Examiné a mí alrededor y con horror comprobé que Daniel no estaba por ninguna parte, había docenas de personas sobre el cuerpo inerte de ella, pero ninguna era él.

—Está bajo el agua —me gritó Rose y solo supe que era ella por su habitual labial carmesí.

Sacudí mi cabeza para entrar al lago de nuevo, de nada serviría que la hubiese sacado, si no recibía asistencia pronto, moriría.

Pero en ese momento, Daniel emergió del agua en busca de oxígeno, le tendí la mano para ayudarlo a salir y así supo que ya había sacado a Silvana. También aparecieron Salvatore y Augusto casi de inmediato, se habían quedado sin oxígeno casi al mismo tiempo.

Daniel se arrodilló frente a ella y me frustré al ver que no hacia su maldita cosa de las manos, ¿Por qué no la sanaba? ¿Acaso ya estaba muerta?

—Dame tu cuchillo —me dijo con voz entrecortada.

Me saqué el cuchillo de la bota y se lo entregué. Él lo desenfundo y sin titubear, abrió la garganta de ella con un solo corte que empezó a sangrar dramáticamente.

Ni mis pesadillas más salvajes me habían mostrado a Silvana en el estado que se encontraba en ese momento. Su cuerpo estaba destrozado, golpeado y magullado en casi en su totalidad al punto de estar contorsionado, lo poco que se veía de su piel era excesivamente blanca, y ahora además estaba cubierta de toda esa sangre.

Sin ningún tipo de escrúpulo, Daniel metió sus dedos en la garganta de ella, y sacó algo parecido a un erizo de mar, era negro y tenía cientos de púas, lo echó a un lado y por fin puso sus manos sobre ella para sanarla.

Después de un rato algo parecía no estar funcionando, la herida en su garganta cerró, los golpes atenuaban, pero seguía inerte y extremadamente pálida. Él dejo de curarla y la alzó en sus brazos para dirigirse al edificio.

Me obligué a reaccionar y lo alcancé. Antes de que pudiera pedirle una explicación, él me habló sin mirarme:

—Está envenenada —fue lo único que dijo y no hizo falta más.

Entramos a la enfermería del Recinto con Augusto, Salvatore y Rose tras nosotros. La última traía la cosa parecida a un erizo con ella, lo envolvía con una tela como si no quisiera tocarlo directamente... y pensar que eso estuvo dentro de Silvana.

Daniel puso a Silvana en una camilla y la enfermera se quedó a un lado dejándolo trabajar, el rompió la ropa de ella y prosiguió a hacerle pequeños cortes en la piel que sangraban demasiado, venas supuse.

—¿Sangre? —le preguntó la enfermera.

—Tanta como sea posible y de inmediato —respondió sin dejar de cortarla.

—¡¡¡Se va a desangrar!!! —zanjé desesperado al ver el mar rojo que brotaba de ella.

—Puedo mantenerla con vida —expresó sin mirarme —, pero necesito drenar el veneno.

No podía verla así, cubrí mi rostro con mis manos, desesperado. Eso no podía estar pasando de nuevo. Alguien puso su mano en mi hombro y por lo delicado del tacto supuse que era Rose. Mantuve mi posición un rato, y cuando abrí los ojos de nuevo, la enfermera volvía con bolsas de sangre. Ella misma preparó una vía y Daniel la conectó a una vena de Silvana que acababa de curar.

—Necesito a Aron —le dijo a Augusto, quien salió enseguida de la habitación sin esperar más explicación.

Después de que terminó de cerrar las heridas, él puso sus manos nuevamente sobre ella.

—¿Ahora qué? —No quería molestarlo, pero necesitaba saber.

—Debo evitar que su corazón colapse mientras la sangre limpia entra en su organismo —respondió concentrado en su trabajo y admiré su entereza, la manera en que trabajaba en Silvana como si no se estuviese muriendo junto con ella...

Me sentía impotente sin saber qué hacer, o como ayudar, pensé en ella, en que le gustaría que hiciera, así que simplemente me senté a su lado y tomé su mano.

Mucho rato pasó sin que nada cambiara, ella seguía inmóvil, y la expresión en Daniel era la única pista que tenía de que seguía con vida. Después de un par de horas, volvió Augusto con el otro sanador. Sin decir palabras o esperar instrucciones, adoptó la pose que había mantenido Daniel por las pasadas horas, colocando sus palmas sobre ella con un par de centímetros de distancia de su cuerpo. En cuanto él lo hizo, Daniel se desplomó en una silla cercana luciendo agotado, y solo entonces su cara reflejó desolación.

Isabella se acercó a él y lo abrazó.

—Descansa un poco, Aron se hará cargo ahora.

—No comprendo nada —Comenzó él —. Mónica no haría esto, no aun.

—Peinamos el lago y no encontramos nada —explicó Augusto.

—Sea quien sabía lo que hacía. —Todos los presentes miramos hacia Isabella cuando dijo esto —: ninguna de sus lesiones es mágica, los golpes fueron hechos por piedra y hielo en el lago, el veneno en su cuerpo era ordinario.

—Probablemente los golpes fueron un señuelo, para distraerme mientras el veneno entraba en su organismo —concluyó Daniel —. ¿Cómo vas?

—No hay mejoría —respondió Aron, sin romper su concentración.

Daniel se puso de pie y una vez más colocó sus manos sobre ella, había desespero en su expresión.

Enrique entró en la habitación y Rose estaba con él, ella se quedó en la puerta mientras él se acercaba a Daniel.

—Hijo. —Y abrazó a Daniel tanto como la posición de este lo permitía —, hijo, no tiene caso. —Y esta vez sí llamó su atención —. Rose la vio morir antes del amanecer.

Busqué la mirada de ella y vi que lloraba silenciosamente en la puerta. Justo ahí supe que todo había acabado.

—No, yo no lo voy a permitir —respondió Daniel con los dientes apretados, sin quitar sus manos de ella.

No era fácil para mi llorar, lo había hecho pocas veces y en momentos que trataba de desterrar de mi mente constantemente, pero justo en ese instante, era lo único que podía hacer, lo único que necesitaba. Solté la mano de Silvana para salir de la habitación, no la vería morir también a ella, no podía.

Cuando estaba por cruzar la puerta, Isabella apareció frente a mí y me abrazó reteniéndome.

—Espera Michael, podemos solucionarlo, se trata de ella, sé que podemos.

—¡¿CÓMO?! —le grité aturdido.

—Solo vamos a pensar, juntos. —Y entonces se dirigió a su hermano y tomó una de sus manos —. Detente. No está haciendo diferencia alguna, te necesito conmigo, sé que hay una manera de resolver esto.

Él la miró con un sentimiento que hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo, bajó sus manos y se dejó guiar por ella lejos de Silvana. Rose estaba de pronto a mi lado, limpiándose las lágrimas con premura.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó ella a Isabella, que tenía las manos en la cabeza y parecía estar esforzándose por pensar.

—Bien, si lo viste quiere decir que ya es parte del diseño del tiempo, va a pasar porque esto pasó —Y señaló a Silvana —, si ella puede cambiar ese diseño, solo necesitamos un acto que rompa ese orden, que evite que se desencadene el siguiente acontecimiento. Debe ser algo simple, pero a la vez significativo.

—Pero sea lo que sea debe hacerlo ella —respondió Enrique, planteando el problema: Silvana estaba en una profunda inconsciencia.

—Puede ser algo simple, solo necesitamos un segundo —siguió Isabella—: Con muy poco tiempo, debemos hacer algo lo suficientemente significativo.

Por unos segundos, nadie dijo nada, todos los presentes maquinando internamente.

—Podemos casarnos —sugirió Daniel con la mirada fija en Silvana y todos lo miramos.

—Eso funcionaria, solo necesitamos que diga que sí —concedió Isa —. Perfecto. El plan es el siguiente: Augusto, busca al soberano para que realice la ceremonia, cuando él esté aquí, depende de ti Michael, debes traerla a la conciencia al menos para que acepte, si alguien puede hacerlo eres tú —Solo asentí —, y tu Aron, mantenla con vida mientras logramos que todo esto pase.

Augusto salió con prisa y Rose se fue poco después que él, me pregunté adónde iba, pero ella volvió luego de un par de minutos con una pequeña caja de terciopelo en sus manos, que le entregó a Daniel.

—Eran las alianzas de nuestra boda, úsalas.

Él las tomó en silencio y le dedicó una sonrisa triste. El recuerdo de Silvana diciéndome poco después de su llegada, que había tenido una visión con las alianzas matrimoniales de Rose, vino a mí. Maldita magia y maldito diseño del tiempo del que no entendía nada.

En menos de una hora, el soberano llegó y aparentemente ya Augusto le había explicado la situación, pues no hizo preguntas.

—Michael, es tu turno —me dijo Isabella y yo asentí.

Por muchos años había decido guardar mis sentimientos en un rincón de mi atormentado ser, los

ocultaba de los demás, y también de mí mismo. Y ahí estaba, a punto de abrir mi corazón frente a aquella extraña audiencia. Lo interesante era que no me importaba, que haría eso y cualquier otra cosa que fuese necesaria para salvarla.

—Silvana. —Acaricié su cabello mientras le hablaba, y tomé una de sus manos entre las mías, rogando que escuchara y entendiera mis palabras —, sé que estas cansada, que sientes mucho dolor y solo quieres que todo acabe, pero antes de rendirte, te suplico que pienses en todo lo que dejarías atrás, en todas las personas que lastimarías si decides que no puedes soportar más. Porque sería eso, una decisión, tu decisión. Sé que dolor torna todo muy confuso, pero es solo eso, dolor físico y pasará. El que no se va tan fácilmente es del alma, esas heridas que tú y yo bien conocemos e incluso compartimos. Esa es la herida que dejaras en las personas que te aman y que arriesgarían todo por ti. —Todos esos ojos estaban sobre mí, pero no me importaba, tenía que hacer que reaccionara, y sabia como, apelando al lado más sensible de su corazón —. Podría decirte que pensaras en Daniel, en la bebé que van a tener, hasta en Augusto, pero no, te pido que pienses en mí, me devolviste las ganas de vivir y si te vas... se irán de nuevo contigo.

Nada, ella seguía sin reaccionar, era casi como si ya se hubiese ido. En ese punto me percaté de que había lágrimas en mis ojos, un sollozo de mujer era audible y supe que era ella, Isabella, y oírla llorar solo desencade-

nó mi llanto, no pude contenerlo más y dejé salir todo, el desespero de no haber podido salvarla, de haber fallado de nuevo, de perder a la única persona en el mundo que me entendía y quería aun siendo un desastre.

La última vez que me ahogué en llanto, fue cuando murió Annabelle, y ahí estaba de nuevo, toda aquella insoportable sensación de estar muriendo lentamente también. No quería ver la vida escapar de ella, pero cuando me incorporaba para huir de ahí, ella apretó suavemente mi mano en señal de consuelo. Alguien más lo notó, porque escuché un grito ahogado.

Daniel se precipitó a mi lado y yo puse la mano que ella había movió sobre él y me hice a un lado, entonces él le habló.

—Mi amor, solo necesito un momento, que estés presente un segundo y prometo después dejarte descansar. —Después de eso se dirigió al soberano —. Sea breve.

Este asintió y comenzó a recitar una oración que no alcancé a escuchar, de religión sabia lo mismo que de magia, absolutamente nada. Enrique abrió la caja de terciopelo negro y le entregó las alianzas a Daniel, quien puso una en su dedo y otro en el de Silvana mientras el soberano seguía recitando la oración, acto siguiente el anciano envolvió las manos unidas de ellos con la suya, y le preguntó a Daniel si la tomaba a ella, no tardó un segundo en decir que si, prosiguió a preguntarle lo mismo a Silvana, pero no obtuvo respuesta, todos mirábamos las manos de ella, el medio de comunicación que había utilizado antes, pero nada sucedía.

El desespero comenzaba a agobiarme de nuevo, cuando Daniel se inclinó hacia ella, susurró algo en su oído para que solo ella pudiera oírlo, y juraría que la vi estremecerse, para después apretar su mano en torno a de él como lo había hecho conmigo.

Él suspiró de alivio, para después besar sus labios y por ultimo su frente.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunté a nadie en específico y fue Isabella quien respondió.

—Esperar el amanecer, solo entonces sabremos si funcionó...

CAPÍTULO 31
FINALMENTE MÍA

Nos mantuvimos expectantes por un par de horas a que el sol saliera, ella continuaba inmóvil y cada vez que sentía la necesidad de comprobar si todo seguía igual, debía mirar a Daniel, que seguía a su lado tomando su mano. Estaba agotado, mi ropa aun húmeda y solo en ese momento me di cuenta de que tenía mucho frio.

La enfermera apareció ofreciéndonos algo caliente para beber y lo tomé sin prestar atención al sabor. Poco después de eso, pasó por fin, el cielo comenzó a teñirse de naranja, y todos los rostros en la habitación reflejaron alivio.

—Intentémoslo de nuevo —le dijo Daniel al chico sanador y los dos comenzaron a trabajar sobre Silvana, para después de unos minutos anunciar —: Está funcionando, con lentitud, pero está mejorando.

Solo en ese momento me permití relajarme. Recosté la espalda en la silla donde estaba sentado y cerré los ojos. Unas manos cálidas se posaron sobre mis rodillas.

—Vamos, necesitas descansar —me dijo Isabella en voz baja.

—No quiero moverme de aquí —repliqué.

—Dentro de poco Daniel no aguantará más y debes ser tu quien se quede con ella entonces, necesitas reponer fuerzas.

Me tendió la mano con una sonrisa dulce y no pude resistirme a ella. Salimos de la habitación y vi que tanto Rose como Augusto dormían en camillas, Enrique ya no estaba y tampoco pude ver a la enfermera.

Después de un par de pasos, supe que me guiaba a mi despacho, entramos y ella cerró la puerta, se plantó frente a mí y comenzó a desabrochar los botones de mi camisa. Se lo permití mientras escrutaba su mirada, estaba molido y hasta de eso me sentía incapaz. Después de sacarme la camisa puso sus manos en el botón de mi pantalón, pero la tomé por las muñecas.

—No hagas eso, estoy agotado, pero no muerto.

Ella se ruborizó y se dirigió al armario, de dónde sacó una manta.

—Tienes que quitártelo, esta húmedo y te puedes enfermar

La obedecí, ella recogió mi ropa y la tendió en una silla. Parecía completamente inmutable al hecho de que estaba casi desnudo frente a ella.

—Descansa, tienes pinta de derrumbarte en cualquier segundo —me dijo tendiéndome la manta.

La tomé, pero también la halé a ella de la muñeca.

—Quédate conmigo —le pedí. Sabía que no era una buena idea, pero necesitaba la tranquilidad de su presencia.

Ella se mordió el labio, parecía estar sopesando mi petición, pero al final decidió complacerme. Me empujó con gentileza hacia el sofá, se acostó a mi lado y nos cubrió a los dos con la sabana.

—Duerme —me ordenó con esa voz tan dulce que tenía —, si hay alguna novedad, te despierto.

La miré a los ojos y la amabilidad en ellos me consoló. Con la sensación de sus dedos acariciando mi cabello, pude por fin descansar.

Me esforcé por abrir los ojos al recordar que tenía a la chica de mis sueños durmiendo junto a mí. Ella no estaba en la misma posición que antes, se había girado para darme la espalda. Con uno de mis brazos la abrazaba fuertemente por la cintura, y por el ritmo de su respiración supe que ella aun dormía.

Aproveché la cercanía para disfrutarla, enterré mi nariz en su cabello que olía a vainilla y a coco, ese aroma me atormentaba bastante seguido. Acaricié la piel suave de su brazo, rara vez podía tocarla así, pero en ese momento me lo permití, era una necesidad, y además, ella estaba dormida.

Llevaba uno de esos vestidos sueltos que usaba, y aunque eran anchos, la fina tela dibujaba perfectamente sus curvas, no pude resistirme a acariciar también su abdomen. Incapaz de controlarme, dejé que mi dedo subiera hasta sus pechos. Comprobé lo que siempre había imaginado, ella no usaba sujetador.

Sé que tus senos son perfectos Isabella, no tienes necesidad de restregármelo.

En algún punto ella despertó, pero solo lo noté cuando frotó su cuerpo con el mío. Con ese pequeño ges-

to, mi creciente erección enloqueció, y en respuesta, ella ladeó la cabeza buscando mis labios.

A este punto ya no podía acobardarme, había sido mi decisión pedirle que se quedara, y también había sido mi decisión tocarla. Respondí a su beso y aunque sabía que debía ser gentil con ella, me costaba contenerme. Había imaginado y deseado tanto el momento de tenerla entre mis brazos. Aun besando sus labios acaricié sus senos por encima de la tela del vestido, pero quería y necesitaba más.

Me alcé del sofá para desvestirla, en efecto, sus senos eran perfectos, como todo de ella. Si tenía nervios o temor no lo demostraba, estaba expectante, ansiosa, al punto de acariciar mi miembro, lo que me hizo soltar un gruñido de placer.

Recorrí su cuerpo con besos, y caricias, recordándome a mí mismo no ser brusco en el camino, ella gemía con sutileza, casi con elegancia, pero una vez que hundí mi rostro entre sus piernas, me olvidé de ser gentil y sus gemidos se volvieron desenfrenados.

La abrazaba mientras recuperábamos el aliento, cuando alguien tocó a la puerta, toda la valentía que ella había sentido, desapareció en ese momento. Hizo una mueca de dolor al incorporarse y sacarme de ella y comenzó a vestirse con rapidez. Yo la seguí e hice lo mismo, mientras volvían a tocar la puerta. Ella peinó su cabello y procedió a abrir.

—Enrique, ¿Cómo esta Silvana? —preguntó aun intentando controlar su respiración.

—Por suerte mejorando, pero tu hermano ya está al borde del colapso y dice que no se ira a descansar a menos que sea Michael quien se quede con ella.

—Sí, me lo imaginé —respondió ella girándose hacia mí—. ¿Listo? —me preguntó.

Yo asentí y salí con ellos dos del despacho.

—¿Pudiste descansar algo Michael? —quiso saber Enrique.

—Estoy como nuevo —respondí con una estúpida sonrisa en mis labios. Una mezcla entre que Silvana se estaba recuperando y que acababa de hacerle el amor a la chica que amaba, me hacía estar de un inusual buen humor.

Me quedé a su lado por horas, viendo complacido como el color regresaba poco a poco a su piel, su pecho también se movía al ritmo de su respiración, y su temperatura ya no era helada, aunque seguía lejos de su usual calidez.

Cuando Daniel volvió se veía mucho mejor, la evaluó y dio un buen pronóstico, y por recomendación de Amalia, decidimos trasladarla al Valle esa misma tarde, aún inconsciente. Aparentemente se había corrido la voz de su ataque y los residentes del Valle comenzaban a preocuparse, unos incluso se habían marchado. No me parecía correcto trasladarla en ese estado, solo para exhibirla como una especie de trofeo, pero la decisión correspondía a Daniel y él accedió. De burocracia y política tampoco sabía mucho, además, él me insistió en que era seguro.

Una vez en la casa, la ubicamos en su habitación y ella parecía estar mejorando con el pasar de las horas. Yo estaba con ella mientras Daniel se daba un baño y vi como lentamente abría un poco los ojos. Parecía confusa y desorientada, intentaba examinar su alrededor, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—Tranquila, tranquila —le dije acariciando su rostro —, estás a salvo. Yo estoy contigo y Daniel y está justo al lado.

Ella intentó hablar, pero no salía un sonido de su boca. Quiso alzar una mano, pero la falta de fuerza no se lo permitía.

—Agg..agg..

—¿Agua? ¿Tienes sed?

Asintió casi imperceptiblemente. Intenté darle de tomar, pero el líquido resbalaba de sus labios. Tomé una gasa, la humedecí en el agua, y la exprimí para que un par de gotas cayeran en su boca entreabierta. Ella tragó con dificultad, y segundos después volvía a estar inconsciente.

—Despertó —le dije a Daniel cuando salió del baño —. Me pidió agua, la bebió y volvió a quedarse dormida.

—Eso es bueno —respondió él entusiasmado y se acercó a observarla —¿Pudo hablar?

—No mucho, un par de sonidos y deduje lo que quería.

—Bien, es un avance.

Cuidar de Silvana estaba consumiendo gran parte de mi tiempo, Daniel no se sentía cómodo dejándola con otra persona que no fuese yo, y además Amalia y Augusto tenían labores burocráticas para él, como hablar con los residentes del Valle e informar del estado de ella. Pero ese día llegó Jade al Valle y la única persona además de mí a quien Daniel le confiaba los cuidados de su nueva esposa, era a su madre. Me había cruzado con Isabella un par de veces los pasados días, pero con el caos que había en la casa, no habíamos tenido oportunidad de estar solos, o siquiera de conversar…

CAPÍTULO 32
LEJOS DE SER PERFECTO…
Daniel

La sentí acariciar mi cabello, sabía que era ella, no porque me había dormido en su regazo, sino porque mi cuerpo reaccionaba a su tacto sin importar las circunstancias. Me moví con cuidado de no hacer movimientos bruscos para no lastimarla. Me sonreía, aunque sus ojos seguían apagados. Lucia simplemente perfecta en una bata lila y su cabello rubio desordenado. Había despertado un par de veces ya, pero Michael y mi mamá habían estado con ella, era primera vez en días que me deslumbraba sus intensos ojos.

—Hola —le dije entusiasmado de que despertara al fin.

—Hola —respondió con cierta dificultad.

Hizo una mueca de dolor. Su expresión era de cansancio a pesar de que había estado inconsciente cerca de una semana. Lo correcto sería decirle que descansara más, que se recuperara, pero la había extrañado tanto, que no pude resistirme a la belleza de sus ojos abiertos.

—Tranquila, ese dolor también pasará —aseguré besando su mano—. ¿Cómo te sientes?

—Me salvaste —respondió muy por lo bajo. Sus ojos chispeaban, y era por mí. Nunca lograría acostumbrarme a la manera en que ella me miraba.

—Digamos que fue un trabajo en equipo.

—Estaba segura de que iba a morir, pero tú me salvaste. —La sola mención de la palabra hizo que cerrara mis ojos de dolor. Ella acariciaba mi rostro con ternura —. Tuve el más extraño de los sueños.

En cuanto dijo eso, detuvo la mano con la que me acariciaba y examinó el anillo en su dedo. Su mirada pasó a mi mano donde vio el mío, y después había mucha confusión en rostro.

—No fue un sueño —le respondí, negando con la cabeza y sonriendo con nerviosismo —. Sé que no es la boda que hubieses querido, que probablemente ni siquiera puedas recordarla, pero yo soy el hombre más feliz del mundo de que por fin seas mi esposa.

Le expliqué todo lo que había pasado después de su ataque, suavizando los detalles de nuestra unión para crear al menos en su mente, la alusión de que había sido medianamente romántica. Ella me escuchó en silencio e incluso después que terminé, no dijo nada.

—Por favor di algo —le pedí con nerviosismo.

Silvana tenía la capacidad de hacerme sentir como un adolescente inexperto que habla por primera vez con la chica que le gusta. Por lo general lograba disimularlo muy bien, pero justo en esa situación, escapaba de mis manos. Ella parecía estar escogiendo las palabras, lo que me ponía más ansioso aun, estaba por

presionarla de nuevo (en plena conciencia de que eso estaba mal), cuando por fin habló:

—Nuestra luna de miel apesta.

Por primera vez en días, solté una carcajada, y el sonido suave de su risa fue música para mis oídos. Me sentía tan aliviado, que aunque me había prometido a mí mismo controlarme mientras se recuperaba, me incliné hacia ella y la besé. Ese primer beso después de tanto tiempo, me supo a gloria, lo disfrute incluso más que el que le di a mi regreso, porque este estaba teñido de alivio.

Me devolvió el beso con ternura, y era un beso diferente a cualquier otro que nos hubiésemos dado. A pesar de su estado, sentí como se inclinaba hacia mí, pidiendo más. Su cuerpo siempre reaccionaba a mí, y eso nunca dejaba de sorprenderme y excitarme.

Por mi esposa sentía infinidad de cosas, no me alcanzaría la vida para nombrarlas todas, pero con pena debía admitir que el sentimiento predominante era deseo. Desde la primera vez que la vi, el solo mirarla hacia que tuviese que reacomodar mis pantalones, y aun consiente de su vulnerabilidad en ese momento, eso no fue diferente. Rompí el beso y me separé de ella abofeteándome a mí mismo.

Me acosté a su lado y la abracé con cuidado, poco después ella estaba inconsciente, y yo infinitamente aliviado.

Desperté y después de evaluarla y asegurarme que siguiera progresando, bajé a encargarme de los asuntos

de aquel día. Todo aquello tenia de tedioso, lo que tenía de importante, y lo haría por el tiempo que fuese necesario, ya que no planeaba dejarla mover un dedo hasta que estuviese completamente recuperada.

Lo primero era encontrar a mi madre o a Michael para que alguno de los dos se quedara con Silvana mientras yo me desocupaba, para lo cual no tuve mucha dificultad, ambos estaban en la cocina, y poco después que entré y saludé a ambos, aparecieron Isa y Aron.

Extrañamente, vi a Michael hacer una mueca cuando mamá le preguntó a Isa como les estaba yendo juntos y ella respondió que bien. Tenía entendido que él sabía que ellos estaban saliendo. Parecía estar desesperado por salir de la habitación, así que lo llamé afuera y le pregunté si en efecto podía quedarse con Silvana un par de horas, a lo que respondió que sí.

Los asuntos por resolver del Valle parecían no acabar nunca, y también estaban los del Recinto, era como si Augusto hubiese puesto a disposición de Silvana la institución.

Mi mañana comenzó resolviendo una disputa entre "mimetistas" (humanos capaz de cambiar su forma), y terminó entrevistando nuevos aviadores ya que era necesario contar con varios. Christopher no había vuelto a mostrar su cara por el Valle, tenía un mal presentimiento respecto a eso, pero no había querido preguntar nada. Era ideal que no estuviese, no tenía que haber ido en primer lugar. Amalia insistía que seleccionara un Aviador del Recinto para mostrar compromiso con la institución.

En algún punto incluso tuve que firmar una petición de algunos de los residentes jóvenes del Valle, para abrir un bar en una de las casas vacías, no estaba seguro de que pensaría Silvana de eso, pero sonaba bien para mí, así que accedí.

Los próximos días los describiría como intensos, pero al menos ella estaba mejorando, al punto que ese día estuve de acuerdo que bajara a tomar algo de aire fresco, me había insistido en que necesitaba distraerse, pero para mi sorpresa, su idea de distracción involucraba a Charles. Los observaba a través de la ventana del despacho, él en su silla de ruedas y ella sentada en un banco cubierta con un grueso abrigo, aún estaba pálida y algo débil, pero sin duda mucho mejor.

Lo que fuese que él le decía, parecía divertirla mucho, se le veía relajada y cómoda en su compañía, y aunque me esforcé por repasar nuestros momentos juntos, no recordaba uno en el que ella hubiese actuado así.

Charles me había pedido visitarla un par de veces mientras ella estuvo en cama, y en lo que solo podía describir como un acto de mezquindad de mi parte, me había negado alegando que ella necesitaba descansar. Lo más frustrante de todo es que ella también me había pedido verlo. La voz de Amalia llamó mi atención:

—Creo que es seguro decir que ya dominas por completo la habilidad. Felicidades.

Habíamos estado trabajando mucho en ello, y francamente, no me pareció difícil en absoluto. Ella me ofre-

ció café, pero lo rechacé, no tenía idea de que hora era, pero ver la manera en que mi esposa interactuaba con Charles, me hacía querer un trago, así que me lo serví. En mi infinito masoquismo, volví a la ventana a seguir observando la escena, ella quitaba copos de nieve de su cabello y verla tocándolo me hacía querer aventar el vaso en mi mano hacia la pared.

—Si pudieras ver dentro de ella, entenderías lo absurdos que son tus celos.

—Lo peor es que Charles es el que menos me molesta. Detesto que sea un buen tipo.

—En efecto, Charles es más inofensivo, pero a la vez el más cercano a su corazón.

Amalia tenía razón, yo no podía ver dentro de Silvana, pero ella sí, y estaba convencido de que no me negaría información. Era consciente de que estaba mal recurrir a un tercero para entender los sentimientos de mi esposa, pero estaba desesperado.

—¿Qué hay del extranjero? Desde que volví la idea de que ella pueda sentir algo por él me está carcomiendo.

Amalia estaba a mi espalda, sorbiendo su café, pero podía ver su reflejo en el cristal de la ventana, estaba convencido de que ella no me mentiría, pero igual quería ver su expresión.

—Siente algo en efecto, pero no lo que pensarías.

—Explícame entonces.

Ella pasó a mi lado y se sentó en el borde de la ventana encarándome, yo me terminé el líquido en el vaso, preparándome para lo que iba a decir.

—Trata de ponerte en sus zapatos por un momento. Piensa en lo siguiente: ella se enamoró perdidamente de ti desde del primer momento, por suerte para todos, pero ¿y si no? ¿Cómo se vería esta situación, y todo lo que ha pasado entre ustedes si ella no te hubiese correspondido?

—Yo no la habría forzado nunca.

—¿De verdad Daniel? Porque a mí no puedes engañarme, quizás a ti mismo, pero no a mí. Tus sentimientos por ella son tan profundo que rayan en la irracionalidad, y supongo que es normal, así es el amor a veces, pero en esta situación sería particularmente macabro.

—Ve al punto —le exigí.

—Quieras admitirlo o no, tú la has presionado mucho, desde el comienzo y aun ahora. Tu última acción es prueba de ello. Charles, aun en su nobleza, también se le impuso, arriesgó su vida por ella, en cierto modo incluso la sacrificó y ahora ella se siente obligada a reparar esa situación que nunca escogió crear. Christopher fue el más obvio de todos, se forzó en ella no una, sino dos veces, la última mientras tú no estabas, aunque de manera pasiva.

—¿De que estas hablando? —Esta vez no pude contenerme y el vaso de cristal estalló en mis manos.

Amalia observó esto sin ningún tipo de sorpresa, estaba consiente de mi ira, y sin ninguna expresión, me alcanzó una servilleta para que limpiara la sangre.

—Volveremos a eso luego, no me has dejado terminar. El extranjero... ella lo buscó a él, lo trajo aquí, y

aun cuando ha habido cierta...química entre ellos, él nunca ha intentado nada, es el único de ustedes que siempre le ha dado la opción de escoger. Y naturalmente, ella encuentra eso atrayente.

—¿El único de nosotros?

—De los hombres que la aman —aclaró y esto incrementó mi ira.

—Él no puede amarla...

—Pero si lo hace, ha sido fascinante ver evolucionar sus sentimientos por ella. Cuando llegó aquí todo era una especie de juego para él, le seducía la posibilidad de derribar algo tan grande como es la profecía que los une a Silvana y a ti, probar que él y su hombría eran letales, creyó que podía conquistarla y acabar con todo esto. —Señaló a su alrededor con ambas manos —, con lo que no contaba, es que el cimiento de esto, no es la famosa profecía, sino el profundo amor que ella siente por ti. A este punto ya se encuentra intensamente enamorado de ella, aunque no lo admita para sí mismo. Se topó con que Silvana era mucho más que una mujer hermosa, vio esa excepcionalidad que nos ha atraído a todos hacia ella. Y creó su propia percepción de la situación, para él, ella una damisela en problemas, y tú su victimario.

—¿Déjame adivinar? Él es el héroe que la rescata.

—¿Lo ves? Una vez que tienes las premisas, es fácil entender el resto.

—¿Qué hay de ella? ¿Qué siente ella por él?

—Muchas cosas, pero justo ahora, la más predominante es culpa, lo trajo hasta aquí aun estando consciente de que se sentía atraído por ella e incluso se valió de ese sentimiento para obtener de él lo que quería, no imaginó que él se enamoraría y ahora se siente culpable por haberlo alentado al seguir sus juegos.

—¿Le atrae? —indagué, perdiendo la paciencia.

—No de manera romántica o sexual. Él es para ella, la alusión de libertad. La posibilidad de, si algún día así lo desea, poder dejar todo atrás.

Me serví otro vaso, repasando toda la información, y me lo tomé en un solo trago. Las líneas de todo lo que Amalia acababa de decirme, eran borrosas, no era fácil distinguir lo bueno de lo malo.

—¿Qué hay de lo Christopher? —recordé con ira.

—Me parece que la manipuló en un momento de debilidad, pero eso debería contártelo ella, yo desconozco los detalles. Solo sé lo que percibí de ambos y que justo antes de que llegaras se marchó, sintiéndose incapaz de verla contigo.

Mi cabeza palpitaba y sabía que era por la rabia, cuando se trataba de Silvana mi temperamento perdía la estabilidad. Me senté y Amalia se paró frente a mí para después quitarme el vaso de las manos.

—Deberías tranquilizarte, ella va a entrar pronto y no es conveniente que te vea en ese estado. Si te dije todo eso es para que trabajes en base a ello, y así como te revelé esa parte de su corazón, te revelo la siguiente: es difícil poner en palabras sus sentimien-

tos, pero con fines de que lo comprendas, puedo asegurarte que el amor que siente por ti, es incluso más grande que el tú sientes por ella.

—Eso es imposible —repliqué.

—Que de los dos seas quien ame de manera más veloz y agresiva no quiere decir que seas quien ame más. Además, si te he sido honesta en todo, ¿Por qué iba a mentirte ahora? —Se puso de pie, pero antes de dejarme solo me llamó —, y Daniel, se te está agotando el tiempo, tienes que decírselo pronto.

Y después de esas últimas palabras, se fue. Estaba consciente de eso, me quedaban solo un par de días, pero no había encontrado el valor para ser honesto con ella, ya se lo había dicho una vez, cuando estuvo convaleciente y necesitaba que reaccionara, pero ella no lo recordaba.

Aun cuando terminó mi jornada, no lograba sacar toda esa ira de mí, troté por el Valle un par de horas, e incluso cuando anocheció, me sentía incapaz de darle la cara a Silvana, ella no me conocía en esa faceta y no estaba en mis planes que lo hiciera nunca, siempre que estaba molesto o frustrado, hacia lo posible por alejarme de ella.

Subí a nuestra habitación y por suerte la encontré acompañada de mi mamá y mis hermanas, lo cual me daba libertad de irme de nuevo.

—¿Adónde vas? —preguntó cuándo me vio salir del baño vestido con ropa de salir.

—Michael quiere hablar conmigo, me dijo que era importante, y los chicos me invitaron a conocer el bar que abrieron, así que mataré dos pájaros de un tiro, aprovechando que estás en buenas manos —respondí poniéndome el reloj.

Lo que fuese que tenía que decirme Michael, tanto Silvana como Isa lo sabían. Mi hermana se sonrojó y mi esposa sonreía de esa manera tan genuina que yo nunca había podido lograr.

—¿Te dijo de qué se trata? —me preguntó Silvana, pero mientras lo hacía, miraba a Isa.

Sí. Se traían algo entre manos.

—No, pero solo hay dos posibilidades —respondí señalando hacia la cama donde estaban ellas —. Vuelvo más tarde.

Me acerqué a ella rápidamente y me despedí con un casto beso en los labios, para no darle oportunidad de que indagara demasiado en mí.

Michael ya me esperaba en el bar, era un sitio pequeño y básico, con grandes estanterías llenas de mucho alcohol. Me sentí complacido con el resultado, y después de saludar y que me ofrecieran un trago, me senté frente a él.

—¿Con quién se quedó ella? —Fue su saludo.

—Mi mamá y mis hermanas —le respondí y él solo asintió. Se le veía nervioso, nunca lo había visto así antes, rodeaba el borde de su vaso en silencio por lo que decidí acelerar el proceso —. Si lo que quieres

decirme es que te gusta mi hermana, supongo que yo debo confesarte que estoy enamorado de Silvana.

Él rió, y pasaron unos segundos para que hablara de nuevo:

—¿Un secreto a voces eh? —Asentí y él añadió—: No me gusta tu hermana, Daniel, estoy enamorado de ella. Mierda, se siente bien decirlo en voz alta.

—Eso no es nuevo, ¿Qué cambió?

—No lo sé, después del ataque de Silvana, supongo que puse las cosas en perspectiva. No me malinterpretes, sé que ella merece alguien mejor que yo, pero quiere estar conmigo.

—¿Qué hay del chico con el que está saliendo?

—Me parece que a petición de Silvana, por miedo a perder el sanador de Charles, está siendo sutil al respecto. —Sí, eso tenía la marca de Silvana por doquier —. Supongo que quería hablar personalmente contigo antes de que se volviera obvio.

Bebí un par de tragos mientras analizaba la situación y escogía mis palabras.

—Escucha Michael, Silvana te adora y estoy seguro de que si ella cree que eres un buen hombre, ha de estar en lo cierto. Asumo que ustedes dos ya tuvieron esta conversación.

—Sí, amenazó con castrarme si le hacía daño a Isabella —respondió con un atisbo de diversión.

—Yo seré un poco menos gráfico, no empieces algo que no vayas a poder sostener. Si estás seguro de esto, cuenta con mi apoyo. —Bebí otro trago—. Y para ex-

plicarme mejor, piensa en nosotros dos como homólogos en esta situación, y simplemente no hagas con Isa, algo que no te gustaría que yo le hiciera a Silvana.

Unos cuantos tragos más, y regresábamos a la casa, me sentía muchos más tranquilo, estaba ansioso por verla, la había extrañado durante el día en mi afán de evitarla.

Estábamos por llegar cuando vi una figura masculina recostada de un árbol, por el largo de su cabello supe que era el extranjero, y la forma en la que miró cuando me acerque a él, me dio a entender que había estado esperando por mí.

—Tú solo sigue caminando —me dijo Michael que venía a mi lado y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Necesito hablar contigo.

Odiaba tanto ese maldito acento, froté mis ojos con cansancio mientras me acercaba a él.

—Ahora no, eventualmente resolveremos este asunto, pero justo ahora no estoy ánimos.

Había estado bebiendo, y estaba cargado de frustración por mi conversación con Amalia, y por si eso fuera poco, había abandonado a Silvana todo el día. No estaba siendo precisamente el esposo del año y no quería empeorar mi situación.

—¿Por qué no ahora? —me retó extendiendo las manos frente a mí y mi convicción tambaleó.

—Porque mi mujer me espera allá arriba. —Señalé la parte alta de la casa y pasé por su lado con Michael pisándome los talones.

—¿Me pregunto si a eso también la obligas? Si entras en ella a la fuerza con la excusa de la profecía...

Tras escuchar eso, mi visión se tornó roja, Michael intentó detenerme poniendo su brazo en mi pecho, pero una mirada bastó para que se apartara de mi camino. Me abalancé sobre él y hundí mi puño en su mandíbula. Cuando intentó devolverme el golpe, lo esquivé y quedamos a una distancia prudencial, la suficiente para que me hiciera rabiar una vez más:

—Lo dices como si eso significara algo, "mi mujer", como si ella lo hubiese escogido o al menos hubiese estado consiente al momento en que "la casaste" contigo. —Se rió de sus propias palabras y escupió sangre—. ¿Sabes que vi en los ojos de ella el día que fue a buscarme? ¿Qué sigo viendo hoy en día? Miedo y desespero, voy a encontrar la manera de alejarla de ti y toda esta mierda.

Ante la amenaza de quitármela, mi visión se nublo de nuevo, ataqué una vez más y él no tardó en responder, lo golpeé con tanta fuerza como pude y él a su vez me atinó en el ojo izquierdo y la mandíbula, mis nudillos palpitaban cuando escuché la voz de mi hermana y su silueta borrosa apareció frente a mí.

—¡¡¡Suficiente, basta!!! —gritó metiéndose entre ambos.

En ese momento, supuse que para proteger a Isa, Michael también intervino. Se plantó frente al extranjero bloqueando su paso hacia mí, mientras que Isa hacia lo mismo conmigo. Intenté apartarla, pero ella tomó mi rostro entre sus manos.

Sus rasgos angelicales siempre habían sido una debilidad para mí, y desde pequeños ella lo sabía.

—Hey, para, ya —me pedía intentando que me quedara tranquilo —. Daniel, dejamos a Silvana sola hace mucho rato, ella estaba esperando por ti.

—Silvana...—repetí volviendo a tierra.

—Vamos adentro —me dijo tomándome por los hombros y yo me dejé llevar por ella, Michael nos siguió y una vez que estuvimos dentro de la casa, Isa me soltó y se dirigió a él—. ¿Y tú por que no hacías nada? Estabas ahí parado, dejando que se mataran a golpes.

El reclamo fue acompañado por lo que se escuchó como un par de golpes en su pecho.

—Código de hombres —respondió él con voz calmada.

—Así como yo no voy a intervenir cuando él y Aron se rompan la cara por ti —me burlé mientras subía las escaleras y lo último que oí fue a Michael bufar.

Fui directamente al cuarto consiente de que era tarde y ella debía estar preocupada. Era poco probable que Aron estuviese despierto y no era como si pudiese curarme a mí mismo. Además, considerando que el evento había tenido lugar en la entrada de la casa, no tenía mucho sentido ocultárselo.

Entré a nuestra habitación consiente de lo que me esperaba, y la encontré de pie frente a la ventana poniéndose una bata. Suspiró de alivio cuando me vio.

—Por fin llegas, estaba por salir a buscarte. —Desvió la mirada para terminar de vestirse y cuando me miró de nuevo, ya estaba lo suficientemente cerca para que

notara los golpes—. ¿Qué te pasó? ¿Con quién...? Arrrrggggg —gruñó de molestia y por algún motivo, eso me excito.

Tomó mi mano con frustración y me haló al borde de la ventana donde me sentó con brusquedad. Estaba muy molesta y podía usar eso a mi favor. Entró al baño y examiné la habitación porque algo se sentía distinto.

Las luces estaban apagadas, había varias velas encendidas, y una manta gruesa frente a la chimenea. De acuerdo, parecía una emboscada. Volvió segundos después con un algodón grande y alcohol en su mano. Su expresión de molestia era una que no había visto antes. Examiné su atuendo y confirmé mis sospechas, bajo la bata que acababa de ponerse no llevaba prácticamente nada, y había algo de color en sus mejillas y labios.

—¿Qué llevas puesto? —pregunté intentando deshacer el nudo de su bata, pero ella abofeteó mi mano.

—¿Qué te dijo para que te pusieras así? No eres un hombre violento —habló entre dientes y con mirada iracunda.

—¿Es una ocasión especial o...? —Segundo intento de deshacerme de su bata frustrado.

—Responde la pregunta.

Suspiré y ante la posibilidad de terminar la conversación, y poder hacerle todo lo que me estaba imaginando, le conté brevemente lo sucedido. Cuando terminé, su respuesta me sorprendió:

—Eres un idiota. —Y presionó el algodón con mucha más fuerza de la necesaria en una de mis heridas.

—¿Yo soy el idiota?

—¿Te das cuenta de lo absurdo de la situación? Tú peleándote a golpes con él porque supuestamente yo no te amo y yo aquí esperándote, ansiosa de ti. De él puedo entenderlo, pero ¿tú? ¿Sabes que te provocó a propósito no? ¿Por qué caer en sus juegos?

—Terminaremos esta conversación en un par de horas. —Y la halé hacia mí.

Ella puso algo de resistencia, y la halé con más fuerza. ¡Mierda! Recordé que estaba delicada de salud, aunque en ese momento no parecía enferma en absoluto.

—Por lo menos déjame limpiar la sangre, me molesta verte así.

Aproveché que había bajado la guardia y por fin deshice el nudo de su bata, la ropa interior que llevaba no cubría prácticamente nada de su cuerpo, me sorprendió la elección del color ya que ella siempre se inclinaba por colores pasteles.

—¿Negro? —pregunté tomando el tirante.

—Saqué la artillería pesada previendo que me rechazaras.

Las noches pasadas ella me había buscado, pero seguía tan frágil que me daba miedo lastimarla, eso había quedado atrás al verla así.

Tenía la sensación de estar redescubriéndola, había perdido algo de peso, lo que hacía ver sus caderas más anchas, y sus pechos sin duda habían aumentado de talla. En lencería negra, molesta y embarazada, la encontraba más sexi y hermosa que nunca.

CAPÍTULO 33
EL MALENTENDIDO
Michael

Bendito café, de esos pequeños grandes placeres de la vida, aunque desde un par de días atrás, había mucho más placer en la mía que antes. La causante de mi sonrisa de idiota apareció en ese momento frente a mí en la cocina.

Isabella usaba poco maquillaje y se movía con tanta gracia, que era una de esas personas que parecía provenir de otra época, me permití observarla con descaro ahora que era mía. Mierda, me había pedido que no usara ese término, debía corregirlo mentalmente para no decirlo en lo voz alta. Llegó hasta mí y me dio un beso tierno en la comisura de los labios, lo que dijo a continuación, no concordó con ese gesto:

—Quiero que pasemos esta noche juntos y me hagas un montón de cosas.

Casi me atraganto con el café y esto a ella pareció divertirle mucho.

—Eso es una oferta que no puedo rechazar.

—Sé que las cosas acá son un caos siempre, pero lo necesito.

Me acerqué a ella y la tomé del mentón.

—No tienes que convencerme, estoy a bordo. En cuanto termine mis quehaceres, voy a tu habitación. ¿Alguna petición en específico?

Ella sonrió entusiasmada y no me resistí a darle un beso en los labios, mordió el mío sin mucho cuidado.

—De todo. Hasta la noche. —Se despidió y se fue.

Ella no dejaba de sorprenderme, había sido el primero, pero actuaba con una confianza que aunque era impropia de ella, me fascinaba. La idea de toda una noche juntos era prometedora, y ella tenía razón, también era absolutamente necesaria. Solo habíamos estado juntos dos veces, y ambas fueron apresuradas, la segunda incluso más que la primera:

Amalia había organizado una especie de celebración para festejar la recuperación de Silvana, me había parecido una idiotez, pero no podía pedirle a Silvana que colaborara con ella y no hacerlo yo. Me propuse hacer acto de presencia unos minutos e intentar interactuar con Isabella, ya que no habíamos cruzado palabra después de que estuvimos juntos en mi despacho. De hecho, me daba la impresión de que ella me estaba evitando. La manera en que me miraba cuando nos cruzábamos era extraña, mil cosas pasaron por mi cabeza: que se arrepentía, que estaba avergonzada, pero el punto de quiebre fue cuando en la supuesta celebración, la vi de nuevo con ese chico, él se inclinó a besar sus labios y ella se lo permitió. Eso me puso colérico.

Sin importarme que estuviésemos entre tanta gente, caminé hasta ella intentando controlar mi temperamento, ella estaba con el chico, con su madre y su hermana pequeña, debía disimular.

—Tengo hablarte, ¿me concedes un minuto? —Me miró con una mezcla de confusión y pánico, pero accedió.

—Claro, permiso —se excusó.

Puse mi mano en su cintura sintiendo un par de miradas sobre nosotros y la guíe fuera de la habitación. Necesitaba un lugar donde nadie pudiese escucharnos así que subimos las escaleras hasta la pequeña biblioteca que había en la casa. Teniendo lugar una fiesta abajo, era poco probable que alguien fuese ahí. Una vez adentro, cerré la puerta y la aprisioné contra la misma poniendo ambas manos al lado de su cabeza

—¿Qué carajo crees que haces? —le dije con los dientes apretados, intentando contener la rabia que sentía.

Ella me miró con esos ojos de corderito que habían sido una de las primeras cosas que llamó mi atención en ella.

—¿Perdona? —respondió con confusión en todo su rostro.

—¿Por qué estás actuando así?

—¿Así como?

—Isabella —respiré profundo para tranquilizarme —. ¿Intentas molestarme a propósito? ¿Es esto una especie de venganza?

—¿Venganza? ¿De qué estás hablando? —Ella seguía sin reaccionar y yo comenzaba a perder la paciencia.

—¿Acaso no te acuerdas todo lo que hicimos en mi despacho?

Sus ojos de cordero se abrieron mucho, e intentó escapar de mí golpeándome con fuerza en el pecho. Obviamente no logró moverme ni un centímetro.

—Eres un imbécil, por supuesto que me acuerdo.

—¿Entonces por qué actúas como si no hubiese pasado?

—No comprendo, Michael ¿Qué esperabas? ¿Verme llorando por los pasillos, que te persiguiera y rogara por toda la casa?

—¿Qué dijiste? —la reté, acercando mucho mi rostro al suyo.

—No entiendo que es lo que quieres de mí, Michael. —Y en ese momento bajó la mirada y comenzó a jugar nerviosamente con sus labios.

Viéndola actuar de esa forma, lo comprendí: ella había pensado que yo no le daría importancia. Por Dios, mi chica realmente me creía un monstro.

—Isabella. —Alcé su rostro y la obligué a mirarme —. ¿Qué es lo que crees que pasó entre nosotros?

Ella me miró con confusión, pero ante la intensidad de mi mirada, cedió.

—Tuvimos sexo —dijo encogiéndose los hombros, y aunque intentó sonar casual, no lo consiguió.

Ante su expresión acongojada, me estremecí.

—Isa, yo...—Comencé, pero no me dejó terminar.

—No tienes que decir nada Michael, yo entiendo. Estabas vulnerable y te diría que lo siento, pero sería una mentira. Siempre quise que fueses tú el primero.

Intentó escapar nuevamente de mí y casi lo logra, tardé un segundo en reaccionar. Sentía una mezcla de culpa, confusión, ira... ¿había dicho el primero? Porque eso implicaba que existiría un segundo. Cuando estaba abriendo la puerta, la retuve de nuevo. Sus ojos estaban vidriosos gracias a un par de lágrimas.

—Isa, escúchame. ¿De verdad pensaste que yo actuaría como si nada después de lo que pasó? ¿Me crees capaz de desvirgarte y después ignorarte?

Se ruborizó y de nuevo sus lindos ojos se abrieron mucho.

—No uses esa palabra tan fea —me regañó.

—¿No recuerdas que te dije que te amaba? Porque yo lo recuerdo claramente.

—Por supuesto que sí, es solo que pensé que...

—Pensaste mal —la interrumpí—. Sé que he sido muy distante contigo todo este tiempo, pero fue precisamente porque sabía que en el momento que te pusiera un dedo encima, no habría punto de retorno. Yo te amo.

Una vez más, su expresión me desarmó.

—Ya me lo habías dicho antes, para luego actuar como si nunca sucedió. —Debió ver la confusión en mi cara porque continúo —: cuando intentaron escapar, y Silvana te trajo todo golpeado, yo me quedé contigo esa noche y en un punto me dijiste que me amabas.

Mierda.

—Siento no recordar eso. Pero esta vez es diferente, te amo y quiero hacer las cosas bien contigo.

Derramó un par de lágrimas en silencio y yo las limpié con mis labios.

—Yo también te amo —respondió y experimenté una felicidad que había creído extinta para mí.

Quise darle un beso calculado, que le transmitiera seguridad, demostrarle que todo estaría bien entre nosotros, pero ella tenía planes distintos. Me besó con fiereza empujándome hacia ella por el cuello, mis manos pasaron de rostro a su cintura y comprendí sus intenciones cuando sus dedos comenzaron a desabrochar mi pantalón. Haríamos el amor en la biblioteca y sobre una fiesta andando, porque no había manera de que yo me resistiera.

—No te he dado unas primeras veces muy románticas ¿Cierto? —le dije mientras nos vestíamos.

—Es lo más romántico que has sido nunca —respondió en broma, pero a mí me dolió la veracidad de sus palabras.

—Me redimiré, lo prometo —le dije besando su frente.

—¿Cómo me veo? —peguntó plantándose frente a mí.

—Te lo diría, pero incluye otra palabra fea —me burlé —, aunque no me importa que sea obvio lo que acaba de pasar, rizos debería saberlo.

—No te comportes como idiota, además, mi mamá y mis hermanas también están abajo.

—De acuerdo, de acuerdo —accedí y peiné su cabello que era lo que la delataba —. Listo. Pero hablo en serio Isa, el chico tiene que alejarse. Si vuelvo a verlo cerca de ti...

—Michael, déjame hacer esto a mi manera, él se ha portado muy bien conmigo y merece la misma cortesía.

—Pues dile cortésmente que ahora eres mía.

—No me vengas con esa mierda a lo Daniel y Silvana. Estaré muy enamorada de ti, pero sigo siendo un ser autónomo, y considerando lo que me has hecho pasar, tienes que ganarte las cosas conmigo —dijo con firmeza antes de marcharse.

Decir que su carácter me había dejado perplejo, era poco.

Iba recordando todo aquello mientras me dirigía a la habitación de Silvana, estaba tan distraído que no vi el zapato venir hacia mi cuando abrí la puerta, y me atinó en el pecho, era de tacón y aunque tenía alta tolerancia al dolor, me quejé.

—¿Por qué fue eso? —Y mientras preguntaba, esquivé un segundo zapato.

Ella estaba acostada en su cama, pero tenía buena puntería.

—Por no parar la pelea, y te salvas de que esté en cama, porque si no cumpliría mi promesa y dejo a mi pobre cuñada sin la posibilidad de tener hijos contigo.

—Ellos dos se pelean y yo recibo los reclamos —bufé.

—Hablo en serio Michael, sabes lo que significa Daniel para mí, verlo llegar así casi me mata de un susto.

—El otro quedó igual o peor.

—¡¡¡No me importa el otro!!!

—Silvana, los dos necesitaban esos golpes. Era cuestión de tiempo.

—Pásame otro zapato —me pidió frunciendo el ceño y noté algo.

—¿Qué haces en cama? Es casi mediodía. Pensé que estabas mejor.

—Yo también pensé que lo estaba —respondió con pesar—, pero justo ahora siento como si comí un animal muerto. Debe haber algo de ese veneno todavía en mi cuerpo.

—Daniel parecía estar muy seguro de tu recuperación, incluso me comentó lo aliviado que estaba al respecto.

—Lo sé, no planeo decirle nada ahora que por fin está más tranquilo. Ya se me pasará. La cuestión es que temo que se dé cuenta, que lo sienta. Quizás podamos inventarios algo que hacer en la noche tú y yo, y así no le doy oportunidad de que se percate.

—En primer lugar, no voy a solaparte que le mientas respecto a tu salud, y en segundo lugar, tengo planes con Isa.

Una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Me alegro tanto de que por fin estén juntos. Aunque me sigue pareciendo hiriente el hecho de que encontraron mi "casi muerte" afrodisíaca.

—Tu recuperación —la corregí.

—Claro, estaban celebrando la vida. De cualquier manera, estoy muy feliz. ¿Y si te vuelves a convertir en el Michael idiota con ella...

—"...Me cortas el miembro y se los das de comer a las sirenas"—terminé —. Es el tipo de cosas que se te graba a la primera vez.

CAPÍTULO 34
ELLA ESTA AQUÍ
Silvana

Solía pensar que el matrimonio cambiaba muchas cosas, y no esperaba ponerme nerviosa de tener una "cita" con Daniel, pero mientras me arreglaba para el encuentro, mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

No lo había visto en todo el día, ya que estaba ocupándose de los asuntos que me atañían, pero había dejado una nota en mi cómoda invitándome a dar un paseo al atardecer, la nota decía que me esperaría en la entrada de la casa, y como ya era casi la hora, revisé mi aspecto una vez más antes de salir. Quería verme bien para él, pero entre el clima y lo mal que me sentía, no había podido hacer mucho al respecto. Resignada, salí a su encuentro.

En efecto me esperaba en las escaleras de la entrada, luciendo absurdamente atractivo como de costumbre, no podía creer que ese fuese mi marido.

Caminamos de la mano y me extrañó cuando nos dirigimos a un costado del terreno y nos adentramos en una parte frondosa, aparentemente sería un picnic o algo por el estilo. Lo más extraño de todo era que él estaba muy nervioso, además de saludarme no me había dicho nada más, ni siquiera me había preguntado cómo me sentía y eso era extraño en él.

Comenzaba a preocuparme cuando cubrió mis ojos con una venda. Bien, si había hecho eso, no podía ser algo malo, ¿entonces por qué estaba tan ansioso?

Después de caminar un par de metros más, nos detuvimos y sentí su aliento cálido en la parte de atrás de mi cuello, su voz como siempre, activó absolutamente todos los nervios de mi cuerpo.

—Tengo una sorpresa para ti, y lo primero que quiero que sepas, es que no hay razón para tener miedo. Todo va a estar bien, y necesito que confíes en mí. —Tragué saliva sintiendo como mis palmas sudaban y mis piernas temblaban —¿Confías en mí, Silvana?

Asentí sin pensarlo, porque en efecto confiaba plenamente en él. Quitó la venda de mis ojos lentamente.

Uno a uno repasé los detalles de lo que veía, estábamos en una especie de claro, aun había sol, aunque era naranja y comenzaba a ocultarse, había una manta gruesa junto a al árbol más grande, pero lo que más llamó mi atención, eran hojas de papel que colgaban de los árboles que rodeaban el claro. Me inclinó hacia adelante indicándome que caminara hacia las hojas, que más de cerca vi se trataban de dibujos, dibujos que ya me eran familiares y sabía que eran hechos por la pequeña Cami.

Tomé el primero, sintiendo su aliento muy cerca de mí, y también su nerviosismo, era una pequeña bebé envuelta en una manta rosa, el siguiente dibujo era de una niña, ya más grande, con hermosos ojos azules y cabello rubio, en el tercero estaba yo, con una gran panza de embarazo y así había muchos más.

Tragué hondo y me giré hacia él, que me observaba con ansiedad.

—¿Esta es tu manera de decirme que ya quieres hijos? —pregunté, intentando sonar calmada.

Él me dedicó una sonrisa nerviosa y me tomó por la cintura.

—No, es mi manera de decirte que ya estas embarazada.

Un mareo, mi cabeza daba vueltas, sus ojos azules llenos de cautela giraban a mí alrededor, me sostuvo y me apretó contra su pecho. Sentí como nos movía y después yo estaba en su regazo, su aliento delicioso refrescaba mi rostro. Tardé un par de minutos en sentirme mejor.

Me incorporé con cuidado para no marearme de nuevo, estábamos en la manta, el recostado del árbol y yo sentada entre sus piernas abiertas.

Sacudí la cabeza intentando procesar, sus manos estaban firmes en mi cuerpo y me miraba con cautela.

—¿Estas bien? Imaginé que esto podía pasar, has estado muy débil.

Respirar, eso ayudaría, inhalé y exhalé repetidas veces.

—No entiendo —le dije cuando por fin pude hablar —, creí que tu podías...controlarlo.

Ladeó su cabeza mientras buscaba la manera de explicarlo, supuse.

—Pasó enseguida de mi llegada, comencé a escuchar su pequeño corazón hace un par de semanas, por lo que calculo...

—Espera, ¿puedes escucharlo?

—Ujum, también por mi habilidad. En ese momento todo fue confuso, te había extrañado tanto, supongo que perdí la noción de todo y no presté atención. Tú no ayudabas demasiado, saltando encima de mí cada vez que tenías la oportunidad.

Abrí la boca para protestar, y la cerré de nuevo porque eso era cierto, a duras penas lo dejaba comer o bañarse los primeros días.

—Eso fue tu culpa por irte en primer lugar —me defendí al final.

—Mi amor. —Me arrimó más hacia él y puso sus manos en mi vientre —, no se trata de buscar culpables, es algo maravillo. Ella está aquí.

—Pero Daniel...

—Sé que tienes miedo, y por eso te pedí un voto de confianza. Escúchame con atención porque nunca antes había hablado tan en serio: te prometo que Mónica no te va a hacer daño.

Él sonaba muy seguro y solo había una posible razón para eso.

—¿Por qué has mantenido en secreto tu nuevo poder?

—Precisamente por lo que imaginas, no quiero alertarla.

—Pero a mi puedes contármelo.

—Mejor aún, puedo compartirlo contigo y voy a hacerlo ahora. Cierra los ojos —me pidió con dulzura.

Respiré profundo, ansiosa. Eran muchas emociones para mi pobre ser.

Empezó muy bajo y poco a poco fue aumentando el volumen, el sonido parecía venir de mi cabeza, es-

cuchaba un pequeño corazón latir aceleradamente. Abrí los ojos asombrada e instintivamente mis manos fueron a mi vientre. Por primera vez desde que me lo había dicho, me sentí colmada de emociones positivas. El sonido de su pequeño corazón latiente era hermoso, y estaba dentro de mí.

Pero estaba tan confundida.

—¿Tu puedes...?

Una sonrisa pícara apareció en su rostro mientras acariciaba mi rostro con su dedo índice.

—Entrar en tu mente —terminó, posando el dedo en mi sien.

—¿Eso qué quiere decir exactamente? —pregunté con pánico y eso lo hizo reír.

—Tranquila, no puedo leerla ni nada por el estilo. Solo poner cosas en ella. Cualquier cosa que quiera.

No podía ser, como si no estaba en suficiente desventaja antes.

—Quita es cara de pánico, creí que confiabas en mí —me recriminó, pero con cierta diversión.

—Lo hago, es solo que es mucho por asimilar.

—Entiendo, pero no quiero que te preocupes, lo usaré principalmente para cosas sucias. —Le di un codazo y nuevamente rió —. ¿Estás bien?

Lo pensé por un momento, confiaba ciegamente en él, si me decía que estaríamos a salvo, exactamente así me sentía.

—¿Y cuál es tu plan entonces? Respecto a Mónica...

—No es seguro decírtelo, además, aún estoy trabajando en los detalles. Hay otra cosa que quiero decirte.

No me creía capaz de soportar mucho más.

—Te escucho…

—En ocasiones será difícil, te sentirás mal y no habrá mucho que pueda hacer al respecto, porque técnicamente no es un mal o una enfermedad, es solo la reacción de tu cuerpo a la presencia de ella. Quiero sepas también que no tienes que preocuparte por nada, yo me encargaré de todo aquí, mientras te concentras en la prioridad, que son ustedes dos.

Comenzó a acariciar mi vientre mientras hablaba en mi oído, y la sensación era increíblemente agradable, ese posiblemente podía ser el momento más placentero de mi vida.

—Quiero escucharlo de nuevo, su corazón —pedí.

Cerré los ojos, me recosté en su pecho, y escuché los latidos de mi pequeña hasta que me quedé dormida.

Lo sentí cargarme de vuelta a la casa esa noche...

Las predicciones de Daniel fueron acertadas, los siguientes días fueron increíblemente difíciles, seguía sintiendo que había un animal descompuesto en mi estómago y rara vez podía pararme de la cama. Estaba débil y cansada todo el tiempo.

Una vez más, gracias a mis malestares, nuestra vida sexual estaba pausada, parecía una especie de maldición: primero su partida, después mi ataque y ahora incesantes vómitos y extrema debilidad.

Se había vuelto costumbre para nosotros escuchar el corazón de la pequeña antes de dormir, lo cual hacia las noches más llevaderas. Contaba los días para sentirme mejor, ya que Daniel había dicho que pasaría.

Pasadas un par de semanas, recuperé un poco el control de mi cuerpo. Me reuniría con Daniel y Amalia, pero aun no sabía el asunto.

Muy pocas personas sabían de mi embarazo, habíamos acordado esperar que se cumplieran los tres meses para anunciarlo. Yo no le veía el punto a esperar, si mi pequeña había sobrevivido a mi ataque en el lago, quería decir que se estaba sosteniendo muy fuerte dentro de mí.

Me senté frente a Amalia en el despacho y le pregunté por Daniel.

—Llegará en cualquier momento, fue a buscar a la sombra —me dijo entregándome una taza de té.

—¿Salvatore sigue aquí?

—Lo sé, es extraño, tienen una relación muy tensa, pero ni Daniel lo ha corrido, ni él parece querer marcharse.

Entraron juntos al despacho, y comprobé que Amalia tenía razón, la tensión entre ellos era muy intensa.

—Mi amor. —Daniel se acercó a mí y besó mi frente —, estamos aquí porque es importante saber —Pausa incomoda y lo señaló —, si la sombra puede cubrir también a la bebé, es una duda razonable considerando lo mágica que es ella.

—Te sientes más pesada —se burló él y a pesar de todo, sonreí.

—Será necesaria una prueba... —Comenzó Daniel.

—Como la que hicimos la vez que pasamos aquella noche solos en la cueva —lo interrumpió Salvatore.

Daniel cerró los ojos, y emanó una ira que no sabía que él podía sentir. Tuve la necesidad de intervenir.

—Salvatore, la situación es lo suficientemente complicada e imprevista como para agregar complicaciones y...

Él me interrumpió con un bufido.

—¿Imprevista? ¿Tu embarazo? Vamos Silvana, eres lo suficientemente inteligente para saber que él lo hizo a propósito.

Estaba a punto de ignorarlo, cuando el nerviosismo en Amalia me indicó que había algo de cierto en sus palabras.

—Suficiente, lárgate —bramó Daniel e increíblemente, él obedeció.

Salió del despacho satisfecho, silbando en el camino. Amalia evitaba mi mirada y Daniel tenía la mandíbula tensa.

—Déjanos solos —le pedí a ella, que no tardó ni un de segundo en salir.

Lo encaré, mis manos y labios temblando de rabia e indignación, cuestionándome todo lo que creí saber de él...

¿Cómo podía haberme hecho eso? Estaba tan confundida, que no sabía siquiera por donde comenzar.

—Silvana...—Comenzó él con cautela y dio un par de pasos hacia mí.

Yo retrocedí y pude ver la ira en sus ojos, pero no me importó, era lo quería.

—Solo dime si es cierto —demandé.

Su mirada fue de admisión, no dijo nada y lo supe. No sabía lo mal que me sentía hasta que estallé en llanto. No podía creerlo, no de él.

—Escúchame —me pidió.

—¿Se supone que tienes una excusa? ¿O una justificación? Sabias lo peligroso que era, para mí, para ella...

—Te puedo asegurar que estarán a salvo...

—Pero ya no te creo nada. —Mis palabras lo hirieron, vi el dolor en su cara —, me engañaste, me hiciste creer que había sido un accidente, incluso me hiciste creer que había sido mi responsabilidad.

—No fue eso lo que dije...—Su voz era baja y sus sentimientos abrumantes, pero en ningún momento percibí arrepentimiento.

—Te confié mi cuerpo, mi vida, ¿y tú tomas una decisión de esta magnitud arbitrariamente? ¿Sin importarte como me siento o lo que yo quiero? ¿Qué más ha sido mentira, Daniel? ¿Te importo o me amas en absoluto? ¿O solo era esto lo que querías de mí?

Se acercó a mí tan rápido que no me dio oportunidad de retroceder o alejarme, me apretó fuerte contra él y cuando habló lo hizo entre dientes.

—No me importa lo molesta que estés, no te atrevas a cuestionar mis sentimientos por ti.

—Pero sí los cuestiono, porque me doy cuenta que no sé quién eres ni de lo que serías capaz. No eres diferente a ella... —zanjé decepcionada.

Mi voz salió muy baja por el dolor, esquivé su mirada y la tristeza en ella. Poco a poco dejó de aplicar fuerza en sus brazos, hasta que pude escaparme de ellos.

Corrí hacia mi habitación sintiendo que mis piernas fallaban, me senté en la cama tratando de controlar mi respiración. Escuché la puerta y cuando levanté la mirada, vi la silueta borrosa de Michael. Se acercó a mí y me abrazó para que llorara en su pecho.

—Trata de calmarte, sea lo que sea, tiene solución.

Él no sabía por qué estaba así, me sentí aliviada ya que eso significaba que al menos en Michael podía confiar aun. Dudar de Daniel me hacía cuestionar absolutamente todo. Si no podía confiar en él, si me había usado y mentido, ¿qué mas era falso?

El tiempo pasaba y la idea de que entrara a la habitación y verlo, me angustiaba, necesitaba alejarme de él. Michael como siempre me dejó llorar en silencio, y solo habló de nuevo cuando salí de sus brazos y me puse de pie.

—¿Qué haces? —me preguntó cuándo saqué un bolso y ropa de mi closet.

—Necesito poner distancia entre él y yo.

—Silvana no puedes irte, la bebé le pertenece, no lo permitirá.

Me detuve en seco a media tarea de guardar mi ropa.

—No me refería del Valle Michael, solo ir a otra habitación, pero es bueno saber de qué lado estas.

—No se trata de tomar lados, solo te recuerdo cómo son las cosas acá. ¿Quieres contarme que pasó? ¿Qué fue lo que te hizo para que estés así?

—No tiene caso —respondí y continué mi tarea de hacer el bolso.

Terminé y busqué la habitación más recóndita de toda la casa, solo había una cama individual en ella, pero tenía baño, lo cual era imperativo por mi estado. Convencí a Michael de que me dejara sola, quería descansar, y al final accedió. Me sentía muy confundida, traicionada, pero sobre todo vulnerada. Esa noche, en lugar de dormirme al son de los latidos de mi bebe, lo hice sollozando.

MICHAEL

Por la mañana encontré a Daniel sentado en el despacho, llevaba la misma ropa de la noche anterior, y tenía un trago en la mano, había pasado la noche ahí. Su mirada estaba perdida cuando me senté frente a él y me preguntó:

—¿Cómo esta ella?

—Dormida aun, iré a verla de nuevo en un rato —respondí y él asintió aun sin mirarme —. Puedes ir a tu habitación a descansar, ella no está ahí.

Y entonces por fin me miró.

—¿Dónde está?

—En otra habitación, una pequeña en el último piso, me parece que está huyendo de ti, y es por eso que estoy aquí. No sé qué pasó entre ustedes, pero ella está muy dolida, si no quiere verte, creo que sería prudente que le des espacio. Yo me comprometo a cuidarla y hacerte saber cómo está. Si necesitas comunicarte con ella, también lo puedes hacer a través de mí.

Se recostó en la silla y cerró los ojos con cansancio.

—Gracias. ¿No vas a preguntar qué fue lo que le hice? Creí que después de verla así querrías matarme a golpes.

Honestamente, había cruzado mi mente por un segundo.

—No me interesa, sea lo que sea estoy seguro de dos cosas: ella te ama y eventualmente te perdonará, y también asumo que es algo que a ti no te gustaría que yo le hiciera a tu hermana. Así que con fines de mantener una buena relación entre tú y yo cuando se reconcilien, prefiero no saber.

—No es lo mismo Michael, porque la vida de mi hermana no depende de ti. Hice lo que hice para proteger a Silvana, porque era la única manera, aunque me cueste...aunque la pierda por ello. Lo único que me importa es su bienestar.

No comprendía nada, pero era mejor de esa forma. Sentí lastima por él, pero debía asegurarme que Silvana estuviese bien. Salí del despacho a buscar a Isabella, para que lo convenciera de descansar.

CAPÍTULO 35
ALIVIO
SILVANA

Mis días eran horribles, mi malestar físico se había juntado con el emocional y los días pasados habían consistido en vomitar y llorar sin parar. Extrañamente, Daniel me había dado espacio para organizar mis pensamientos, aun no quería verlo, pero sin duda el agujero que sentía en mi pecho después de descubrir su engaño, parecía estar disminuyendo de tamaño.

Bajé de mi nueva habitación por primera vez en una semana, consciente de que no había riesgo de encontrarme con él, Michael me había dicho que no estaba en la casa. Comí algo, di un paseo con Charles, y un par de horas después comencé a sentirme débil de nuevo. Empezaba a anochecer y cuando iba a acostarme, recordé que me había quedado sin ropa limpia, como Daniel no estaba, fui al cuarto a por ella.

Estaba escogiendo un par de prendas, cuando la puerta se abrió y luego cerró. Había llegado. Continué mi tarea como si no lo había notado. Estaba a un par de metros de mí, con las manos en los bolsillos.

No lo mires, no lo mires, me repetía a mí misma mientras buscaba las últimas prendas que necesitaba.

—Quédate —me pidió con voz calmada. Una semana sin oírlo se sentía como una eternidad, su voz me

impactó como la primera vez —. Aquí estarás más cómoda, yo iré a dormir a otra parte.

—No quiero estar aquí —respondí aun sin mirarlo.

—¿Qué quieres decir? —Ya no sonaba tan calmado como antes.

De la nada tuve la urgencia de mirarlo, de desahogarme, y el sentimiento era tan grande que no pude contenerme. Tomé toda la ropa que había sacado en mis brazos y lo encaré.

—¿Sabes que es lo que más me duele? ¿Lo que sigue haciendo ruido en mi cabeza sin parar? Pienso en esos días, en los que me follabas sin parar, y yo de idiota pensaba...—Mi voz se quebró y necesité respirar antes de continuar—: "debe amarme tanto". Resulta que era solo el medio para un fin...

Su expresión era de dolor, pero su voz fue calmada. En ningún momento cambió su posición.

—Dime lo que necesites para herirme, estás molesta y lo entiendo, pero ambos estamos conscientes de lo que siento por ti.

Una parte de eso era verdad, por alguna razón necesitaba herirlo, que sintiera un poco del dolor que me había causado a mí.

—Pero puede que sea cierto, quizás es verdad lo que dicen algunos, nos dejamos sugestionar de la situación y nada de esto —Nos señalé a ambos—, ha sido real.

Su mandíbula se tensó y sus ojos chispaban ira, salí de la habitación caminando tan alejada de él como me era posible.

Bajé por algo de comer después de otro par de días de encierro, y algo se sentía extraño en la casa, había un ambiente de anticipación y nervios por doquier. Mi primer instinto fue buscar a Michael, él estaba en su habitación, vestido extrañamente con ropa cómoda, y alistando un par de armas y cuchillos.

—¿Qué pasa? —Quise saber al comprobar que algo sucedía.

Su nerviosismo a continuación fue una confirmación.

—Esperábamos que no te dieras cuenta, apenas y puedes pararte de la cama y no queríamos...

—Michael, habla.

—¿Recuerdas el ejercito que había armado Saúl? —Comenzó, continuando su tarea de alistar armas —. Quedó en manos de otro tirano, uno incluso peor y al parecer la mayoría de los integrantes, no están contentos. Vamos a intentar "liberarlos".

—¿Liberarlos? ¿Cómo?

—A la usanza —Y probó la mira de una de sus armas —, quienes quieran unirse a nosotros bienvenidos. Y los que no...pueden acompañar a su antiguo jefe.

Aquello me parecía una barbaridad, de estar a cargo, no lo habría permitido.

—¿Y Daniel sabe esto?

—Fue su idea.

¿Qué? No podía ser...

La voz de Christopher, diciéndome que no lo conocía, apareció en mi cabeza.

—Michael, no comprendo, me parece muy peligroso además de innecesario. Si esos hombres trabajaban para Saúl, quiere decir que son iguales que él. ¿Por qué los querríamos aquí?

Él me miró entornando los ojos, y comenzó a explicar.

—Silvana, muchos de ellos están ahí por coerción, recuerda lo que intentó hacer conmigo, otros por necesidad. Esto será bueno para todas las partes, eliminaremos alimañas, ayudaremos necesitados, y nosotros nos haremos de más hombre y más poderes.

—Suena peligroso —concluí con un nudo en el estómago.

—No te preocupes, tanto Daniel como yo tenemos buenas razones para volver.

¿Daniel también iba? Tenía que ser una pesadilla.

—¿Sabes dónde está él?

—Imagino que alistándose, salimos dentro de poco.

Besé sus mejillas, le pedí que se cuidara, y salí con prisa a mi habitación.

En efecto, él estaba ahí vistiéndose, y pareció sorprendido al verme. Había cautela en su mirada y no dijo nada, esperó que yo hablara.

—No puedes ir —le dije sin pensarlo—, ¿quién va a quedar a cargo acá?

Él me escrutó con la mirada sin interrumpir su tarea de vestirse, al igual que Michael, con ropa cómoda, ropa de pelea.

—Augusto y Amalia se encargaran de todo mientras estoy lejos. Mi mamá debe estar por llegar y ella cui-

dará de ti, además Aron tiene instrucciones de vigilar tu salud. Solo serán un par de días.

¿Días? ¿Qué tan lejos iban? No entendía nada y comenzaba a sentirme mareada una vez más.

—No tienes que ir tú, con los demás será suficiente.

Un atisbo de sonrisa se asomó en su rostro mientras la satisfacción emanaba de él. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Eso era lo que pretendía? ¿Qué le rogara?

—Silvana, no puedo mandar a los demás a pelear y quedarme yo aquí —respondió, pero ya la duda se había sembrado en mi cabeza.

—¿Lo haces para castigarme? ¿Para manipularme?

—¿Qué? Por supuesto que no —resopló ofendido y muy dolido —. Ni siquiera creí que te importaría, considerando que no quieres estar cerca de mí.

—Pero eso no significa que te quiera en peligro —argumenté alzando la voz.

Él suspiró y procedió a calzarse los zapatos. Entendí que al igual que la vez anterior, no haría diferencia lo que le dijera, igual se iría.

—Pensé que ni siquiera notarias mi ausencia —dijo con tristeza.

En ese momento llamaron a la puerta y después esta se abrió, era Mort. Le indicó a Daniel que estaba esperando por él y se marchó. Nada de lo que le dijera haría diferencia, así que no dije nada más.

Me quedé inmóvil mientras él caminaba hacia mí con cautela, estaba concentrada en controlar los latidos

de mi corazón y la firmeza de mis piernas. Si me besaba me quebraría, estaba segura de eso. Cerré los ojos con fuerza y esperé, pero no sentí el calor de su cuerpo, cuando los abrí, no vi su rostro, estaba arrodillado frente a mí. Puso sus manos en mis caderas y plantó un tierno beso en mi vientre.

—Te he extrañado pequeña —susurró y con eso se marchó.

Horas de mucha angustia, pero sobre todo confusión. Sin importar cuan enojada estuviese con él, lo seguía amando con locura, y saberlo en esa situación, me estaba volviendo loca.

Jade había llevado ropa para la bebé e intentó distraerme con ella, pero yo solo podía pensar Daniel, y la marea de sentimientos que necesitaba aclarar con urgencia. Sabía por dónde empezar.

Llamé a Amalia aparte, deicida a conseguir respuestas de una vez por todas, y quizás así apaciguar un poco mi angustiado corazón.

—Quiero que digas cuál fue tu participación —la cuestioné sin perder tiempo, ella pareció sorprendida.

—¿Mi participación? Silvana para hacer un bebé únicamente se necesitan dos personas. Yo solo dejé que Daniel se desahogara conmigo cuando le pregunté la razón de su angustia.

—¿Y qué te dijo? ¿Por qué lo hizo?

Ella se sentó mientras yo permanecía de pie, y cuando habló lo hizo calmada.

—En primer lugar estaba muy preocupado por ti, supo que intentaste huir, vio la marca en tu cuello, de una herida hecha por ti misma...

—No tienes que resaltar lo que ya sé —la interrumpí.

—Pensó que te estaba perdiendo, y ¿qué mejor manera de devolverte el ímpetu y las fuerzas? —diciendo esto, señaló mi vientre —, además de eso, para poder protegerte es parte importante de su plan que todo suceda en ciertos intervalos de tiempo. La bebé debe nacer antes de que Mónica pueda enterarse de su nuevo poder.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que planea?

—Desconozco los detalles, no creo que nadie además de él los sepa.

—¿Y cómo podría ella descubrir eso?

—Es más fácil de lo que imaginas, un buen empático puede saberlo, yo te enseñé como ¿lo recuerdas? Y justo en este momento, él está rodeado de enemigos, es una posibilidad real que alguien lo descubra y la información llegué a oídos de ella.

Lo había olvidado completamente

Me senté por fin y froté mis ojos con frustración. Toda esa nueva información... podía entender, pero seguía sin justificarlo

—¿Y por qué no me lo dijo? No lo consultó conmigo, no me preguntó.

—Porque no habrías accedido, y él lo sabía. Silvana, ¿quieres te sea completamente honesta? Daniel sabía

lo que hacía, el riesgo que corría de que lo descubrieras, el riesgo incluso de perder tu confianza, de perderte a ti.

De nuevo, me sentía perdida. Eso no tenía sentido para mí.

—¿Entonces por qué sacrificar todo? ¿Lo nuestro?

—¿No es obvio? Para salvarte. Todo este tiempo has temido que Mónica te arrebate a tu hija, ahora dime algo ¿tú permitirías que eso pasara? No, pelearías hasta el final tratando de evitarlo, y en caso de que no lo lograras, morirías de tristeza. El dolor más grande que existe, es el de una madre al perder un hijo. Por eso lo hizo, cree poder lograr que ambas estén a salvo, aunque tú dejaras de amarlo en el camino.

Pero por supuesto que yo no podía dejar de amarlo, eso no era una posibilidad. Seguía molesta con él, pero moría de ganas por verlo llegar, saberlo a salvo. Aquella noche fue eterna, y el día también.

Comí, me di un baño y después intenté conciliar el sueño, ya caía la noche del segundo día de la partida de los chicos y aun no tenía noticias de ellos. Quizás era porque por fin estaba en mi cama, rodeada del aroma de él y placidos recuerdos, pero rápidamente me dormí.

Alguien se movía cerca de mí y abrí los ojos lentamente. Daniel estaba de espaldas buscando algo en el closet. Acababa de tomar un baño, aún estaba húmedo y llevaba una toalla alrededor de la cintura. Además de infinito alivio, sentí una presión en la parte

baja de mi abdomen que me era muy familiar, y se intensificó cuando me encaró. Estaba sorprendido, pero sobre todo cauteloso.

—Estás ileso —dije examinando su cuerpo, que lucía impecable. Él solo asintió.

—¿Cómo está ella? —preguntó mirando mi vientre e instintivamente mis manos se fueron a el.

—Bien.

—¿Tú?

—Mejor. ¿Volvieron todos?

—Incluso más de los que fuimos.

Olas de alivio recorrían mi cuerpo, y al no quedar lugar para la angustia, se abrió paso a algo más.

Como si pudiera leer mi mente o quisiera provocarme, se quitó la toalla de la cintura y la uso para secar su cabello, quedando así completamente desnudo.

Me revolví incomoda hasta que con alivio lo vi ponerse un mono de dormir. Debía alejarme de él enseguida.

—Iré a ver a los demás —le dije quitándome la manta que me cubría.

Un recuerdo de nosotros sobre esa misma manta en el piso me hizo estremecer, sus manos uniendo mis pechos y él hundiendo su cara en ellos.

Me sacudí la cabeza y torpemente me puse de pie, mientras él me miraba recostado del closet con los brazos cruzados sobre su pecho.

Sus dedos dentro de mí, su pulgar en la parte más sensible de mi cuerpo...

Solté un gemido y sin poder seguir caminando, me agarré de uno de los pilares de la cama, en ese momento percibí su excitación y comprendí lo que él estaba haciendo.

—Para —le pedí con voz entrecortada.

—¿Por qué? Te gusta —me dijo con una sonrisa altanera.

Él entrando y saliendo de mí en un ritmo perfecto...

Solté otro gemido y a ese punto estaba desesperada, pero él no se acercaba a mí, seguía mirándome con sus brazos cruzados y sonrisa prepotente. Quería que yo fuese a él.

Su cabeza entre mis piernas, lamiendo, chupando, sorbiendo...

Antes de tener que arrastrarme hasta él, cedí y corté el espacio que nos separaba bajo su mirada satisfecha. Llegué directamente a sus labios y los ataqué con brusquedad, con mis manos acaricié su abdomen y sus brazos mientras él me empujaba en su dirección por las caderas.

Me alzó y yo enrollé mis piernas alrededor de su cintura, lo había extrañado tanto, lo deseaba tanto. Sentí el colchón bajo de mí y en un par de movimientos rápidos de su parte, ya estaba completamente desnuda. Besó mis labios, mis senos, y siguió bajando por mi abdomen y vientre donde permaneció demasiado tiempo, solo besaba y chupaba, sin terminar de llegar a donde lo necesitaba.

—Daniel...

—¿Si? —respondió acariciando mis pechos.

—Bésame —le pedí, despidiéndome por completo de mi dignidad.

—¿Aquí? —preguntó dando un casto beso entre mis piernas y yo me estremecí, volvía a estar en mi vientre.

—Ahhh, si —gemí.

—Si quieres más, tendrás que retractarte, ¿o caso esto que estas sintiendo tampoco es real?

Metió su cara entre mis piernas, pero seguía sin estar donde lo quería, solo besaba y mordisqueaba la parte interna de mis muslos.

—Me retracto —cedí desesperada.

—No es eso lo que quiero escuchar y lo sabes —respondió con voz muy ronca.

—Te amo —Y jadeé al sentirlo por fin donde tanto lo quería —...tanto.

Seguía enojada con él, por lo que al levantarme, me metí al baño sin hablarle, sin embargo, cuando salí no pude contenerme y quise indagar en algo que no entendía.

—Quiero preguntarte algo —le dije mientras terminaba de vestirme—. ¿Por qué Salvatore sigue aquí? ¿Por qué no le pediste que se fuera después de todo lo que ha pasado?

Su mandíbula se tensó y se sentó en la cama antes de responder.

—Descubrimos la verdad sobre tu ataque en el lago y es importante protegerte de todas las maneras posibles, al parecer hay una grupo de... criaturas en contra de que nuestra hija nazca.

—¿Por qué? —pregunté con cansancio. ¿Hasta cuándo?

—Porque asumen que Mónica se quedará con ella, y entienden el peligro que eso representaría. Hemos estado haciendo una especie de campaña, para contrarrestar, pero no puedo ser demasiado precavido cuando se trata de ustedes. Mientras todo esto acaba, él permanecerá aquí, disponible en caso de que lleguemos a necesitarlo. Después de eso se marchará.

Estaba molesto mientras hablaba, no era lo que él quería, pero estaba haciendo un compromiso, a cambio de mi seguridad. Cada minuto se hacía más difícil seguir peleada con él.

Después de eso, las cosas comenzaron a volver a la normalidad entre Daniel y yo, no era fácil permanecer molesta cuando estaba tan enamorada, y además hormonal.

Él seguía encargándose de todo en El Valle, y tanto Amalia como Augusto estaban encantados con su gestión. Francamente era impecable, era ese tipo de líder que consigue tener todas las partes contentas. Lo malo de eso era que pasaba la mayor parte de su día ocupado.

Michael por su parte me había descuidado un poco, Isa y él parecían conejos, y siempre estaba o en eso, o trabajando, pero supuse que no podía culparlo. Isa ya había terminado su relación con Aron, pero dando

muestras de profesionalismo, él no abandonó El Valle y continuó trabajando como si nada hubiese ocurrido.

Por mi embarazo, eran limitadas las cosas que podía hacer, y mi mente me jugaba malas pasadas si tenía mucho tiempo de ocio. Una parte de mi quería creer que todo iba a estar bien, como Daniel tanto me aseguraba, pero por otra parte sentía un miedo irracional a que naciera mi hija. Quería mantenerla dentro de mí, donde estaba segura, pero no tenía idea de lo difícil que eso iba a resultar...

CAPÍTULO 36
BIANCA

Una de las ventajas de estar embarazada, era que estaba siendo tan útil como era posible, nadie podía decir que no hacía nada, mientras convertía comida en un ser humano, que además, era uno increíblemente excepcional.

Excepto Amalia, ella insistía en que intentara canalizar los poderes de la bebé, pero complacerla a ella, no era parte de mi lista de prioridades, donde la principal era sacar mi cabeza del inodoro al menos un par de horas al día.

Sin embargo, un día simplemente sucedió. Daniel no estaba conmigo a la hora de dormir, porque como era ya costumbre, estaba encargándose de los asuntos del Valle. En esta oportunidad, según me había dicho, debía darle la bienvenida a unos nuevos Aviadores, que venían de otra ciudad y no llegaban hasta muy tarde en la noche.

Extrañaba escuchar los latidos de mi bebé, sentía que sin ellos me costaba dormir, y simplemente deseándolo, pasó, comencé a oír el pequeño tamboreo que prevenía de mi vientre.

Después de esa primera vez, todo surgió con mucha facilidad, era como si todos esos poderes hubiesen sido siempre parte de mí, y sólo con un poco de práctica, lograba ejecutarlos perfectamente. Así que cuando estaba en condiciones, los usaba para fortalecer nuestra

causa, asistía a cuanta persona o ser acudía al Valle en busca de ayuda, con el fin de ganar más aliados. Contaba con casi todos los poderes, a excepción de "errar", que al mismo tiempo, era lo que más me interesaba.

—Intenta con un evento cercano —me propuso Amalia, después de varios intentos fallidos —. A mayor cercanía, más posibilidad de éxito.

Me parecía que cuando se trataba de errar en particular, ella no estaba demasiado interesada en que aprendiera, insistía en que podía ser muy peligroso.

Pensé en las opciones, algún evento del pasado cercano que me gustaría conocer, y la respuesta llegó a mi mente sin mucho esfuerzo, ya que a pesar de que confiaba plenamente en Daniel, las advertencias de Christopher seguían resonando en mi cabeza.

—Quizás ver a Daniel... antes de mi llegada.

—Estaba segura que te enfocarías en él —me dijo burlonamente —. De acuerdo, pero debes ser más específica.

—No lo sé, la noche anterior —decidí.

Resultó que teniendo la habilidad de "errar", el proceso era mucho más sencillo que el que hice con Astor, nuevamente, solo con desear, era más que suficiente, y haciendo uso de mi completa concentración, finalmente lo logré:

La temperatura en el ambiente que me rodeaba cambió y así lo supe, cuando abrí los ojos, estaba en el exterior. Era una calle bastante vacía, apenas un par de personas la transitaban, y estaba entrada la noche.

Mirando a mí alrededor, reconocí al chico que caminaba sin prisa unos metros delante de mí.

Comencé a seguir a Daniel por la calle casi desierta. Entró por fin en un bar y en cuanto cruzó la puerta, un par de chicas voltearon en su dirección, lo miraban interesadas, pero ¿quién era yo para culparlas?

Él las saludó casualmente, aunque no estuve segura de sí las conocía o era simple galantería. De cualquier forma, era imposible que lo ignoraran, se veía perfecto con su pantalón oscuro, camisa blanca y chaqueta de jean. Parecía molesto, no tenía buena cara y me acerqué a él cuando se sentó junto a Christopher, a averiguar por qué.

Lo saludó sin muchas ganas antes de pedirse un trago, que poco después, una camarera coqueta le sirvió.

—¿Todo bien? —Quiso saber su amigo.

—Solo uno de esos días —respondió de manera ruda y Christopher pareció entender de qué hablaba, aunque yo no.

—Necesitas distraerte, despejar la mente, no te tomaría cinco minutos conseguir una chica aquí, ¿qué tal la camarera? Está loca por ti, incluso me preguntó si vendrías antes de que llegaras.

Daniel se inclinó para ver mejor a la chica que era voluptuosa y le dedicaba miradas sugestivas.

—No está mal —respondió, para después beber de su trago.

—Exacto. Vuelca ahí tu energía, y no en una chica que posiblemente exista solo en tu imaginación.

—Ella existe, Christopher —le respondió con amargura.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Y en caso de que siga viva en alguna parte del mundo, ¿Quién te garantiza que ya no está casada y con tres hijos?

—Tuve un día de mierda y solo lo empeoras —gruñó Daniel en un tono muy atípico en él.

—Yo lo estoy empeorando, pero la camarera podría mejorarlo. A ver, ¿Qué pasó ahora?

—Pensé que estaba más cerca de encontrarla, gasté una fortuna en un rastreador que me dijo que tenía una pista, ¿Y sabes cuál era la pista? Augusto. Cómo si no supiera que él también la busca.

—Quizás te quiso decir que él ya la encontró.

—No lo creo, la hubiese traído aquí, o hubiese ido tras ella, no estaría tan tranquilo y de eso estoy seguro.

—Bah, como sea, ustedes dos tienen expectativas muy altas con esa chica y ambos se van a decepcionar con ella, si es que llegan a conocerla.

Daniel golpeó la parte de atrás de la cabeza de su amigo y yo sonreí.

—No sé ni para que hablo contigo de ella.

—Porque es lo único que hablas, y si no fuese de ella, no hablaras en absoluto. En fin, yo voy a buscarme una chica, una real, que pueda tocar, oler, que pueda...—Hizo un gesto con el puño y tanto Daniel como yo entendimos perfectamente lo que pretendía decir.

Desapareció de mi vista dejando a su amigo bebiendo solo, y así transcurrieron un par de minutos, hasta que la camarera volvió:

—Tu amigo es un idiota, si te dejó solo.

—No soy buena compañía en este momento —comentó con cierta tristeza.

—Yo soy excelente compañía, y mi turno acaba de terminar —le dijo con extrema coquetería.

Ella le tendió la mano y parecía que él se estaba decidiendo. Al final, se la tomó y salieron juntos del bar. Convencida de que no quería ver lo que sucedía a continuación, me esforcé por regresar al presente.

Aunque estaba echando chispas, supuse que molestarme con Daniel por algo que sucedió antes de conocernos, no tenía mucho sentido.

¿La parte más realista? Simplemente no podía evitarlo. Me convencí a mí misma de que eran las hormonas y no estaba loca.

¿La parte positiva? Ya podía errar, y las diferencias entre esa experiencia y mis primeras visiones, eran obvias, este modo era presencial, prácticamente como estar ahí, y de acuerdo a la teoría, como Isa insistía en llamarlo, yo podía decidir interferir.

Un par de días después, era una experta en errar, y el hecho de que Daniel se encargara de mis responsabilidades, me había dado tiempo para pensar. Amalia me advertía constantemente de las implicaciones que alguna intervención de mi parte pudiera tener en el presente. Por ejemplo, la existencia de Isa y Cami estaban condicionadas a la traición de Mónica y el ata-

que al Valle, ya que si el padre de Daniel no hubiese muerto, Jade no se habría casado de nuevo. Me frustraban las infinitas posibilidades que tenía, y el hecho de no poder hacer nada al respecto.

Pero se me ocurría algo que podía hacer sin causar muchos estragos, y que se sentía necesario, así que no lo pensé demasiado, cerré los ojos y me concentré.

Annabelle, ella era un punto sensible para mí, y más aún en ese momento. viéndola a mi lado. Teníamos aproximadamente la misma edad, ambas estábamos embarazadas, y al menos en mi opinión, me parecía mucho más a ella que a mí propia madre.

Estaba trabajando en una modesta cocina, de lo que parecía ser una pequeña casa que incluso a primera vista se notaba que se trataba de una pareja joven. La observé por unos minutos, hasta que Michael salió de la única habitación adyacente, con un bolso en mano. Al llegar a ella, le dio un beso y a su vez Annabelle le tendió un envase con comida.

—Nos vemos en la mañana, cuídate mucho y descansa —se despidió él y besó su vientre, como Daniel lo hacía conmigo.

Estando ahí, entendía parte de las advertencias de Amalia, viéndolos juntos y felices, deseaba evitarlo todo, y no poder hacerlo, era muy doloroso.

Michael se marchó y Annabelle se quedó sola, aseando la humilde casa, para después por fin ir a acostarse.

Ella estaba profundamente dormida y mientras, yo

me esforzaba en no mirarla, en no sentir todo aquello que inundaba mi pecho. Quería tanto salvarla, que pudiese ver nacer y crecer a su bebé, pero incontables complicaciones podían repercutir de eso.

Escuché ruidos en la puerta mientras la forzaban, y me alejé a una esquina. Annabelle por desgracia no escuchó nada, y seguía plácidamente dormida mientras tres hombres entraron en su habitación.

Reconocí a Saúl, quién caminó hacia ella sin prisa, sabía que Michael no estaba y que no volvería pronto, por lo cual no estaba apurado. La observó por unos segundos y después se acercó a ella; en acto enfermo, que me recordó a Mónica, acarició el vientre de Annabelle.

Despertó exaltada y al percibir su pánico, mi pecho comenzó a cerrarse, y pensar que la pesadilla sólo comenzaba. Por la manera en que lo miró, ella sabía quién era él.

—Michael no está aquí...—Comenzó, pero él la abofeteó.

—Lo sé idiota. Esto —Y pinchó su vientre con rudeza —, lo hará cambiar de opinión.

Y entonces la agarró por el cabello y la haló fuera de la cama, hasta que aterrizó dolorosamente en el piso. Continuó arrastrándola fuera de la habitación, hasta que estuvieron en la calle, donde los hombres que lo acompañaban la metieron en un auto.

Me costaba respirar al ver a Annabelle encogida y temblando de miedo, el trayecto me resultó agónico, y todavía había mucho por soportar... Llegaron a la

casa de Saúl que yo conocía, la cabaña escondida, y la adentraron en ella con la misma brusquedad que antes, sus manos sangraban y sus uñas se rompían al intentar aferrarse al suelo. Ella lloraba y apretaba su vientre con fuerza cuando Saúl la tiró en el frío piso de un sótano.

—Ahora búsquenlo —ordenó a los hombres, después de cerrar la puerta.

Me concentré en respirar, en no escucharla cuando le hablaba a su bebé y le prometía que todo estaría bien, que papá los sacaría de ahí; pero no podía, aunque su sangre no corriera por mis venas, el dolor me desgarraría igualmente, porque ninguna mujer debía vivir lo que ella estaba viviendo en ese momento.

El tiempo corrió con lentitud, pero en algún punto, los hombres volvieron con Michael tras ellos. Él no peleaba, no se resistía, solo buscaba a su familia y cuando por fin pudo ver a Annabelle, sus facciones perdieron forma a causa del dolor. Saúl apareció tras él y puso una mano en su hombro.

—Haré lo que quieras, solo déjala ir, por favor —suplicó Michael en voz baja, sin quitarle los ojos de encima a ella.

Era tan extraño oírlo hablar en ese tono.

—Verás Michael, tuviste la oportunidad y la rechazaste. Al hacerlo me diste tiempo para pensar, y llegué a la conclusión, de que no te necesito realmente, y de hecho, tu habilidad me sería más útil en otro cuerpo, y sin tu actitud... moralista. Así que juguemos

con tus princesas, hasta que esto se haga más fácil para ambos ¿Te parece?

—Sólo déjala ir, tendrás de mi lo que quieras, pero no le hagas daño.

—Michael, ahhhhh —se quejó Annabelle y supe que su vientre dolía, el mío también, sentía como si lo estuviesen apretando de alguna forma.

"Se está contrayendo" pensé. Era una contracción. Aún me faltaban un par de meses, eso no debía estar pasando, nada de eso debería estar pasando. Sostuve mi barriga y me senté en el piso soportando el dolor. No podía dejar las cosas así, había ido hasta ese punto por una razón, sabía que Annabelle debía morir, que no podía salvarla, pero quería que su muerte fuese rápida e indolora. Recordaba con detalle aquellas quemaduras, cortadas y moretones en su cuerpo, en su vientre. El dolor de otra contracción apareció y cerré los ojos intentando no gritar.

—Empecemos —dijo Saúl.

Escuché un ruido metálico y a Michael suplicar, después golpes, una pelea, él lo había intentado todo... Debía ser fuerte, hacer que Annabelle muriera rápido y librarla de todo ese dolor, respiré profundo para ponerme de pie, y fue entonces cuando sentí unos cálidos dedos acariciar mi mejilla.

Abrí los ojos para encontrarme con unos azules que conocía demasiado bien, pero en otro rostro, que aunque no había visto antes, era muy familiar, y ante la impresión, ahogué un grito.

—Está bien, soy yo, Bianca —me dijo como si eso me indicara quien era ella.

Pero no fue así como lo supe, lo supe porque tenía los ojos de su padre, y aún en sus facciones delicadas y femeninas, era muy parecida a él, sus labios, su nariz... Solo los pómulos y el cabello rubio darían pista de que era mi hija.

—¿Cómo...?

—Está bien, yo me encargo. Ella no sentirá dolor, lo prometo. Pero debes irte —me susurró con voz dulce, pero apremiante.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté con voz quebrada.

—Porque si la ves morir, no llegaré a nacer —respondió acariciando mi vientre. Besó mi frente, para susurrarme una vez más —: vete ahora, confía en mí.

Y sintiendo aquel intenso dolor, cerré los ojos para abrirlos de nuevo en El Valle. Me incorporé ante la mirada angustiada de Amalia, que me sacudía por lo hombros.

—¿Qué fue lo que hiciste? —me preguntó con voz agitada.

Cuando intenté levantarme, comprendí a lo que se refería, por mis piernas corría líquido y cuando metí la mano bajo mi vestido, comprobé que era sangre.

Intenté reunir fuerzas y buscar a Daniel, pero mis piernas no me sostenían, justo cuando el piso se dirigía hacia mí, sus brazos me atraparon.

CAPÍTULO 37
GRITO MORTAL

Algunas horas habían pasado, sabía que mi pequeña estaba bien dentro de mí, podía sentirla y también escuchar su estable corazón. Ella había cumplido su promesa, y Annabelle no había sufrido, lo supe porque mis recuerdos de Michael habían cambiado, seguía habiendo mucho dolor en él, mucha rabia, pero su corazón no estaba tan destrozado como cuando lo conocí.

Si ellos dos estaban bien, entonces yo podía descansar, recuperar fuerzas.

De vez en cuando sentía a Daniel junto a mí, pero sus emociones me abrumaban y confundían, estaba tan molesto conmigo, que me daba miedo abrir los ojos y encontrarme con los suyos, mirándome con decepción.

"¿Qué fue lo que hiciste?" Había dicho Amalia, como si hubiese sido mi culpa, tal vez lo era.

No podía arrepentirme, ya que mi hija estaba bien y Annabelle, aunque había vivido un infierno al estar tan asustada, al menos murió sin ser torturada.

Michael no era consciente de lo que había cambiado, dudaba que alguien lo fuese. Tanto él, como Isa y Jade, me acompañaron mientras me recuperaba, ya

que según me explicaron, había perdido mucha sangre, aunque ni la bebé ni yo estábamos en ningún tipo de peligro.

Uno, dos, tres, días pasaron y seguía sin ver a Daniel, cuando preguntaba por él, siempre me decían que estaba ocupado, pero yo sabía la verdadera razón de su ausencia, estaba molesto conmigo, y me estaba evitando, en parte lo entendía. Isa me explicó que me visitaba mientras dormía.

Un par de días más transcurrieron y comenzaba a desesperarme, por lo que decidí pelear con el sueño y esperarlo despierta hasta la madrugada. Cerca de la una, por fin cruzó la puerta de nuestra habitación. Si estaba sorprendido de verme despierta, no lo demostró. Me dedicó una mirada de evaluación, para después darme la espalda y quitarse el reloj.

—Entiendo que estés molesto conmigo...

—No, no lo entiendes —interrumpió, aún sin mirarme.

Su indiferencia me escocía, y sentir lo que él estaba sintiendo aún más. Era como si yo hubiese hecho algo imperdonable.

—Ni en tus peores errores he sido tan cruel contigo —le recriminé ante la dureza de sus sentimientos.

—Ni en mis peores errores pondría en riesgo la vida de nuestra hija. —Me encaró por fin, la ira chispeando en su rostro —, y conociéndote como te conozco, estoy seguro de que ni siquiera lo lamentas.

Desconocía la manera en que me miraba y hablaba.

Solo estar en su presencia me resultaba doloroso, por lo que me levanté de la cama e hice ademan de salir de la habitación, pero sus brazos me rodearon por detrás frustrando mi escape.

—Déjame ir —demandé, pero no solo me ignoró, sino que me giró para encararme, y pegó mi cuerpo del suyo de manera poco sutil.

—He sido más que indulgente contigo, considerando mis opciones. De ahora en adelante, haremos las cosas a mí manera, ya que si a ti no te importa esto —Hizo un gesto con las cejas refiriéndose a nosotros —, a mí sí, y haré lo que sea necesario para protegerlo.

Y me soltó, dejándome parada en medio de la habitación, mientras entraba al baño.

Muy en contra de mi voluntad y mis ganas de salir corriendo, me encontré dirigiéndome a la cama y acostándome en ella. No entendía, era como si mi cuerpo le obedeciera a él y no a mí, y entonces recordé una de las primeras cosas que había aprendido sobre magia "los hijos pertenecen al padre" y todo tuvo sentido, incluido el día que Michael me dijo que no podría abandonar el Valle. Apreté mis puños con rabia mientras escuchaba el agua de la regadera caer.

Las cosas entre nosotros no mejoraron, apenas nos veíamos y cuando eso pasaba, los encuentros estaban llenos de tensión. Había puesto un montón de reglas absurdas respecto a mí que me llenaban de indignación y que por supuesto, era físicamente incapaz de

desobedecer: no podía estar sola, los primeros días ni siquiera podía salir de la casa, y cuando por fin pude hacerlo, era con la condición de estar acompañada, únicamente tres personas calificaban para la tarea: Jade, Isa y Michael.

—Me odia —me desahogué con Jade mientras dábamos un paseo por el patio.

—Por supuesto que no te odia, solo está frustrado. Hemos luchado tanto por proteger a la niña y saberla en peligro alteró sus nervios —me explicó en tono de disculpa, supuse que para que no sintiera que me estaba juzgando

—¿Cuánto tiempo más crees que tenga que soportarlo así?

Jade suspiró y miró al horizonte antes de responder.

—No lo sé, está muy turbado. Le he pedido que me hable, que se desahogue conmigo, pero es como si su cabeza siempre estuviese maquinando cosas y fuese incapaz de desprenderse. Supongo que han sido unos meses de muchos acontecimientos y se siente abrumado. Por eso decidí enviar de viaje a Cami unos días con su papá, de mis hijos, es él quien más me necesita en estos momentos y quiero enfocarme en ayudarlo. La cuestión es que no se ni por dónde empezar. Cuando se trata de ti, siento que no lo conozco.

A veces me sentía exactamente igual, ¿Tenía razón Christopher y yo realmente no conocía a Daniel?

—¿Cómo está? —preguntó Augusto a Aron, mientras este me examinaba, cosa que ocurría dos veces al día.

—Las dos están perfectas —respondió él y se retiró.

Por lo que percibía de Augusto, sabía que no estaba ahí solo para comprobar mi estado de salud, y que el regaño vendría pronto, pero ansiaba algo de armonía, así que intenté distraerlo.

—¿Dónde está Amalia? Hace días que no la veo.

—En El Recinto, ocupándose de unos asuntos, y huyendo de la irritación de tu marido, que como era de esperarse, la responsabiliza por lo que pasó.

—Eso es injusto, entiendo que se preocupó, pero...

—¿Preocuparse? Silvana, como ya es costumbre, pareces no entender la gravedad de tu imprudencia —Ahí estaba —: ¿Comprendes que de haber perdido a la niña, Mónica te eliminaría en un segundo?

—De perder a mi hija, Mónica seria el menor de mis problemas. —Me encogí solo de pensarlo —, además, ¿desde cuándo estas de parte de Daniel? Hasta donde yo sé, no te agrada.

—Me cae bien ahora que ha mostrado carácter. Francamente yo hubiese reaccionado peor —gruñí, pero me ignoró —, y hablando de reacciones, hay algo que quiero contarte. Antes de que te enteres por alguien más, quiero que sepas que Amalia y yo...

Cubrí mi boca con las manos y ahogué una carcajada. Me esforzaba por no estallar de la risa.

—No puede ser...

—¿Estás sorprendida?

—Sí, bueno no... Siempre supe que había una "chispa" entre ustedes, pero no me imaginaba que iniciarían algo.

—Bien, ¿Qué opinas? Sé que no es tu persona favorita.

—Estaba atento a mi reacción, era importante pare él.

—Si te hace feliz... Yo he aprendido a… entenderla.

—Bien, me alegra que te sientas de esa forma.

—¿No me van a dar hermanitos verdad? —Por algún motivo, tenía la necesidad de molestarlo.

—Muy chistosa —se mofó.

—Pero hablando en serio, no se casen. Todo se complicará si se casan.

—Tu relación es complicada por lo peculiar de la situación, no porque te hayas casado.

Peculiar, eso era muy poco.

Tanto Isa como Michael también coincidían en que Daniel tenía razón en estar molesto conmigo, pero yo estaba dolida por la manera en la que me estaba tratando (no me trataba en absoluto) así que no daría mi brazo a torcer. Yo seguía percibiendo ese inmenso amor que él sentía por mí, y a medida que pasaban los días, su enojo disminuía, por lo que estaba convencida de que eventualmente cedería, y tarde, pero seguro, sucedió:

Estaba tomando un baño y aunque había terminado, me quedé disfrutando del agua tibia, fue entonces cuando lo sentí entrar en la ducha. Rodeó con ambos

brazos mi cintura (o donde había estado la misma) y pegó sus labios del lóbulo de mi oreja antes de hablar:

—Perdóname por favor, sé que no lo he manejado bien, que no tengo justificación, pero solo pensar que algo pudiera pasarte, yo...enloquezco.

Podía sentir lo turbado que estaba, por lo que simplemente ladeé la cabeza para buscar sus labios. No necesitaba gran disculpa de su parte sabiendo exactamente como se sentía, además, mi fuerza de voluntad en lo que a él respectaba era alarmantemente finita.

Daniel por fin había bajado la guardia y después de unos días relativamente tranquilos, era hora de retomar mis paseos con Charles. Lo ansiaba, ya que me ayudaba a distraerme y también a moverme.

—¿Damos una carrera? —le dije bromeando por nuestra situación.

Él ya podía caminar, pero necesitaba la ayuda de muletas, y yo, bueno, la barriga a duras penas me permitía moverme.

No podíamos ir muy lejos por varias razones, así que solo llegaríamos al primer árbol por seguridad, donde acababa el patio y comenzaba el boscaje. Nos sentamos en un banco disfrutando de aire fresco.

—¿Aun no tienen nombre? —me preguntó —. Ya va a nacer.

No estaba segura de que responder, había escuchado el nombre de mi hija de sus propios labios, pero dado

a las costumbres arcaicas propias de la región, no se suponía que yo lo eligiera (aunque no fuese técnicamente el caso). Sin embargo, por la manera que había actuado Daniel las pasadas semanas, era difícil saber que esperar de él.

—Creo entender que el nombre le corresponde a su papá y él no ha dicho nada aun.

—Vamos Silvana, te dejará escoger el nombre que quieras y lo sabes.

—¿Por qué el interés? ¿Tienes alguna idea?

—Ummm... Siempre me gustó el nombre Bianca, me parece que es angelical. Y en este caso sería apropiado ¿no crees?

Definitivamente errar era complicado, eso no podía ser una coincidencia ¿Había sido idea de Charles el nombre de mi hija?

—Bianca...—repetí por decir cualquier cosa, cuando ya llevaba mucho tiempo callada.

—Silvana yo...—Comenzó y mi corazón comenzó a latir aceleradamente —, no pongas esa cara, déjame hablar. Voy a irme después que nazca tu bebé, quiero conocerla, pero después seguiré mi camino.

—Si es lo que quieres...—Intentaba disimular mi disgusto, pues sabía que estaba siendo egoísta.

—Lo es, necesito volver al mundo, desempeñarme en lo que soy bueno. En un par de semanas ya debo estar completamente recuperado y eso me entusiasma. Te prometo que vendré a visitar cuando esté cerca.

No podía evitar sentirme mal con esa noticia, Charles era una de mis personas favoritas, pero estaba consciente que era lo mejor para él.

—Te voy a extrañar mucho, y me alegra que quieras esperar a conocer a mi hija.

—Su nacimiento estará en los libros de historia, quiero poder decir que estuve aquí.

Me reía de su comentario cuando su expresión se congeló, él veía algo con el rabillo del ojo y yo seguí la dirección de su mirada. El largo cabello de una mujer extremadamente pálida ondeaba en un árbol cercano, a solo un par metros de nosotros, enseguida reconocí lo que era, una banshee, y por la manera en que nos miraba, no una aliada.

—Silvana, corre —me dijo Charles en voz sumamente baja.

Estaba a punto de arremeter contra ella, cuando un grito ensordecedor me hizo caer de rodillas, aturdida. La cabeza, el vientre y todo el cuerpo me palpitaba dolorosamente.

Reuní las fuerzas para sostener mi vientre y comenzar a alejarme de ella. El grito parecía estar perdiendo volumen, pero seguía siendo insoportable. Busqué a Charles a mi lado, pero no estaba, me giré sin parar de caminar, con una mano en mi bebé y la otra cubriendo una de mis orejas, vi horrorizada como Charles no solo no se alejaba de la criatura, sino que caminaba torpe y lentamente hacia ella, y a medida que se acercaba, el grito perdía más fuerza… porque

él lo estaba absorbiendo todo, aun en la distancia podía ver sangre salir de sus oídos.

Con toda la energía mental que pude conjugar, enfoqué la criatura y encerré su propio grito dentro de ella para que la ahogase con el, unos segundos después, ella explotaba manchando de sangre la blanca.

Al parar el ruido, intenté acercarme a Charles, pero mis piernas fallaron antes de que pudiese llegar a él. Un par de gotas de sangre cayeron frente a mí, y parecían provenir de mi nariz. Cuando unos brazos me alzaron de la nieve, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 38
EL NACIMIENTO

Un grito insoportable, mucho dolor, mi cuerpo ardía, mi cabeza quemaba...

Él corazón de mi pequeña latía con normalidad, estaba bien. Abrí los ojos y me senté con cuidado, Isa estaba frente a mí mirándome con preocupación ¿Por qué solo estaba ella conmigo? ¿Dónde estaban Daniel y Michael? Algo andaba mal.

—Charles...—Comencé, pero la expresión de Isa no me permitió continuar.

—Silvana él... entre tu protección y que se acercó al grito, terminó atrayéndolo todo...

Me levanté de la cama y salí con tanta prisa como pude de la habitación, Isa me llamaba, pero la ignoré. Bajé las escaleras con cuidado, y vi varias personas afuera de su habitación. Si estaban ahí, él debía estarlo también. Me acerqué un poco más, sin que nadie notara mi presencia y vi la silueta de Charles acostado en su cama, Daniel estaba arrodillado frente a él, y no podía ver la cara de ninguno de los dos.

Me acerqué aún más, con cuidado, y cuando llegué a la puerta, Daniel cubría su cara con una sábana.

—¡¡¡NO, NO, NO!!! ¡¡¡Charles!!! —grité desesperada abriéndome paso hacia él y me abalancé sobre su cuerpo, sintiendo los brazos de Daniel rodear el mío.

Estaba histérica y desconsolada, no era posible. Él estaba a punto de marcharse. Me escapé de los brazos de Daniel mientras lo escuchaba decir a las personas en la habitación, cuyos rostros no había alcanzado a ver, que se marcharan.

Descubrí su cara, había mucha sangre seca en su nariz, oídos e incluso en los ojos. Verlo así me hizo saltar de la impresión y en el impulso casi me caigo hacia atrás. Lloraba y gritaba y ni siquiera yo podía entender mis palabras. Nuevamente Daniel me rodeó por atrás con sus brazos, con una mano agarró fuertemente mi barriga, y con la otra tomaba mi rostro ladeándolo en su dirección.

—Tienes que calmarte, piensa en nuestra hija, piensa en ella —me repetía una y otra vez al oído.

Concentrada en su voz, y no en el inmenso dolor que sentía, caí de nuevo en un estado de letargo mientras nos deslizábamos lentamente hacia el piso, permanecimos ahí mucho tiempo, mientras él solo me abrazaba y mecía.

Estaba tumbada de lado y abrí lentamente los ojos para descubrir que estaba en mi cama, vi a Isa y a Jade frente a mí conversando, hasta que se percataron que había despertado. Jade se sentó a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó y acarició mi vientre con cariño.

—¿Dónde está Daniel?

Fue Isa quien respondió:

—Está dándole un adiós apropiado a Charles.

Imaginé a mi amigo cubierto por tierra y me faltó el aire una vez más. Mi barriga se contrajo y eso frustró mi intento de ponerme de pie.

—¿Qué tienes? — inquirió Jade, preocupada.

—Necesito darme un baño, ¿puedes ayudarme? —le pedí y ella me ayudó a pararme.

El dolor solo se intensificaba, pero no quería interrumpir a Daniel si estaba enterrando a Charles, al menos eso le debía. Antes de entrar al baño, le pedí a Isa que fuera por Aron, pero me respondió que él también estaba en el entierro.

—¿Qué pasa Silvana, te sientes mal?

—Creo que tu sobrina ya va a nacer —le respondí con calma y entré al baño.

Jade no solo me ayudó a bañarme, también tocaba mi vientre cada tanto para saber si se contraía y me metió en un hermoso camisón de encaje que había traído junto con las cosas de la bebé.

—Sé que es aterrador, pero yo lo hice tres veces, y tú eres mucho más fuerte —me animaba.

Simplemente asentí, no quería hablar, ya que estaba muerta de miedo. El dolor era más intenso y seguido con el pasar de los minutos. Quería mantener a mi hija dentro de mí, faltaba tanto por resolver, y mi cabeza, cuerpo y corazón no estaban en condiciones para traerla al mundo aún. Sabía que la presencia de

Daniel me haría sentir mejor, y pude respirar cuando escuché su voz a través de la puerta.

Salí del baño y lo encontré pasándose las manos nerviosamente por el cabello, en cuanto me vio, prácticamente corrió hacia mí.

—Tengo miedo, es muy pronto...—me desahogué.

—No, por supuesto que no —respondió nervioso —, ya estas a término. Supongo que el trauma adelantó tu parto, pero eso no quiere decir que tú o ella estén en peligro. Puedo sentir que ambas están perfectas.

—Listo. —Escuché la voz de Isa y me giré hacia ella.

Tenía un bolso en sus manos y también lucía muy nerviosa.

—Vamos —me dijo Daniel tomando mi mano y haciéndome andar.

—¿Qué? ¿A dónde?

No respondió enseguida y me guió con cuidado escaleras abajo. Jade lucía tan confundida como yo, pero Isa no, por lo que asumí que él había explicado lo que fuese que estaba sucediendo mientras estuvimos en el baño. Llegamos a la puerta trasera de la casa y en el patio nos esperaban Salvatore y Aron, el primero, estaba de rodillas y parecía estar buscando algo en la gruesa capa de nieve. Había una sensación extraña en el ambiente, como esa profunda calma justo antes de la tormenta.

Salvatore levantó una pequeña puerta del piso que yo no sabía que existía siquiera. Entró y después de él Isa y Jade, por último Aron y cuando Daniel quiso guiarme dentro, no lo permití.

—No voy a entrar ahí sin que me expliques que está pasando. —Lo encaré.

Se lamió los labios nerviosamente antes de hablar.

—Están llegando. Mónica debe saber que entraste en trabajo de parto y van a atacarnos. Ahí dentro estarás más segura, Aron asistirá tu parto y Salvatore te mantendrá oculta. Yo volveré pronto.

—¿Me estás diciendo que tengo que hacer esto sin ti? —chillé con pánico.

—Estarás bien, y también nosotros, Michael y yo tenemos todo cubierto.

—No puedo, sin ti no puedo…

—Tienes que hacerlo... y yo debo hacer mi parte. Terminará pronto. Lo prometo —Se arrodilló frente a mí y besó mi vientre para ayudarme a bajar las estrechas escaleras.

No había decidido entrar ahí, mi cuerpo simplemente obedecía sus comandos. Quise decirle algo más, que lo amaba, que tuviese cuidado, pero la puertilla se cerró antes de que pudiese hacerlo.

Una vez dentro examiné el lugar, era una pequeña estancia húmeda y fría, con paredes sin acabado. Pero había sido acondicionada con ciertas cosas, había una cama, otra puerta que supuse guiaba a un baño, y una mesa pequeña con sillas.

Otra contracción me atacó y solté un quejido de dolor.

—Silvana, ven aquí —me llamó Aron junto a la cama.

Obedecí y caminé con dificultad hasta él con la ayuda

de Isa. Aron me revisó y al menos su expresión me hizo sentir más tranquila.

—¿Todo en orden? —le preguntó Isa.

—Perfectamente, en un par de horas debería estar con nosotros.

No concebía estar ahí oculta por horas sin saber lo que sucedía afuera. Otra contracción, esta vez más fuerte, y no pude contener un grito de dolor.

—Debes intentar no hacer ruido —me dijo Salvatore, y todos los rostros en la habitación nos giramos hacia él con incredulidad.

—Eso es una barbaridad —saltó Jade.

Él examinó nuestros rostros y procedió a explicarme:

—Solo intento mantenernos con vida a todos, puedo ocultarte de criaturas y personas mágicas, pero si hay "Michael's" allá afuera, y puedes estar segura de que los hay, te escucharán y alertaran a los otros. Y si nosotros podemos escucharlos a ellos —Como para probar su punto, lo interrumpió el que era claramente el sonido de una explosión, seguido de un grito —, ellos pueden escucharnos a nosotros.

Todos estábamos atónitos.

—Voy a buscar algo que puedas morder —se ofreció Isa, impresionada.

Con el pasar de los minutos, aumentaban tanto mi dolor como el ruido del exterior, se escuchaban gritos, golpes, e incluso sonidos que no parecían ser emitidos por humanos. El dolor no me permitía pensar con cla-

ridad, nublaba todo, era como si la parte inferior de mi cuerpo estuviese en una trituradora. Jade secaba mi sudada frente a pesar que yo sentía un insoportable frío. Isa repasaba una y otra vez las cosas de la bebé, aunque eran solo un par de piezas, supuse que quería mantenerse ocupada, e ignorar el estruendo.

Quería que todo se apagara, que acabara y tanto Daniel como Michael llegaran sanos y salvos. Cuando me sentía incapaz de soportar más dolor, Aron me indico que era hora, que la bebé estaba lista para nacer.

—Solo debes seguir tu instinto, tu cuerpo tiene la urgencia de expulsar, es exactamente lo que debes hacer. Puja con tanta fuerza como te sea posible y solo para cuando yo te lo indique.

Comencé a pujar mordiendo con tanta fuerza el trapo en mi boca, que sentía que mis dientes podrían quebrarse. Jade susurraba palabras de aliento y apoyo a mi lado y de vez en cuando secaba mi rostro y apartaba cabello de mi cara.

Los sonidos que auguraban muerte afuera, hacían todo incluso más doloroso, mi cuerpo quería explotar, sentía como si había una bomba en mí, y no podía hacer más que ahogar mis gritos en una tela. Perdí la cuenta de mis pujos, perdí también la noción del tiempo, y por alguna razón incluso mis sentidos, me costaba trabajo ver o escuchar, solo podía sentir el inclemente dolor de desgarre, hasta que de pronto sucedió. Alivio, experimenté alivio acompañado de la sensación de que mi cuerpo había sido vaciado.

Parpadeé múltiples veces para esclarecer mi visión y vi la figura borrosa de Aron frente a mí, separando el pequeño bulto ensangrentado de mi cuerpo. Mi audición volvió también, escuché que saludaba a mi hija y le daba la bienvenida al mundo. Se la entregó a Jade y cuando la supe en los brazos de su abuela, me permití descansar, cerrar los ojos por un segundo y reclinar mi espalda sobre las almohadas. Respiré un par de veces hasta que la sentí sobre mi pecho, la tomé con los brazos temblorosos y me incorporé para conocer a mi bebé.

Era preciosa, tenía esos grandes ojos azules que yo tanto amaba, y mucho cabello para ser una recién nacida. También mucha vida, su mirada daba la impresión de que estaba consiente de haber nacido. Era tan hermosa, que mirándola olvidé todo lo que sucedía a mí alrededor. Buscó mi pecho como si supiera que ahí estaba su alimento y se lo ofrecí con gusto, lo tomó sabiendo exactamente qué hacer, como si fuese experta en ello.

Si su padre se me había asemejando siempre a un ángel, no podía comenzar a describir como era ella. Comió de mí por mucho rato, mientras se aferraba con su mano a mi dedo.

¿Qué no haría yo por ella? La había amado incluso antes de concebirla, había luchado tanto por protegerla, por construir un mundo seguro para ella. Se durmió en mis brazos y soltó mi pecho.

Jade me pidió cargarla, se la entregué, y después de hacerlo, ignoré el dolor en mis huesos y me puse de

pie. Caminé hasta la puertilla e intenté escuchar lo que sucedía, por minutos sentí que se había apagado todo, pero había sido solo en mi cabeza.

Los estruendos eran más seguidos, y los gritos expresaban más dolor, podía imaginar todo lo que sucedía allá afuera y caí en cuenta de que era imposible sentir más dolor del que ya sentía. Dolor por la muerte de Charles, dolor en mi cuerpo, dolor por doquier y si me quedaba sin hacer nada, más dolor vendría.

Me quedé mirando la puertilla fijamente, e Isa, que ya tan bien me conocía, adivinó mis intenciones.

—Silvana, lo que sea que estés pensando, no lo hagas. Tu bebé te necesita —me habló con cuidado o al menos así me pareció.

Quería que todo terminara y lo acabaría yo misma de ser posible. Mónica había ido por mi hija, estaba ahí afuera en algún lugar, y era hora de ponerle un punto final a esa historia. Haber dado a luz me hacía sentir omnipotente. Después de haber sentido tanto dolor, nada me daba miedo.

Me giré lentamente buscando a Salvatore y rápidamente su mirada se encontró con la mía:

—No te separes de ella —le dije en una voz gruesa que no reconocía como mía.

Él me miraba con cautela y comenzó a acercarse con las manos extendidas, haciéndome entender que no me tocaría.

—No tienes que hacerlo. No te arriesgues. Hay una salida, yo te ofrezco una salida —Su mirada era im-

plorante, y de él emanaba desespero—. Vámonos ahora. Tú, la bebé y yo. Será muy tarde cuando se den cuenta que nos fuimos y no nos encontrará nunca, las esconderé a ambas.

Ladeé la cabeza al sentir la añoranza en él. Y en ese segundo de descuido, intentó saltar en mi dirección, pero antes de que pudiese alcanzarme, lo lancé con toda la energía que pude conjugar hacía la pared contraria. Sin darle oportunidad de recuperarse, subí con la prisa que mi adolorido cuerpo me permitía las cortas escaleras que me separaban de la superficie, de la guerra… de ella.

CAPÍTULO 39
LA PERDIDA MÁS GRANDE DE TODAS

Si la muerte tenía un olor, era ese. Carne chamuscada, sangre, fuego… no ocurría nada a mí alrededor, los sonidos venían del frente de la casa, y eso quería decir que lo que estaba sucediendo era incluso peor de lo que imaginaba. Con mis pies descalzos, cubrí nuevamente la puertilla de nieve para camuflarla.

Un sonido me puso en alerta y al alzar la mirada vi una extraña criatura galopar hacia mí, tenía cuerpo de caballo, pero su torso era humano y sus facciones retorcidas. Desvié su curso y lo hice tropezar, y luego dar vueltas en la nieve hasta que rompió su cuello dramáticamente. Sus ojos sin vida quedaron mirando en mi dirección.

Nuevamente no había nada alrededor, todo sucedía en el patio del frente, así que entré en la casa para cruzarla, ahí tampoco había nadie. En algún punto una superficie me mostró mi reflejo, mi cabello desordenado caía hasta mi cintura, mi rostro estaba pálido y ojeroso, y mi bata blanca cubierta de sangre. Si la demencia tuviese una imagen, seria esa. Caminé hasta la puerta de la casa donde me recibió el desastre.

Había tanto movimiento que me era difícil enfocar algo en absoluto, mi mente y cuerpo funcionaban

con lentitud debido al estado en el que me encontraba. Peiné con la mirada la escena tratando de ubicar una cara familiar y la primera que encontré fue la de Augusto, intentaba manipular unas gruesas cuerdas alrededor de una manada de criaturas idénticas a la que yo acababa de matar, pero eran muchos y cada vez que parecía estar por lograrlo, estos deshacían su amarre. Tomé el control de las cuerdas y rodeé rápidamente los cuellos de las bestias para después cerrar el nudo tan fuerte que la fibra rebanó sus carnes simultáneamente. Las cabezas omitieron un ruido sordo al caer al suelo casi al unísono.

Sin perder tiempo, cambié la dirección de mi mirada y me encontré con Sami, que estaba sobre el lomo de un limpiador, metiendo sus pulgares con fuerza en los ojos de este, mientras que él le mordía ambos brazos, comiendo de su carne. Doblé hacia atrás el torso del limpiador hasta que su columna craqueó y se partió en la mitad, Sami cayó al piso confundida.

Michael, lo localicé a pocos metros y aunque había varias cortadas y sangre en su cuerpo, la fuerza de sus movimientos me indicaba que estaba bien, peleaba con otro tipo de bestia, parecida a la anterior, pero inversa. Su cuerpo y movimientos eran humanos, pero su cabeza era de un animal con cuernos, Michael clavaba un cuchillo en su contrincante, pero la piel de este era gruesa, cuero animal, y por más que lo atacaba, no lograba derrumbarlo. Arranqué sus cuernos desde los cimientos, lo que pareció causarle mucho

dolor, al punto de tumbarlo de rodillas, y fue cuando Michael aprovechó que había dejado de luchar para clavarle cuchillos en ambos ojos.

El labial rojo de Rose llamó mi atención, corría frente a mí, pero parecía estar huyendo de algo. Llevaba frascos de pociones en sus manos y enseguida entendí por qué no las usaba, los hombres que la perseguían eran humanos, una docena al menos y sus miradas lascivas delataban sus intenciones. Esta vez fue más fácil y supe exactamente qué hacer, quebré sus manzanas de Adán hasta que todos ellos dejaron de respirar.

Varias figuras estaban inclinados en el piso sobre otra, y cuando una de ellas alzó la cabeza, supe que se trataba de vampiros por los hilos de sangre que salían de la comisura de su boca, todos ellos estallaron en miles de gotas de sangre bajo la fuerza de mi mirada, y pude ver de quién se alimentaban: la señora Helena yacía pálida y esquelética en el lugar que habían estado ellos.

Amalia daba instrucciones cerca de mí, y al verme, interrumpió su tarea. Atónita, me miraba con horror dibujado en todo su rostro, como si sintiera miedo de mí, al punto al alzar sus manos en mi dirección, su gesto era una súplica: "no me hagas daño".

¿Lo considere por un segundo?

Sí.

¿Estaba enloqueciendo?

Tal vez.

Uno a uno eliminé cuánto desconocido se cruzó en mi camino y simultáneamente, el ruido del caos iba cesando.

¿Dónde estaba ella? ¿Dónde estaba Mónica? Probablemente aún no podía dañarla, pero saberla en las sombras me asustaba más que tenerla frente a mí.

Cuando llegué a la entrada del Valle, tras atravesar toda la batalla, el ruido había cesado casi en su totalidad, se escuchaba principalmente el crepitar del fuego y quejidos. La mirada azul que tan bien conocía capturó mi atención y vi como Daniel corría hacia mí. Venia del bosque. Me examinaba con preocupación, parecía estar viendo alguna de esas extrañas criaturas que yo acababa de matar. Tomó rostro con sus manos después de palpar mi vientre para comprobar que estuviese vacío.

—¿Dónde está ella? —me preguntó sosteniendo mi cabeza con firmeza, como reclamando mi atención.

Todo era confuso para mí.

—Oculta —le respondí—. Es preciosa Daniel. Nuestra hija es perfecta.

Y unas lágrimas escaparon de mis ojos mientras lo decía. Besó mi frente y me abrazó con fuerza. Él estaba herido, pero no de gravedad, y en el momento que se separó de mí, sentí que recuperaba conciencia de la realidad.

Mort y los demás chicos prendían fuego a los cuerpos, también quitaban escombros del camino y revisaban lugares para verificar que no hubiese amenazas escondidas. Todo parecía haber acabado, transcurrieron

unos minutos mientras Daniel y yo observamos a Augusto y Amalia dar órdenes para combatir el desorden.

Divisé a Michael salir de la casa, y vi que traía con él a mi hija. Me tensé, pero Daniel tomó mi mano, mi mentón, y me hizo mirarlo.

—Está bien, ya es seguro.

Y su voz como siempre me transmitió infinita confianza. Michael llegó a mí y puso la niña en mis brazos.

—Es preciosa —me dijo besando mi frente.

Jade e Isa venían tras de él y ambas me miraron con preocupación.

—Vamos adentro cariño, tienes que asearte —me invitó Jade, tendiendo su mano.

—Primero hay algo que quiero mostrarle —respondió Daniel.

Lo miré con confusión, pero como siempre, cedí con absoluta confianza. Comenzamos a caminar, estaba ansiosa de saber a qué se refería. Fuese lo que fuese debía ser importante para llevarme en el estado en que me encontraba.

Caminamos en silencio, yo llevando a la niña y él con las manos en los bolsillos. Mi curiosidad se incrementó cuando vi que nos dirigíamos al bosque, ¿Qué era lo que quería mostrarme? ¿Acaso había capturado a Mónica? ¿Dónde estaba Enrique? No lo había visto, si él había muerto, Daniel habría podido matarla.

Caminé en silencio a su lado, abrumada por lo que percibía de él: miedo, adrenalina, ansiedad. Pero todo

eso era normal dado a lo que acababa de pasar, yo me sentía exactamente igual. Nos adentramos más en el bosque y comencé a arrepentirme, tenía mucho frío, la tela de mi vestido era muy delgada y estaba húmedo por la sangre. Además estaba muy adolorida, también descalza. Algo andaba mal, ¿Por qué me había llevado hasta ahí en ese estado? ¿Y por qué no me miraba?

—Daniel —Comencé con voz suplicante —, hace mucho frío aquí para ella.

Seguía sin mirarme y cuando me respondió, fue en un tono distante

—Solo será un minuto.

Iba a protestar de nuevo cuando llegamos a un claro, parecido a aquél dónde me habla dicho que estaba embarazada, pero más pequeño, y quizás porque aún no amanecía o por la situación, pero se sentía mucho más siniestro. Finalmente me encaró y esta vez me tomó por el cuello con gentileza, clavando sus hipnóticos ojos en los míos.

—Recuerda en todo momento que debes confiar en mí. Que haría cualquier cosa por ti. ¿Comprendes eso? —me pidió y detecté cierta histeria en su voz.

Asentí y cuando se hizo a un lado, mis peores temores se hicieron realidad. Una silueta esbelta vestida de negro caminaba en nuestra dirección.

Mónica.

El no poder respirar era la reacción de mi cuerpo al pánico, mis manos y labios temblaban incontrolable-

mente y aun así, me esforzaba por sostener con fuerza a mi bebé contra mi pecho. Mónica caminaba hacia nosotros y Daniel no hacía absolutamente nada. Busqué su mirada, pero él tenía la vista al frente, y la mandíbula apretada, no comprendía nada.

Ella dejó una distancia prudencial con nosotros, inclinó su torso hacia adelante para poder ver mejor a mi bebé y unas lágrimas de felicidad aparecieron en sus ojos

—Es perfecta —dijo con emoción dirigiéndose a Daniel.

La familiaridad con la que le habló, me devastó.

—Recuerda el trato —le respondió él con voz gélida —. Nunca más volverás siquiera a acercarte a mí esposa.

La falta de aire comenzaba a colapsar mi cuerpo traumado, no podía asimilarlo, no podía estar pasando…

—Dámela —pidió Mónica con emoción.

Entonces él se giró hacia mí, sintiendo tantas cosas... no podía reconocerlo. Intenté dar un paso hacia atrás y apartar a la bebé, pero fue inútil, le pertenecía a él, mi cuerpo no ponía resistencia. Se acercó y cuando me habló, lo hizo con desespero:

—Tendremos más hijos, empezaremos de nuevo.

Comencé a llorar ante la insensibilidad de sus palabras, y sin poder resistirme, vi como la sacaba de mis brazos con cuidado, sin yo poder hacer nada. Me arrodillé sus pies, le supliqué por mi bebé, pero él no respondió. Se giró hacia Mónica, que lo esperaba con anticipación. Intenté lastimarla, hacerle algún tipo de daño en absoluto, pero ni uno de sus cabellos se movió de su lugar.

Dejando una distancia considerable, sin acercarse demasiado a ella, Daniel extendió sus brazos ofreciéndole a nuestra hija.

Ningún dolor se compraba a es, tuve que sostener mi pecho con ambas porque sentía que me estaba despedazando. En cuanto Mónica la tuvo en sus brazos, mi bebé lloró y mis pechos comenzaron a gotear.

Ella estaba absorta, mirando a mi hija con adoración y la angustia me tumbó por completo en el piso, sentía la helada nieve en mi mejilla mientras la histeria me impedía respirar.

Verla volverse para marcharse con mi bebé, mientras Daniel la miraba con las manos en los bolsillos, sin hacer nada para evitarlo, fue más de lo que pude soportar y mis ojos se cerraron ante la imagen, añorando la inconciencia.

Todo había sido en vano, al final había tenido que enfrentar la perdida más grande de todas, y estaba segura de que enloquecería de dolor...

CAPÍTULO 40 "PERDONAME POR FAVOR"

Daniel

Instantes, solo eso...

Sentí a Silvana desplomarse tras de mí y mi voluntad tambalear al querer correr hacia ella, pero no podía arruinarlo todo. Después de tanto esfuerzo, tanto planearlo, todo se reducía a ese preciso momento. Mónica se giró, y seguía embobada por la bebé, ella era su punto frágil, siempre lo había sido.

Dio el primer paso y nos separaba aproximadamente un metro, había sido una de sus condiciones, mantener la distancia, pero justo en ese instante ella no estaba alerta, la convicción que había sembrado en su cabeza y el dolor que percibió en Silvana, la habían hecho sentir confiada.

Segundo paso. No podía correr, el más mínimo movimiento iba a alertarla y ella podía acabar conmigo en un segundo.

El tercer paso fue mi señal, tomé impulso silenciosamente y salté con todas mis fuerzas hacia adelante, mientras sacaba el cuchillo de mi bolsillo. Al aterrizar justo tras ella, lo clavé en su cuello, atravesando su tráquea.

Por un segundo pareció funcionar, su cuerpo se puso rígido, casi como si ya hubiese muerto; pero entonces

a pesar de todo, Mónica ladeó su cuerpo en dirección a Silvana. Aun muriendo, ella sabía cómo herirme, como arruinar todo... Un árbol gigante se desprendió de la tierra y amenazó con caer sobre mi esposa, que aunque tenía los ojos abiertos, yacía inmóvil en el suelo, viendo la escena con mirada perdida, como si en realidad no estuviese mirando nada.

—¡¡¡SILVANA MUEVETE!!! —le grité desesperado.

La raíz se desprendió completamente del suelo y el gran tronco estaba por caer sobre ella, si me separaba de Mónica, que aún estaba luchando, todo estaría perdido, pero si no hacía nada y Silvana moría, y nada habría valido la pena. Estaba a punto de soltar el arma y correr hacia ella, cuando de la nada el tronco, ya casi sobre su cabeza, se desvió y aterrizó perforando la nieve y la tierra con un gran estruendo.

Miré a mí alrededor y no había nadie, no entendí lo que sucedió hasta que vi como Silvana y nuestra hija se miraban directamente a los ojos, conectadas de alguna manera.

Antes de que Mónica intentara algo más, apliqué más fuerza en la empuñadura, y gruñendo de desespero cambié el arma de posición. Gran cantidad de sangre brotó de la herida. La empujé con mi otro brazo hacia abajo para proteger a la bebé de una caída, hasta que los dos estuvimos en la nieve.

Ya en el piso, ella seguía inmóvil, pero escuché su corazón aun latiendo. Silvana tras de mí se incorporó, pero una vez sentada no se movió más, era como si estuviese en estado de shock, así que intenté llamar su atención.

—Silvana, la bebé.

Ella reaccionó ante la mención de nuestra hija y se arrastró con dificultad hasta nosotros. Una vez ahí, sacó con manos temblorosas a la niña de los brazos de Mónica y se alejó aún a rastras.

Quité el cuchillo de su cuello y lo clavé con fuerza en su aún latiente corazón. Después de unos segundos, colapsó. Estaba muriendo, podía sentirlo, pero no era suficiente.

Marcó a Silvana para siempre con todo el daño que le causó, asesinó vilmente a Ana, y yo quería tanto a Ana, me había dado el regalo más preciado del mundo, y tras su muerte me fue arrebatado. Por mi tío y por ese bebé que llevaba mi sangre, clavé una última vez el cuchillo en su vientre antes de que su corazón dejara de latir por completo.

Todos ese poder, esa omnipotencia, y solo había hecho falta una hojilla afilada y ganar su confianza...

Me separé de ella y limpié la sangre de mis manos con su vestido. Sentí la mirada de Silvana sobre mí, pero no me atreví a verla. Una vez de pie, prendí el cuerpo en fuego y vi a Silvana brincar de la impresión. Mónica estaba siendo consumida por las llamas y cuando me sentí seguro de que no se levantaría de nuevo, por fin encaré a mi esposa.

Lucia extremadamente frágil y desorientada, quería decirle tantas cosas, explicarle todo, pero temía que no me permita siquiera acercarme, por lo que lo hice con cautela. Ella estaba absorta mirando las llamas, con nuestra bebé pegada de su pecho. Me agaché a

su altura y tomé su rostro para hacerla mirarme antes de hablar.

—Te explicaré todo lo que acaba de suceder, pero ahora vamos adentro.

La ayudé a levantarse lentamente y con cuidado.

—Necesito ver —me dijo con voz ausente y mirada perdida.

Estaba helada y su cuerpo en mal estado, pero sabía que lo necesitaba para poder sentirse segura, así que cedí, y nos quedamos mirando las llamas hasta que de Mónica solo quedaba un gran bulto ennegrecido.

La cargué de regreso a la casa, donde nos esperaban con preocupación y una avalancha de preguntas, pero mi prioridad era ella, darle un baño caliente para asearla y controlar su temperatura. No quería separarse de la bebé, pero conociéndola, busqué a Michael y solo se la entregó a mi madre tras la promesa de él de no separarse de su lado.

En el baño le quité el arruinado camisón y me desvestí también para entrar en la regadera tibia. Una vez ahí, comencé a asearla, a sanarla y explicarle, todo al mismo tiempo:

"Después del asesinato de Jennifer, la amenaza de Mónica fue inminente. Me planteé muchas posibilidades, huir juntos, no tener hijos, pero nada de eso iba a funcionar. Estaba seguro de que si ella no obtenía lo que quería, iba a matarte. Desesperado, recurrí a mi tío, él la conocía mejor que nadie y me daría respuestas.

—La protección en ella es muy fuerte, mágicamente no hay forma de dañarla. Ten en cuenta que yo estaba

perdidamente enamorado para el momento del ritual. Imagina la fuerza de una protección sobre Silvana, si los cimientos de la misma fuesen tus sentimientos por ella. Sería inquebrantable. Es precisamente es la situación —me dijo en tono de disculpa.

—Tiene que haber una manera...—pedí exasperado.

—A la usanza. Matarla como a un ser humano corriente. El problema es que Mónica no es tonta y su conciencia está muy sucia. Es por eso que nunca está sola, siempre está rodeada de hombres dispuestos a protegerla.

Después de esa conversación me quedó claro, la única manera de acabar con ella era con un arma, y alejándola de su seguridad. Parecía fácil, pero de ninguna manera lo era.

Isa me contó una historia de cuando tú y ella fueron interceptadas por un rastreador, me dijo que ella te había mandado un recado y una flor, y lo que habías hecho con ella. Una noche mientras dormías, busqué aquella flor por todos tus libros hasta que la encontré y con ella rastreé a Mónica.

Estaba feliz de recibirme y me dijo incluso que estaba por buscarme para intentar llegar un acuerdo conmigo. Aquel fue nuestro primer encuentro y a ese punto, lo único que necesitaba era ser honesto con ella.

Le pedí una tregua, que recapacitara, pero ella insistía en que sería mejor madre para nuestra hija, que ella podría enseñarla, cuidarla y protegerla de cualquier amenaza. Ese fue mi primer movimiento, le cedí aquello, coincidí con ella en que la bebé estaría más protegida. Esa pequeña parte, fue veraz y ella lo sintió.

—La bebé es tuya —me dijo —, es tu decisión.

En una oportunidad me envió un regalo que había comprado para nuestra hija como muestra de su "buena fe" y Christopher vio el paquete, entonces él supo que estaba en contacto con ella e incluso sospechó que yo había cedido a sus perversos planes.

Después de esa primera conversación supe lo que tenía que hacer, ganarme su confianza, mezclar la mentira con la verdad, y sabía exactamente qué poder necesitaba para manipular su mente. Cuando volví de las montañas, me reuní con ella de nuevo, le manifesté mi temor por perderte, ya que sabía que habías intentado huir. La convencí de que te amaba más que nada en este mundo, y que haría cualquier cosa por cuidarte. Esa parte también era verdad y horas de práctica con Amalia, me habían enseñado a camuflar la mentira en verdades. Pero ella comenzaba a perder la paciencia, y la presión se incrementó cuando le puso plazo al nacimiento de nuestra hija.

—Nueve meses Daniel, si en nueve meses Silvana no ha tenido la niña, ni tú, ni Jade, ni la sombra, podrán evitar que la mate, no sin antes someterla a cosas que ningún hombre enamorado quiere que otros le hagan a su mujer, y después haré que se coma sus propias entrañas. No soy la única que va a perder aquí, no soy la única que quedará vacía...

Yo sabía que estaba lo suficientemente enferma para cumplir esa amenaza.

Ella alegaba soñar con la niña todas las noches, y que era natural que la bebé le perteneciera, que solo ella podía cuidarla y enseñarle todo lo que necesitaba saber. Estaba obsesionada.

—Incluso podrás verla —me había prometido —, no tengo problema en que sepa que eres su padre, pero su madre seré yo.

Me gané poco a poco su confianza, y después del ataque en el lago del Recinto, la convencí de que estaba dispuesto a entregarle la bebé a cambio de tu seguridad. Le repetía sus mismas palabras y ella las creía: "somos jóvenes y saludables, podemos tener muchos hijos"

Siendo el miedo y desespero las emociones más predominantes en mí, ella se convenció de que era honesto y se confió. Hasta que llegó el momento de afinar los detalles.

—La quiero en mis brazos en cuanto nazca, no quiero que tenga oportunidad de crear ningún lazo con Silvana —me exigió.

—Voy a entregarte a mi hija y ¿Me condicionas?

—No es como si tienes muchas más opciones. La otra es enviudar…

—Bien —cedi —. Tampoco me conviene que Silvana interactúe con ella. Haría la despedida más difícil.

Mezclar la mentira con la verdad, siempre.

—También quiero que sea ella quien me la entregue.

—Imposible. No voy a someterla a eso.

—Entonces no hay trato. Sé que tiene una sombra, y que sus poderes han evolucionado. No voy a arriesgarme a qué esté escondida en algún sitio e intente algo en mi contra.

—Mónica, es demasiado…

Mezclar la mentira con la verdad, siempre. Sembrar mis sentimientos en su cabeza, ocultar lo falso entre lo verdadero.

—Es imperativo.

—De acuerdo, pero entonces irás sola. —No lo había mencionado hasta ese momento, no quería alertarla, pero había sido parte importante de mi plan desde el principio. Debía esperar la oportunidad exacta —. Hago todo esto para proteger a Silvana, y si ella va a estar ahí, no quiero ninguna amenaza cerca.

—Siempre que mantengan distancia, no hay problema. No los quiero cerca de mí. Ninguno de los dos puedes dañarme y de cualquier manera mi gente estará... ocupada. Sabré exactamente el momento en el que ella vaya a dar a luz. Y te haré saber que lo sé. —Comprendí hace horas que se refería al ataque del Valle —, y así me aseguro de mantener a tus hombres ocupados también y no esperar ninguna sorpresa. Y Daniel....

—¿Ahora qué? —pregunté con fingido cansancio, para que creyera que no me lo esperaba.

—Vigilándola a ella, me he topado contigo. Antes de acceder a todo lo que hemos conversado, necesito saber con qué adición bajaste de las montañas.

¿Recuerdas cuando te expliqué que cuando alguien está muy débil o acaba de morir, es posible robar su poder? Yo tomé la habilidad de Jennifer cuando ella murió, previendo que esta pudiera ser útil, y para que no desperdiciara. Lo mantuve en secreto y ese día, frente a Mónica, le prendí fuego a la flor que había utilizado para rastrearla y que seguía en el mismo lugar que la dejé la primera vez que nos vimos, en su propia casa. Es por eso que me viste prender fuego a su cuerpo y como pude engañarla.

Ese día acordamos todo. Ella esperaría en el claro hasta el amanecer, y si no llegábamos para ese momento, había amenazado con buscarte ella misma y eliminar las garantías que me había dado. Por eso debíamos ir enseguida. El tiempo estaba en nuestra contra.

La parte más difícil y a la vez la más importante del plan, no era engañarla a ella, era engañarte a ti. Una vez que ella percibió tu dolor y sorpresa, se confió. Al sentir mi culpa y estando embelesada con la bebé en sus brazos, flaqueó.

Un arma habría sido difícil de esconder y de manejar, habría hecho falta puntería exacta para no darle oportunidad de reaccionar, pero con un cuchillo sabía los puntos claves para que fuese rápido y efectivo. Por eso murió casi de inmediato, lo clavé en aorta después de mucho practicarlo.

A pesar de la terrible situación en la que te puse, ahora finalmente podemos decir que todo terminó. Perdóname por favor"

CAPÍTULO 41
LAS CONSECUENCIAS

DANIEL

Varios días pasaron y Silvana seguía sin reaccionar, no parecía escuchar o ver y era consiente que el detonante había sido lo que pasó en el claro, esa, posiblemente había sido la experiencia más traumática de todas. Ni siquiera Michael había logrado sacarla de ese estado. No podía evitar sentir que le había fallado, y aunque todo lo que hice fue para proteger nuestra familia, no me enorgullecía ni de esa noche, ni de los meses anteriores.

Había perdido los estribos, y en mi afán de mantenerla a salvo, fui más rudo de lo que pretendía, de lo que ella merecía, pero para que ella y nuestra bebé estuviesen seguras, no podía existir margen de error.

No era como si estaba del todo ida, atendía a nuestra hija y eso me hacía pensar que no era tan grave. Le daba de comer, la cambiaba, bañaba, mecía. Pero no hablaba ni prestaba atención a nada que no fuese la niña.

Había pasado casi una semana, cuando Amalia me dio una idea de cómo hacer reaccionar a mi esposa. Ella era sumamente útil a veces, pero de momentos me convencía de que una parte del cerebro de Ama-

lia era hueca, o quizás su corazón. Una fiesta. Quería organizar una fiesta para celebrará el nacimiento de la bebé y me había parecido completamente absurdo: Silvana no estaba en condiciones y ciertamente no asistiría. Además, habían muerto personas y festejar me parecía una falta de respeto para sus familias. Pero después de exponer que serviría para levantar el espíritu de los residentes del Valle, accedí.

—¿Aún no tiene nombre? —me preguntó cuándo le dije que daba mi consentimiento para que hiciera la celebración, con la condición de esperar un par de semanas más —. Deberían tenerlo para entonces. La gente querrá saberlo.

Después de esa conversación, fui a nuestra habitación, Silvana estaba acostada de lado, con la bebé pegada a su pecho, dónde estaba la mayoría del tiempo. No me miró e incluso cuando me acosté a su lado, parecía no reconocer mi presencia. Aunque comenzaba a acostumbrarme, seguía siendo doloroso.

Besé su frente y la de mi hija que estaba despierta, aferrada con una mano al dedo de su madre, mirándola con adoración, como la miraba yo. La conexión entre ellas era inmensurable. Nunca había visto nada parecido. Me deleité con la belleza de ambas y con ese lazo tan potente que era casi visible.

—Silvana —la llamé, pero ella actuaba como si no me escuchara —. Mi amor, ella necesita un nombre. Ya tiene una semana. ¿Puedes decirme cómo quieres llamarla?

Ella frunció el ceño y finalmente, después de tantos días, parecía estar reaccionando. Examinó el rostro de la niña, como si ella tuviese la respuesta, y un par de segundos después y aún sin mirarme, por fin me respondió en voz baja:

—Bianca.

Después de esa primera palabra, progresivamente, Silvana comenzó a mejorar, hablaba poco, y principalmente con Michael, pero hablaba y reconocía la existencia de otras personas además de la bebé. Conmigo seguía esquiva, no me miraba a los ojos y la mayoría de las veces simplemente me ignoraba, solo cuando quería cargar a Bianca, ella parecía reaccionar a mí presencia, era como si eso representara un esfuerzo muy grande para ella, pero después de unos segundos cedía y me entregaba a la bebé.

Los meses pasados habían sido una tortura, a menudo el pensar en todo lo que podía salir mal no me permitía dormir siquiera un minuto por las noches. Yo sólo encontraba consuelo en Silvana, cuando estaba con ella, me convencía que no había manera de que yo le fallara, que todo saldría bien porque simplemente no tenía otra opción. Imaginaba esto, sabía que quizás perdería su confianza e incluso su amor, pero si ella estaba bien, si estaba a salvo y con nuestra bebé, todo estaba bien.

Subí a verlas para asegurarme de que no se les ofreciera nada, y ella estaba acostando a Bianca que dormía en su cuna. Besé su frente y después a la bebé,

me disponía a irme porque cuando no se trataba de Bianca, ella no interactuaba conmigo en absoluto.

No me lo esperaba, pero en ese momento, por primera vez en muchos días, me dijo una oración completa. Lo que más me sorprendió fue lo que me pidió:

—Quiero ver a Salvatore.

Su requerimiento envió olas de ira por todo mi cuerpo, pero en ese punto yo era incapaz de negarle algo.

Desde aquella noche estaba confinada en la habitación, era sumamente protectora con Bianca y no podía juzgarla. Eso significaba que no solo debía dejarlos hablar, sino que ella quería que yo lo llevara a él a nuestro cuarto. Antes de que pudiese sentir la magnitud de mi rabia o yo pudiese tener el valor de negarme, salí y lo mandé a llamar. Lo esperé fuera de la habitación, y cuando llegó con su sonrisa burlona, le advertí:

—Mucho cuidado.

Él simplemente pasó a mi lado, ansioso por verla. Yo también lo estaría después de semanas. Me quedé justo ahí, necesitaba escuchar que tenía mi esposa que decirle a él, pero fue él quien comenzó:

—La maternidad te sienta bien. Luces preciosa —*Imbécil* —, sé que no has estado bien, o al menos eso dicen por los pasillos. Esperaba encontrarte más... deteriorada.

Si Silvana le sonreía, o hablaba fluidamente con él, no iba a poder soportarlo y perdería la compostura que tanto me esforzaba por mantener frente a ella.

—Estoy...intentando estar bien —respondió y su tono denotaba vulnerabilidad.

—Mi propuesta sigue en pie, toma a tu hija y las llevaré muy lejos de aquí, donde nadie nunca pueda encontrarlas.

Su voz fue tan baja, que apenas pude oírlo. Quería entrar y destrozarlo, pero necesitaba escuchar la respuesta de ella.

—Lo amo a él —le respondió con voz quebrada.

Suspiré, pero el alivio no duró demasiado, la conversación no había terminado.

—No te estoy pidiendo que estés conmigo, solo quiero alejarte de toda esta mierda que te ha hecho tanto daño.

—Es mi hogar, y esta es mi vida. Pero entiendo lo que dices, esta historia ha estado llena de tragedias, y yo no quiero dañar a nadie más. Es por eso que quiero pedirte que te vayas, que hagas tu vida lejos de mí, como pretendía Charles antes de su muerte. Has lo que Christopher y aléjate, porque no importa lo que pase, siempre será él...

—Me necesitas, para proteger a tu bebé si llegase a ser necesario —argumentó él con dientes apretados en un intento de manipularla.

—No podría pedirte que te quedes aquí.

—No me lo estás pidiendo.

—Puedes estar seguro que si algún día necesito tu ayuda para mí hija, no dudaré en buscarte. Pero lo mejor para todos, es que te vayas. Especialmente para ti.

—¿Estás segura que es lo que quieres?

—Confía en mí.

—¿Estarás bien?

—Eventualmente, el tiempo y mi hija sanarán mis heridas.

No podía imaginarme lo que sentía él, ser rechazado por ella era uno de mis más grandes temores, sin embargo acababa de decir que me amaba, a pesar de todo y de tanto…

El extranjero salió, me miró con resignación, y después desapareció por el pasillo. Estaba infinitamente aliviado, pero cuando volví a entrar en la habitación, ella de nuevo actuaba como si yo no estuviese ahí.

Estaba en el despacho con Amalia, Augusto, Michael y mi hermana. Era una especie de consejo improvisado para discutir sobre el estado de Silvana, que dos meses después, seguía sin cambiar. Las razones que los primeros dos exponían, no podían tener menos validez para mí.

—Las personas se cuestionan si hay algo malo con la bebé, o con la misma Silvana, entiendo que sufrió un trauma muy grande, pero debe dejarse ver —insistía Amalia.

—No podemos obligarla —intervino Michael —, ninguno de nosotros entiende todo lo que puede estar sintiendo. Debemos dejarla vivir su proceso como una persona normal.

—Ese es precisamente el asunto Michael, ella no es una persona normal —bramó Augusto.

—Daniel...—me llamó Amalia, pidiendo mi opinión.

—Ya les dije que no voy a obligarla a hacer nada. Si ella no quiere salir de esa habitación y no quiere mostrar a Bianca, así será. Y no me importa lo que me digan, o que El Valle se quede desierto, no voy a cambiar de opinión.

Después de entender que la conversación era fútil, por fin se marcharon, dejándome solo con mi hermana. Isa siempre me hacía sentir bien, a pesar de su juventud era muy sabía y yo apreciaba cada uno de sus consejos. Permanecí en silencio con las manos cubriendo mi rostro hasta que habló.

—No te desesperes, eventualmente reaccionará.

Solté un largo suspiro y comencé a desahogarme con ella, dejé salir toda la angustia que desde hace días me atormentaba.

—¿Tienes una idea de lo difícil que es verla así? Cómo si la... rompí para siempre, como si la herí tanto que ella ni siquiera es la misma.

—Hiciste lo correcto. No tenías opción. Además, tú mismo dijiste que la escuchaste decir que te amaba. Quizás... le estás dando el enfoque equivocado, si ella no quiere comunicarse contigo de la manera tradicional, inténtalo de otra forma. Ustedes dos siempre han tenido esa conexión bestial que es casi palpable, apela a ese lazo, inténtalo de esa manera. Michael y yo vamos a ayudarte...

Después de finiquitar el plan con Isa, fui a la habitación donde la encontré alimentando a la bebé, la puso en mis brazos sin mirarme a los ojos, y entró al

baño. Eso al menos era un avance, los primeros días no me la confiaba de esa forma.

Mecí a mi hija y le canté, eran pocas las oportunidades que tenía de estar así con ella. Cuando Silvana salió de su ducha, la dejé que se vistiera en silencio, y después le anuncié:

—Isa y Michael van a llevarse a Bianca por un par de minutos.

Ella estaba cepillando su cabello y detuvo la tarea de inmediato. Se volteó hacia mí con los ojos muy abiertos como si acabara de decirle algo terrible. Al menos me estaba mirando…

—¿Por qué? —me preguntó con voz temerosa.

—Para que tú y yo podamos hablar.

—Podemos hablar con ella aquí —contraatacó.

No, no podemos porque en su presencia no pareces reconocer nada más.

En ese momento, tocaron a la puerta y sabía que tenía solo segundos para convencerla.

—Mi amor, si no te sientes cómoda con esto, no te voy a obligar. Pero yo necesito estar a solas contigo por un momento. Estará con Michael a solo un par de metro de nosotros.

Y en ese momento los chicos enteraron, supuse que como mecanismo de presión. Y como actuaron a continuación, me confirmó que estaban comprometidos con la causa.

—Estoy seguro de que Bianca está muy emocionada de pasar de un rato con su tío favorito —saludó Michael.

—Eres su único tío —replicó Isa.

—Estás celosa porque tú no eres su tía favorita.

—Pfff, Camí es melódica, es natural que la bebé sea solo risas cuando está con ella.

Silvana observaba la escena con expresión pasmada, estaba convencido de que no iba a ceder, pero entonces Michael me tendió los brazos para que le entregara a Bianca y yo la miré pidiendo su autorización. Con el labio inferior temblando, se acercó a mí y besó a nuestra hija, solo entonces se la entregué a Michael.

—Estaremos en mi habitación —se despidió Isa.

En cuanto cerraron la puerta y nos dejaron solos, la tomé de la mano y la llevé al borde de la ventana, donde la senté y me paré frente a ella. Estaba a punto de comenzar cuando me interrumpió:

—Se… lo que piensas, que estoy loca, que perdí la razón, pero te juro que lo intento —me dijo apresuradamente, con voz temblorosa.

—No mi amor, por supuesto que no estás loca.

—Es solo que tengo tanto miedo —al decir eso, ya no pudo contener las lágrimas.

—¿Miedo de que? Ya todo acabó, si te sometí a todo eso fue precisamente para ponerle fin a esa pesadilla.

—No es fácil asumir que ella...que tú...

—Sé que te asusté. Pero te extraño y necesito tanto. Entiendo que necesitas tiempo para sanar, que todo lo que pasó fue demasiado, pero lo importante es que ahora estamos a salvo y juntos, los tres.

—Es que yo pensé... creí que tú...

—Perdóname, te lo suplico —le pedí con desespero —. Te juro que si hubiese habido otra manera, te habría evitado todo eso.

—A veces siento que de verdad enloquecí. Aun sabiendo que fue mentira, y que terminó sigo teniendo mucho miedo.

—Silvana, nadie soportaría lo que tú tuviste que vivir. Eres una guerrera y por eso te amo incluso más que antes, y te juro que creía imposible poder amarte más. Es normal que te sientas mal, que tengas miedos, pesadillas. Te tomará un tiempo volver a sentirte bien, pero te prometo que pasará. Solo te pido que me dejes estar contigo mientras ese momento llega, que me permitas ayudarte. Solo así volverás a confiar en mí.

Entre lágrimas, acarició mi rostro como intentando consolarme y su suave contacto me hizo estremecer. Isa tenía razón, yo sabía exactamente como llegar a Silvana, solo necesitaba una ventana y sus manos suaves en mi rostro eran eso, mi oportunidad.

—Quiero hacer que olvides de todo por un momento, que no sientas más miedo o dolor, que solo me sientas a mí y lo mucho que te amo.

—Hazlo por favor, haz que me olvide de todo…

Estábamos acostados frente a frente. Permanecimos así un rato, sin hacer más que mirarnos a los ojos, hasta que ella por fin rompió el silencio:

—¿Podrías buscar a Bianca?

La besé y después me puse de pie, me vestí y fui por nuestra hija. Cuando volví ella se estaba bañando de nuevo, así que acosté a Bianca en nuestra cama sobre su manta y ambos esperamos paciente por su madre. Al verla, una gran sonrisa iluminó el rostro de su Silvana, se acostó junto a ella y procedió a alimentarla. Yo la abracé por atrás y enterré mi nariz en su cabello. Lo que dijo entonces, realmente me sorprendió:

—Quiero que tengamos muchos hijos.

No esperaba oír aquello de sus labios y menos tan pronto, estaba impresionado.

—Esto es increíble —Siguió mientras acariciaba a Bianca —, y quiero vivirlo de nuevo en circunstancias normales, y bajo mis términos.

Exponiéndolo así, tenía completo sentido.

—Cuenta conmigo —respondí sin pensarlo.

Esa noche dormí abrazando a mis chicas, y a partir de la mañana siguiente, todo comenzó a mejorar. Poco a poco Silvana volvió a la normalidad, tardó semanas, pero sucedió. De nuevo era cariñosa y sensual conmigo, reía, bromeaba; pasaba tiempo de más con Michael y discutía a menudo con Amalia por tonterías.

Casi a diario, desaparecía entre los árboles, y yo sabía que estaba visitando la tumba de Charles, iba siempre a la misma hora, la hora en que daba paseos con él cuando vivía. Todo lo acontecido había dejado cicatrices en nosotros, pero esa conexión "bestial" como la había llamado Isa, se había intensificado gracias a

Bianca, ahora no solo nos amábamos, éramos una familia gracias a ella y el infinito amor que nos teníamos los tres.

Nuestro amor no solo sobrevivió a todas esas pruebas, si no que se intensificó con ellas, y eso significaba que era y sería absolutamente inquebrantable.

Fin.

Contenido

CAPÍTULO 1
AZUL **5**
CAPÍTULO 2
EL ÁNGEL **19**
CAPÍTULO 3
SUYA **35**
CAPÍTULO 4
NOVEDADES **47**
CAPÍTULO 5
EMPATIA **65**
CAPÍTULO 6
CONTACTO **91**
CAPÍTULO 7
LOS ANILLOS **115**
CAPÍTULO 8
ILUSIÓN **129**
CAPÍTULO 9
EL CORAZÓN DE MICHAEL **143**
CAPÍTULO 10
FUEGO **155**
CAPÍTULO 11
TECNICAS DE MANIPULACION. **167**
CAPÍTULO 12
EL REGALO **187**
CAPÍTULO 13
COMPLÁCEME… **203**
CAPIÍTULO14
MÓNICA **221**
CAPÍTULO 15
EL RASTREADOR **247**
CAPÍTULO 16
ALPINISMO **263**
CAPÍTULO 17
LAS FLORES **283**
CAPÍTULO 18
SORPRESA **301**
CAPÍTULO 19
EL RECADO DE CHARLES **313**

CAPÍTULO 20
EL COMIENZO 327
CAPÍTULO 21
PRIMER ADIÓS 359
CAPÍTULO 22
RESTITUCIÓN 379
CAPÍTULO 23
SÍ 399
CAPÍTULO 24
SOLA 415
CAPÍTULO 25
DESESPERADA DECISIÓN 429
CAPÍTULO 26
NO TAN RÁPIDO 443
CAPÍTULO 27
LA SOMBRA 455
CAPÍTULO 28
LA TORMENTA 465
CAPÍTULO 29
JUNTOS 481
CAPÍTULO 30
"NI MIS PESADILLAS MAS SALVAJES" 493
CAPÍTULO 31
FINALMENTE MÍA 503
CAPÍTULO 32
LEJOS DE SER PERFECTO… 511
CAPÍTULO 33
EL MALENTENDIDO 529
CAPÍTULO 34
ELLA ESTA AQUÍ 537
CAPÍTULO 35
ALIVIO 549
CAPÍTULO 36
BIANCA 563
CAPÍTULO 37
GRITO MORTAL 573
CAPÍTULO 38
EL NACIMIENTO 583
CAPÍTULO 39
LA PERDIDA MÁS GRANDE DE TODAS 593
CAPÍTULO 40
"PERDONAME POR FAVOR" 601
CAPÍTULO 41
LAS CONSECUENCIAS 611

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 30 días del mes de abril de 2023, el mismo día de 1962 en que se funda Cine Club de la Universidad del Zulia